





**DE JORNALEROS A COLONOS:
RESIDENCIA, TRABAJO E IDENTIDAD
EN EL VALLE DE SAN QUINTÍN**



DE JORNALEROS A COLONOS: RESIDENCIA, TRABAJO E IDENTIDAD EN EL VALLE DE SAN QUINTÍN

Laura Velasco
Christian Zolniski
Marie-Laure Coubès



**El Colegio
de la Frontera
Norte**

Velasco, Laura

De jornaleros a colonos : residencia, trabajo e identidades en el Valle de San Quintín / Laura Velasco, Christian Zolniski y Marie-Laure Coubès ; en colaboración con Abbdel Camargo. – 1a ed. – Tijuana. : El Colegio de la Frontera Norte, 2014.

408 pp. ; 14 × 21.5 cm

ISBN: 978-607-479-135-8

1. Trabajadores agrícolas – Aspectos sociales – México – Valle de San Quintín. 2. Asentamientos humanos – México – Valle de San Quintín. 3. Migración interna – México – Valle de San Quintín. 4. Valle de San Quintín (Baja California : México) – Condiciones sociales. 5. Valle de San Quintín (Baja California : México) – Condiciones económicas. I. Zolniski, Christian. II. Coubès, Marie-Laure. III. Colegio de la Frontera Norte (Tijuana, Baja California). IV. Camargo, Abbdel.

HD 1531 .M6 D4 2014

Primera edición, 2014

Distribución, 2015

D. R. © 2014 El Colegio de la Frontera Norte, A. C.

Carretera escénica Tijuana-Ensenada km 18.5

San Antonio del Mar, 22560

Tijuana, Baja California, México

www.colef.mx

ISBN: 978-607-479-135-8

Coordinación editorial: Érika Moreno Páez

Corrección: Martha Díaz

Edición y formación: Jonathan Girón Palau

Última lectura: Melissa Aguiñaga

Diseño de portada: Ni Yoatzin Salmerón Mariaca

Impreso en México / *Printed in Mexico*

ÍNDICE

PRÓLOGO	11	
INTRODUCCIÓN	15	
<i>Jornaleros agrícolas y asentamiento residencial</i>		
<i>en el Valle de San Quintín</i>	19	
<i>Estructura y contenido del libro</i>	23	
CAPÍTULO I		
EL ASENTAMIENTO EN EL VALLE DE SAN QUINTÍN.		
UN ABORDAJE CONCEPTUAL		
Y METODOLÓGICO INTERDISCIPLINARIO		27
<i>El modelo de producción agroexportador</i>	29	
<i>El estudio de las migraciones jornaleras agrícolas</i>		
<i>y del asentamiento en comunidades rurales</i>	34	
Las migraciones jornaleras en México	34	
Perspectivas teóricas sobre el asentamiento en comunidades rurales	38	
<i>Hacia una conceptualización del proceso de asentamiento</i>		
<i>en el Valle de San Quintín</i>	43	
Dimensiones del asentamiento	45	
Etapas del asentamiento	48	
<i>El abordaje interdisciplinario del asentamiento</i>	51	
El análisis censal y la encuesta biográfica	52	
Trabajo de campo etnográfico	54	
La intervención sociológica y relatos de vida	56	
CAPÍTULO II		
SURGIMIENTO Y DESARROLLO DE UNA REGIÓN		
FRONTERIZA TRANSNACIONAL		61
<i>Historia de la región hasta 1970: crecimiento poblacional</i>		
<i>y desarrollo económico muy lentos</i>	65	
El frente pionero: reparto agrario y rancherías	68	
<i>Conformación de una región agroexportadora transnacional</i>	70	
<i>Crecimiento y transformación poblacional (1980-2010)</i>	78	
Dinámica demográfica basada en la movilidad temporal	78	
El despegue demográfico	79	
Crecimiento demográfico endógeno y exógeno	81	
Cambios residenciales: de campamento a colonia	83	

Asentamiento y estructura demográfica	
en campamentos y colonias	90
Vivienda e infraestructura en las colonias	93
<i>Conclusión</i>	96

CAPÍTULO III

ASENTAMIENTO Y EMPLEO:

TRANSFORMACIONES DEL MERCADO LABORAL

Y MOVILIDAD OCUPACIONAL	99
<i>Transformación sectorial del mercado laboral</i>	
y segregación étnica y de género	103
<i>Diversificación y movilidad ocupacional</i>	112
La movilidad ocupacional entre 2000 y 2005	113
<i>La búsqueda de movilidad ocupacional</i>	120
Subcontratación e intermediarios laborales en la agricultura	121
Jaime Coronado: subcontratista laboral	
y transportista en el sector informal	124
Diversificación y especialización en la horticultura	130
Agustín Mejía: de jornalero a fertilizador	131
<i>Diversificación ocupacional y crecimiento de empleos no agrícolas</i>	136
Justina Sánchez: el comercio como salida digna de la agricultura	138
<i>Conclusión</i>	143

CAPÍTULO IV

HOGARES Y LA LUCHA POR EL ASENTAMIENTO RESIDENCIAL	147
<i>Asentamiento y grupos domésticos</i>	152
<i>Los beneficios del asentamiento</i>	158
<i>Retos y costos del asentamiento</i>	162
Economía informal	167
<i>Mujeres cabeza de hogar</i>	170
<i>Asentamiento y migración laboral a Estados Unidos</i>	178
El Programa H-2A y el caso de Celeste Valencia	183
<i>Conclusión</i>	188

CAPÍTULO V

LOS SUBSIDIOS AL ASENTAMIENTO:

PROGRAMAS GUBERNAMENTALES, ONG Y MISIONEROS	191
<i>Estado y flexibilidad laboral de los trabajadores del campo</i>	195
<i>Programas estatales y asentamiento residencial en San Quintín</i>	202
De campamentos a colonias: el Programa Nacional	
con Jornaleros Agrícolas (Pronjag)	203
El combate a la pobreza y problemas de salud: IMSS-Oportunidades	208
El Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF)	212
<i>El papel de las organizaciones no gubernamentales</i>	216
La Fundación Internacional	217

“Estamos aquí para ayudar”: International Disciple Training y la educación de los indígenas en el Valle de San Quintín	220
<i>Conclusión</i>	225

CAPÍTULO VI

POR UN TERRENO PROPIO: MOVILIZACIÓN LABORAL E INDEPENDENCIA RESIDENCIAL	229
<i>La CIOAC y las luchas laborales de la década de 1980</i>	234
<i>Las reacciones de los empresarios y los sindicatos “corporativos” y “blancos”</i>	237
<i>Faccionalismo: expulsión y muerte de líderes</i>	239
La expulsión de dirigentes	239
La muerte de Maclovio Rojas	243
Movilizaciones, represión y líderes de temporada	245
<i>Luchas residenciales de la década de 1990:</i> <i>los nuevos comités de colonos</i>	249
Toma de terrenos y formación de colonias	251
Las colonias Flores Magón y 13 de Mayo: organizaciones y gobierno	252
Nueva Región Triqui y Nuevo San Juan Copala: entre los ejidatarios y los empresarios	254
La colonia Graciano Sánchez: la lucha por el precio de los lotes ante el gobierno del estado	262
<i>Conclusión</i>	267

CAPÍTULO VII

LOS SANQUINTENSES: IDENTIDAD REGIONAL Y POLÍTICA DE CLASE Y ETNIA	271
<i>Identidad regional: actores en contienda por la pertenencia e inclusión</i>	275
Los actores de la identidad regional	277
Identidad subalterna: conflicto laboral y asentamiento	283
La identidad sanquintense y el nativismo étnico-clasista	292
El horizonte de subalternidad transnacional e intergeneracional	301
<i>Conclusión</i>	305

CAPÍTULO VIII

ASENTAMIENTO Y ORGANIZACIÓN COMUNITARIA. LOS TRIQUIS DE NUEVO SAN JUAN COPALA, <i>Abdel Camargo</i>	309
<i>Antecedentes: migración triqui en San Quintín</i>	313
<i>Asentamiento y organización comunitaria triqui en el Valle de San Quintín</i>	314
Primer momento: arribo y salida del campamento	315
Segundo momento: independencia residencial y fundación de la colonia	319

Tercer momento: organización política con énfasis en la representación local y regional	323
Cuarto momento: reconstitución de la organización comunitaria tradicional y consolidación del asentamiento	327
<i>La Autoridad Tradicional</i>	328
<i>El Consejo de Ancianos</i>	330
<i>Sistema de mayordomías</i>	331
<i>Diversidad religiosa y organización comunitaria tradicional</i>	335
<i>Conclusión</i>	338
 CONCLUSIONES	 343
<i>La multidimensionalidad del proceso de asentamiento</i>	348
Población y residencia: transformación del control y la segregación étnico-laboral	348
Empleo: especialización laboral, subcontratación y diferenciación social	350
La migración como proceso latente y regulado	353
Hogares y rearticulación de las esferas de producción y reproducción	354
El Estado y el subsidio al asentamiento familiar	356
Agencia política: movilizaciones, autonomía residencial y reapropiación de fuerza de trabajo	357
Identidad regional: arraigo, nativismo y procesos de inclusión/exclusión	360
<i>Sobre el asentamiento como un proceso diacrónico</i>	363
 ANEXOS	 369
<i>Nota metodológica</i>	369
Sobre la delimitación de la región del Valle de San Quintín	369
<i>Cuadros</i>	373
 BIBLIOGRAFÍA GENERAL	 381
<i>Entrevistas</i>	400

PRÓLOGO

Este libro es un estudio interdisciplinario del proceso de asentamiento residencial experimentado en el Valle de San Quintín en los últimos 30 años, en el contexto de plena política neoliberal mexicana y de globalización económica.

Han pasado más de 10 años desde que llegamos a este valle por primera vez, el 30 de noviembre de 2000, como equipo de investigación integrado por una socióloga, un antropólogo y una demógrafa. Nuestro punto de partida fue que esta región hortícola ya no era sólo un lugar de circulación y paso transitorio de jornaleros agrícolas, sino que se había convertido en un lugar de residencia, de asentamiento de miles de familias y de una sociedad con apego territorial. Las colonias populares se habían multiplicado en la última década. Los trabajadores ya no sólo se contrataban en los parques o salían de los campamentos y cuarterías en camiones, sino también de las colonias en la ma-drugada, mientras que los pequeños comercios surgían calle tras calle, y los invernaderos relumbraban a lo largo de la carretera.

Dos años después, en 2003, con un proyecto definido para estudiar el proceso de asentamiento en el Valle y logrado el financiamiento por parte del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), de México, dimos inicio a la investigación con la puesta en marcha de una estación de campo. Nuestra aprehensión, por la magnitud del reto que enfrentábamos, encontró solaz en el entusiasmo de nuestros interlocutores, quienes desde el inicio mostraron mucho interés y disposición para darnos información y participar en nuestras entrevistas. Las personas estaban deseosas de platicar, de contarnos sus historias con un tono

bastante épico: trabajadores desde el sur indígena de México o de otros estados como Sinaloa, Sonora o Michoacán, colonos convertidos en rancheros por la política cardenista de la década de 1930 desde el centro occidental del país y jóvenes funcionarios y profesionistas que fueron llegando a trabajar a la región. Después de diversas entrevistas, recorridos y pláticas informales por varios días, concluimos que San Quintín era el lugar ideal para estudiar el nacimiento de una región global en su expresión local en el norte de México.

A todos aquellos que estuvieron presentes desde que empezamos este estudio les brindamos nuestro sincero agradecimiento por abrirnos las puertas. En particular, queremos agradecer a Juan Manuel Llamadas y a Lourdes Brenes, quienes en momentos distintos del Programa Nacional con Jornaleros Agrícolas nos ofrecieron todo su apoyo junto con el de sus equipos e integrantes, sin los cuales no habiéramos podido iniciar este proyecto ni realizar la Encuesta Biográfica de Movilidad Residencial y de Empleo en San Quintín (EBIMRE) en los hogares de la región. Así, agradecemos a los ingenieros agrícolas de la delegación de la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (Sagarpa) por brindarnos amplia información estadística, que nos permitió ver los cambios en las pautas de producción agrícola de la última década, también a los funcionarios de la delegación de Gobierno que nos dieron información sobre los distintos programas gubernamentales; al director de la Radio de San Quintín, Arturo Neri, y a los locutores de XEQIN, quienes nos contaron una parte importante de la historia del Valle.

Así mismo, deseamos agradecer a los/as líderes y activistas de las organizaciones y colonias que participaron en los grupos focales. Un especial reconocimiento a Julio César Alonso, de la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIO-AC), que en paz descansa, por las largas horas de conversación y enseñanzas; a los representantes sindicales de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), la Confederación Regional

Obrera Mexicana (CROM) y la Central Obrera Revolucionaria (COR) por sus informativas entrevistas. Agradecemos también a los empresarios agrícolas y ostrícolas, actores de más difícil acceso, pero a cuyo testimonio e información pudimos acceder gracias a la apertura de Felipe Ruiz, Guillermo Rodríguez, William Hedrick y Vicente Guerrero, entre otros.

Con especial afecto y reconocimiento a las familias de los jornaleros que nos recibieron en sus casas una y otra vez para el trabajo etnográfico, y que amablemente nos invitaron a sus festejos íntimos y comunitarios.

Para el trabajo de campo y la movilidad del equipo durante la redacción del libro, contamos con el financiamiento del Conacyt, así como de la Fundación Wenner Gren y de la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos. Por supuesto, durante toda la investigación y elaboración del libro gozamos del apoyo de nuestras instituciones de referencia: El Colegio de la Frontera Norte y la Universidad de Texas en Arlington.

Ha sido un camino muy largo, sobre todo a los ojos de nuestros pacientes colegas y de los sanquintenses a quienes hemos prometido este libro. Y, en ese camino, aprendimos que la ambición interdisciplinaria es un sueño costoso, con bondades pero también con obstáculos que no estamos seguros de haber vencido plenamente. Además de las contingencias de un calendario colectivo, lograr un conocimiento integral, coherente y sin contradicciones, huecos o claroscuros no es un reto menor para un diálogo interdisciplinario. Muchos cambios y factores habrán escapado a nuestro registro y comprensión durante estos 10 años de investigación, pero esperamos que lo sustancial del proceso de asentamiento haya sido captado en esta obra.

Este libro es de autoría colectiva, sin embargo la escritura de los capítulos fue realizada según la especialidad temática y disciplinaria apropiada, y en todos los casos seguimos un procedimiento de discusión interdisciplinario de los sucesivos borradores del manuscrito. Así, el capítulo II fue elaborado por

Marie-Laure Coubès, el v por Christian Zlalniski y los capítulos VI y VII por Laura Velasco; en tanto el III y el IV fueron colaboración de Christian Zlalniski y Marie-Laure Coubès, y el VIII de Abbdel Camargo, integrado al equipo en el transcurso de la investigación como doctorante. La introducción, el capítulo I y las conclusiones fueron escritos por los tres autores.

El trabajo de edición y reedición estuvo a cargo de Mariana Marín Romero, con apoyo de Nancy Utley y Eduardo Rodríguez; a ellos agradecemos su labor cuidadosa y profesional.

Finalmente, cada uno de nosotros tiene que agradecer a personas cercanas que nos escucharon hablar durante años del Valle de San Quintín, de su gente y del libro que estaba en proceso. Christian Zlalniski agradece a su compañera Reina Ramírez y a sus hijos por su tolerancia durante su ausencia al llevar a cabo el trabajo de campo en los veranos. Marie-Laure Coubès a Tito por su presencia y solidaridad. Laura Velasco a los Óscares, padre e hijo, que siempre han estado ahí.

INTRODUCCIÓN



*Fotografía de Abdel
Camargo, archivo particular,
“Carretera Transpeninsular”,
Vicente Guerrero, Valle de San
Quintín, junio de 2010.*



UBICADO en el municipio de Ensenada, en el estado de Baja California, el Valle de San Quintín es una región joven situada a unos 300 kilómetros de distancia de la frontera con Estados Unidos. Su principal base económica es la producción agrícola para exportación. Desde la década de 1980 esta región ha experimentado un rápido crecimiento económico y demográfico, fomentado por la industria hortícola y el establecimiento de miles de jornaleros agrícolas y sus familias, atraídos por las oportunidades de empleo en este sector. Gran parte de estos trabajadores son indígenas mixtecos, triquis y zapotecos, que anteriormente migraban temporalmente al Valle de San Quintín durante la época de cosechas, pero que con el paso del tiempo y la demanda de mano de obra más estable por parte de la industria hortícola, se fueron asentando y echando raíces en la región. Miles de estos jornaleros y sus familias han ido colonizando su territorio y transformando paulatina pero sistemáticamente el perfil demográfico, étnico y social de esta joven región, de clima árido y escasamente poblada hasta décadas recientes que pugna por ser reconocida como municipio.¹

El presente libro examina este proceso de asentamiento poblacional de jornaleros agrícolas en el Valle de San Quintín, resultado de su consolidación como centro de exportación de productos hortícolas para mercados internacionales, articulado con la industria global de agroexportación. Nuestro objetivo es documentar y analizar el proceso de asentamiento desde una perspectiva interdisciplinaria en una de las regiones de mayor dinamismo económico y social en la frontera noroeste de México. Nuestro interés en este proceso se basa en dos razones

¹ En junio de 2013, una ley aprobada en el Congreso del Estado otorga al Valle de San Quintín el estatus de municipio de Baja California; sin embargo, al mes siguiente fue vetada por el gobernador del Estado.

fundamentales. La primera es que a pesar de ser una de las regiones demográfica y económicamente más dinámicas de la frontera noroeste, el Valle de San Quintín ha sido escasamente estudiado, lo que ha dificultado entender los importantes cambios que están sucediendo en regiones rurales de la frontera. Nuestra segunda motivación es el hecho de que mientras que la experiencia de jornaleros migrantes vinculados con la industria hortícola de exportación ha sido ampliamente estudiada, el fenómeno más reciente del asentamiento de trabajadores del campo vinculado con transformaciones de la industria hortícola y la demanda de una mano de obra más permanente y asentada ha recibido todavía insuficiente atención. Las dinámicas y creativas formas individuales, familiares y colectivas por medio de las cuales estos trabajadores fueron afianzando su arraigo en esta región denotan una enorme capacidad de actuación y transformación que va más allá de su experiencia como trabajadores agrícolas a la que generalmente se le ha reducido en dichos estudios.

En San Quintín, el proceso de asentamiento residencial tiene una historia de al menos tres décadas, por tal razón esta región puede considerarse como un lugar estratégico de estudio para examinar tanto las causas que lo hacen posible como las consecuencias sociales, económicas y políticas que genera. Con este espíritu, nuestro libro pretende ofrecer una panorámica amplia de las dimensiones demográficas, económicas, sociales y políticas del proceso de asentamiento y la manera en que los propios protagonistas de esta historia interpretan y evalúan el impacto de este proceso en sus trayectorias de vida. De este modo, el libro pretende contribuir al reciente interés y literatura académica sobre el asentamiento poblacional en torno a enclaves agroexportadores en el noroeste y otras regiones de México.

JORNALEROS AGRÍCOLAS Y ASENTAMIENTO RESIDENCIAL EN EL VALLE DE SAN QUINTÍN

La idea seminal de que la movilidad humana es el nuevo signo del siglo XXI y la característica per se de la globalización (Bauman, 2001) han alumbrado una serie de estudios sobre la lógica de los desplazamientos y las estrategias de reproducción social en movilidad; no obstante, el poderoso eco de esta tesis ha oscurecido el estudio de los procesos y agentes de sedentarización y arraigo en el nivel local que acompañan los flujos masivos de migrantes, ello a pesar de que como el propio Bauman (2001) señala es en el nivel de lo local donde las clases o los sectores subalternos pueden actuar y su capacidad de agencia está acotada, particularmente en regiones donde existen élites globales ligadas a las cadenas de producción mundial.

La movilidad, sin embargo, no es un proceso que sucede en el vacío, las familias y comunidades caracterizadas por su alta movilidad requieren miembros sedentarios con su capital social que la haga posible. Al igual que la movilidad, el asentamiento residencial no es factible para todos, se da en diferentes condiciones, y necesita la movilización de redes y capital social. Para las familias de bajos recursos asentarse puede ser prohibitivo en términos legales, o bien implica una gran energía vital en la que participan trabajadores y sus familias, con estrategias colectivas con otros miembros de su clase y/o grupo étnico para disminuir los costos de establecerse en su nuevo lugar de residencia. Como resultado de esa fuerza vital surgen nuevas regiones fundadas por trabajadores pobres que con su asentamiento permiten la movilidad de algunos miembros de la familia en múltiples direcciones, incluida la de retorno.

Éste es el caso del Valle de San Quintín, una región caracterizada por dos procesos simultáneos de movilidad y de arraigo que se retroalimentan mutuamente en un contexto donde los capitales globales están estrechamente vinculados con la agricultura de

exportación. Desde nuestras primeras visitas como equipo de investigación a la región, a principios de la década de 2000, nos percatamos de que estaba sucediendo un fenómeno masivo de asentamiento residencial de los trabajadores agrícolas y sus familias, apenas registrado en la escasa literatura sobre el Valle, en la cual dominaba la visión de una región de migrantes indígenas temporales en constante desplazamiento (Garduño, García y Morán, 1989; Zabin y Hughes, 1995; Martínez, 2006; Lara, 1996; Velasco, 2005; Wright, 1990). La población en el Valle creció de manera vertiginosa con tasas medias de 7.2 por ciento anual entre 1970 y 2000, y de manera más moderada en la última década, alcanzó los 92 177 habitantes en 2010. Al parecer, los miles de trabajadores que viajaban por temporadas de campo en campo, y que retornaban esporádicamente a sus lugares de origen, habían empezado a salir de los campamentos y de las cuarterías para apropiarse de un terreno, construir una vivienda, equiparla y hacer vida comunitaria como residentes. Este fenómeno no tenía más de una década en el momento de nuestro arribo a la región, y aun así ya daba visos de una enorme vitalidad con nuevas formas de socialización, integración social y comunitaria, e incipientes procesos de diferenciación socioeconómica. De esta manera, nuestro equipo, formado por tres investigadores —una socióloga, un antropólogo y una demógrafa, al cual se unió un estudiante de Antropología—, decidió estudiar en forma interdisciplinaria el proceso de asentamiento, enfocándose en tres dimensiones que sirven de ejes analíticos en este volumen: el empleo, la residencia y la identidad.

La decisión de orientar el estudio del asentamiento como el fenómeno más novedoso en términos sociales y humanos en la región estuvo también guiada por el hecho de que mientras que la lógica económica y política que subyace en el desarrollo de la agricultura de exportación en el norte de México ha sido ampliamente discutida, se conoce poco sobre sus consecuencias, sobre las formas en que sus habitantes responden a las fuerzas globales

y nacionales para canalizar sus propios intereses y fundar nuevas comunidades semirurales en el nivel local; así mismo, mientras que otras regiones agroexportadoras como Sinaloa y Sonora han recibido considerable atención académica, regiones históricamente más recientes y a la vanguardia de la agricultura flexible, como San Quintín, han recibido escasa atención.

Definimos el fenómeno del asentamiento como un proceso diacrónico que se desarrolla en etapas y que conlleva importantes transformaciones en la estructura demográfica de la población regional en la familia y en los colectivos residenciales, lo que implica cambios en la estructura de empleo, las formas de residencia y la identidad comunitaria. A lo largo de los años, el trabajo de campo y nuestras discusiones sobre cómo captar la complejidad de este fenómeno fueron delimitando el ámbito de las preguntas empíricas que guiaron nuestra investigación: ¿De qué manera se ha transformado el perfil demográfico de la población como resultado del proceso de asentamiento?, ¿cómo ha afectado este proceso las condiciones laborales y oportunidades de movilidad ocupacional de los trabajadores del campo?, ¿qué tipo de estrategias permite a los trabajadores pasar de campamentos o cuarterías a viviendas propias en las colonias y desarrollar un sentido de arraigo?, ¿cómo afecta el asentamiento las pautas de movilidad y migración laboral de los trabajadores del campo?, ¿qué demandas colectivas han surgido como resultado del asentamiento, con quiénes y cómo se han canalizado?, y ¿qué tipo de identidades locales y transnacionales se desarrollan entre los residentes conforme se arraigan en la región?

Con base en nuestro estudio planteamos que el asentamiento residencial ha llevado a una profunda transformación de esta región que se fundamenta en mecanismos de doble naturaleza. Por un lado, en mecanismos de diferenciación y jerarquización económica y social que han producido una mayor heterogeneidad y polarización de estratos laborales y sociales con fuerte matiz étnico y de género. Por otra parte, en mecanismos de integración

social y comunitaria donde tanto la familia como las organizaciones cívicas y comunitarias actúan como agentes de sedentarización y de arraigo. La interacción de estos dos mecanismos y de los agentes que están detrás de ellos ha contribuido a generar importantes cambios en la región, lo que ha roto la extrema segregación étnica y residencial que existía en un pasado, y ha abierto nuevas áreas de disputa sobre la identidad regional y ha producido nuevas formas de pertenencia e identidad colectiva por parte de los distintos grupos que se han ido asentando.

En esta propuesta conceptual subyace la hipótesis sobre la articulación entre las estrategias de reproducción social de nivel local y las estrategias de organización de la producción agrícola de nivel global; articulación mediada por las políticas económicas y sociales del Estado nacional. Este enfoque permite entender las experiencias y estrategias de asentamiento residencial de las familias en consonancia con los cambios que están sucediendo en el nivel de la producción agroexportadora de nivel local con conexiones en los niveles transnacional y global, así como con los programas específicos del Estado nacional que intervienen en el proceso de asentamiento.

Como señalamos más arriba, el asentamiento no implica la sedentarización de la totalidad de la población, sino que precisamente por la articulación de lógicas de reproducción local y producción global, la movilidad humana y la migración laboral son parte de las estrategias de asentamiento.

El asentamiento y la migración no se excluyen mutuamente, sino que están estrechamente vinculados, y debido a su localización estratégica cerca de la frontera con Estados Unidos, la migración a aquel país figura constantemente en el horizonte de perspectivas de los residentes del Valle de San Quintín, y precisamente es debido a la articulación transnacional del corredor agrícola del noroeste mexicano, del cual San Quintín forma parte, con el suroeste estadounidense, que los pobladores del Valle tienen acceso a otros mercados de trabajo vía sus redes familiares y de paisanaje, o bien

a través de los recientes convenios de contratación entre empresarios estadounidenses y autoridades mexicanas.

Nuestra aproximación conceptual al asentamiento se fue construyendo tanto desde el punto de partida de la investigación como a lo largo de ella, ya que al inicio sólo contábamos con algunas observaciones preliminares sobre lo que estaba sucediendo en el Valle. De este modo, otra de las hipótesis que subyace en nuestro enfoque es que el asentamiento no es únicamente obra de los intereses y la vitalidad de los jornaleros agrícolas y su capacidad de movilizar recursos de distinta índole, sino que también responde a un momento histórico de definición de la región en el marco de las fuerzas globales del sector agrícola y de la política agraria del Estado. Esta política agraria de corte neoliberal se caracteriza por el retiro de apoyos a la producción campesina y por el estímulo a la producción de exportación de productos como frutas y verduras de alto valor en el mercado. En este contexto, la localización fronteriza del Valle de San Quintín la sitúa en un lugar privilegiado para este tipo de políticas agrarias. Su localización geográfica resulta estratégicamente útil tanto para el acceso a los mercados de consumo en Estados Unidos como para la ampliación de estrategias familiares con la migración internacional de los jornaleros que se emplean en este sector agrícola. En este marco, planteamos que el asentamiento es un proceso complejo que involucra a una variedad de actores y recursos institucionales, que constituye el entramado social y político dentro del cual ha de situarse e interpretarse la experiencia protagonizada por miles de trabajadores y familias que han hecho de San Quintín su región de arraigo y adopción.

ESTRUCTURA Y CONTENIDO DEL LIBRO

El libro está organizado en ocho capítulos en los que se describe y analiza el proceso de asentamiento en torno a los dos ejes de diferenciación social e integración comunitaria producidos por

los cambios en el empleo y la residencia en la región. En el primer capítulo presentamos el contexto global y nacional de la producción agroexportadora, donde situamos la articulación de los cambios tecnológicos y de organización del trabajo en este sector con el proceso de asentamiento de nivel local en el Valle de San Quintín. En este capítulo también incluimos una revisión de la literatura académica y las discusiones teóricas pertinentes a nuestro objeto de estudio, nuestra conceptualización de las principales dimensiones que constituyen el proceso de asentamiento y de las etapas que lo constituyen, y una breve descripción del abordaje metodológico interdisciplinario que ha guiado nuestra investigación.

El capítulo segundo presenta una cronología del desarrollo de la región, se inicia cuando la joven frontera geopolítica era un factor de inversión y dinamismo a finales del siglo XIX hasta su posterior poblamiento. Describimos el cambio de un frente pionero agrícola a una región fronteriza integrada a mercados internacionales, suscitado por el crecimiento de la agricultura de exportación y el asentamiento en colonias de jornaleros agrícolas con sus familias.

El tercer capítulo examina los cambios que la transformación del sector agrícola y el asentamiento residencial han generado en el mercado laboral de la región. El mercado de trabajo es analizado tanto desde una perspectiva cuantitativa, centrada en la segmentación étnica y la movilidad ocupacional, como cualitativa para captar la valoración subjetiva de parte de los trabajadores respecto de sus trayectorias laborales y de vida, beneficios y retos desde que se asentaron en San Quintín.

El cuarto capítulo describe las trayectorias de asentamiento de trabajadores agrícolas de campamentos a colonias y las estrategias que los hogares despliegan para consolidar su arraigo. Como mostramos en este capítulo, las estrategias residenciales de asentamiento no pueden entenderse sin considerar las opciones de migración laboral tanto en el nivel nacional como en el

transnacional. En este capítulo, también discutimos los costos que para las familias implica establecer una residencia en colonia, así como las ventajas que conlleva la sedentarización, tales como la autonomía y la reunificación familiar.

El capítulo quinto analiza el papel que otra serie de actores sociales y políticos desempeña como mediadores en el asentamiento. Específicamente, el capítulo examina programas de ayuda por parte del Estado, así como proyectos de apoyo de parte de organizaciones no gubernamentales (ONG) y de grupos religiosos misioneros que constituyen un entramado de recursos materiales, económicos y sociales que han jugado un papel central en la transición residencial de campamentos a colonias y la consolidación del asentamiento. La participación de estos actores tiene, así mismo, un importante papel en el desarrollo de un sentido de comunidad y arraigo de nivel local y regional.

El capítulo sexto describe las principales movilizaciones sociales registradas en la región y analiza la transformación de los actores. Tiene como protagonista a los trabajadores agrícolas y luego a los residentes de las colonias populares. Este análisis se basa en el supuesto de que existe una conexión histórica como sujetos subordinados en la estructura de producción y en la residencial, que a su vez se expresa en la contienda como trabajadores y pobladores por el espacio regional. Como este capítulo demuestra, la búsqueda de la independencia laboral y de la autonomía residencial surge como fuerte motor de las distintas movilizaciones en dos momentos: las luchas laborales de la década de 1980 y las luchas por los terrenos y la creación de los comités de colonos en la década de 1990.

El capítulo séptimo analiza la identidad regional que surge en la contienda de los diferentes actores que residen en el Valle, y que se expresa en las distintas movilizaciones y conflictos sociales reseñados en el capítulo anterior. Son tres los ejes de identidad donde se expresa la disputa: *a)* la condición subalterna asociada con la posición laboral y lo residencial; *b)* la condición

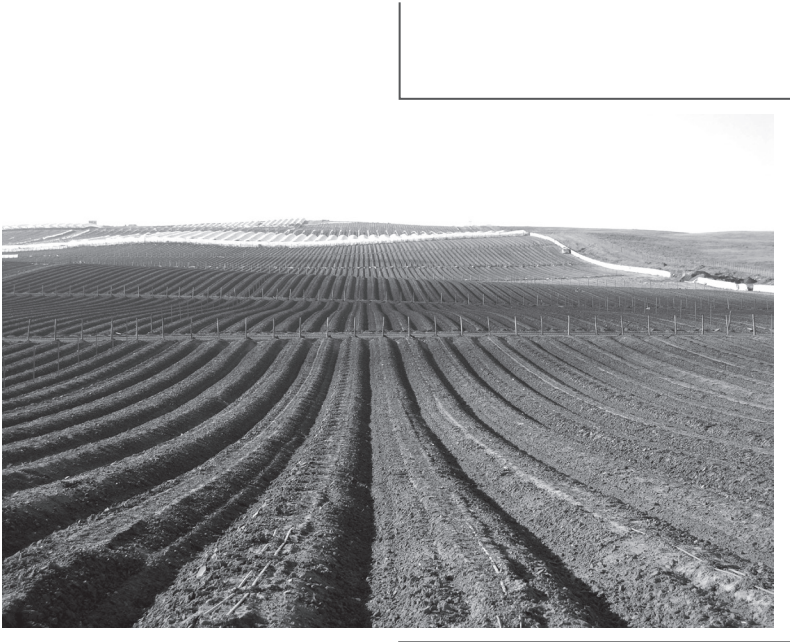
de migrantes etnizados y su lucha por el reconocimiento como sanquintenses, frente al nativismo étnico-clasista, y *c*) el horizonte de subalternidad transnacional e intergeneracional. Como este capítulo demuestra, el eje de disputa simbólico más importante se ubica en torno a la figura del migrante como trabajador del campo antes que como indígena, por lo que la lucha por definirse como residentes en lugar de migrantes es un motor importante del conflicto nativista-migrante por la identidad sanquintense en la región.

En el capítulo octavo se presenta un ejemplo empírico de asentamiento por medio de un estudio de caso etnográfico centrado en la experiencia de los triquis en la colonia Nuevo San Juan Copala. Este capítulo analiza el asentamiento como un proceso diacrónico en etapas, a partir de la transformación de la organización comunitaria y el despliegue del capital cultural y simbólico en la reconstitución comunitaria de los nuevos residentes en esta colonia. Después de desarrollar a lo largo del libro una perspectiva amplia sobre el asentamiento, este capítulo centrado en un grupo étnico particular –los triquis– muestra la importancia de las redes comunitarias en torno a una localidad específica de origen para el asentamiento y las formas organizativas que emergen en el nivel local basadas en dichos vínculos sociales. La apertura de los miembros de esta comunidad para recibir al equipo de investigación, y en particular al joven antropólogo, fue clave para hacer un trabajo de campo intensivo de largo plazo.

Finalmente, en el capítulo de conclusiones resumimos los principales hallazgos de nuestro estudio y discutimos sus implicaciones para el modelo teórico de asentamiento desarrollado en el primer capítulo. También hacemos una breve reflexión sobre los aportes metodológicos del estudio y delineamos algunas áreas posibles de investigación a futuro.

CAPÍTULO I

EL ASENTAMIENTO EN
EL VALLE DE SAN QUINTÍN.
UN ABORDAJE CONCEPTUAL
Y METODOLÓGICO
INTERDISCIPLINARIO



*Fotografía de Abbdel
Camargo, archivo particular
“Campos de cultivo”, Vicente
Guerrero, Valle de San
Quintín, agosto de 2011.*



EL MODELO DE PRODUCCIÓN AGROEXPORTADOR

LA FRONTERA noroeste de México con Estados Unidos ha sido vista principalmente con la lente urbana transfronteriza y de la industrialización fabril, con el modelo maquilador. En el enorme caudal de estudios sobre la franja fronteriza del noroeste mexicano, el de una región agrícola como el Valle de San Quintín resulta extraño, a pesar de ser una de las de mayor dinamismo económico del noroeste mexicano por su producción agroexportadora de verduras frescas, su alta tasa de crecimiento demográfico, y también por el registro de movilizaciones sociales, algunas veces cercanas a las revueltas, ligadas a las condiciones precarias del empleo agrícola. En el presente volumen, definimos la región del Valle de San Quintín, siguiendo a Van Young (1992), Lash y Urry (1987) y Robinson (2008), como un enclave agroexportador fronterizo con Estados Unidos, el cual articula capitales y modos de producción globales con recursos naturales locales y mano de obra nacional a través de la migración de trabajadores pobres e indígenas, con una débil regulación de las distintas instancias del Estado nacional.

La literatura asociada con las migraciones jornaleras (Barrón, 1999; Lara, 2003) ha llevado a enfatizar la dimensión móvil o fluida de este espacio fronterizo, antes que la dimensión de sedentarización y arraigo. Nuestra visión es que en este momento histórico, el Valle de San Quintín puede ser caracterizado como una región en proceso de arraigo con alta movilidad poblacional, dado el asentamiento masivo de trabajadores, que ha redireccionado la vieja movilidad temporal de éstos hacia otros destinos internacionales. Tal caracterización se apoya en la distinción hecha por Frémont (1999:189-205) entre las regiones fluidas y las de arraigo: las primeras, constituidas básicamente

por trabajadores temporales en circulación constante, como serían regiones que operan con mano de obra extranjera sin permisos de residencia en Medio Oriente; y las segundas, caracterizadas por un arraigo ancestral e intensos apegos territoriales, como son las regiones tradicionales campesinas e indígenas en México.² De tal forma que la región de San Quintín podría ser definida como una de arraigo creciente y de fluidez nacional e internacional a la vez.

El Valle de San Quintín es joven, se desarrolló en la segunda mitad del siglo xx con un proceso de colonización prácticamente sin poblamiento, pero muy pronto aceleró su consolidación desde un modelo de producción intensivo agrícola orientado al mercado internacional y basado en mano de obra temporal y migrante con un fuerte componente de hablantes de lenguas indígenas (16 % de la población total entre 1990 y 2010). Dicho modelo de producción agrícola se desarrolla en México en la década de 1970, asociado con un rápido crecimiento de la producción de frutas y verduras para la exportación a mercados internacionales basado en agricultura de riego y uso intensivo de mano de obra temporal. Los estados del norte mexicano fueron los pioneros en adoptar este modelo agroexportador con base en importantes inversiones del Estado y del capital extranjero que aprovecharon la ventajosa cercanía geográfica con los mercados de consumo de Estados Unidos.

El crecimiento de la producción de frutas y verduras frescas en México para mercados internacionales de las décadas siguientes ha sido interpretado como resultado de una nueva división internacional del trabajo en el sector agrícola en la época de la globalización en México y otros países de América Latina (Sanderson, 1986; Friedland, 1994; Reynolds, 1994). El desarrollo tecnológico en los sistemas de transporte, conservación

² Frémont agrega un tercer tipo de regiones funcionales para distinguir a las sociedades industriales con fuertes intercambios (1999:205).

y comunicación de productos perecederos, el aumento en la demanda de frutas y verduras frescas y tropicales por parte de las clases medias en países industrializados, y el declive del apoyo del Estado al sector agrario tradicional, son algunos de los factores económicos y políticos que están detrás del crecimiento del sector agroexportador en México (Sanderson, 1986; Lara, 1998; Llambí, 1994). En este contexto y a partir de la década de 1980, surge una agricultura flexible en la que empresas transnacionales que dominan el sector atraviesan un proceso de reestructuración con importantes consecuencias para los trabajadores y las comunidades locales en el noroeste de México. Esta reestructuración productiva se caracteriza por una amplia diversificación de productos hortícolas, la incorporación de tecnologías de punta (técnicas de riego por goteo, plasticultura, agricultura en invernadero, etc.), una alta movilidad de las empresas productoras en búsqueda de ventajas comparativas y una creciente flexibilidad de la orientación de la producción para acceder a nuevos nichos de mercado (Llambí, 1994; Lara, 1998).

En el noroeste mexicano, el sector agroexportador también se caracteriza por un mercado de trabajo altamente segmentado con base en asimetrías de clase, género, étnicas y etarias, así como formas diversas de reclutamiento laboral, incluidos enganchadores y otros intermediarios laborales que reclutan al trabajador desde su lugar de origen y lo trasladan a los complejos agroexportadores. Más recientemente aparece un nuevo componente que consiste en la combinación de la tradicional flexibilidad cuantitativa de contratar mano de obra temporal, con una flexibilidad cualitativa que resulta tanto de nuevas actividades laborales como de formas innovadoras de organizar el trabajo, propias del sector industrial, como círculos de calidad, equipos de trabajo y pago por productividad (Lara, 1998:23).

La región del Valle de San Quintín surge históricamente asociada con este modelo de producción agrícola. A diferencia de otras

regiones del norte del país como Sonora y Sinaloa que ya contaban con una tradición hortícola anterior (Hewitt de Alcántara, 1978; Lara, 1998), San Quintín no experimentó una transición, más bien fue producto de la implantación del modelo de producción agroexportador. El surgimiento de esta región agrícola de exportación tiene lugar en el marco político-administrativo estatal con una evolución política hasta cierto punto disidente del federal y caracterizado por una intensa interacción fronteriza con uno de los estados económicamente más dinámicos de Estados Unidos: California.

La particular historicidad de la región como enclave agroexportador hace confluír procesos globales con procesos locales (Giddens, 1990:60), en la articulación de tres elementos interdependientes. En primera instancia, aprovechando su ubicación fronteriza, el dominio del capital transnacional y las continuas innovaciones tecnológicas en los procesos productivos han hecho de San Quintín una región de punta en el rubro de la agricultura industrial de exportación, lo que atrajo a empresas como Monsanto, la empresa de semillas de frutas y verduras más grande del mundo (Grávalos y García, 2001), a la vez que ofrece condiciones de trabajo precarias con una marcada segmentación laboral con base en criterios de género y etnia. En segunda instancia, la migración de miles de trabajadores del sur y norte del país, especialmente de trabajadores indígenas, ha contribuido a la formación de una de las regiones de mayor diversidad étnica en México, y a la vez a la aparición de contingentes de población con una notoria movilidad nacional y transnacional. Esto último ha derivado en un proceso de urbanización rápido y desordenado, y en procesos de degradación ecológica. En tercera instancia, en el contexto del debilitamiento del papel del Estado como articulador de políticas agrarias que caracteriza la transformación del modelo de producción agrícola en México, surgen formas de movilización social para resolver problemas de orden laboral, residencial, de discriminación étnica y de derechos humanos que afectan a los trabajadores de esta región. Como veremos en el

capítulo VI, estas organizaciones juegan un papel central en la construcción de esta comunidad rural en un contexto de economía globalizada en el norte del país.

La articulación entre los tres elementos arriba descritos permite observar cómo la permanencia de mayor tiempo en un lugar, que permitió la reunificación familiar y la posibilidad de proyectar un horizonte de vida en el Valle, fue resultado de cambios importantes en la tecnología y organización de la producción agrícola ya mencionados. De tal forma que los cambios específicos en la tecnología de cultivo tales como la irrigación por goteo y la agricultura protegida con malla sombra e invernadero, la diversificación de los cultivos y la ampliación de las temporadas de producción, sobre todo en invierno, rompieron con los límites rígidos de las temporadas bajas y altas de la producción agrícola que predominaban en décadas anteriores, y por lo tanto de la demanda del trabajo. El conjunto de estos cambios llevó a una oferta de empleo más duradera, lo que permitió a los trabajadores temporales asegurar trabajo durante buena parte del año, aunque no fuera igual de regular o intensivo, o para toda la familia. Con el paso del tiempo, como el volumen lo describe, otras opciones de empleo se fueron abriendo junto con la estabilidad residencial, el surgimiento de las colonias y el proceso de arraigo comunitario. En dos décadas (1990 y 2000), el Valle floreció como una región dinámica en la cual dejaron de dominar las imágenes de los ranchos, los campamentos y los *pick-ups* cargados de trabajadores, para dar paso a empresas modernas y globalizadas que conviven con empresas locales y a otras formas de residencia como las cuarterías y las viviendas propias en colonias de trabajadores, así como el surgimiento de un sector medio de profesionistas y funcionarios de gobierno que antes apenas existía.

EL ESTUDIO DE LAS MIGRACIONES
JORNALERAS AGRÍCOLAS Y DEL ASENTAMIENTO
EN COMUNIDADES RURALES

Las migraciones jornaleras en México

En México, las migraciones de jornaleros agrícolas a regiones agroexportadoras suceden desde la década de 1970 en el contexto de la crisis del capitalismo y la internacionalización del capital (Besserer, 1999). El análisis de los efectos de las migraciones jornaleras en la vida campesina tuvo la marca de las visiones polémicas en torno a la supervivencia o la refuncionalización del campesino, opuesta a la proletarización y su función como ejército de reserva para el capital internacional (Paré, 1991:12).

No obstante lo nutrido de tal polémica, pronto surgió una nueva perspectiva sobre la división internacional del trabajo en la globalización, donde las migraciones de trabajadores fueron un signo de un nuevo modo de acumulación de capital que desconoce fronteras nacionales. Desde este modelo los campesinos migrantes fueron vistos como proletarios internacionales, funcionando como ejército de reserva móvil que se localiza según las necesidades del capital global, y sometidos a nuevas formas de explotación laboral.

A nuestro parecer, el enfoque de clase internacional fue sustituido por un enfoque circulatorio de la fuerza de trabajo para atender la reestructuración productiva del sector agrícola en la década de 1980. Este nuevo enfoque se volvió dominante y centró su atención en las pautas de migración y movilidad y su vinculación con las condiciones de empleo y de vida de la fuerza de trabajo predominante en el modelo agroexportador (Barrón, 1999; Lara, 2010), o bien en los cambios en las formas de vida agraria (De Grammont, 2009). La tesis vigente hasta la década de 1970 (Barrón, 1999), que afirmó que gracias a la estacionalidad de la agricultura de exportación los campesinos podían trabajar un tiempo en su predio y otro migrar, ya no fue viable con el

nuevo modelo agroexportador que rompió con la estacionalidad del trabajo agrícola, alargó los períodos de empleo y modificó la especialización de la fuerza de trabajo.

Según Barrón (1999), el ejemplo claro de este patrón fue el cultivo del algodón en el noroeste mexicano que duró toda la década de 1970, pero debido a lo corto de su estacionalidad, llevaba a los campesinos a combinar con otros cultivos que apenas despuntaban en esa década (el algodón en Sonora y el tomate en Sinaloa) (Barrón, 1999:264). En un patrón pendular, los jornaleros combinaban el empleo remunerado con el propio, en el lugar de origen y en otra región mexicana, o bien luego dirigiéndose hacia Estados Unidos. Antes de 1970, está documentado que en algunas regiones indígenas la migración al noroeste se combinó contractualmente con la migración en el programa Bracero, por lo que ya existía esta conexión entre migración interna e internacional en torno a la joven agricultura de exportación (Velasco, 2002). En este momento, no había especialización de la fuerza de trabajo por cultivo o tarea, sólo por posición como peón. La residencia en campamentos era incipiente, con recurrencia de viviendas improvisadas al aire libre (Lara, 2003).

Los especialistas en las migraciones jornaleras en México (Barrón, 1999; Lara, 2010; De Grammont, 2009, De Grammont y Lara, 2010) coinciden en que en la segunda mitad de la década de 1980 y la de 1990 sucede la reestructuración productiva en el agro que impacta de manera importante en las pautas de movilidad de jornaleros junto con acontecimientos coyunturales de nivel nacional, como las crisis económicas de 1981 y 1994 y los tratados de apertura comercial (GATT, TLCAN). En conjunto, estos acontecimientos contribuyeron a la redirección, hacia las zonas agrícolas como la del noroeste, de algunos flujos de zonas rurales que se dirigían anteriormente a las ciudades.

Barrón (1999:266) menciona que en esta nueva etapa se observa una especialización según la pizca, selección o empaque de cultivos hortofrutícolas de exportación, y los jornaleros siguen el

cultivo en una movilidad en tiempos de cosecha. Aunque Barrón no lo menciona, es evidente que en este período los trabajadores presentan un patrón circular, donde las visitas al lugar de origen son menos frecuentes, una vez que ha decaído la labor agrícola minifundista en medio de las políticas neoliberales del Estado. Esta condición hace que el migrante dependa en mayor medida del mercado de trabajo agroexportador. En ese momento, parece existir un claro modelo de enganche desde los lugares de origen a las zonas de cultivo; es la época de explosión de los campamentos de trabajadores como forma de residencia dominante.

Los estudios hechos por Barrón (1999), Lara (2010) y Velasco (2005) documentan el papel de las redes familiares y de paisanos para la movilidad y para la residencia en campamentos, y también documentan un incipiente asentamiento en colonias de trabajadores. La década de 1990, como se mencionó antes, está marcada por el cambio tecnológico en el mercado agroexportador con efectos importantes en la continuidad del trabajo a lo largo del año; ello tuvo impacto en el asentamiento en colonias (Barrón, 1999:274), pero además fue el detonante de la ampliación de la corriente hacia Estados Unidos como un patrón de los asentados en la región.

De Grammont (2009) postula que, más allá de la polémica de 1970, en las últimas décadas ha habido un fenómeno de desagrarización del campo como consecuencia de las migraciones internas e internacionales; es decir, existe una ruralidad donde domina el trabajo asalariado, la migración y la familia no campesina, con pluriactividad, incluidos los subsidios del gobierno y las remesas (p. 30). La característica de la pluriactividad parece describir adecuadamente lo que se observa en las familias que se han asentado en el Valle de San Quintín en las últimas dos décadas, las cuales combinan ingresos de salario en la agricultura con otras ocupaciones, con subsidios y remesas de la migración internacional, como lo muestran los capítulos IV y V de este volumen.

En general, la literatura ha privilegiado la observación de la movilidad y circularidad, e incluso cuando se reconoce un incipiente

asentamiento (Lara 2003, 2010; Barrón, 1999) se hace en el marco de una visión circulatoria, y se aprecian estas nuevas regiones como archipiélagos de circulación de trabajadores (Lara, 2010). Desde esta perspectiva, el asentamiento es resultado tanto de la pobreza y la falta de oportunidades de trabajo de los inmigrantes en sus comunidades de origen –fenómeno ligado al deterioro de la agricultura tradicional campesina por las políticas neoliberales del Estado mexicano– como del aumento en la demanda de mano de obra a lo largo del año de parte de los complejos agroindustriales que predominan en el noroeste del país (De Grammont y Lara, 2010:242; Lara, 2010:264). Entre las consecuencias del asentamiento destacan una mayor diversificación laboral, el hecho de que el empleo agrícola ya no es única fuente de trabajo, la evasión por parte de empresas agrícolas de costos de reproducción social tales como vivienda, educación y salud, y la combinación de parte de la población asentada de estrategias de migración y permanencia.³

A pesar de estas contribuciones, hay una escasa problematización y análisis de cómo se desarrolla el proceso de asentamiento en el tiempo, los factores y dimensiones que lo caracterizan, y los cambios que implica en las comunidades y regiones donde tiene lugar. La literatura existente a menudo señala la movilidad migratoria como característica central de la población jornalera y tiende a reducir a esta población jornalera a la categoría laboral de mano de obra flexible. De este modo otros ámbitos de la vida de los trabajadores del campo en su quehacer social y político en los que juegan un papel activo en la construcción de las comunidades en las que se han asentado han sido ignorados.

Al parecer, un mecanismo de explotación de la fuerza de trabajo a través de su desplazamiento encontró una especie de justificación ideológica que naturalizó o normalizó la relación entre movilidad

³ Tarrus se refiere a estas estrategias como el “saber circular” y el “saber quedarse” (Lara y De Grammont, 2011:63-66; Lara, 2010:264-265).

y trabajo agrícola mediante las políticas del Estado dirigidas a esta población, lo que contribuyó a la construcción de un sujeto político con escasos derechos ciudadanos y laborales, justificada por su supuesta movilidad y dificultad de arraigo local.

La escasa reflexión sobre el asentamiento contrasta con el interés que el proceso de sedentarización de inmigrantes mexicanos ha tenido desde la década de 1980 en California en comunidades rurales basadas en la industria hortícola (Palerm, 1989, 1999, 2002, 2010; García, 1992; Du Bry, 2007; Haley, 2009; Krissman, 2000; Figueroa, 2002). De regreso al planteamiento inicial de Besserer (1999), hace más de diez años, si la internacionalización del capital implicó el desplazamiento de fuerza de trabajo y la capacidad de movilidad como condición de la fuerza de trabajo, cabe preguntarse ¿qué significado e implicaciones tiene en la constitución de un sujeto individual y colectivo, como son los jornaleros agrícolas, el proceso de asentamiento? Si bien esto no significa el fin de la circulación, sí implica un cambio cualitativo que hay que considerar en el diagnóstico de las formas de vida que produce este modelo de acumulación de enclaves agroexportadores en el noroeste de México.

Para responder a esta pregunta, a continuación presentamos un acercamiento a la conceptualización del asentamiento. En primera instancia, resumimos algunas de las principales aportaciones de estudiosos que se han centrado en el proceso de asentamiento de migrantes en comunidades rurales. En la siguiente sección, y apoyándonos en tales contribuciones, presentamos nuestro propio modelo analítico para abordar el estudio del proceso de asentamiento en el Valle de San Quintín.

*Perspectivas teóricas sobre el asentamiento
en comunidades rurales*

Para conceptualizar el fenómeno de asentamiento nos apoyamos en dos perspectivas que hay en la literatura sobre el tema. La

primera es la que proviene de los estudios de regiones rurales y de la cual hemos elegido la propuesta del antropólogo rural Thayer Scudder (1985), quien propone estudiar el asentamiento de colonos o inmigrantes a través de cuatro etapas, y en la cual la familia es el agente principal. Una segunda perspectiva se refiere a la literatura sobre los procesos de sedentarización de inmigrantes en regiones de agricultura intensiva de frutas y verduras, y en donde el referente de análisis es la construcción de nuevas comunidades rurales en contextos de globalización. En esta última perspectiva, se eligieron los estudios antropológicos de Juan Vicente Palerm (2010) y Du Bry (2007); además, nutrimos esta conceptualización con algunos estudios procedentes de los procesos de arraigo y apego territorial (Del Acebo, 1996).

La tesis de que el asentamiento es un proceso en etapas sucesivas fue planteada hace tiempo por Scudder (1985), quien identificaba cuatro etapas: 1) planeación y desarrollo inicial, 2) transición, 3) desarrollo económico y social, y 4) maduración y autonomía. Cada una de estas etapas implica una serie de retos que los colonos han de enfrentar para avanzar a etapas posteriores. Para Scudder, la clave que define el éxito o fracaso del asentamiento es que se alcancen las últimas dos etapas. En la primera etapa, planeación y desarrollo, se afianza la infraestructura inicial, mientras que la segunda etapa, transición, se caracteriza por el comportamiento conservador de parte de los colonos que buscan asegurar la subsistencia de la familia (Scudder, 1985:161-164). El paso a la tercera etapa ocurre cuando los colonos desarrollan un sentido de arraigo y pertenencia, y buscan ir más allá de la satisfacción de sus necesidades básicas, destinando recursos para la educación de sus hijos, mejorando las condiciones de su vivienda, generando empleos fuera de la agricultura tales como negocios familiares, e invirtiendo en bienes de consumo y servicios para elevar su bienestar material (pp. 164-167); así mismo, durante esta etapa los colonos se organizan en asociaciones comunitarias con el objeto de mejorar las condiciones de vida en

las colonias, a menudo en asociaciones de carácter religioso y civil. La cuarta y última etapa de incorporación sucede cuando los colonos y sus organizaciones toman control de su propio destino y se tornan independientes del subsidio o apoyo por parte del Estado o de agencias privadas. En esta última etapa surge una segunda generación de colonos, que van remplazando a los pioneros en las organizaciones locales y la comunidad en general (pp. 167-168).

Aunque Scudder desarrolló su modelo pensando en pequeños agricultores que, siendo propietarios de sus tierras, son los agentes centrales en los procesos de colonización, este modelo también es útil para casos como los del Valle de San Quintín, donde los colonos originales fueron de dos tipos: ejidatarios y trabajadores agrícolas: los ejidatarios, poco numerosos y llegados de fuera, de los que sólo algunos usufructuaron la tierra como agricultores y otros tantos la rentaron a las grandes empresas, o bien la conservaron como propiedad individual sin necesariamente permanecer en la región; y los trabajadores agrícolas, muy numerosos, quienes llegaron en grandes cantidades a emplearse con los primeros productores locales y luego con las compañías agroindustriales y que, en gran proporción, se establecieron en forma permanente. Esta última condición de clase, como jornaleros agrícolas y/o empleados en ocupaciones de bajos salarios, tal vez explique la no aparición de la cuarta etapa de autosuficiencia; como lo ha mostrado De Grammont (2009), y se observa en el capítulo v, los nuevos residentes son más dependientes de los subsidios del gobierno y de las remesas producto de la migración internacional.

Desde esta perspectiva, consideramos a San Quintín como un asentamiento generado por la demanda y la oferta de trabajo, y estructurado por las empresas, los intermediarios laborales y las propias redes sociales de los trabajadores en tierras escasamente pobladas con anterioridad. El paso de campamentos a colonias (en su modalidad de cuarterías o viviendas propias) como forma

de residencia indicaría la transición hacia la tercera etapa en el modelo de Scudder, caracterizada por una creciente complejidad económica, social y política.

En relación con la condición de los trabajadores en zonas de agricultura industrial de frutas y verduras, los trabajos de Juan Vicente Palerm y sus colaboradores son de gran utilidad. Como en el caso del Valle de San Quintín, pero precediéndole en el tiempo, en California la intensificación productiva en la agricultura industrial de frutas y verduras propició desde comienzos de la década de 1980 un incremento en la demanda de mano de obra laboral y de los tiempos durante los que los trabajadores inmigrantes tienen empleo, mientras que el seguro de desempleo por parte del Estado ha servido como soporte para los trabajadores cuando están desempleados (Palerm, 2010). Como resultado de este proceso, decenas de comunidades rurales en California han sido repobladas y rejuvenecidas por un gran número de individuos y familias inmigrantes de México. Estas comunidades en proceso de crecimiento y cambio están compuestas por distintos tipos de trabajadores, incluidos migrantes temporales (*sojourners*) e inmigrantes asentados (*settlers*) que han ido arraigándose con el paso del tiempo.

Palerm (2010) critica el concepto de colonia y ubica su transformación en comunidades desde la década de 1970 con la reestructuración de la agricultura californiana; dicha comunidad está caracterizada por un alto grado de heterogeneidad social propiciado por un proceso interno de diferenciación socioeconómica, una amplia variedad de viviendas que reflejan esa diferenciación de clase, una mayor diversidad de empleos dentro y fuera de la agricultura, el surgimiento de una pequeña clase de comerciantes y un alto grado de integración y participación en actividades cívicas y políticas, por medio de las cuales los residentes reclaman y ejercen sus derechos de membresía y ciudadanía local (Palerm, 2010), lo que correspondería a la cuarta y última etapa de consolidación del asentamiento de Scudder. En el caso del Valle de

San Quintín, consideramos analíticamente adecuado mantener el concepto de colonia como una escala de adscripción comunitaria, sumamente importante en los sistemas semiurbanos de México, y en cuyo contexto el concepto de colonia popular cobra un sentido de marginalidad que vale la pena considerar en este volumen. Esta mezcla de lo rural y lo urbano, con nuevas formas de vida agraria abrigan una diversidad de actividades y relaciones sociales urbanas e industriales (De Grammont, 2004:279). En este volumen utilizamos el término comunidad semirural para dar cuenta de esa mezcla de lo rural y lo urbano.

Du Bry (2007), al estudiar Mecca, en California, confirma la creciente diversificación de empleos laborales, y el surgimiento y la proliferación de ocupaciones con cierto grado de especialización como vía de movilidad en el sector agrícola observada por Palerm (2010). Surgen empleos calificados, tales como contratistas laborales, camioneros, supervisores, capataces, tractoristas, etcétera; también surgen ocupaciones no agrícolas en restaurantes, tiendas de abarrotes, tiendas de regalos, etcétera, que facilitan la movilidad intergeneracional y/o intrageneracional y la diferenciación socioeconómica de los trabajadores.

Adicionalmente, Du Bry sostiene que hay un creciente proceso de diferenciación de clase con base en factores tales como tiempo de residencia en la comunidad, ocupación, estatus migratorio y de ciudadanía, e identidad étnica, entre otros (2007:171). Esta estructura de clase está íntimamente relacionada con la jerarquía étnica en la comunidad: mexicoestadounidense o chicanos, inmigrantes mexicanos mestizos, e inmigrantes indígenas, que generalmente trabajan como jornaleros en el campo. Otra dimensión de la transformación de Mecca se refiere al conjunto de relaciones sociales, instituciones y organizaciones por medio de las cuales los residentes desarrollan un sentido de comunidad y se involucran en la política local, esta dimensión nos permite hablar de la importancia de los mecanismos subjetivos de integración comunitaria. El sentido de apego al nuevo lugar es un mecanismo indispensable

para el asentamiento (Del Acebo, 1996) y, según los estudiosos del tema regional (Giménez, 1994), funciona como una apelación a la inclusión comunitaria que puede operar en distintas escalas y distintos sujetos: el de la región y de la colonia, y a través de la familia y los colectivos.

Finalmente, un aspecto importante en la transformación de Mecca, similar al sucedido en el Valle de San Quintín, se refiere al proceso mediante el cual los residentes han pasado de vivir en campamentos laborales a habitar en viviendas propias. El cambio de vivienda no autónoma en campamentos a vivienda en propiedad representa un aspecto central en la experiencia del asentamiento de jornaleros y familias agrícolas en la región (Du Bry, 2007:137). Las familias experimentan este cambio con gran satisfacción y como símbolo de progreso. Vivir de manera independiente en sus propios terrenos, tener espacio donde los niños puedan jugar en un ambiente seguro y saberse propietarios de su casa representa una experiencia y cambio fundamentales en la vida de estos trabajadores y familias inmigrantes, y los sitúa en condiciones de igualdad con otros residentes en la comunidad, con lo que se sienten ciudadanos de ella.

HACIA UNA CONCEPTUALIZACIÓN DEL PROCESO DE ASENTAMIENTO EN EL VALLE DE SAN QUINTÍN

Con base en los aportes de la literatura revisada y como resultado de la investigación, a continuación presentamos nuestro modelo analítico para el estudio del proceso de asentamiento en San Quintín. Como explicamos anteriormente, entendemos el asentamiento residencial como un proceso multidimensional y diacrónico que implica la puesta en marcha de mecanismos de diferenciación y jerarquización social, por un lado, y de integración social y cultural, por el otro. Este conjunto de mecanismos subyace en las transformaciones en distintas dimensiones y puede ser observado en etapas.

Nuestro enfoque multidimensional y procesal del asentamiento residencial considera dos perspectivas complementarias. La primera identifica las dimensiones centrales que definen y articulan el proceso como fenómeno multidimensional; la segunda da cuenta de dicho proceso como fenómeno que se desarrolla en el tiempo. Mientras que la primera perspectiva analiza el asentamiento desde un punto de vista sincrónico, la segunda lo describe como fenómeno diacrónico, y reelabora las etapas identificadas por Scudder. Nuestra hipótesis es que el proceso de asentamiento en la región tiene un carácter multidimensional que no se agota en el plano de su transformación económica, demográfica y social, sino que también ha generado procesos de diferenciación y segmentación étnica y ocupacional en los mercados de trabajo, diferentes tipos de residencia, y nuevas formas organizativas en los niveles comunitario y político por medio de las cuales los nuevos residentes tratan de defender sus derechos laborales, civiles, políticos y culturales; así mismo, planteamos que han surgido nuevos actores regionales y formas de identidad y arraigo directamente vinculados con el cambio en la forma de residencia de campamentos a colonias.

Si bien algunas de las dimensiones del asentamiento fueron identificadas desde un comienzo como hipótesis de trabajo, otras fueron surgiendo en el propio transcurso de la investigación, incluida la novedosa forma en que el arraigo transforma el sentido de identidad entre la población que se establece en la región. Estas dimensiones permiten captar cómo se va construyendo y configurando el asentamiento en el contexto tanto de la especificidad geográfica de la región como su particularidad histórica, y la manera en que se articula con fuerzas globales y nacionales como región transnacional. A continuación, identificamos y describimos estas dimensiones, y más adelante describimos el asentamiento como proceso que se desarrolla y transforma a lo largo del tiempo.

Dimensiones del asentamiento

1. *Población y residencia.* Esta dimensión se refiere a las transformaciones que se producen en el nivel poblacional, incluido el impacto del asentamiento sobre las estructuras por sexo y edad en la población y en la composición étnica de ésta; de igual forma, el asentamiento deja una huella visible en la geografía humana de la región, producto tanto del cambio residencial de campamentos a colonias, como del surgimiento, crecimiento y transformación de núcleos de población. Más allá de los cambios demográficos, esta dimensión también da cuenta del impacto del asentamiento sobre las pautas de segregación residencial en la región, y las lógicas y vínculos sociales (esto es, parentesco y paisanaje) que los colonos como agentes utilizan para establecer su residencia.

2. *Empleo.* Como señalamos anteriormente, el proceso de asentamiento en San Quintín ha de situarse en el contexto de las transformaciones ocurridas en la industria global de agroexportación y en la conformación de esta región como un enclave fronterizo articulado a esta cadena transnacional. Esta dimensión examina tanto las transformaciones en el mercado laboral regional que posibilitan el asentamiento residencial como la manera en que el propio asentamiento altera el mercado laboral y las oportunidades de empleo en los niveles local y regional. Esta dimensión nos permite examinar la relación entre el asentamiento y la segmentación del mercado laboral, especialmente con base en la condición étnica de la población y en los procesos de diversificación y/o especialización ocupacional de parte de la población asentada, elementos que, como señala Scudder, son esenciales para evaluar el grado de maduración del asentamiento.

3. *Migración.* Como arriba indicamos, la sedentarización no implica necesariamente el fin o la disminución de la movilidad migratoria, sino que asentamiento y migración interactúan y

se retroalimentan de manera dinámica. Esta hipótesis también se sustenta en estudios como los de Lara (2010:265), y los anteriormente mencionados de Palerm (2010) y Du Bry (2007) que muestran la coexistencia en el nivel local de trabajadores del campo y familias asentadas, con distintos tipos de trabajadores y migrantes temporales. En nuestro estudio, nos enfocamos en la forma en que el asentamiento residencial condiciona y modifica las decisiones y patrones de migración de la población asentada. Planteamos que si bien en una primera etapa del asentamiento se produce una disminución de la movilidad geográfica de la familia y sus miembros, con el paso del tiempo surgen nuevas formas de migración laboral encaminadas a enfrentar los costos asociados con el asentamiento, estas movibilidades se dan dentro de un espacio geográfico más cercano en Baja California, Baja California Sur y California.

4. *Reproducción social y grupos domésticos.* Tanto en los modelos de Scudder como en los de Palerm y Du Bry, las familias son agentes centrales en el proceso de asentamiento. Partiendo de esta premisa, esta dimensión examina la manera en que el asentamiento residencial modifica los tipos de grupos domésticos en la región, así como sus estrategias internas de producción y reproducción. Específicamente, nos centramos en dos aspectos interrelacionados de los grupos domésticos. Por un lado, los cambios en tamaño, composición demográfica y estructura de los hogares, y la manera en que estas transformaciones ocurren a lo largo del tiempo. Por otro lado, las estrategias de adaptación y respuesta que se producen dentro de los hogares para afrontar los retos y costos del asentamiento y que permiten la reproducción social de estos grupos domésticos.

5. *Estado y políticas gubernamentales.* El asentamiento es un proceso mediado por el Estado, incluidas las instituciones y políticas gubernamentales que regulan los derechos laborales,

civiles y políticos de los trabajadores agrícolas que se asientan en la región. Como veremos, la construcción jurídico-política por parte del Estado de los trabajadores agrícolas como “jornaleros eventuales” excluidos de derechos laborales reconocidos a trabajadores de otros sectores contribuye a la vulnerabilidad económica y política de este segmento de la población. En este contexto, planteamos que el Estado genera políticas asistencialistas para afrontar problemas de pobreza, salud, vivienda y otros de carácter social que provienen de dicha exclusión. La movilización de parte de la población asentada de recursos y ayudas del Estado, así como de organizaciones no gubernamentales, es clave para entender el proceso de asentamiento y la articulación entre las estrategias de reproducción social de nivel local y las estrategias de producción del sector agroexportador.

6. *Agencia política.* El asentamiento no se reduce únicamente a un fenómeno demográfico, económico y social, sino que también está teñido y mediado por importantes procesos de carácter político. Tal como vimos, la activa participación de trabajadores del campo y sus familiares en asociaciones cívicas y políticas para defender sus derechos como residentes es parte importante de la experiencia de asentamiento de trabajadores del campo en California. Con base en estos antecedentes y en nuestra propia experiencia de estudio en el Valle de San Quintín, esta dimensión nos permite analizar los cambios en la estructura y las relaciones de poder entre los distintos actores y colectivos de población tanto de nivel local como regional; también, nos permite estudiar las diversas formas de representación política y comunitaria, movilizaciones colectivas y liderazgos políticos, e intermediación con agentes e instituciones del Estado de parte de distintos grupos, en tanto que son pieza central del proceso de asentamiento.

7. *Identidad regional.* Esta dimensión denota un subproceso de arraigo que acompaña el asentamiento. Tal como Scudder, Palerm,

Du Bry y Del Acebo señalan, el proceso de asentamiento implica a la vez el paulatino desarrollo de un sentimiento de apego con prácticas de apropiación del nuevo lugar. Nuestro enfoque recoge esta importante observación, pero plantea que tal proceso identitario no sucede en forma armoniosa sino conflictiva, debido a que hay una negociación constante de los términos de inclusión y exclusión como miembros de la naciente comunidad regional. Además del nivel regional, existe la producción de adscripciones en la escala de la colonia, que denota un nivel identitario micro-local. En esta dimensión, el agente de la identidad regional no es el individuo sino los colectivos, como comités de colonias, o bien las organizaciones sociales que operan en el nivel regional.

Etapas del asentamiento

Más allá del carácter multidimensional del asentamiento, con fundamento en la literatura arriba revisada, también planteamos que se trata de un proceso diacrónico que se desarrolla en etapas, cada una de ellas con sus propias características y especificidad. A continuación, presentamos una descripción de las distintas etapas del proceso de asentamiento en el Valle de San Quintín, centramos nuestra atención en las formas de residencia y de vida comunitaria. Este modelo funciona como un curso típicamente ideal, que sólo sirve de referente para analizar las experiencias específicas de asentamiento en los niveles familiar y comunitario.

Un primer momento está constituido por el arribo, hospedaje temporal y la incorporación a un empleo. En éste, las redes de parentesco cumplen un papel crucial, aun cuando este momento puede estar organizado por el empleador. La residencia es totalmente regulada por el patrón, de tal forma que la estancia en el campamento depende de la relación laboral. También puede suceder que el trabajador llegue a una cuartería o se hospede en casa de algún familiar, de tal forma que la falta de autonomía

residencial es una característica importante de esta etapa, que podría corresponder al primer momento de planeación y desarrollo inicial de Scudder.

Un segundo momento es la independencia residencial, ya sea de la residencia en el campamento, de la cuartería o del familiar con quien se llegó, ello implica el traslado a otro lugar con la apropiación de un lote, la construcción de una casa y la dotación de servicios y el acceso a la escuela de los hijos. En esta etapa, tanto la movilidad transfronteriza al dotar de ingresos en dólares a la familia como el acceso a programas asistencialistas del Estado o de alguna iglesia resultan estratégicos para construir la casa, la compra del lote o bien poder cubrir los gastos escolares. Esta etapa corresponde al momento de transición de Scudder y al momento de salida del campamento para instalarse en una colonia agrícola, en los estudios de Palerm y Du Bry.

Un tercer momento está marcado por el sentido de arraigo y la apropiación de espacios colectivos asociados con la identidad comunitaria –casi siempre local, pero puede cobrar matices étnicos, como la escuela, la iglesia, la reproducción de fiestas o de la autoridad tradicional, o bien renombrando el nuevo territorio—. Para Del Acebo (1996), la fijación del territorio no sólo es práctica, sino también simbólica; mientras que para Scudder (1985), el asentamiento no se realiza plenamente sino hasta que los colonos desarrollan un sentido de arraigo y pertenencia que va más allá de la satisfacción de sus necesidades básicas.

En los momentos dos y tres, las redes familiares siguen funcionando, pero las de paisanaje y vecindad resultan estratégicas en la intermediación con los representantes del gobierno local. Y parece dominar la adscripción local a pueblos específicos o bien regionales. A la vez, en estos dos últimos momentos, el papel de los programas de gobierno y las acciones de las iglesias no católicas son muy importantes para la construcción de la vivienda, así como la etnización de los inmigrantes a través de los programas sociales y culturales dirigidos a la población indígena.

Un cuarto momento es la activa intermediación de agentes individuales y colectivos de estas comunidades ante agencias de gobierno, ya no como inmigrantes, sino como residentes, incluida la disputa política y simbólica con otros actores en la región en torno a temas de pertenencia y reconocimiento como miembros legítimos y ciudadanos de derecho de la región, y la identidad regional. Aquí funcionan las redes de paisanaje, pero también las redes y adscripciones étnicas, y la diferenciación entre nativos y migrantes. En las etapas tres y cuatro, el tema de la inclusión y el reconocimiento como sujetos de derechos ciudadanos y acceso a formas de representación y toma de decisiones colectivas son temas de disputa importantes, algunos de ellos mencionados por Du Bry y Palerm en sus estudios. Aunque a diferencia de lo que ellos mencionan, no parece viable la posibilidad de que estos inmigrantes, ahora residentes, puedan hacerse cargo de los costos de reproducción sin depender de los programas de gobierno.

Mientras que las primeras dos etapas se enfocan en asegurar la reunificación y subsistencia del grupo familiar, las dos últimas poseen una lógica de arraigo y de desarrollo del sentido de pertenencia a la nueva región de adscripción. En este sentido, el proceso de asentamiento no sólo es instrumental en términos de adaptación social, sino también simbólico, en la medida en que implica un apego afectivo al lugar de llegada, que sucede en forma paulatina. El arraigo sería ese proceso de apego al nuevo territorio que reorienta el horizonte vital y cultural de los inmigrantes, sin que conlleve, necesariamente, una ruptura de relaciones con el lugar de origen, sino que en algunos momentos se produce una revitalización simbólica a través de la reproducción de emblemas y espacios de simulación que fomenta la identidad comunitaria ligada al origen en mezcla con el destino. Adicionalmente, como lo muestra Rhett-Mariscal (1998), para estas poblaciones el arraigo supone una constitución de sujetos de gobierno en los nuevos lugares de llegada, que les permite reconstituirse como sujetos de

derecho en la nueva sociedad, donde las adscripciones útiles son las que les ofrecen más beneficios –como son las étnicas subordinadas–, pero que a la vez, como se señala en el capítulo VII, existe una búsqueda de reconocimiento como sanquintenses.

EL ABORDAJE INTERDISCIPLINARIO DEL ASENTAMIENTO

Para abordar el estudio del asentamiento como un fenómeno procesal de carácter multidimensional, acudimos a la combinación de métodos cuantitativos y cualitativos provenientes de la demografía, la antropología y la sociología. Metodológicamente, la aproximación interdisciplinaria y de trabajo en equipo, más que de forma individual, prometía enfrentar en mejores condiciones el reto de lograr una visión integral del proceso de asentamiento y de sus consecuencias, considerando diferentes niveles de análisis: nivel macro de la región, nivel meso de la familia y organizaciones sociales, y nivel micro de los trabajadores.

En el nivel macrohistórico de la región, el arsenal metodológico de la demografía parece el más adecuado, apoyado por la historia oral de la región que la antropología y sociología cultural pueden aportar a través de entrevistas biográficas o testimoniales con los pobladores pioneros. En el nivel meso de análisis de la familia y las organizaciones sociales, la aportación metodológica de cada una de las disciplinas se complementa en varias unidades de análisis: la sociología para el estudio de la acción colectiva asociada con las nuevas residencias y sus consecuencias en los procesos de integración social y cultural; la demografía para el estudio de los cambios en las estructuras de los hogares ligados con la transformación de la residencia, y la antropología para documentar este proceso de asentamiento desde la perspectiva de los trabajadores y las familias que son protagonistas de dicho asentamiento. El nivel micro de los

trabajadores fue analizado a partir de la encuesta demográfica levantada en el marco del proyecto así como de los estudios de caso.⁴ Éstos son niveles de análisis que difícilmente podrían combinarse en un solo método de investigación y, por ejemplo, con el fin de captar los cambios en la población y residencia y de las formas de empleo vinculadas con el asentamiento –las dos primeras dimensiones de este proceso identificadas en nuestro modelo– decidimos desarrollar la encuesta demográfica EBIMRE, de carácter cuantitativo, que ofrece una panorámica de nivel macro, basada en una muestra representativa de la población de la región, de igual forma, decidimos complementar dicha información con entrevistas semiestructuradas y estudios de caso por medio del método etnográfico para ofrecer una perspectiva cualitativa de cómo se desarrolla el asentamiento residencial en el tiempo y los cambios de empleo que significa tanto en el nivel familiar como en el individual.

El análisis censal y la encuesta biográfica

Para analizar la región de San Quintín en el nivel macro, definimos una aproximación metodológica demográfica sustentada en el análisis de datos agregados de los censos de población de diferentes años (1960 a 2010). Dado que la región de San Quintín no corresponde a ninguna entidad administrativa, el mayor reto de esta técnica documental consistió en hacer coincidir los datos en el nivel de localidades del Inegi con la unidad de análisis regional definida por nuestro proyecto.⁵ Estos datos

⁴ El lector podrá encontrar una reflexión metodológica extensa en Coubès, Velasco y Zolniski (2009).

⁵ Con la herramienta de un sistema de información geográfica se delimitaron los datos a nuestra definición de la región como cuatro delegaciones del municipio de Ensenada (Punta Colonet, Camalú, Vicente Guerrero y San Quintín). Esta recopilación logró la reconstrucción de la serie histórica de la población de la región a partir de

permiten documentar la transformación de la región presentada en el capítulo II.

Para obtener datos cuantitativos del nivel meso, de la familia, tanto en la dimensión de la residencia como en el de la movilidad y el empleo, se requería una encuesta específica que recopilara información de nivel individual y de hogar. Para documentar el proceso de cambio (de campamentos a colonias, así como en el ámbito laboral), se eligió una encuesta retrospectiva que diera información sobre la trayectoria de los individuos: la Encuesta Biográfica de Movilidad Residencial y de Empleo en San Quintín (EBIMRE), que se realizó entre mayo y junio de 2005. El diseño del muestreo fue adaptado al patrón de gran dispersión en localidades de diferentes tamaños de la región. La encuesta queda constituida por dos muestras separadas, la de colonias y la de campamentos, y los resultados se presentan para los dos ámbitos (Nota metodológica en los anexos).

A pesar de tratarse de un instrumento metodológico propio de la demografía, el diseño del cuestionario se benefició del trabajo interdisciplinario de equipo. Antes de la construcción de la encuesta, tanto el antropólogo como la socióloga habían realizado por medio de indagación cualitativa con pobladores hombres y mujeres de distintas edades sobre las lógicas y dinámicas de la movilidad y del empleo, lo que sirvió para la elaboración del cuestionario. La encuesta es usada en los capítulos II, III y IV.

Trabajo de campo etnográfico

Un segundo enfoque metodológico consistió en trabajo etnográfico para documentar el proceso de asentamiento desde una perspectiva cualitativa tanto en nivel meso de grupos domésticos y

1960, y la mayor disponibilidad de datos a partir del censo de 1990 permitió la caracterización en las últimas dos décadas.

organizaciones sociales como en el nivel micro de trabajadores. El trabajo de campo etnográfico se centró en tres áreas diferenciadas. La primera de ellas examina trayectorias laborales de trabajadores del campo con objeto de entender de qué forma han cambiado como resultado del asentamiento residencial. Con este fin, se emplearon estudios de caso para examinar procesos de diversificación laboral y movilidad ocupacional en sus trayectorias laborales. Específicamente, tal como mostramos en el capítulo III, nos centramos en tres tipos de trayectorias: 1) trayectorias de movilidad ocupacional dentro de la agricultura, 2) trayectorias de movilidad ocupacional de jornaleros agrícolas a contratistas e intermediarios laborales en la industria hortícola local, y 3) trayectorias de movilidad ocupacional de la agricultura hacia otros sectores de empleo.

Una segunda dimensión abordada en el trabajo etnográfico se centró en el grupo doméstico como unidad de análisis, con el fin de entender las estrategias económicas y sociales que hacen posible el asentamiento y la transición residencial de campamentos y/o cuarterías a colonias. De esta forma, mientras la encuesta EBIMRE capta la estructura y composición demográfica de los grupos domésticos en colonias y sus cambios respecto de sus características en campamentos, el trabajo etnográfico permitió documentar con mayor grado de detalle cómo se producen dichos cambios, así como las estrategias familiares que permiten a trabajadores del campo obtener lotes, construir sus propias viviendas e ir arraigándose en la región. Para ello, empleamos entrevistas en profundidad y observación participante, también, se recogieron historias de vida de hombres y mujeres jefes de hogar y cónyuges de familia para documentar sus experiencias de asentamiento, los recursos materiales y sociales que movilizaron para establecer raíces en sus nuevas comunidades y la manera en que los propios trabajadores evalúan las consecuencias tanto positivas como negativas del asentamiento sobre sus vidas y la de sus familias. Estas entrevistas nos permitieron obtener infor-

mación sobre formas de migración de miembros del grupo doméstico, anteriores y posteriores al asentamiento, incluida la migración laboral a Estados Unidos; se documentó así la estrecha articulación entre asentamiento y migración (y viceversa) arriba indicada en nuestro modelo analítico. La información etnográfica sobre grupos domésticos fue uno de los principales insumos empleados en el capítulo iv.

El tercer y último ámbito del trabajo etnográfico se enfocó en el papel desempeñado por agencias gubernamentales y ONG para facilitar y regular el proceso de asentamiento residencial de trabajadores y familias en colonias. Desde el inicio, nos percatamos de que para entender cómo se produce el asentamiento era necesario ir más allá de las familias como unidad de análisis y documentar el rol que juegan otros actores e instituciones en este proceso. Así, nos centramos en programas de ayuda a familias de bajos recursos implementados en el nivel de colonia, tanto por parte de diversas agencias estatales y gubernamentales como de ONG e iglesias protestantes de Estados Unidos y Canadá. Como explicamos más arriba, este enfoque descansa en la hipótesis de que el asentamiento es un proceso complejo que va más allá de los propios trabajadores y familias asentadas, e incluye a esa otra serie de actores institucionales y recursos tanto locales como nacionales y transnacionales que conforman el marco social y político en el que las experiencias de asentamiento de dichas familias han de situarse e interpretarse. La descripción del papel de estos actores y recursos se desarrolla en el capítulo V.

Aunque el trabajo etnográfico se realizó en varias localidades, se escogieron tres colonias específicas para un estudio más pormenorizado: una con una amplia población de origen triqui, en la que gran parte de los residentes son trabajadores del campo; una segunda colonia más reciente y de menor tamaño, con fuerte presencia de población zapoteca; y una última con población étnicamente más heterogénea de mestizos e indígenas,

más variada en términos del tipo de empleo de sus habitantes, y con antigüedad y arraigo en la región. Cada una de estas colonias tiene una población mayor a los 1 000 habitantes y se encuentra en diferentes momentos de su asentamiento, lo que permite captar las diferencias y los cambios que ocurren durante este proceso, lo que refleja el carácter procesal por etapas indicado en nuestro modelo. Al ser además las colonias donde se materializa el proceso de asentamiento, sirven para entender cómo las distintas dimensiones de dicho proceso, arriba identificadas, se van articulando en el transcurso del tiempo según dichas colonias van madurando. Si bien el método etnográfico se empleó en varios capítulos junto con estadísticas demográficas, es únicamente en el capítulo VIII donde se hace pleno uso de este método y se presenta una breve etnografía de la colonia triqui arriba mencionada.

La intervención sociológica y relatos de vida

La idea de que el asentamiento es un proceso complejo que involucra a una variedad de actores sociales que se movilizan más allá del grupo doméstico guió la puesta en marcha de la metodología de la intervención sociológica (Touraine, 1981), en complemento con los relatos de vida. Estos últimos se realizaron antes y después de la intervención sociológica, para cruzar y complementar la información surgida en dicha intervención, y se centraron en las dimensiones de experiencia migratoria, de participación comunitaria y política, y referentes de adscripción alrededor del asentamiento.

El método de intervención sociológica supone la capacidad de los actores sociales para reflexionar sobre sí mismos y sobre sus acciones colectivas ligadas con el cambio residencial. En esta investigación, se definió como movimiento social el conjunto de organizaciones de base y políticas en la región. El método supone tres etapas: en la primera, los integrantes del movimiento

social bajo estudio discuten entre sí para definir la unidad del movimiento; en la segunda, este grupo se reúne con aliados y adversarios para discutir la agenda del movimiento; y en la tercera, el investigador presenta la sistematización de los hallazgos de las dos primeras etapas y los pone a discusión con el grupo original, los integrantes del movimiento.⁶

Así mismo, en esta investigación se hizo un ajuste metodológico al introducir una etapa preliminar de definición del sujeto del movimiento y la reconstrucción del contexto de los actores sociales para delimitar el campo de la acción colectiva, para lo cual se realizaron entrevistas biográficas con distintos actores.

La etapa preliminar fue fundamental no sólo porque permitió delimitar cierta unidad social (en términos de clase y étnia de las organizaciones), sino también porque posibilitó la delimitación de los actores sociales con los que estaban en contienda, ya fuera en alianzas o en antagonismo. Esos otros actores eran parte del contexto de la acción colectiva de las organizaciones, por lo que también se realizaron entrevistas en profundidad con periodistas, funcionarios de gobierno, miembros de iglesias, empresarios agrícolas y empresarios de servicios. Las siguientes etapas de aplicación del método se realizaron a través de tres sesiones de taller, y en conjunto buscaron evidenciar la unidad, el conflicto y la identidad del movimiento. Las cuatro etapas se realizaron entre 2004 y 2005.

Las unidades de análisis de esta última aproximación metodológica fueron las organizaciones sociales, tanto de orden étnico, como de clase o residencial. Los resultados obtenidos por medio de este método se complementan con el trabajo etnográfico realizado en las colonias antes indicadas e ilustran la manera en que la acción colectiva opera en el nivel local en la contienda política por acceso a recursos en dichas colonias y a través de

⁶ Una reflexión amplia sobre esta experiencia metodológica se encuentra en Velasco (2011a).

la cual los nuevos pobladores buscan consolidar y legitimar su arraigo a una comunidad regional; además, para contextualizar y complementar la información social y biográfica fue construida una base de datos hemerográficos sobre acciones colectivas y movilizaciones sociales en la región con la información de periódicos nacionales y regionales de 1980 a 2010. En conjunto, la base hemerográfica, los relatos de vida y la intervención sociológica, nos permitieron construir el capítulo VI, que trata sobre las movilizaciones laborales y residenciales que han caracterizado a la región en los últimos 30 años, y el capítulo VII, que trata sobre el surgimiento de una identidad sanquintense.

El enfoque interdisciplinario arriba descrito atravesó diferentes etapas. En la primera fase de diseño conceptual, prevaleció el diálogo interdisciplinario, con el objeto de desarrollar un modelo analítico de asentamiento que nos permitiera captar la riqueza y complejidad que, según observamos, este proceso tenía en la región. Esta primera fase nos permitió identificar los niveles macro, meso y micro que abordamos en este libro, los antecedentes teóricos provenientes de distintas tradiciones y disciplinas referentes al asentamiento en comunidades agrícolas rurales, y algunos de los conceptos centrales que empleamos para analizar este proceso. En esta primera etapa, también diseñamos los métodos y las técnicas de investigación que se emplearían por parte de la demografía, la sociología y la antropología, también discutimos cómo se podrían complementar para los fines de nuestro estudio.

Una segunda fase consistió en la aplicación de estos métodos para recoger los datos cuantitativos y la información cualitativa de nuestro estudio. A diferencia de la primera etapa, caracterizada por el diálogo interdisciplinario, en esta segunda fase privaron la especialización disciplinaria y el trabajo individual por parte de los miembros del equipo de investigación. Esta decisión fue fruto de nuestra opción de preservar la especificidad y el rigor de cada uno de los métodos empleados para maximizar tanto su

potencial heurístico como la experiencia y especialización profesional de cada uno de los que participamos en el proyecto.

La tercera y última fase consistió en el análisis de los datos y la redacción de resultados. En esta etapa, regresamos al diálogo interdisciplinario, especialmente en aquellos capítulos donde se combinan varios métodos (III y IV). En la redacción de este libro, hemos tratado de respetar las voces de las distintas disciplinas y autores que hemos colaborado y mantener un equilibrio que refleje el espíritu interdisciplinario con el que comenzamos este proyecto. Nuestra experiencia de colaboración nos ha enseñado que el trabajo interdisciplinario implica tanto especialización disciplinaria y metodológica como el proceso reverso de desfocalización donde se exige el diálogo y la colaboración entre varias disciplinas; igualmente, nos percatamos de que cada una de las fases arriba indicadas implica tanto atractivas posibilidades de colaboración interdisciplinaria como retos y dificultades para materializar dicho encuentro, lo que nos obliga a tomar decisiones estratégicas de cómo afrontar cada una de dichas etapas. Esperamos que nuestro libro contribuya al creciente acervo de experiencias de colaboración interdisciplinaria en las ciencias sociales.



CAPÍTULO II

SURGIMIENTO Y DESARROLLO
DE UNA REGIÓN FRONTERIZA
TRANSNACIONAL



*Fotografía de Abdel Camargo,
archivo particular, "Jornaleros
subiendo al camión", Carretera
Transpeninsular, colonia Santa
Fe, Valle de San Quintín, junio
de 2010.*



EL VALLE de San Quintín no tiene ninguna definición administrativa, y su delimitación más aceptada es la que incluye cuatro delegaciones del municipio de Ensenada, al cual pertenece: Punta Colonet, Camalú, Vicente Guerrero y San Quintín. Estas delegaciones cuentan con cinco localidades principales, cuatro que dan nombre a estas mismas y Lázaro Cárdenas –de mayor población–, ubicada en la delegación de San Quintín. Sin embargo, el poblamiento es muy disperso y la región también incluye un gran número de pequeñas localidades de menos de 2 500 habitantes (incluso menos de 1 000 o 100), pues hay quienes viven en ranchos, casas aisladas o campamentos de trabajadores agrícolas (cuadro 8 en anexo).

En los últimos 50 años, la población creció de forma exponencial, y la región pasó a ser de una zona cuasi desértica con algunos ranchos y colonias pioneras, a una región fronteriza semiurbana. Por su ubicación fronteriza que facilita los intercambios,⁷ el desarrollo de la zona, basado en el desarrollo de la agricultura para la exportación, fue articulado a Estados Unidos. El despegue demográfico y el asentamiento de la población en la región se dio cuando la economía se conectó a los mercados internacionales a través del país vecino.

Como segundo productor de tomate en el país, San Quintín es hoy en día una región a la vanguardia de la agroexportación, y ha experimentado una modernización productiva que ha transformado los procesos y tipos de producción, así como de trabajo. Hoy, la horticultura de San Quintín es una agricultura industrial con altos rendimientos productivos, alta tecnología e inversión de capital externo cuya producción se exporta en invierno y verano.

⁷ El Valle de San Quintín está ubicado a 300 kilómetros de la frontera internacional.

MAPA 1. Valle de San Quintín, delegaciones y principales localidades



Fuente: Elaborado con base en cartografía del Inegi.

En este capítulo, queremos demostrar que la gran explotación de productos hortícolas transformó un frente pionero agrícola

(*frontier*) en una región semirural fronteriza en crecimiento (*border*) gracias a la interfase internacional que articula los intercambios comerciales. El aprovechamiento de la ubicación fronteriza permitió el paso de una zona de colonos pioneros hasta una región integrada a mercados internacionales, a través del asentamiento de jornaleros agrícolas con sus familias.

Este capítulo relata la historia de dicha evolución. En la primera sección se presentan los orígenes históricos de la región con los proyectos de colonización fallidos, que se mantuvo como un pequeño frente pionero hasta la década de 1970. En la segunda, se describe el desarrollo de la agricultura de exportación, base del desarrollo económico regional. Las distintas fases de este desarrollo, desde sus inicios hasta la actualidad, permiten entender a su vez las fases de variación demográfica; éstas se presentan en las últimas secciones del capítulo con la dinámica de crecimiento poblacional, el cambio demográfico y social, y la transformación de los tipos de residencia –de campamentos de trabajadores agrícolas a colonias–, los cuales en conjunto conforman las etapas del proceso del asentamiento.

HISTORIA DE LA REGIÓN HASTA 1970: CRECIMIENTO POBLACIONAL Y DESARROLLO ECONÓMICO MUY LENTOS

El desarrollo poblacional de la región de San Quintín se enmarca dentro de la historia demográfica de la península de Baja California. Se trata de una región muy árida, habitada inicialmente por una población nativa de cazadores recolectores sumamente dispersos, hoy en día desaparecida, que conoció un desarrollo poblacional muy lento y muy tardío. Por su parte, la historia económica del noroeste de los proyectos agrícolas liderados por una combinación de impulsos del Estado y de empresarios privados (Cerutti, 2011),

da la pauta del desarrollo de la región de San Quintín. Sin embargo, este desarrollo será mucho más tardío que en las demás regiones agrícolas del noroeste.⁸

Después de un primer intento de colonización religiosa, fallida,⁹ a finales del siglo XVIII, el segundo intento de colonización, civil esta vez, pero que tampoco prosperó, se dio a finales del siglo XIX. Establecida la nueva frontera con Estados Unidos, esta región entonces fronteriza fue objeto de uno de los proyectos de colonización de gran escala del porfiriato, que se desarrolló bajo la nueva Ley de Colonización (1883). Durante este período de fortalecimiento de la política de apertura a inversiones estadounidenses, se desarrolla la agricultura comercial por compañías extranjeras: en primer lugar, una compañía estadounidense y luego una compañía inglesa (Barbosa y Barrón, 1983).¹⁰ La urbanización de la región de San Quintín incluyó la fundación de una colonia residencial y el desarrollo del transporte marítimo con dos vapores de la compañía,¹¹ que hacían recorridos regulares entre San Diego, Ensenada y San Quintín, lo cual permitió establecer un servicio de correos. En 1890, se construye un muelle, un molino harinero (con maquinaria muy moderna) y un hotel. Para ese momento, en la

⁸ Tales como Valle de Méxicali en Baja California, Valle del Mayo en Sonora, y Valle de Sinaloa.

⁹ La misión Santo Domingo de la Frontera (ubicada en la actual delegación Vicente Guerrero) fue fundada por dominicos y funcionó de 1775 a 1839. Sin embargo, esta misión se mantuvo demasiado pequeña y ocasionó un efecto de decrecimiento demográfico de la población nativa (Magaña, 1998). Su historia fallida está sintonizada con la de las demás misiones de la parte norte de la península de Baja California que fueron fundadas “cuando el sistema misional de la península, considerado en su conjunto, estaba en vías de extinción” (Piñera, 2006:17).

¹⁰ “La compañía inglesa” era el nombre coloquial más conocido, pero su nombre oficial era Mexican Land and Colonization Company Limited, y esta compañía creó otra empresa en 1891, con nombre Lower California Development Company Limited. La primera compañía que adquirió la concesión en 1887 era estadounidense y se llamaba The International Company of Mexico.

¹¹ La colonia Romero Rubio.

colonia ya se habían asentado unas 200 personas, entre ellas trabajadores y empleados de la compañía, comerciantes, además de los colonos agricultores que fundaron los primeros ranchos y desarrollaron una agricultura basada en el cultivo de trigo (Piñera, 2006).

Un ferrocarril con ruta San Quintín-Ensenada (para llegar a Tijuana y entroncar con los ferrocarriles de Estados Unidos) estaba previsto y se inició su construcción, pero fue interrumpida cuando el gobierno federal decidió limitar este proyecto, y finalmente fue revocada la concesión a las compañías en 1917.¹² Cuando la compañía inglesa se fue de la región, sus tierras, donde aún quedaban cuatro ranchos, se regresaron al dominio de la nación lo cual fue sancionado oficialmente en 1930 (Gobierno del Estado de Baja California, 2007).

Si bien fue limitada, la intervención del Estado parece decisiva, ya que fue el que abrió y luego cerró las concesiones a empresas extranjeras privadas. El gobierno central de México decidió limitar la política de colonización porfirista en esta región, al considerar esta política de concesiones a empresas extranjeras demasiado riesgosa: la región estaba tan vinculada con el sur de California como desvinculada del resto del territorio mexicano.¹³ Así, la cercanía con Estados Unidos que fomentaba el crecimiento económico de la región lo restringía también. La dificultad radicaba en lograr un desarrollo que aprovechara las ventajas naturales de la proximidad geográfica con el mercado estadounidense sin ser demasiado dependiente de ese país vecino. Y desde el punto de vista demográfico, el problema era cómo poblar la zona, limitando a la vez la inmigración estadounidense. El reto era crecer en interacción con Estados Unidos, sin riesgo para su propio desarrollo dentro del Estado nacional mexicano, por lo que necesitaba tener

¹² Sobre la construcción del ferrocarril, véase Taylor (2011).

¹³ Según Piñera, los intereses de las compañías colonizadoras se enfrentaron a los del gobierno mexicano en esa época. Primero, con la compañía estadounidense y luego con la compañía inglesa, se sospechó que ambas podían hacer el juego a los intereses expansionistas de Estados Unidos sobre Baja California.

un umbral mínimo de población, del cual carecía en esa época. Sin embargo, si el desarrollo de la época no prosperó, sí formó las raíces de la integración actual a la economía globalizada.

El frente pionero: reparto agrario y rancherías

Después del intento fallido de colonización, basado en la concesión a empresas extranjeras, no es sino hasta la década de 1930 que la región de San Quintín inicia su historia de continuo desarrollo poblacional. Este desarrollo es, sin embargo, extremadamente lento. La primera colonización duradera comienza con la repartición de tierras por el estado a pequeños y medianos propietarios.¹⁴ No se trata de un proyecto de gran escala como en Mexicali y no se observan movilizaciones generales de ejidatarios. Se distribuyeron tierras primero a algunos “repatriados” de Estados Unidos en la década de 1930,¹⁵ y en la década siguiente a agricultores de la región centro occidente (principalmente Michoacán) que fueron desplazados por la reforma agraria.

Un descendiente de una de estas familias pioneras cuenta cómo, entre 1932 y 1934, tres ranchos (Papalote, Escobas y Rancho Seco) que habían sido abandonados por los ingleses fueron entregados a diferentes familias que venían de Estados Unidos (Ramírez, 2008). En ese entonces, un solo rancho, el Bateque, fundado en 1905 por la familia Meza, seguía habitado. En total, estos cuatro ranchos en toda la zona de Vicente Guerrero-San Quintín se mantuvieron prácticamente solos

¹⁴ El Estado retomó la distribución de tierras a particulares, que había intentado a finales del siglo XIX, pero que no había logrado; por ello, intentó también la apertura a compañías extranjeras, de las cuales, sin embargo, siempre desconfió.

¹⁵ Fueron pocas las tierras de Baja California distribuidas a repatriados, y en San Quintín menos aún, pero considerando que el lugar era casi desértico, no es anecdótico. Sobre el tema general de los mexicanos repatriados durante la gran crisis de Estados Unidos, véase Alanís (2007).

hasta la década de 1940.¹⁶ En esa década, la dinámica pionera toma fuerza con una mayor distribución de tierra e incremento en el número de ranchos para agricultores venidos de la zona centro occidental del país.¹⁷ Sin embargo, la región permanecía aislada, pues sin carretera se requería entre 17 y 18 horas para ir de San Quintín a Ensenada. El testimonio también describe un lugar desolado donde pasaban algunos fayuqueros cada año, y que esperó hasta 1948 para ver la llegada del primer “doctor”, quien en realidad era un boticario (Ramírez, 2008:35). Hasta la década de 1960 siguió siendo una zona muy poco poblada, con ranchos pioneros y menos de 4 000 habitantes en toda la región, considerada desde Punta Colonet hasta San Quintín.¹⁸

Los agricultores de los ranchos y pequeños propietarios practicaban una agricultura de temporal de cultivos tradicionales como maíz, frijol, calabazas, melón, para el autoconsumo y el consumo local; los primeros productos comerciales eran trigo y cebada maltera para la cervecería de Tecate, papas y chile,¹⁹ así

¹⁶ Existía entonces una sola colonia, San Ramón, fundada en 1929 (la primera, creada por los ingleses, había desaparecido); los primeros asentamientos se dieron más en ranchos que en colonias.

¹⁷ En entrevista, uno de estos agricultores proveniente de Guanajuato cuenta que había ido a trabajar en los campos de algodón de Mexicali, y desde ahí se juntó a un grupo que recibió tierra por decreto presidencial (grupo Nuevo Baja California, en 1942) (Manuel, entrevista, 2009).

¹⁸ Los datos demográficos de la región presentados en este capítulo se refieren a la población del territorio de las cuatro delegaciones: Punta Colonet, Camalú, Vicente Guerrero y San Quintín; y fueron elaborados en el marco del proyecto (sección *El análisis censal y la encuesta biográfica* en el capítulo 1).

¹⁹ La papa se desarrolla para consumo nacional con la semilla de papa blanca, importada de Estados Unidos. Esta semilla no existía en el resto del país y las demás no daban buenos resultados por el tipo de clima, pero cuando se prohibió seguir importando la semilla ya se había abandonado el cultivo, debido a que éste se terminó antes (entrevista a ingeniero de la Sagarpa por Christian Zlolski). El chile pasilla, por su parte, se desarrolló a gran escala a partir de la década de 1950. Los primeros chiles se secaban en Maneadero, luego en Santa María y finalmente, en 1953, el Valle tuvo su secadora en el rancho Hussong (Ramírez, 2008).

como un poco de ganado. El régimen de la tierra era principalmente ejidal y la producción estaba basada en el trabajo familiar.

Para 1970, esta zona siguió siendo una frontera pionera, la ausencia de carretera firme mantuvo el aislamiento y la población sólo alcanzó 8 559 habitantes (número bastante pequeño, aunque la población se haya multiplicado durante la década anterior). A partir de la década de 1970, la pavimentación de la carretera transpeninsular rompió el aislamiento del Valle, lo conectó con la frontera Tijuana-San Diego, a cuatro horas de distancia al norte. San Quintín comenzó entonces a aprovechar su situación fronteriza con un inicio de articulación con Estados Unidos (Velasco, 2007), y se dio el principio del despegue económico y demográfico impulsado por el desarrollo de la agricultura de exportación, especialmente la producción de tomate. Al lado de los rancheros que continuaron la producción en pequeña escala, los primeros empresarios, desde Sinaloa y Mexicali, comenzaron una producción hortícola para el mercado estadounidense (Martínez, 2004). Para esta producción, acarrearon mano de obra migrante desde los estados del sur del país, particularmente de la región indígena mixteca de Oaxaca. Esta población, considerada al inicio únicamente como mano de obra, va a crecer, asentarse y transformar la demografía de la región.

CONFORMACIÓN DE UNA REGIÓN AGROEXPORTADORA TRANSNACIONAL

Desde sus inicios, la agricultura comercial articulada a los mercados internacionales representa la base del desarrollo económico de San Quintín y de los procesos de asentamiento residencial y colonización. El primer desarrollo agrícola fallido, a finales del siglo XIX, se basó en el cultivo de trigo. Casi cien años después, el segundo desarrollo, que va a dar al Valle su despegue, está basado en el cultivo de las hortalizas, principalmente del tomate.

Desde sus orígenes, por las áridas condiciones climáticas de la zona, el problema para la agricultura era la escasez de agua y a partir de la década de 1940 se prepararon pozos en diferentes ranchos.²⁰ Con el desarrollo de la agricultura, se cavaron cada vez más pozos, lo cual impulsó los primeros cultivos de riego de hortalizas y cereales para el mercado regional (Ensenada y Tijuana); pero estas obras no controladas generaron simultáneamente escasez de agua y problema de sustentabilidad de la agricultura en la zona.

El desarrollo de la agricultura de exportación se puede analizar siguiendo tres etapas: la fase inicial (mitad de la década de 1970 a mitad de la de 1980), la fase de expansión con el gran *boom* de la producción (mitad de la década de 1980 a finales de la de 1990) y a partir de finales de la década de 1990 hasta la actualidad, con el agotamiento del modelo anterior, la fase de reestructuración productiva, que ha cambiado formas y tipos de producción, así como los procesos de trabajo.

La fase inicial comenzó con la finalización de la carretera transpeninsular en 1973, cuando los primeros empresarios, desde Sinaloa y Mexicali, empezaron la producción de tomate para el mercado estadounidense (Martínez, 2004). La producción de tomate de piso con uso intensivo del agua de riego por surco requiere una fuerza laboral más importante que la familiar; y como no existía localmente se buscó mano de obra migrante. Más tarde, surgieron los primeros empaques con tecnologías tradicionales, y los pequeños productores locales sembraron también el tomate; vendieron para el mercado nacional y el de Estados Unidos. La inversión del Estado en infraestructura en el Valle de San Quintín ha sido escasa, y se ha dejado la iniciativa del sector agroexportador en manos de inversionistas privados—especialmente estadounidenses—, mediante alianzas comerciales con productores locales (Zloliniski, 2010).

²⁰ Para enfrentar el problema de la escasez de agua, la compañía inglesa había preparado el primer pozo en el rancho Papalote; y en 1945, había únicamente dos pozos profundos en los ranchos Las Escobas, Rancho Seco y Tres Papalotes (Ramírez, 2008).

La segunda etapa, correspondiente a la expansión de la agricultura a gran escala, inició a mediados de la década de 1980. La localización fronteriza ha tenido un papel determinante para los perímetros agrícolas de San Quintín, que son los más cercanos a los vastos mercados de consumo de California. En este contexto, el papel de los empresarios será articularlos a estos mercados de California, que representan una puerta de entrada a los demás de Estados Unidos y a otros mercados internacionales. Grandes empresas ubicadas en Sinaloa, que ya tenían estrechos vínculos comerciales con compañías distribuidoras gigantes en Estados Unidos, tales como Caste and Cook (Zlolsniski, 2010:161) o Del Monte, buscaban ampliar su ventana de producción para exportación a través de San Quintín, durante la temporada de primavera-verano. La compañía ABC, productora de tomate en Sinaloa, principó desde 1980 su exploración de la región para la producción, rentando unas pocas hectáreas de tierra para producir. A partir de 1983, contaba con una extensa producción en 1 000 hectáreas. Años más tarde, alcanzaron un máximo de 1 500 hectáreas (Espinoza, entrevista, 2005). Otras grandes corporaciones nacionales se instalaron y la competencia entre ellas promovió una intensificación de la producción y una modernización tecnológica.²¹ Las superficies cultivadas son mucho más amplias (miles de hectáreas), por lo que los productores locales, para poder competir con estos colosos, tienen que modernizarse también al ampliar las superficies y volúmenes de producción. La producción es ahora dirigida principalmente hacia la exportación, lo cual suscitó una intensa contratación de fuerza laboral migrante, desde el sur o de la ruta de la producción hortícola del noroeste. Así, muchos de los trabajadores venían directamente de Sinaloa para la temporada primavera-verano a San

²¹ Con la experiencia que tenían de esta compañía en Sinaloa y la forma de producción en Florida, introdujeron el riego por goteo y otras novedades, como programas más sofisticados de fertilización e hilado de los tomates de vara (Espinoza, entrevista, 2005). También se menciona la construcción de un empaque moderno y grande, en lugar de los empaques pequeños y rústicos que los productores locales empleaban antes.

Quintín. Durante la década de 1980, las condiciones de trabajo fueron pésimas, con salarios muy bajos y sin ningún derecho a seguridad social, y se registraron varios conflictos laborales entre trabajadores agrícolas y empleadores por pago atrasado, incluso falta de pago de salarios (Velasco, 2002).

A mitad de la década de 1990, la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) dio un nuevo impulso a las exportaciones de hortalizas mexicanas, y la zona de San Quintín aprovechó esta coyuntura. Por la seguridad jurídica que otorgaba a la inversión, el TLCAN fomentó una mayor entrada de capital transnacional y estadounidense, atraído por la mano de obra barata y especialmente por las mínimas restricciones ecológicas en la producción (esto comparado con Estados Unidos, en particular con el uso de plaguicidas y pesticidas); además, la concomitancia de la entrada en vigor del tratado con la devaluación del peso que incentivó las exportaciones dio por resultado un *boom* en las exportaciones mexicanas a partir de 1995 (Coubès, 2003), en el cual se incluyen también las hortalizas, cuyas exportaciones incrementaron notoriamente hasta antes de la eliminación de los aranceles para productos agrícolas (que tuvo efecto a partir de 2003 en el espacio estadounidense). En San Quintín se observa un crecimiento exponencial de la producción entre 1994 y 1999.²² Este aumento enorme de la producción ha puesto en riesgo el equilibrio ecológico de la zona. En 2001, un estudio puso en alerta sobre los riegos de la agroexportación, dado que se calculó que se había extraído seis veces más agua de los acuíferos que la tasa de recarga de las seis cuencas subterráneas de la región (Zlolski, 2011). Esta situación dio pie a la gran modernización productiva del Valle, lo que definimos como la tercera etapa.

²² De 226 000 toneladas en 1994 a 520 000 en 1999, según Gallardo (2010), con base en datos de la Sagarpa, CADER, San Quintín, que incluye campos de las delegaciones de San Quintín, Vicente Guerrero y Camalú. Todos los datos sobre la producción en San Quintín entre 1994 y 2008 presentados en este apartado fueron tomados de Gallardo (2010).

Esta tercera etapa dio comienzo cuando el modelo de acumulación anterior entró en crisis por la escasez de agua de los pozos y el problema de salinización de los suelos, momento en que las empresas se adaptaron y realizaron una reestructuración productiva. Pasaron de la producción en alto volumen a la producción de calidad con base en las innovaciones tecnológicas, la diversificación de cultivo y la ampliación del ciclo de cosechas, todas las cuales tendrán repercusiones importantes sobre las formas de trabajo. Esta adaptación se vio facilitada por la concentración del capital en unas pocas grandes empresas que el aumento de la inversión, asociado con el inicio del TLCAN, había generado.

La modernización productiva está basada, en primer lugar, en la adopción de tecnología de punta. En San Quintín, la introducción de los cultivos de invernaderos y del sistema de riego por goteo ha sido un gran factor de cambio. La producción en invernadero inició a finales de la década de 1990 de manera muy marginal; durante los cinco primeros años, de 1997 a 2001, sea invernadero completo o en forma malla sombra (cobertura de plástico) ésta representa menos de uno por ciento de la producción total. Pero a partir de 2002 comenzó a crecer hasta llegar a cerca de 100 000 toneladas, lo que corresponde a 35 por ciento de la producción total en 2008. Su implantación es particularmente notoria durante el ciclo primavera-verano, cuando la producción en invernadero representa 44 por ciento del total (Gallardo, 2010:53). En los invernaderos, la utilización de biotecnología (semillas mejoradas, cultivo de plantas esquejes) y fertirrigación aumenta aún más los logros de producción y rendimiento: en 2008, el tomate en invernadero tuvo un rendimiento de 102 toneladas por hectárea versus 49 a cielo abierto; para el pepino, la diferencia es de 50 toneladas por hectárea en invernaderos versus 36 a cielo abierto (Gallardo, 2010:58). Además de mejorar el rendimiento, se trata de adaptar el producto a las nuevas exigencias del mercado, las cuales repercuten en el sistema de certificación para exportar a Estados Unidos, que es cada vez más exigente.

El proceso de certificación exige la introducción de nuevas tecnologías, tanto en la producción como en los empaques;²³ en las grandes empresas se adoptan empaques de alta tecnología y mayor volumen totalmente automatizados, con selección de tomates por fotografía computacional, y el sistema de distribución está organizado en *justo a tiempo*.²⁴

El segundo elemento de la modernización productiva es la diversificación de los cultivos. El gran desarrollo de la agroexportación de San Quintín estuvo basado en una especialización hacia la producción de tomate, pero, éste producto emblemático de las dos primeras etapas, ha ido disminuyendo: en 1995, el tomate vara a cielo abierto representaba más de 70 por ciento de la producción y sólo 40 por ciento en 2008 (principalmente por su modalidad de tomate en invernadero).²⁵ Además del tomate, la fresa (una cuarta parte de la producción), la cebolla y el pepino son los principales cultivos; así mismo, aparecieron muchas otras hortalizas, como apio, brócoli, etc. La diversificación de los cultivos permite una mayor adaptación a los mercados y a la variabilidad de sus demandas. La fresa, producida principalmente en el ciclo otoño-invierno, se distribuye en los mercados con un carácter claramente contra-estacional, lo cual permite aprovechar nichos de mercados cuando los precios son más altos.²⁶

Finalmente, el alargamiento de las temporadas agrícolas es un tercer factor de cambio. La superficie cosechada a cielo abierto disminuye (desplazada por los invernaderos que tienen una productividad muy superior) y el período de producción se

²³ La alta tecnología se desarrolla en todas las áreas, por ejemplo en el año 2000 se construyeron dos plantas de desalinización de agua de mar, en respuesta al agotamiento de las aguas subterráneas.

²⁴ Visita de campo a empresa de empaque Los Pinos, realizada por los autores.

²⁵ La gran caída de la producción total en el año 2000 corresponde al declive del tomate vara.

²⁶ La expansión significativa de la fresa se da con la llegada de Driscoll's en 2003 (Zlorniski, 2010).

extiende más allá de la etapa tradicional primavera-verano, a lo largo de todo el año. Aunque quede la temporada primavera-verano como la más productiva, el ciclo de producción se acerca al modelo de California de alta producción durante todo el año (Zabin, 1997). La producción durante el ciclo otoño-invierno, que representaba 28 por ciento del total en 1994, llegó a 43 por ciento en 2008 (Gallardo, 2010). Esta producción, realizada sobre el conjunto del año, amplía las temporadas laborales y es un determinante esencial del proceso de asentamiento de los jornaleros migrantes.

Tradicionalmente, la horticultura es exigente en fuerza laboral,²⁷ y la nueva tecnología implementada es intensiva en trabajo: los invernaderos demandan más mano de obra que los cultivos a cielo abierto; además, surgen nuevas ocupaciones de empleo calificado, más estables y mejor remuneradas, como regadores, choferes de equipo agrario, mecánicos, aplicadores de productos químicos, capataces y técnicos. Al mismo tiempo, estas tecnologías se utilizan para flexibilizar la organización del trabajo para la mayoría de los jornaleros empleados en este sector, como es el caso en otras regiones agroexportadoras en México (Lara, 2006). Sin embargo, las repercusiones de este proceso sobre la especialización del empleo no tienen consenso. Para algunos autores, esta especialización es todavía incipiente; otros plantean que las transformaciones técnicas de los procesos de producción también provocan cambios en las formas de trabajo. Por una parte, hay una especialización entre las tareas para la preparación del campo y la cosecha, y por otra, nuevos tipos de puestos de trabajo resultan necesarios para la producción agrícola, como los técnicos de control del riego por goteo y de los modernos invernaderos, cuya tecnología es importada de Holanda, España o Israel.

²⁷ Así, en 1998 en Baja California, la horticultura representaba 12 por ciento de la superficie cultivada, pero 48 por ciento del empleo agrícola (García y Omaña, 2001).

La reestructuración se vio facilitada por la concentración del capital en unas pocas grandes empresas que el aumento de la inversión en el proceso del TLCAN había generado. Actualmente, la mayor parte de la producción está liderada por grandes empresas, ya sea directamente o porque éstas controlan a los líderes de origen (Zloliniski, 2010). Los procesos de certificación y el TLCAN son también factores que facilitan la integración de San Quintín como región agroexportadora en la industria hortícola global.

Para satisfacer los nuevos requisitos del mercado de Estados Unidos y, por lo tanto, para lograr la certificación de las normas de calidad, los contratistas tuvieron que controlar la calidad de toda la cadena de producción, tanto desde el punto de vista de la calidad del producto como de las condiciones laborales, tales como mejoras en la higiene y disminución del trabajo infantil. Así, mientras que el Estado mexicano ha sido incapaz de reducir este último, hubo algunas mejoras en esta área, resultado de la regulación de los mercados por la acción del consumidor.²⁸

Durante este proceso de conformación de una región agroexportadora transnacional, el desarrollo de la agricultura de exportación ha sido conducido desde la interacción entre empresarios y trabajadores migrantes. El Estado ha estado ausente, y llegó después de que este proceso de desarrollo de la agricultura había transformado la dinámica demográfica y el sistema de residencia.

²⁸ Si el trabajo de los niños en los campos no ha desaparecido, especialmente en las empresas medianas, es innegable que ha disminuido en San Quintín en los últimos años. De hecho, desde mediados de 2000 existen estancias infantiles en varias empresas, con diversas fuentes de financiamiento (empresas, organismos internacionales y Estado).

CRECIMIENTO Y TRANSFORMACIÓN POBLACIONAL (1980-2010)

Dinámica demográfica basada en la movilidad temporal

El crecimiento poblacional iniciado durante la década de 1970, se aceleró durante la de 1980, período de cambio demográfico basado en el desarrollo de la agricultura. De acuerdo con las etapas del proceso de asentamiento presentadas en la introducción del libro, este período corresponde al primer momento de arribo. Con el inicio de la hortaliza de exportación a mitad de la década de 1970, San Quintín se añadió como etapa secundaria en el circuito de la migración agrícola del noroeste mexicano (Jalisco y Sinaloa) hacia California (Velasco, 2002). Al intensificarse la contratación de mano de obra migrante, San Quintín se convirtió en un destino per se para la migración de trabajadores agrícolas. Se desarrolló un circuito de migración circular entre las montañas de Oaxaca y San Quintín, y para dar cabida a estos trabajadores temporales contratados en su región de origen (que llegaban a menudo con sus familias), los campamentos se multiplicaron.

Estos campamentos están ubicados sobre terrenos que son propiedad de los patrones, distantes de las aldeas del Valle, conformando una residencia controlada y segregada para los jornaleros agrícolas, donde las familias indígenas viven en condiciones de extrema pobreza y de completa dependencia de su patrón, aisladas del resto de la sociedad de San Quintín. Para una gran parte de ellas, se trata de una residencia temporal, pero desde el inicio del movimiento migratorio varias familias se quedan todo el año en el campamento.

La dinámica demográfica de la región se da al ritmo de la producción hortícola, durante el verano de alta producción, la población jornalera migrante llega a partir de mayo y se regresa a partir de septiembre. Las movilidades son diversas, entre campamentos de diferentes regiones: migración pendular cuando vienen del

sur, trabajan en primavera-verano y después se regresan a sus comunidades de origen, así como migración circular –según circuitos más complejos de migración itinerante–, siguiendo las cosechas en distintas regiones, incluidas aquellos que salen del sur para trabajar primero en Sinaloa, luego en San Quintín y después en Estados Unidos (Lara, 2000). En la década de 1980, se contaba con unos 40 campamentos habitados, los cuales llegaron a recibir hasta 400 personas cada uno (Brenes, entrevista, 2005).

Sin embargo, en razón de la fuerte segregación residencial de los trabajadores agrícolas, este aporte poblacional temporal no impactó de manera importante la demografía local.

El despegue demográfico

El cambio demográfico de la región se dio cuando familias de jornaleros migrantes se instalaron fuera de los campamentos, en nuevas colonias de viviendas, durante el segundo momento del proceso de asentamiento, de independencia residencial. Estas colonias formaron nuevas localidades a lo largo de la carretera y/o son nuevas colonias dentro de las localidades ya existentes. La década de 1980 marcó el inicio de este movimiento, que se desarrolló con fuerza en las siguientes décadas. Entre 1970 y 1990, la población del Valle se duplicó más de dos veces al pasar de 8 559 a 38 151 habitantes, lo que representa un verdadero *boom* demográfico con una tasa de crecimiento de 7.5 por ciento anual en estas dos décadas. El componente migratorio es esencial para este crecimiento demográfico: en 1990, 57 por ciento de los 38 mil habitantes era migrante (nacidos fuera del estado), y casi una cuarta parte no vivía en el área cinco años antes (23 %) (Inegi, 1990).²⁹

²⁹ Sobre la elaboración de los datos para la región a partir de la información censal ver nota 5 del capítulo I.

Durante la década de 1990, el incremento poblacional se aceleró y la producción agrícola durante todo el año creció, lo que generó demanda laboral más allá de la temporada tradicional de verano, y permitió a los jornaleros agrícolas abandonar la migración circular y asentarse en el Valle. Esta década representa el gran período de instalación y de colonización de nuevos barrios; el desarrollo poblacional es patente y la región cuenta con 74 000 habitantes en el año 2000, prácticamente se duplicó la población con una tasa de crecimiento anual de 6.75 por ciento para toda la década de 1990.

El poblamiento familiar se desarrolló y transformó la estructura demográfica y social de la región con mayor presencia de mujeres y de niños.³⁰ Las familias tienen una alta fecundidad y esta natalidad elevada empieza a tener un papel significativo en el crecimiento poblacional, hasta ahora determinado principalmente por la inmigración.

En el año 2000, más de la mitad de la población era migrante (52 % nació fuera del estado, lo cual aumentaría si se considera a aquéllos nacidos fuera de San Quintín), y aunque la proporción de migrantes recientes (llegados en los últimos cinco años) disminuyó, pasando de 23 por ciento en 1990 a 13 por ciento en 2000, ésta sigue siendo importante. El flujo migratorio contempla a familiares que se unen a parientes o paisanos ya instalados previamente en la región, pero también se añaden nuevas regiones de origen migratorio, por ejemplo el estado de Guerrero. La inserción de regiones rezagadas de Guerrero al circuito migratorio demuestra cómo las empresas agrícolas han dirigido los flujos migratorios de la zona. A partir de la década de 1970 y todavía en la 1980, la migración temporal

³⁰ Varios indicadores demográficos demuestran este cambio: entre 1990 y 2000 ha disminuido la tasa de masculinidad general (de 105.4 % a 102.5 %) y la proporción de población económicamente activa (pasó de 55 % en 1990 a 49 % en 2000); en 2000 la estructura de población muestra una amplia base: 41 por ciento de la población es menor de 15 años; en comparación, para Baja California esta proporción es de 31 por ciento.

venía de diversas regiones de Oaxaca, y a principios de 1990 no había guerrerenses en San Quintín. Como los trabajadores oaxaqueños tuvieron la fama de ser demasiado combativos (las décadas de migración y trabajo agrícola han generado organizaciones laborales activas), los patrones fueron a buscar nuevos trabajadores migrantes en regiones más rezagadas de México, tales como las montañas de Guerrero. A partir de la mitad de la década de 1990, diversas empresas agrícolas han organizado las idas y venidas de estos nuevos trabajadores, y los han contratado directamente desde su región de origen hacia San Quintín.³¹ Y diez años después se encontrarán guerrerenses en las colonias.

La población de habla indígena aumenta un poco entre 1990 y 2000 (de 16.7 % en 1990 a 18.7 % en 2000), lo que hace a San Quintín la única región de Baja California donde la población indígena tiene un peso significativo (en todo el estado la proporción de la población de 5 años y más que habla un idioma indígena es de 1.9 %, en 2000). Esta población indígena, de origen migrante, es principalmente mixteca de Oaxaca, pero también triqui y zapoteca de Oaxaca, mixteca y náhuatl de Guerrero.³²

Crecimiento demográfico endógeno y exógeno

En la última década, el proceso de asentamiento se ha consolidado, abordando las etapas tres y cuatro, de arraigo y disputa.

³¹ Así, en los registros del Pronjag de 1995, se observa que 40 por ciento de los retornos ayudados por el Programa Nacional con Jornaleros Agrícolas a final de temporada (entre octubre y diciembre) son retornos directos desde diversos campamentos hacia el estado de Guerrero, lo cual significa que estos migrantes no están integrados a la ruta de la agricultura del noroeste, sino que van directamente de su región de origen hacia los campos de San Quintín en una migración pendular.

³² La medición de la población indígena es bastante controversial: usamos aquí el criterio del idioma que, como es bien sabido, subestima la población indígena.

El movimiento migratorio hacia San Quintín se ha reducido un poco entre 2000 y 2010, aunque la región siguió creciendo, ya que alcanzó 92 177 habitantes en el último censo. La tasa de crecimiento en esa década, de 2.07 por ciento, está muy por debajo de las anteriores; por una parte, era más difícil mantener el mismo ritmo de las décadas previas con una población más numerosa, y por otra, este proceso corresponde al movimiento general de menor crecimiento poblacional de toda la frontera norte en la década 2000-2010.

En 2010, la población migrante (nacida fuera del estado) es de 49.16 por ciento y la migración reciente (llegada durante los últimos cinco años) de 11.6 por ciento (Inegi, 2010). La población sigue creciendo y el peso de la migración ya no es tan fuerte en este aumento; con el asentamiento, la natalidad adquiere un peso importante en el crecimiento demográfico: 70 por ciento de los menores de 15 años nació en San Quintín (EBIMRE, 2005). El balance de género es equilibrado y sólo la población de edad avanzada, resultado de la migración anterior, sigue siendo en gran medida masculina (tasa de masculinidad superior a 100 por aquéllos de más de 45 años).

La historia de la migración y del proceso de asentamiento se observa en los lugares de origen de los diferentes grupos de edades (cuadro 1). La proporción de nacidos en el Valle de San Quintín va creciendo con la población más joven: menos de 5 por ciento de la población de más de 45 años versus 70 por ciento de los menores de 15 años. Más de una tercera parte de los adultos (mayores de 30 años) es originaria de Oaxaca, primer estado de origen de estos adultos. El peso de la migración de la región de Michoacán, importante durante las décadas de 1930 y 1940, se observa como el segundo estado de origen de los mayores de 45 años. Pero ya para el grupo 30-44 años, los nacidos en Sinaloa son más numerosos que los de Michoacán. Finalmente, la migración cercana hacia San Quintín (interestatal o intermunicipal) se ha mantenido alrededor de 10 por ciento en todas las generaciones, salvo en los mayores.

CUADRO 1. Población de las delegaciones de San Quintín y Vicente Guerrero por lugar de nacimiento según grupos de edad en 2005, expresado en porcentajes

Estado o región de nacimiento	Grupos de edad				Total
	Menos de 15 años	De 15 a 29 años	De 30 a 44 años	45 años y más	
Valle de San Quintín	70.6	37.9	11.7	4.3	41.6
Baja California (salvo SQ)	11.1	9.1	11.8	5.4	10.0
Oaxaca	6.9	25.0	35.0	36.9	21.2
Sinaloa	3.2	7.8	11.0	6.7	6.5
Guerrero	2.2	4.9	5.3	3.4	3.7
Michoacán	0.5	1.6	6.3	10.9	3.2
Otros	5.5	13.7	18.9	32.4	13.8
Total	100	100	100	100	100

Fuente: Encuesta EBIMRE, colonias (2005).

El asentamiento no ha eliminado la migración temporal. La movilidad sigue acompañando el proceso de asentamiento y nuevos destinos vienen a añadirse a los lugares más tradicionales. Así, Baja California Sur surge como un destino adicional en la ruta de la producción de hortaliza, y los campos de California y Oregon toman importancia en esta ruta.

Cambios residenciales: de campamento a colonia

Desde su inicio, el sistema productivo generó un sistema residencial específico,³³ basado en una segregación total entre, por una

³³ En los primeros años del proceso, los trabajadores agrícolas que llegaban a la región sólo tenían carpas como alojamiento. Estas formas muy precarias de hospedaje son típicas de un frente pionero.

parte, población local o migrantes de regiones no indígenas del país, trabajadores del sector terciario, y por otra, trabajadores migrantes agrícolas, en su mayoría de origen indígena del sur del país. Los primeros residen en las colonias o pequeñas localidades de la región y los segundos en los campamentos. Los jornaleros migrantes indígenas son reclutados en sus pueblos de origen y llegan directamente a los campamentos.

Los campamentos están compuestos a menudo por grandes hangares de calamina ondulada, con cuartos contiguos, un punto único de agua y sanitarios colectivos. Los trabajadores y sus familias viven en un mismo cuarto con piso de tierra donde se cocina con leña, y en las temporadas altas se junta a varios trabajadores o familias en un mismo cuarto. Esta residencia ubicada en terrenos propiedad de los empresarios agrícolas, es controlada por el patrón y segregada del resto de la sociedad.

Las condiciones de vida en los campamentos son deplorables. La tasa de mortalidad infantil es muy elevada, los niños no asisten a la escuela y trabajan en los campos (Garduño, García y Morán, 1989).

Los campamentos se llenan durante la temporada de verano, pero muchos trabajadores y sus familias se quedan allí también todo el año, incluso varios años seguidos. A mediados de la década de 1990, en temporada invernal se contabilizaron 22 campamentos en actividad con una población de alrededor de 6 882 personas con 1 339 familias, de las cuales cerca de la mitad (48 %) tenía más de dos años de residencia en el campamento (Pronjag, 1994).³⁴

La transición iniciada en la década de 1980 se desarrolló a plenitud durante la década de 1990 y el sistema residencial se

³⁴ Los 22 campamentos en las tres delegaciones (cinco en Camalú, seis en Vicente Guerrero y 11 en San Quintín) pertenecen a 12 propietarios y en promedio un campamento alberga a 316 personas y a 65 familias. Ya en esta época (1994), El Pronjag evalúa que la población de jornaleros agrícolas que reside en colonias es más del doble de la de campamento. A inicios de la década de 1990, la evaluaba a 1.88 más en colonias que en campamentos durante la temporada baja.

transformó profundamente: la residencia controlada y segregada pierde fuerza, y los campamentos se van cerrando poco a poco. En este período, que corresponde al segundo momento del proceso de asentamiento, los jornaleros dejan los campamentos y se instalan en residencias individuales de las nuevas colonias cerca de los centros de las localidades de la zona a lo largo de la carretera principal. Para los trabajadores agrícolas, este cambio de localización y del tipo de vivienda corresponde a una transformación fundamental de sus condiciones de vida. Para San Quintín, este cambio es el impulsor del desarrollo urbano y la aceleración del crecimiento poblacional.

La creación de nuevas colonias relata también este proceso de crecimiento poblacional (gráfica 1). En la década de 1950 fueron fundadas siete colonias, incluidas Teniente Guerrero y Fraccionamiento San Quintín, hoy en día centros de las delegaciones Vicente Guerrero y San Quintín. En las dos décadas siguientes, en estas dos delegaciones se observó un crecimiento estable (de siete y ocho colonias, respectivamente), y a partir de la década de 1980 el poblamiento se aceleró con la creación de 13 colonias; en la de 1990, se contabilizaron 20 colonias nuevas y; en la de 2000, continuó la creación de colonias a un ritmo menor, debido a que se densificó la población dentro de cada colonia.

La transición de campamentos a colonias se da por la conjunción de diversos factores y actores. Es posible distinguir tres modos: el primero es por invasión; el segundo, por dotación de terrenos por parte del gobierno; y el último, por división en lotes y venta por parte de propietarios individuales y/o antiguos ejidatarios. Para los dos primeros modos, la movilización de los jornaleros es muy importante, al realizar invasiones de terrenos (por ejemplo en Las Misiones/Nuevo San Juan Copala, descritas en el capítulo VIII de este libro) y/o al lograr una distribución de tierras por parte del gobierno. Así, a finales de la década de 1980, después de movilizaciones importantes de jornaleros,

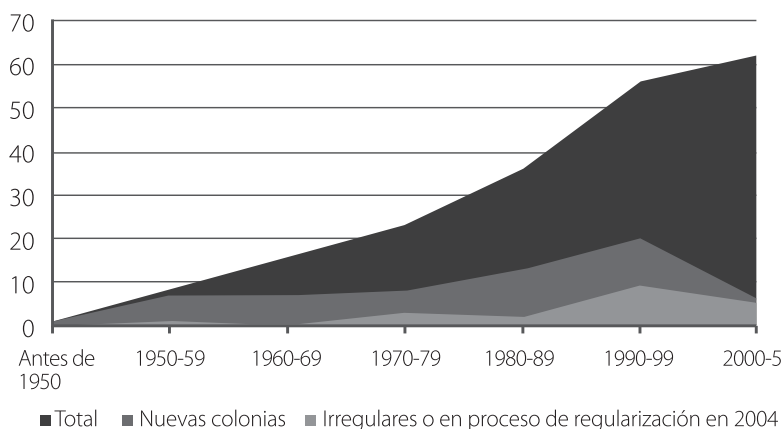
el gobierno del estado otorgó terrenos en la delegación de San Quintín, que permitieron la formación de las colonias Ampliación Graciano Sánchez en 1988, y Flores Magón en 1989. En cuanto a los propietarios individuales, varios fraccionaron un terreno originalmente entregado durante el reparto agrario, y solicitaron el cambio del uso de suelo de ejido a poblado, como en el caso, a principios de la década de 1990, de las colonias Lomas de Santa Fe en la delegación Vicente Guerrero y Arbolitos en la delegación San Quintín.³⁵ En estos casos de antiguos ejidos, el cambio del uso de suelo no siempre es logrado, lo que causa problemas de regularización de los terrenos. Si la colonia Arbolitos estaba en proceso de regularización, Lomas de Santa Fe seguía irregular en 2005 (datos observación de colonias) y sólo recientemente ha sido regularizada. De manera general, las colonias fundadas antes de 1990 son hoy en día regulares en su mayoría, pero del gran *boom* de nuevas colonias de la década de 1990 y las más recientes la mitad es irregular o en proceso de regularización (gráfica 1).

Incluso muy modesta, una casa en una colonia representa una vivienda mucho menos insalubre que en un campamento. Además, permite un espacio propio para una familia, pues aun si la casa es muy pequeña (los programas sociales financian la construcción de una sola pieza o pie de casa), el terreno es relativamente grande y el espacio de vida familiar es más amplio. Por su localización en un barrio, se genera la vida de comunidad –inexistente en la residencia controlada de los campamentos– con presencia de actividades de comercio y servicios diversos. Las colonias se consolidan con el desarrollo de una vida comunitaria con muchas asociaciones y organizaciones (profesionales, confesionales, recreativas) movilizadas alrededor de la gestión de la vivienda (tenencia de la tierra), de los servicios públicos, la

³⁵ El fundador de la colonia Arbolitos cuenta cómo por falta de agua para realizar agricultura decidió lotificar su terreno desde 1960, pero no fue sino hasta la década de 1990 que logró vender la mayoría de los lotes de su parcela (Manuel, entrevista, 2009).

recepción de programas de asistencia del gobierno y de eventos culturales (capítulos v y VIII de este volumen). Estas nuevas colonias, creadas para los jornaleros agrícolas, tienen una homogeneidad social muy fuerte. Pero esta segregación residencial entre zonas de obreros agrícolas y zonas de trabajadores de otros sectores de actividad es de mucho menor magnitud que la separación anterior entre campamentos y colonias.

GRÁFICA 1. Número de colonias por período en las delegaciones Vicente Guerrero y San Quintín



Fuente: Datos Observación de colonias.

Junto con este proceso de transformación del sistema residencial, se desarrolla otro tipo de residencia, la cuartería. Las cuarterías, ubicadas en las colonias, son viviendas de cuarto único con servicios colectivos de sanitario y agua. Cada cuarto puede ser alquilado por el empresario o el trabajador. Este tipo de vivienda de un solo cuarto y servicios colectivos es muy parecido en su forma y precariedad al de campamento;³⁶ sin embargo, su

³⁶ La cuartería es una vivienda colectiva, pero su construcción es de concreto, en cambio, los campamentos están contruidos generalmente en calamina ondulada.

ubicación en el interior de las colonias y por ende su contigüidad con viviendas independientes y su proximidad a los servicios y comercios de la localidad, hacen de las cuarterías un tipo de residencia diferente y más atractivo para aquellas personas que rentan. En contraste con los cuartos en campamentos, las cuarterías pueden ser rentadas directamente por los jornaleros, independientemente del patrón para el que trabajan, y rompen así con la lógica de residencia controlada que define a los campamentos. Por ello muchos jornaleros migrantes que llegan durante la temporada de las cosechas prefieren rentar en cuarterías, ya que tienen mayor independencia que en los campamentos.³⁷ De hecho, para un buen número de jornaleros y familias, la vivienda en cuartería a menudo representó un paso intermedio entre el campamento a donde llegaron cuando originalmente arribaron a San Quintín, y la vivienda independiente en colonia donde se establecieron años más tarde.

El desarrollo de las cuarterías es notorio. En las dos delegaciones de la encuesta, 10 por ciento de los hogares residen en una cuartería. Se encuentran cuarterías principalmente en las colonias más antiguas, y mucho menos en las colonias recientes. Incluso los empleadores utilizan esta forma de residencia para eliminar los problemas de gestión de los campamentos. Un campamento en una propiedad agrícola pertenece al patrón, cuyas responsabilidades pueden ser vigiladas por la ciudadanía, en cambio, escondida en una colonia, no se sabe si la cuartería es de propiedad de un rancharo (patrón agrícola) o de un agente privado que renta cuartos, lo que diluye la responsabilidad del empleador en las condiciones de vida de sus empleados.

³⁷ Según los datos de la Encuesta en puntos de movilidad, sólo la mitad de los migrantes temporales residió en campamentos, la otra en colonias, sea en viviendas particulares, eventualmente en casa de algún familiar, o en cuarterías. A la pregunta: “¿dónde se quedó durante esta temporada?”, 49 por ciento respondió que en campamentos, 31 por ciento en viviendas de colonia y 20 por ciento en cuarterías (Encuesta de Movilidad, 2003-2004).

El acceso a la vivienda propia independiente muestra diferentes etapas. En el momento de la encuesta, 66 por ciento de los hogares tenía ya vivienda propia (18 % en proceso de pago y 48 % totalmente pagada).³⁸ De estos que ya tienen vivienda propia, la adquisición se hizo en promedio en 11.78 años después de la primera llegada del jefe de hogar a San Quintín. El acceso a la vivienda propia fue relativamente rápido para una cuarta parte de los jefes de hogar que consiguió vivienda en cuatro años, pero para la cuarta parte que tardó más, rebasó los 18 años (mediana en 10 años).³⁹ Más específicamente, las trayectorias residenciales de los migrantes que llegaron al Valle para trabajar en la agricultura ilustran este largo camino para llegar a tener casa con terreno propio. De los residentes actuales que llegaron para trabajar en la agricultura, 59 por ciento ilustra haber tenido como primera residencia en San Quintín una vivienda colectiva y dependiente, sea en un campamento o en una cuartería. En estas viviendas colectivas, se observa un cambio entre períodos de llegada a San Quintín. En la década de 1990, los campamentos dominaban aún, pero a partir de 2000 las cuarterías son más populares.⁴⁰ Menos documentados pero muy numerosos también son los migrantes, como la familia de Ramón Suárez presentada en el capítulo iv, que llegaron a las localidades directamente a rentar algún cuarto o a alojarse en vivienda de familiares u otras personas (39 % de la muestra). En estos casos, las familias escapaban a la dependencia del pa-

³⁸ De los demás hogares, 21 por ciento están rentando su residencia. Es el caso de los que viven en cuarterías de localidades y los que viven en departamentos de edificio o casas rentadas; tienen en promedio menos de dos años en estas viviendas. Finalmente, 13 por ciento habita en una vivienda que le fue prestada o cedida sin pago (EBIMRE, 2005).

³⁹ Diez por ciento lo consiguió inmediatamente (el mismo año o el año siguiente)

⁴⁰ Para las llegadas en la década de 1990, 37 por ciento llegó a residir en campamento y 19 por ciento en cuarterías, en cambio, de los que llegaron a partir de 2000, sólo 10 por ciento llegó a residir en campamentos y 51 por ciento en cuarterías. En todos los períodos, llegar a residir en rancho es muy marginal, apenas 2 por ciento.

trón pero no a la precariedad: estas rentas, muy baratas en las localidades, eran simples cuartos en los cuales se alojaba una familia entera en cada uno.

*Asentamiento y estructura demográfica
en campamentos y colonias*

El asentamiento en San Quintín tiene un impacto importante, como vimos, en el crecimiento demográfico, pero este cambio se acompaña también de una transformación en la estructura demográfica: el perfil poblacional cambia en la transición residencial de campamentos a colonias. Este cambio se puede apreciar si se compara el perfil demográfico en ambos tipos de residencia, utilizando datos de la encuesta EBIMRE.

Independientemente de las distintas modalidades de vivienda que se encuentran en el interior de las colonias, un cambio central que caracteriza el paso residencial de campamento a colonia es la sedentarización y reunificación familiar. Esta reunificación familiar se ve reflejada en un cambio demográfico importante en cuanto a las estructuras de edad y sexo de los hogares en colonias. Efectivamente, como forma residencial los campamentos tienen una estructura poblacional bastante particular, caracterizada por una gran proporción de hombres jóvenes. Cerca de la mitad (48 %) de la población total en campamentos está en el rango de edad de 15 a 29 años (tres grupos quinquenales); este rango presenta además un alto desequilibrio entre sexos con dos veces más hombres que mujeres (índice de masculinidad de 207 hombres por 100 mujeres). Esta estructura demográfica corresponde a la de una población de trabajadores jóvenes, con una gran parte de hombres que siguen solas rutas de migración laboral. A partir de los 30 años, la población es reducida: 22 por ciento de la población total tiene más de 30 años; y sólo 10 por ciento, más de 40, con escasas personas de más de 60 años. Esto se debe a que

la fuerza laboral requerida para la agricultura es muy joven y la vida en campamentos elimina a las personas mayores.

No obstante, en este tipo de residencia diseñada para trabajadores sin familia, los menores de 15 años representan cerca de una tercera parte de la población (30 %). Además de los hombres que viajan solos en las rutas de migración laboral, se encuentran también familias de jornaleros agrícolas que viajan con sus parejas e hijos, muchos de ellos muy pequeños de edad. Los campamentos cuentan así con un gran número de hijos/as de jornaleros, la relación es de dos hijos de menos de 10 años por cada mujer de 15 a 29 años de edad. El grupo de edad de menos de 5 años es particularmente alto, ya que representa 13.6 por ciento de la población total. Este dato revela una alta fecundidad entre la población jornalera. Por su parte, la brecha importante entre el primer grupo de edad y el siguiente de la pirámide poblacional en campamentos es resultado de diferentes factores: una fecundidad creciente de parte de las mujeres más jóvenes, el hecho de que las mujeres en campamentos han viajado sólo con los hijos más pequeños (dejan los demás al cuidado de los abuelos en sus comunidades de origen) y también indicios de una fuerte mortalidad infantil.⁴¹ La peculiaridad de la estructura demográfica abultada en campamentos de población en edades laborales y más masculina, pero también con una alta proporción de niños, se observa con claridad en la gráfica 2, que muestra las diferencias con la estructura poblacional de las colonias en la región.

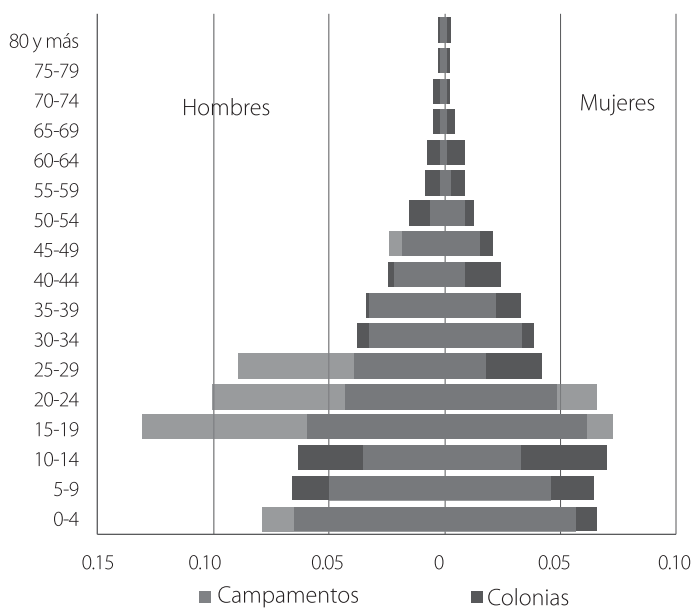
En efecto, la población residente en colonias exhibe un perfil demográfico más equilibrado entre géneros; las mujeres son más numerosas, como lo indica el índice de masculinidad de 98 por ciento, salvo después de 60 años, donde hay una mayor presencia de hombres (con un índice de masculinidad de 127). Este índice de masculinidad se agudiza a mayor edad: 127 hombres por 100 mujeres a 60 años y más, 158 a 65 y más. Esta estructura demográfica, con más hombres conforme la población enveje-

⁴¹ La alta mortalidad infantil en campamentos ha sido documentada en investigaciones anteriores (Garduño, García y Morán, 1989).

ce, resulta opuesta a lo que se encuentra en las poblaciones en general, donde las mujeres, por su mayor longevidad, son más numerosas en edades avanzadas. En el Valle de San Quintín, la población de más de 60 años predominantemente masculina es herencia del pasado, cuando se convirtió en región de atracción para migrantes pioneros hombres que venían a trabajar en la agricultura; y se conforma principalmente por los antiguos jornaleros que se quedaron en la región cuando se jubilaron. La historia del asentamiento de los últimos 20 años ha reequilibrado los sexos para la población joven y de edades medianas, pero en la población de mayor edad el desequilibrio por sexo persiste. A estas edades tardías del curso de vida, ninguna reunificación familiar sucedió para compensar el desequilibrio creado por la migración laboral masculina de épocas anteriores. Desde el punto de vista de la estructura etaria, la población que reside en colonias es también más equilibrada que la de campamentos, como se observa en la gráfica 2. Se trata, sin embargo, de una población bastante joven comparada con la población total del estado de Baja California, con una proporción de menores de 15 años más elevada (39.4 % del total), resultado de la fuerte fecundidad de las familias de San Quintín.

En síntesis, campamentos y colonias presentan estructuras demográficas bien diferenciadas: las colonias tienen un mayor equilibrio entre sexo y mayor equilibrio entre edades. La estructura demográfica del campamento describe principalmente una población económicamente activa, con una pirámide abultada en las edades jóvenes laborales (15 a 30 años) principalmente masculina. El cambio demográfico de campamentos a colonias implica un mayor equilibrio entre sexos, así como de edades, lo que muestra que se pasó de una población predominantemente masculina compuesta por trabajadores migrantes que viajaban solos o acompañados por algunos otros familiares, a una población dominada por familias nucleares fruto de la reunificación familiar.

GRÁFICA 2. Pirámide de población en colonias y campamentos



Fuente: Encuesta EBIMRE colonias y campamentos (2005).

Vivienda e infraestructura en las colonias

La residencia en vivienda individual transforma las condiciones de vida de la población jornalera. La vivienda, el punto más crítico de la situación en San Quintín, ha mejorado significativamente en los últimos 20 años. Las condiciones de vivienda son mejores desde el punto de vista de los materiales de construcción, especialmente las viviendas con piso de tierra han disminuido (cuadro 2); sin embargo, la proporción de casas de un solo cuarto no ha decrecido significativamente a pesar del proceso de instalación en colonias. Más de una cuarta parte de las viviendas tienen una sola pieza, lo cual puede estar relacionado con el incremento de las cuarterías y

también con los programas sociales que financian el pie de casa con una sola pieza, aunque los terrenos sean amplios.

CUADRO 2. Características de las viviendas particulares, en porcentaje, San Quintín 1990, 2000 y 2010

	1990	2000	2010
<i>Disponibilidad de servicios</i>			
Agua entubada	71.8	80.4	80.9
Fosa séptica	26.4	31.7	44.2
Electricidad	63.3	82.7	93.3
<i>Material de construcción</i>			
Paredes con material de recuperación	8.3	3.4	n.d.
Techos con material de recuperación	13.3	8.5	n.d.
Piso de tierra	24.1	14.8	6.6
<i>Número de cuartos</i>			
Un solo cuarto	26.6	26.9	25.5

n.d.: no hay datos.

Fuente: Cálculos del proyecto El Colef-Conacyt basado en datos del Inegi (1990, 2000 y 2010).

En cuanto a los servicios, San Quintín acumula las deficiencias en infraestructura de una zona rural y de las zonas fronterizas de asentamiento reciente y rápido. Si ha mejorado considerablemente la cobertura en electricidad, queda todavía 20 por ciento de viviendas sin agua y este servicio básico no ha mejorado en la última década. La evacuación de las aguas residuales sigue siendo el principal problema del Valle, no existe drenaje, y sólo 44 por ciento de los hogares tienen fosa séptica (cuadro 2). Las deficiencias en infraestructura impactan también las vías públicas en las colonias, ya que en 2005 una quinta

parte de las colonias no tenían ningún alumbrado público (ni siquiera parcial), y era el caso para la totalidad de las colonias recientes creadas a partir de 2000.

En relación con las condiciones de vida, la situación fronteriza permite el acceso a ciertos bienes de consumo que vienen de California y se venden en los mercados de segunda. Así, a partir de 2000, los hogares en San Quintín tienen mucho mejor acceso a los enseres domésticos que en las zonas rurales mexicanas: en ese año, 45 por ciento de los hogares disponían de lavadora y 52 por ciento de refrigerador, comparados con 17.8 por ciento y 37.6 por ciento respectivamente en Oaxaca (Inegi, 2000).⁴²

Así mismo, por el acceso al mercado de automóviles de segunda venidos de Estados Unidos, en San Quintín el acceso al automóvil es muy diferente del resto del país: ya en 2000 casi la mitad de los hogares de San Quintín (46.6 %) tenía un coche o camioneta, en comparación con 32 por ciento de los hogares en el nivel nacional y sólo 12 por ciento en el estado de Oaxaca.⁴³ En 2010, la tenencia de vehículo era mayoritaria entre los hogares en San Quintín a pesar de la escasa pavimentación de las vías de la región, fuera de la carretera principal: 90 por ciento de las colonias observadas no tenían pavimentación alguna y 10 por ciento tenía sólo parcialmente pavimentado. La tenencia de vehículo propio responde también a los escasos transportes públicos dentro de las colonias: menos de una quinta parte de las colonias observadas poseía transporte público en el interior de la colonia; todo lo contrario para el transporte para trabajadores, que ocurre en 80 por ciento de las colonias observadas.

⁴² En 2010, la brecha entre San Quintín y el estado de Oaxaca se redujo, aunque siguió siendo importante para las lavadoras: en San Quintín, 54.3 por ciento poseen lavadora y 63 por ciento refrigerador, en Oaxaca, 37.3 y 60 por ciento respectivamente.

⁴³ En 2010, aunque las diferencias entre regiones se han acortado, éstas siguen siendo importantes: 52.8 por ciento de los hogares de San Quintín, 44.5 por ciento en el nivel nacional y 21.8 por ciento en el estado de Oaxaca tenían automóvil o camioneta propia.

Entre 1990 y 2010 con el proceso de asentamiento el desarrollo de las colonias y de la infraestructura se amplió. Muchas de las enormes carencias observadas al inicio del proceso han mermado en los siguientes 20 años. La situación en cuanto a acceso a vivienda, salud y educación ha mejorado, aunque siguen imperando situaciones de pobreza y marginalidad.⁴⁴

CONCLUSIÓN

Como lo describió el relato histórico de la región, ésta nació por un proceso de poblamiento relativamente lento con la llegada de migrantes que se asentaron en la región, que se aceleró con el desarrollo de la agricultura y la llegada de jornaleros agrícolas. Al seguir a Piñera (2006:199), podemos proponer que más que un movimiento de colonización instrumentado por el Estado, fue un proceso de inmigración liderado por actores privados, como fueron las empresas agrícolas y los trabajadores con sus familias. De parte del Estado, los intentos de colonización fueron fallidos, como el de finales del siglo XIX o con poco éxito, como el reparto agrario de la primera mitad del siglo XX que no permitió a la región superar la situación de frente pionero. Fue cuando ésta asumió su vínculo con el mercado global y los rancheros se transformaron en empresarios que el desarrollo de la agricultura de exportación dio el impulso suficiente para pasar de frente pionero a región en desarrollo con una importante migración. El Estado, ausente durante la etapa de mayor crecimiento poblacional, regresó

⁴⁴ Respecto a la educación se dio un incremento en cobertura muy importante para cubrir a la vez el incremento de la población en edades escolares y el incremento en el nivel de atención escolar: en 20 años, la atención en número absoluto ha más que doblado (pasó 6 759 jóvenes de 6 a 14 años escolarizados en 1990 a 17 855 en 2010). Y la tasa de atención escolar de 6 a 14 años que era de sólo 75 por ciento en 1990 pasó a 81 por ciento en 2000 y 91 por ciento en 2010. Datos del proyecto basados en los censos de población (Inegi, 1990, 2000 y 2010).

en la última década para tratar de ordenar el caótico desarrollo generado por la agricultura y la migración.

Durante muchos años, el proceso de migración de asentamiento hacia San Quintín tuvo lugar en paralelo a movilidades temporales muy numerosas. Cuando la migración de asentamiento superó las movilidades temporales, el crecimiento demográfico despegó, con el consiguiente poblamiento de la región; sin embargo, el asentamiento no ha reemplazado totalmente las movilidades temporales, ya que la movilidad sigue hacia y desde esta región globalizada a las demás regiones del sur o del norte, con destino a Estados Unidos. La ubicación fronteriza permite a muchos trabajadores insertarse en los mercados laborales agrícolas de Estados Unidos, por lo que numerosas familias están integradas a migraciones transnacionales.

Los resultados de este proceso de conformación de una región no son sólo el crecimiento demográfico, que había permanecido incipiente durante siglos, sino también la transformación de las formas de residencia con la desaparición de la residencia segregada y controlada en campamentos de jornaleros agrícolas. Iniciados con el principio de la agricultura intensiva, los campamentos parecían diseñados para recibir a la población migrante estacional como residencia temporal. En los hechos, desde el comienzo hubo población que se quedó durante todo el año, más allá de la temporada de cosecha, en la actualidad, gran parte de los trabajadores estacionales de la temporada de verano (que sigue teniendo mayor demanda laboral que la temporada de invierno) se hospeda en las colonias, ya sea en las cuarterías, en viviendas de parientes o de renta. En realidad, el mayor propósito de los campamentos era disponer de una residencia controlada y segregada para los jornaleros indígenas, vistos como clase trabajadora peligrosa que había que controlar, y como etnia discriminable que había que mantener apartada. El *boom* económico y el crecimiento poblacional de los últimos lustros han vencido la residencia controlada segregada, ya no era posible mantener condiciones de vida similares en el inicio

del capitalismo, tan poco compatibles con los acuerdos internacionales en una región abierta y globalizada.

Segundo productor de tomate en el país, San Quintín es hoy en día una región a la vanguardia de la agroexportación, resultado de una modernización productiva que ha afectado las formas y tipos de producción, así como el trabajo. En la actualidad, la horticultura de San Quintín es una agricultura industrial con altos rendimientos productivos, alta tecnología e inversión externa de capital, cuya producción se exporta en invierno y verano; sin embargo, se enfrenta a problemas de sustentabilidad ambiental y de relaciones laborales no acordes con los estándares del trabajo internacional (como la condición de pobreza de los trabajadores agrícolas). Los costos sociales y ambientales del modelo agrícola son todavía muy altos.

CAPÍTULO III

ASENTAMIENTO Y EMPLEO:
TRANSFORMACIONES DEL
MERCADO LABORAL
Y MOVILIDAD OCUPACIONAL



*Fotografía de Abdel
Camargo, archivo particular,
“Servicio Calderón”, colonia
Tres Arbolitos, Valle de San
Quintín, junio de 2010.*



DESDE la década de 1980, los cambios en la agricultura y el crecimiento poblacional han transformado el mercado laboral en el Valle de San Quintín. Mientras que la horticultura se fue modernizando con la introducción de nuevas tecnologías de producción, mayor especialización ocupacional y surgimiento de nuevas ocupaciones en servicios para la agricultura, el sector terciario también creció rápidamente como consecuencia del *boom* demográfico en la región, y se convirtió en el principal motor de la diversificación de la estructura de empleo. Al tiempo que la región fue creciendo fueron surgiendo numerosos oficios, tanto relacionados con el servicio al sector agrícola como ocupaciones en comercios diversos en las colonias donde los jornaleros y sus familias se fueron asentando, y una variedad de servicios por parte del Estado en las localidades donde se concentran estas colonias.

Estos cambios plantean la interrogante sobre oportunidades de empleo y movilidad ocupacional y económica para los jornaleros agrícolas de la región: ¿cómo ha afectado la modernización de la agricultura las oportunidades de empleo en este sector?, ¿se han generado oportunidades de movilidad ocupacional dentro y/o fuera de la agricultura? De ser así, ¿quiénes se han beneficiado? El estudio del mercado laboral y sus transformaciones nos permite entender la manera en que la horticultura de exportación, modelo de desarrollo económico y regional favorecido por el gobierno mexicano, afecta las oportunidades de empleo, movilidad laboral y bienestar económico de los miles de jornaleros agrícolas empleados en este sector. Beneficiados por políticas neoliberales de desarrollo, enclaves agroexportadores como San Quintín ofrecen la oportunidad de estudiar objetivamente sus efectos en el nivel regional, el tipo de trabajos que genera y la manera en que

moldean las oportunidades de movilidad laboral y socioeconómica en el nivel local.

En este capítulo, abordamos estas preguntas al examinar cómo el crecimiento poblacional y el asentamiento han afectado el mercado laboral y las oportunidades de empleo en el Valle de San Quintín. Para ello, empleamos un enfoque metodológico que combina métodos e instrumentos cuantitativos, con base principalmente en la encuesta EBIMRE, con métodos cualitativos basados en trabajo de campo etnográfico. La premisa que subyace en este enfoque es que el asentamiento y los procesos de especialización y movilidad ocupacional tienen tanto una dimensión objetiva asociada con tipos de empleo, ingresos y condiciones laborales, como una dimensión subjetiva asociada con la manera en que los propios trabajadores interpretan cómo los cambios ocupacionales han afectado sus condiciones de vida y la de sus familias. La combinación de métodos cuantitativos y cualitativos facilita captar los dos ámbitos y presentar una visión pormenorizada de las trayectorias laborales de los trabajadores asentados en la región. Con este objetivo, la primera parte del capítulo presenta un panorama general sobre los cambios sectoriales en el mercado laboral, así como una discusión sobre la segregación ocupacional en ellos. En la segunda parte, presentamos datos de la Encuesta Cuantitativa sobre Movilidad Ocupacional para determinar en qué medida el crecimiento económico en la región ha repercutido para generar mayor especialización y movilidad ocupacionales tanto en el sector agrícola como en otros mercados laborales. La tercera sección utiliza estudios de caso de trabajadores para examinar los factores estructurales y coyunturales que explican trayectorias de diversificación y movilidad ocupacional de algunos jornaleros agrícolas y la percepción que éstos tienen sobre el impacto de dichos cambios.

TRANSFORMACIÓN SECTORIAL DEL MERCADO LABORAL Y SEGREGACIÓN ÉTNICA Y DE GÉNERO⁴⁵

La modernización de la horticultura con la introducción de nuevas tecnologías de producción basadas en el uso de invernaderos ha tenido importantes efectos en ese sector, incluido un incremento en la demanda de mano de obra con mayor especialización que en décadas anteriores. Servicios ligados con el uso de biotecnología en la fertilización y preparación de cultivos, instalación y mantenimiento de invernaderos, construcción y mantenimiento de desaladoras para uso agrícola han generado oportunidades de empleo para personal calificado, tales como técnicos e ingenieros agrónomos contratados por las grandes empresas agrícolas de la región. No obstante lo significativo de estos cambios, en la escala del mercado laboral regional, estas nuevas ocupaciones siguen siendo poco numerosas y benefician únicamente a un pequeño segmento de la población. En contraste, la mayor transformación de las oportunidades laborales se ha dado principalmente en el sector terciario, consecuencia tanto del vertiginoso crecimiento

⁴⁵ En esta sección usamos la encuesta EBIMRE y el *Censo general de población y vivienda* de 1990 y 2000. Lamentablemente, el censo de 2010 no incluyó en el cuestionario básico preguntas sobre ocupación y sector de actividad, las cuales fueron relegadas al cuestionario ampliado aplicado a la muestra de 10 por ciento, y no se tienen resultados para localidades de menos de 50 000 habitantes. Los censos de 1990 y 2000 fueron levantados durante meses de invierno (marzo para el primero y febrero para el segundo); es decir, durante la temporada baja de la agricultura. En cambio, la EBIMRE fue levantada de mayo a julio de 2005; es decir, durante la temporada alta de la horticultura, con una elevada proporción de actividad económica en este sector. En consecuencia, los datos de ambas fuentes (censos y encuesta) no son directamente comparables. Usamos los censos de población para estudiar las transformaciones de los noventa, década de grandes modificaciones con el asentamiento masivo de la población. En cambio, para analizar de manera más fina las características demográficas de la población y la población económicamente activa, así como sus condiciones laborales, usamos la encuesta EBIMRE realizada en 2005.

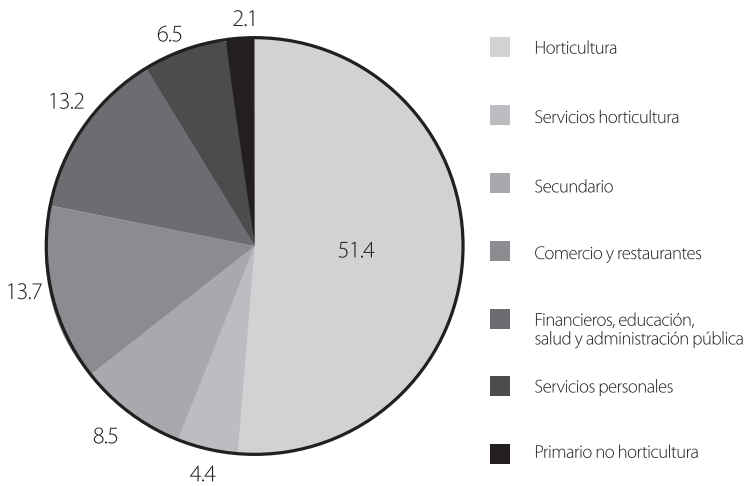
demográfico, como del proceso de asentamiento de las últimas décadas, documentados ambos en el capítulo anterior. De este modo, el sector terciario pasó de ocupar 28 por ciento a 34 por ciento de la fuerza de trabajo entre 1990 y 2000; es decir, un incremento de 22 por ciento en sólo 10 años.⁴⁶ Por su parte, el crecimiento del sector secundario fue más modesto, y estuvo basado principalmente en la rama de la construcción, así como ramas industriales de los empaques de verduras y frutas, y algunas maquiladoras de productos no alimentarias. En consecuencia, si bien el Valle de San Quintín sigue siendo una región netamente agrícola, el peso relativo de este sector ha ido disminuyendo (de 62 % a 55 % de la población económicamente activa entre 1990 y 2000) como consecuencia del crecimiento poblacional que ha abierto oportunidades laborales en otros sectores que anteriormente tenían escaso peso en la región.

La encuesta permite precisar la distribución en el interior de estos grandes sectores económicos (gráfica 3). Durante la temporada de verano, la horticultura que considera de manera principal el empleo de jornaleros/as, ocupados en el corte y preparación de cultivos, así como aquéllos con algunas tareas más especializadas, representa la mitad del empleo de la región, mientras que los trabajadores empleados en servicios relacionados con la horticultura, aunque en aumento, todavía representan una parte muy limitada del empleo (4.4 %). Por su lado, el sector terciario ocupa una tercera parte de la población económicamente activa (PEA) y la mayor se encuentra en los sectores de ocupaciones de baja calificación y con alta informalidad: uno de cada cinco trabajadores (20.2 %) se desempeña en los comercios-restaurantes (13.7 %) o los servicios personales (6.5 %). Por su parte, las ramas que requieren ocupaciones con mayor calificación y donde se consiguen los mejores ingresos, incluidos los servicios sociales de educación y salud, la administración pública, así como los servicios a

⁴⁶ Datos del proyecto basados en Inegi (1990 y 2000).

los productores (transporte, finanzas, comunicaciones, etcétera), ocupan 13.2 por ciento de la PEA. En este conjunto, los servicios públicos tienen un peso dominante, ya que educación, salud y administración pública representan 9.2 por ciento.

GRÁFICA 3. Distribución de la población económicamente activa ocupada según ramas de actividad, en porcentaje, San Quintín, 2005

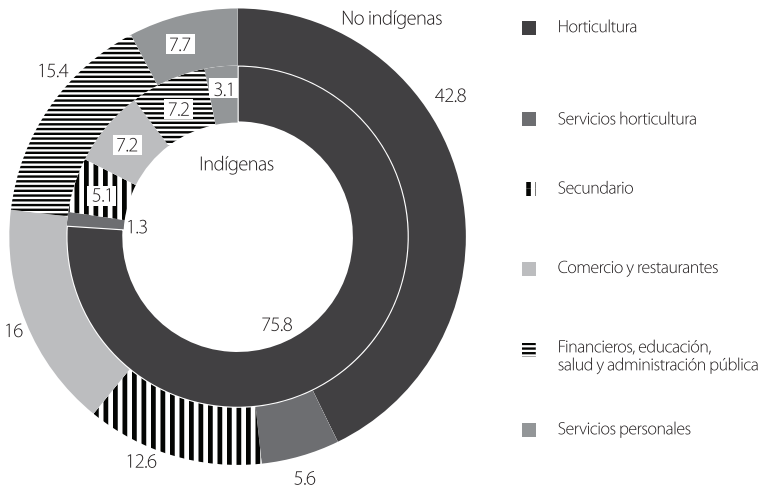


Fuente: Encuesta EBIMRE, colonias (2005).

De esta manera, mientras que en otras entidades federativas el estado disminuyó su presencia en el sector público, San Quintín experimentó una creciente incursión de dicho sector, lo que generó cambios en la estructura de empleo. Habiendo sido ignorado por el gobierno estatal durante décadas, el aparato de gobierno de Baja California aparece de manera cada vez más visible a partir de la década de 1990 para poner orden al rápido pero desordenado crecimiento económico y poblacional de la región. Las delegaciones del municipio de Ensenada fueron instalando sus dependencias en cada delegación de esta región alejada de la cabecera municipal, con diversos equipamientos y servicios a la población, tales como

organismo de ordenamiento y tenencia de la tierra, vivienda, servicios de salud, educación, entre otros, con lo que se ampliaron las oportunidades laborales en la zona. Un ejemplo de ello es el hospital del IMSS que fue inaugurado en 2000 en la colonia Vicente Guerrero, y la multiplicación de escuelas primarias en las numerosas colonias de nueva creación a lo largo de la carretera transpeninsular para atender a la población menor de 15 años, que representa 39 por ciento de la población total.

GRÁFICA 4. Distribución del empleo por ramas de actividad según condición étnica de los trabajadores (indígena y no indígena), San Quintín, 2005, expresado en porcentajes

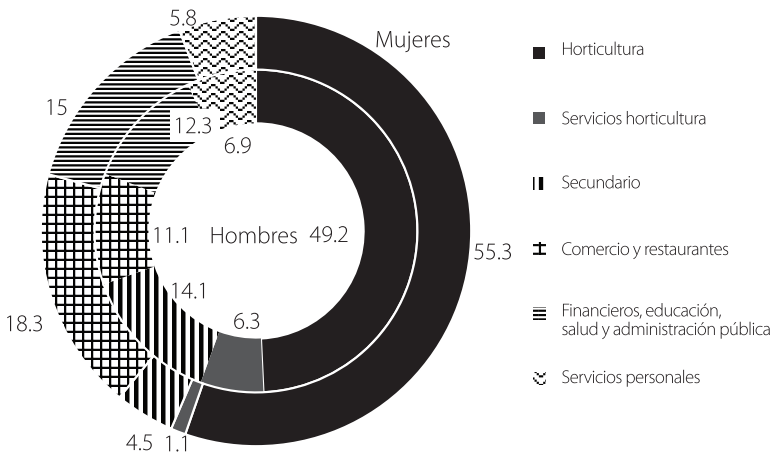


Fuente: Encuesta EBIMRE, colonias (2005).

A pesar de esta diversificación ocupacional, el mercado laboral en el Valle de San Quintín todavía se caracteriza por una alta segregación ocupacional por condición étnica y de género. Los trabajadores indígenas tienen una posición muy diferente de la de los trabajadores mestizos, tal como se puede observar en la gráfica 4. Tres cuartas partes (76 %) de los indígenas

trabajan en la horticultura, comparado con 43 por ciento de los trabajadores no indígenas. Sólo 19 por ciento de éstos están trabajando en el sector terciario, comparado con 45 por ciento de los mestizos; así mismo, los servicios para la horticultura representan una pequeña fuente de empleo para los no indígenas (5.6 %), pero extremadamente limitada para los indígenas (1.3 %).

GRÁFICA 5. Distribución de la población económicamente activa según ramas de actividad, hombres y mujeres, San Quintín, 2005, expresado en porcentajes



Fuente: Encuesta EBIMRE, colonias (2005).

La estructura de empleo también se encuentra altamente sesgada por género. Las mujeres están más ocupadas en la horticultura que los hombres (gráfica 5); tanto las mujeres indígenas como las mujeres mestizas trabajan proporcionalmente más en la horticultura que los hombres de su condición: 79 por ciento de las mujeres versus 74 por ciento de los hombres para los indígenas, y 46 por ciento de las mujeres versus 41 por ciento de los hombres para los no indígenas. Por su parte, los servicios a

la horticultura son un sector eminentemente masculino (ninguna mujer indígena y sólo 1.6 % de las no indígenas), mientras que la rama de los comercios y restaurantes es el segundo sector de ocupación de las mujeres (22 % de las mujeres no indígenas y 9 % de las indígenas, comparado con 13 % y 6 % de los hombres).

La desigualdad de la estructura ocupacional de la región también se ve reflejada en el escalafón de ingresos. La horticultura, que representa la base de la estructura ocupacional, tiene los menores ingresos (2 932 pesos mensuales, gráfica 6)⁴⁷ y una sobrerrepresentación juvenil dentro de sus trabajadores: 60 por ciento de los jóvenes de 15 a 29 años trabajan en la horticultura, pero a partir de 30 años la participación en este sector baja a 43 por ciento (cuadro 9 en anexo).⁴⁸ Mejor remunerados que la horticultura, los servicios personales y los comercios-restaurantes presentan un ingreso promedio de 3 739 y 3 915 pesos mensuales, respectivamente; es decir, una diferencia de 27 y 33 por ciento respecto al sector hortícola (gráfica 6). Además de estas diferencias en ingresos, existen otras importantes en el modo de vida laboral, las cuales ahondan la brecha entre estos empleos, informales muchas veces, en el terciario, y el trabajo agrícola. Se trata de trabajos que generalmente se realizan cerca de la residencia, a veces en la casa misma, por ejemplo comerciantes por cuenta propia que acondicionan tiendas de abarrotes en sus viviendas⁴⁹ y que requieren un menor desgaste físico que el trabajo agrícola. Así mismo, en los comercios se encuentra la mayor proporción de personas de más

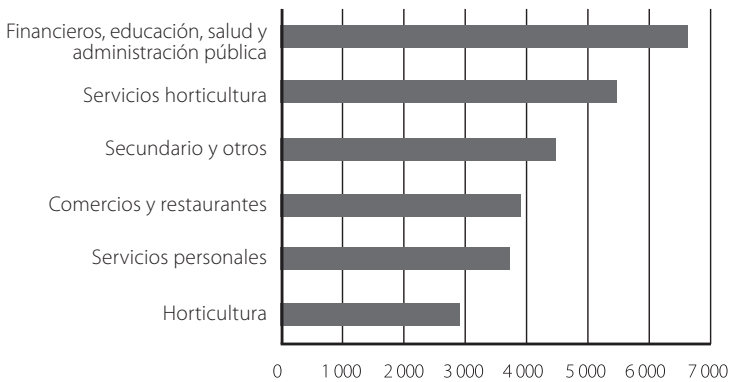
⁴⁷ Para los jornaleros agrícolas que están pagados regularmente por día de trabajo, se calculó el ingreso semanal a partir del pago diario y del número de días trabajados declarados. El ingreso semanal se transformó a mensual para poder comparar con los otros sectores de actividad.

⁴⁸ Para las mujeres, la participación en la agricultura es decreciente con la edad: 61 por ciento a menos de 30 años, 49 por ciento entre 30 y 44 años, 44 por ciento a partir de 45 años. Para los hombres, la relación no es lineal: 60 por ciento antes de 30 años, 39 por ciento de 30 a 44 años y 42 por ciento después de 45 años.

⁴⁹ En esta rama, 49 por ciento de los trabajadores son independientes.

de 45 años, 22 por ciento trabaja en este sector comparado con 12 por ciento antes de esa edad (cuadro 9 en anexo). Esta diferencia es más marcada aún para las mujeres: 35 por ciento de las mujeres activas a partir de 45 años trabaja en este sector. El comercio puede ser visto como un refugio para las personas mayores cuando ya no pueden continuar laborando las largas jornadas de trabajo en el campo, y/o como una salida decorosa de una vida de labor en la horticultura.

GRÁFICA 6. Ingreso mensual promedio (en pesos) por sector de actividad, San Quintín, 2005



Fuente: Encuesta EBIMRE, colonias (2005).

En la cúspide de la estructura ocupacional, con los sectores mejor pagados, que superan los 6 500 pesos mensuales, se encuentran los empleos en la administración pública, servicios de educación, salud, financieros y transportes, que tienen las ocupaciones de mayor calificación con un promedio de estudio de 11.6 años y una sobrerrepresentación de los nativos de Baja California. La expansión del empleo público ha generado oportunidades a los trabajadores con mayor nivel educativo; éstos se encuentran en el grupo de edad intermedia: 13 por ciento de la

PEA entre 30 y 44 años se emplea en los servicios más calificados, y sólo la mitad (6.4 %) a partir de 45 años y 8 por ciento a menos de 30 años. Por su parte, los servicios a la horticultura presentan un promedio inferior, alrededor de 5 500 pesos mensuales, seguramente porque abarcan ocupaciones más diversas, las cuales presentan un promedio de 7.4 años de estudio.

Dada la segregación étnica todavía vigente en San Quintín, no es sorprendente que la distribución de ingresos favorezca a los no indígenas; no obstante, el proceso de asentamiento ha permitido abrir oportunidades laborales fuera de la horticultura a trabajadores que tienen más tiempo en la región, incluido un segmento de origen indígena. Observamos este efecto cuando analizamos los sectores de actividad de los trabajadores según sus estados de origen. La proporción de trabajadores en la horticultura disminuye según la antigüedad de su estado de origen en la inserción en el proceso de asentamiento en San Quintín. Los trabajadores nativos del estado de Guerrero, de los cuales 82 por ciento se emplean en la horticultura (cuadro 3), son los que se integraron más recientemente a la ruta de la horticultura de exportación. Los nativos de Oaxaca, estado tradicional de la migración a las regiones agroexportadoras del noreste de México, son más numerosos que los guerrerenses en la población asentada en San Quintín. De ellos, 73 por ciento trabaja en la horticultura y más de una cuarta parte encontró oportunidades de trabajo en otros sectores (cuadro 3). Si se sigue la lógica de antigüedad en el proceso de asentamiento, la segunda generación, es decir, los hijos de los migrantes oaxaqueños, encuentra aún más oportunidades fuera de la horticultura. El trabajo en la horticultura sólo incluye 43 por ciento de la PEA nacida en Sinaloa y 36 por ciento de los nativos de Baja California, y parte de los trabajadores de estos dos estados representa esta segunda generación, hijos de migrantes oaxaqueños nacidos en Sinaloa durante la ruta de movilidad de sus padres, y en Baja California una vez que éstos se asentaron.

Además de hijos de migrantes oaxaqueños, los nacidos en Baja California incluyen a los hijos de migrantes de todos los estados del país e hijos de bajacalifornianos. Los originarios de Baja California y de los demás estados son los que tienen una inserción laboral más diversa. De hecho, los nativos de Baja California son los más numerosos en los servicios calificados del terciario (sector público, finanzas, etc.), lo que muestra que la expansión del sector terciario, sobre todo el de los empleos públicos, ha beneficiado principalmente a los bajacalifornianos, quienes generalmente tienen un mayor nivel educativo.

CUADRO 3. Distribución de la población económicamente activa según ramas de actividad y lugar de nacimiento, San Quintín, 2005, expresada en porcentajes

	Baja					Total
	California	Oaxaca	Sinaloa	Guerrero	Otros	
Horticultura	36.0	72.9	43.7	82.4	33.5	51.4
Servicios relacionados con la agricultura	4.4	2.4	6.7	2.2	7.1	4.4
Secundario y otros	14.0	5.2	15.6	4.4	14.2	10.7
Comercio y restaurantes	17.2	8.8	12.6	5.5	19.3	13.7
Financieros, educación, salud, administración pública	19.5	7.7	14.1	0	17.0	13.2
Servicios personales	8.9	3.0	7.4	5.5	8.8	6.5
Total	100	100	100	100	100	100

Fuente: Encuesta EBIMRE, colonias (2005).

DIVERSIFICACIÓN Y MOVILIDAD OCUPACIONAL

La modernización del sector hortícola y el asentamiento plantean la cuestión sobre si dichos procesos han generado nuevas oportunidades de movilidad ocupacional y económica para los jornaleros que se establecieron en las colonias de la región. ¿Cuáles son los procesos de movilidad laboral que se han producido tanto dentro como fuera de la horticultura? Como ya mencionamos, el estudio de procesos de movilidad ocupacional dentro del sector hortícola tiene un interesante antecedente en las comunidades rurales de trabajadores agrícolas mexicanos en California. A partir de la década de 1980, la intensificación del sector agrícola centrado en la producción de frutas y verduras de alto valor en el mercado propició un incremento en la demanda de mano de obra que, como en el caso del Valle de San Quintín, llevó a un cambio de trabajadores temporales a trabajadores permanentes, y a un proceso masivo de sedentarización de población inmigrante mexicana en comunidades rurales en California (Palerm, 2010). En esta transición, las antiguas colonias se fueron transformando en comunidades caracterizadas por una creciente diversidad de empleos dentro y fuera de la agricultura, el surgimiento de una pequeña clase de comerciantes, y una diferenciación socioeconómica y de clase en el interior de ellas (Palerm, 2010:241-244).

El impacto que el asentamiento ha tenido para las oportunidades laborales de los trabajadores mexicanos también ha sido estudiado en detalle por el antropólogo Travis du Bry para el caso de Mecca, en el Valle de Coachella, al sur de California.⁵⁰ Du Bry (2007) señala que en esta región el surgimiento de ocupaciones con cierto grado de especialización, tales como contratistas

⁵⁰ Du Bry señala la dificultad metodológica para medir procesos de movilidad ocupacional y socioeconómica entre trabajadores del campo, y propone un método que combina datos estadísticos con información cualitativa de entrevistas en profundidad e historias de vida de trabajadores asentados.

laborales, camioneros, irrigadores, operadores de pesticidas, supervisores, capataces, tractoristas y mánagers, entre otros, ha servido como vías de movilidad para un sector de trabajadores agrícolas. Estas ocupaciones, así como empleos no agrícolas vinculados con el proceso de asentamiento de parte de trabajadores dueños de sus propios negocios, como restaurantes, tiendas de abarrotes, tiendas de regalos y otros comercios familiares, están en la base de una movilidad económica y de un proceso de diferenciación socioeconómica dentro de la comunidad en Mecca.

En el caso de San Quintín, como ya indicamos, abordamos el estudio de la movilidad ocupacional por medio de dos perspectivas complementarias. Por un lado, un enfoque cuantitativo con base en los datos de trayectorias laborales de la EBIMRE que nos permite estimar la magnitud de este proceso entre la población local y los sectores donde se produce, y por otro, un enfoque cualitativo con base en estudios de caso para entender cómo se dan estos procesos de movilidad y la percepción que los trabajadores tienen de éstos.

La movilidad ocupacional entre 2000 y 2005⁵¹

Como ya mencionamos, nos enfocamos tanto en la movilidad laboral dentro de la horticultura como en la movilidad intersectorial

⁵¹ La sección biográfica retrospectiva de la encuesta EBIMRE permite observar la trayectoria laboral de la población de los jefes de hogar o de los cónyuges de jefes de hogar; para medir la movilidad laboral en la región tomamos en cuenta las personas que estaban residiendo y trabajando en la región entre 2000 y 2005. Limitar la observación a estos cinco años, que representan un tiempo corto, es necesario para tener un número suficiente de casos en la tabla de movilidad (debido a la alta frecuencia de la migración, los trabajadores con mayor antigüedad en la región son menos numerosos); así mismo, estos años corresponden al período de mayor transformación de la horticultura en San Quintín, por lo que estarían dando la pauta de la movilidad para los años siguientes. Los datos presentados en este apartado fueron obtenidos de las tablas de movilidad elaboradas por Reding (2008).

entre la horticultura y otros sectores del mercado laboral. Para observar la movilidad dentro de la horticultura consideramos dos categorías ocupacionales: 1) trabajadores de la horticultura empleados en ocupaciones no especializadas, que son contratados como mano de obra flexible para tareas polivalentes, generalmente de manera temporal en el corte, preparación, limpieza y poda de cultivos, entre otros, y 2) trabajadores empleados en ocupaciones con cierto grado de especialización, tales como regadores, tractoristas, fumigadores, fertilizadores, mayordomos, entre otros, que son contratados principal o únicamente para realizar estas funciones y que por lo general tienen empleo más estable durante la mayor parte del año.⁵² Los resultados de la encuesta demuestran que la diferencia entre las dos categorías de trabajadores es significativa en término de ingresos: 3 251 pesos de ingreso mensual promedio para los trabajadores sin especialización y 4 655 pesos mensuales promedio para aquellos con especialización. Esta diferencia también refleja cierta disparidad en cuanto a los niveles de estudio, con 6.0 años de educación promedio para los trabajadores de la agricultura con especialidad, y sólo 3.9 años, o sea un nivel de primaria incompleta, para los trabajadores sin especialización.

Para observar la movilidad intersectorial, consideramos una tercera categoría laboral, que incluye el conjunto de las ocupaciones fuera de la agricultura, desde los servicios personales y comercios hasta los empleos más calificados tanto del sector público como del privado. En síntesis analizamos la movilidad ocupacional tan-

⁵² Esta distinción no implica que el primer tipo de trabajadores agrícolas sea mano de obra no calificada. Como varios estudios del trabajo agrícola han mostrado, las tareas que realizan los trabajadores del sector hortícola a menudo requieren un conjunto de habilidades específicas, aunque generalmente no reconocidas (tales como destreza y rapidez manual, coordinación física y resistencia, capacidad de aprendizaje), que se adquieren con el tiempo desde la supervisión informal de supervisores y/u otros trabajadores con mayor experiencia en el oficio. Para una crítica pormenorizada del trabajo agrícola como empleo de baja calificación, véase Manuel Adrián Hernández (2012).

to dentro como fuera de la agricultura a partir de tres categorías: trabajador hortícola sin especialización, trabajador hortícola con especialización, trabajador fuera de la agricultura.

CUADRO 4. Categorías ocupacionales en 2000 y 2005 de los jefes de hogar y cónyuges, según sexo y condición étnica, expresadas en porcentajes

Categorías ocupacionales	Total		Hombres		Mujeres		Indígenas		No indígenas	
	2000	2005	2000	2005	2000	2005	2000	2005	2000	2005
	Horticultura sin especialización	44.2	36.7	42.4	33.4	46.7	41.1	70.6	61.6	34.7
Horticultura con especialización	5.2	7.8	6.5	8.9	3.4	6.2	2.7	6.3	6.0	8.3
Ocupaciones en otros sectores	50.6	55.5	51.1	57.7	49.9	52.7	26.7	32.1	59.3	64.0
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Tablas de movilidad, Anexo 4, Reding (2008).

El análisis de la situación laboral de los jefes de hogar y/o cónyuges en dos momentos de su vida laboral, 2000 y 2005, arroja los primeros elementos para abordar la movilidad ocupacional (cuadro 4). Así, se puede observar una evolución en las categorías laborales de los trabajadores jefes de hogar en un período, aún relativamente corto, de cinco años. Durante este tiempo ocurrió un ligero desplazamiento de estos jefes/cónyuges de hogar hacia las ocupaciones de mayor calificación de la estructura ocupacional. Estos resultados sugieren que ha habido una cierta movilidad laboral ascendente para los jefes de hogar trabajadores agrícolas sin especialización, dado que la proporción de éstos bajó y las otras dos categorías aumentaron. En 2000, 44.2 por ciento de los jefes de hogar (y cónyuges) trabajaban

en las tareas sin especialización de la horticultura, pero cinco años después sólo 36.7 por ciento siguen trabajando en este rubro; no obstante, si distinguimos por sexo y condición étnica, se observa que la disminución es mayor para los hombres y los trabajadores no indígenas que para las mujeres y los indígenas. Este proceso de movilidad tiene un alcance limitado, puesto que está acotado por la segregación étnica y de género prevaleciente en el mercado laboral.

Para determinar con mayor precisión si ha habido movilidad ocupacional entre los jornaleros agrícolas sin especialización, el grueso de la mano de obra empleada en el sector hortícola, observamos directamente su trayectoria laboral entre las dos fechas, 2000 y 2005 (cuadro 5). Dentro de los trabajadores de la horticultura sin especialización (simple corte o preparación de cultivos), 79 por ciento se quedaron en esta misma categoría entre 2000 y 2005, y 21 por ciento dejaron esta categoría ocupacional por otra de mayor jerarquía. La movilidad afectó a uno de cada cinco trabajadores en un período relativamente corto dentro de la escala de la trayectoria laboral (cinco años). Este primer resultado subraya el potencial de movilidad laboral para los trabajadores que se asentaron en la región. En contraste, la movilidad hacia esta categoría de trabajadores sin especialización de la horticultura es casi nula para los trabajadores que ya estaban en el mercado laboral de San Quintín cinco años antes: sólo 1.8 por ciento del total de los jefes de hogar dejaron su situación ocupacional anterior para trabajar la agricultura sin especialización (dato no mostrado). La horticultura no especializada representa el segmento laboral de más fácil acceso y con los menores ingresos en la región, y sus ocupaciones requieren nuevos migrantes que se incorporan al mercado laboral y jóvenes que se insertan por primera vez en el mercado.

El segundo resultado del cuadro 5 demuestra que salir de la agricultura es una vía más eficiente de movilidad ocupacional que lograr un ascenso dentro de la horticultura. De 21 por ciento de trabajadores móviles, 16 por ciento se fue de la agricultura hacia

los demás sectores de actividad, y únicamente 5 por ciento ascendió dentro de la agricultura hacia un trabajo con especialización. Las nuevas ocupaciones especializadas de la horticultura, si bien más numerosas que antaño, no han crecido suficientemente para representar una vía importante de movilidad laboral en el nivel regional. A diferencia, por ejemplo, de Mecca, en el sur de California, la especialización de la horticultura en el Valle de San Quintín aún no es suficiente para que este sector se transforme en un mercado interno donde los trabajadores pueden ascender, y sólo 5 por ciento de los jornaleros tuvieron esta movilidad ascendente dentro del sector en el período estudiado. En consecuencia, para los jornaleros agrícolas que quieren mejorar su situación laboral, la mejor opción es salir de la horticultura. Este cambio, sin embargo, no es fácil y generalmente requiere un conocimiento de estos otros sectores y de las redes de parentesco y paisanaje que puedan vincular a los trabajadores con oportunidades laborales en dichos sectores, así como de un mayor nivel educativo.

CUADRO 5. Destino laboral después de cinco años de los trabajadores de la horticultura sin especialización (jefes del hogar y cónyuges, San Quintín), expresado en porcentajes

2000 Trabajadores de la horticultura sin especialización	Categoría ocupacional en 2005			Total
	Sin cambio (Horticultura sin especialización)	Horticultura con especialización	Otros sectores	
Total	79	5	16	100
Hombres	76	5.8	18.2	100
Mujeres	82	3.6	14.4	100
Indígenas	87.3	3.8	8.9	100
No indígenas	72.5	5.5	22.0	100

Fuente: Tablas de movilidad, Anexo 4, Reding (2008).

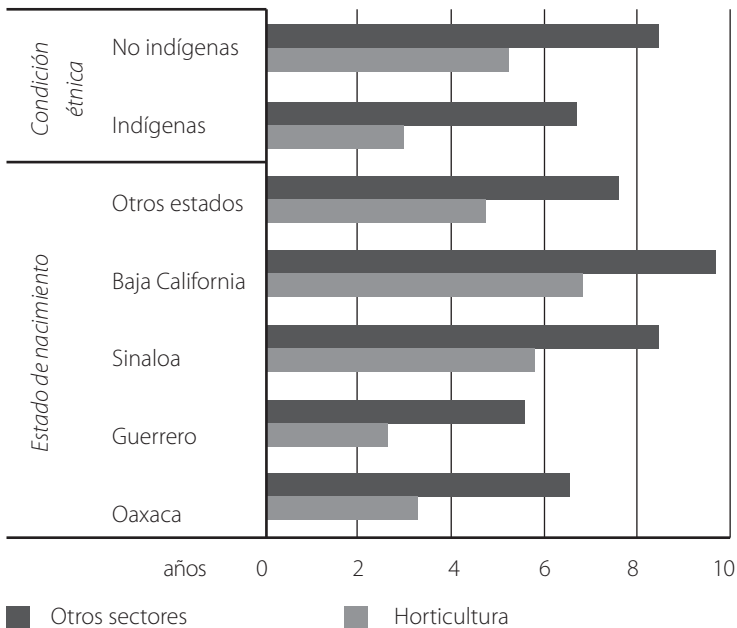
Al considerar el nivel educativo, los trabajadores en la horticultura tienen en promedio 4.4 años de estudio, mientras que para los demás sectores este promedio es de 8.2 años, casi el doble del anterior. Los sectores del terciario y del secundario captan a los trabajadores con mayor nivel educativo de cada región de origen o condición étnica. Los indígenas que trabajan fuera de la horticultura tienen en promedio un poco más del doble de años de estudio que aquellos que trabajan en la horticultura (6.7 y 3.0 años, respectivamente, gráfica 7); así mismo, según el estado de nacimiento, los originarios de Oaxaca que están fuera de la horticultura tienen en promedio el doble de años de estudio de los que trabajan en la horticultura (6.5 versus 3.3). Esta relación se observa también para los nacidos en Guerrero, aunque sus niveles de estudio son muy bajos (tres años en promedio); los que trabajan en restaurantes/comercios y servicios personales alcanzaron 5.6 años de estudio en promedio. La brecha educativa entre horticultura y otros sectores no debe ocultar el hecho de que los niveles generales de educación son bajos en la región.

La fuerte segregación étnica y de sexo que impera en el mercado laboral de San Quintín tiene una clara incidencia en las oportunidades de movilidad ocupacional. En efecto, en la medición de la movilidad resalta el peso de esta segregación étnica: 87 por ciento de los trabajadores agrícolas indígenas sin especialización no tienen movilidad alguna en el período estudiado; y la movilidad de los jornaleros agrícolas sin especialización en el curso de la trayectoria laboral es mayor para los mestizos y los hombres, así dejan a las mujeres y a los indígenas más estancados en esta categoría ocupacional. La probabilidad de salir de la categoría de agricultura sin especialización es notoriamente inferior para los trabajadores indígenas que para los mestizos: 12.6 por ciento comparado con 27.5 por ciento de los no indígenas; es decir, menos de la mitad.⁵³ Las diferencias por sexo

⁵³ Este número corresponde a la suma de las dos categorías ocupacionales de destino diferentes del origen (cuadro 5).

son también marcadas, aunque menores a las diferencias por condición étnica. La probabilidad de abandonar la categoría ocupacional de trabajador agrícola sin especialización es de 24 por ciento para los hombres y de sólo 18 por ciento para las mujeres. Mientras los hombres indígenas logran una cierta movilidad dentro de la agricultura, aunque por debajo de los mestizos, las mujeres indígenas que transitan principalmente hacia el sector no agrícola ven sus posibilidades de movilidad extremadamente reducidas. Esto ocurre por la intersección entre la condición indígena y de género que para las mujeres indígenas implica la segregación ocupacional más pronunciada.

GRÁFICA 7. Promedio de años de estudio por gran sector de actividad según Estado de nacimiento y condición étnica, San Quintín, 2005



Fuente: Encuesta EBIMRE (2005).

En resumen, la movilidad ocupacional ascendente dentro de la horticultura es todavía muy escasa, especialmente para las mujeres indígenas que trabajan como jornaleras. El pequeño segmento de trabajadores que ha conseguido cierta movilidad ascendente generalmente tiene un largo tiempo de residencia en la región, así como ciertas ventajas, tales como mayor nivel de educación, experiencia y capacitación previas en tareas especializadas, y las redes sociales y contactos que le permiten aprovechar las incipientes pero limitadas oportunidades que se presentan en este sector, el cual sigue estando marcado por una fuerte segregación étnica y de género. Por su parte, la movilidad ocupacional de jornaleros hacia el sector terciario (ya sea comercio o servicios) o el secundario es más frecuente y usual. Este cambio laboral permite una salida decorosa de una larga vida de trabajo en la agricultura.

LA BÚSQUEDA DE MOVILIDAD OCUPACIONAL

¿Cómo se logra la movilidad ocupacional? ¿Cuáles son los factores que permiten a ciertos trabajadores aprovechar las oportunidades abiertas en el mercado laboral identificadas en la sección anterior? Y ¿cómo evalúan los propios trabajadores los cambios en sus trayectorias laborales? En esta sección, describimos algunos casos de movilidad ocupacional, el conjunto de factores estructurales y coyunturales que los explican, y las consecuencias que han tenido en los trabajadores que se han beneficiado de ellos. A diferencia de la sección anterior, que mide procesos de movilidad en un período limitado, entre 2000 y 2005, ahora abordamos las experiencias de movilidad dentro de la trayectoria laboral completa de los trabajadores. Esta visión diacrónica de largo plazo, especialmente centrada en los cambios laborales ocurridos desde que llegaron a San Quintín, permite observar la manera en que el asentamiento, en conjunción con los cambios económicos en la región, ha afectado las oportunidades laborales para un

segmento de la población. Primeramente examinamos uno de los cambios más importantes ocurridos en el sector hortícola: el proceso de subcontratación laboral para el transporte y la contratación de trabajadores del campo que ha abierto oportunidades para contratistas y reclutadores laborales. A continuación examinamos la experiencia de movilidad ocupacional dentro de la agricultura, mostrando el caso de un trabajador que logra ascender con base en su experiencia laboral y nivel educativo. Finalmente, documentamos el crecimiento del sector terciario como consecuencia del incremento poblacional y del asentamiento, y las nuevas ocupaciones que han ido proliferando en dicho sector. Los casos de estudio que presentamos se centran en tres dimensiones de la movilidad: cambio ocupacional, ingresos y condiciones laborales, y evaluación personal de los trabajadores sobre el impacto del cambio ocupacional.

Subcontratación e intermediarios laborales en la agricultura

Dentro del sector agrícola, el cambio más significativo ocurrido en los últimos 15 años y que ha supuesto una de las escasas vías para la movilidad ocupacional de trabajadores del campo ha tenido lugar en el ámbito del transporte y la contratación de trabajadores. Hasta mediados de la década de 1980, cuando el trabajo agrícola era todavía de carácter altamente estacional, productores y compañías locales reclutaban anualmente el grueso de su mano de obra por medio de la figura de enganchadores, contratistas laborales de larga distancia principalmente ubicados en Oaxaca, Sinaloa y Sonora. Conforme el trabajo agrícola se fue haciendo más estable fueron apareciendo diversas formas de reclutamiento laboral y transporte de trabajadores estrechamente vinculados con el proceso de asentamiento. Productores y compañías comenzaron a reclutar trabajadores de las numerosas colonias surgidas en la década de 1980 por medio de contratistas locales.

En San Quintín, los contratistas locales son generalmente figuras de medio tiempo; se trata a menudo de mayordomos de grandes compañías que durante parte del año, especialmente durante la cosecha, fungen como contratistas laborales y se ocupan además del transporte de sus propias cuadrillas. De esa forma, el contratista con frecuencia realiza tres papeles diferenciados: reclutamiento de cuadrillas de trabajo, transporte desde sus colonias de residencia a los campos de trabajo y supervisión durante el proceso de trabajo. Se trata de intermediarios laborales entre productores y trabajadores locales que, usando sus redes de parentesco y paisanaje, se encargan del reclutamiento laboral. Estos subcontratistas perciben un ingreso tanto por sus tareas de mayordomos como de reclutadores; generalmente, reciben un bono que depende del número de trabajadores que reclutan, y su éxito depende de su habilidad para movilizar sus redes sociales entre la población asentada.

El cambio en las formas de reclutamiento ha supuesto importantes ventajas para los productores. El nuevo sistema externaliza los costos de reclutamiento y transporte de compañías agrícolas hacia contratistas locales que a menudo operan en el sector informal. La subcontratación del transporte de jornaleros también permite a las compañías agrícolas desvincularse de las responsabilidades legales en este rubro, incluido el caso de accidentes. El principal incentivo para la proliferación de este tipo de intermediarios laborales es, sin embargo, la evasión del pago de seguro social de los trabajadores reclutados por medio de contratistas, así como de las prestaciones laborales que marca la ley. Generalmente, son los productores quienes fomentan el reclutamiento de trabajadores asentados por medio de sus propios mayordomos en “camiones rentados”, como se los conoce en la región, ofreciéndoles un incentivo económico para dicha tarea y el transporte de sus cuadrillas de trabajo.

De este modo, desde finales de la década de 1990, han surgido tres tipos de ocupaciones vinculadas con el reclutamiento y/o transporte de trabajadores del campo, a menudo en el sector informal:

1) Contratista autónomo que ejerce su trabajo independientemente de las compañías agrícolas. Estos contratistas se especializan en el reclutamiento y transporte de trabajadores del campo, y generalmente están afiliados a algunas de las numerosas cooperativas y organizaciones locales de transportistas autónomos que han ido surgiendo desde finales de la década de 1990. Una buena parte de estos contratistas lleva años asentada en la región, la mayoría del tiempo éstos trabajaron como jornaleros y posteriormente como mayordomos, y a menudo fueron contratistas de tiempo parcial antes de independizarse como trabajadores autónomos. Por lo regular, son dueños de sus propios vehículos para el transporte de trabajadores, y cuando tienen varios de estos autobuses a menudo subcontratan a otros choferes para que los trabajen.

2) Contratista de tiempo parcial, generalmente mayordomos de campo que también fungen como reclutadores laborales en las compañías donde trabajan durante la temporada de mayor demanda laboral. El contratista de tiempo parcial se encarga del reclutamiento, transporte y a menudo supervisión de su propia cuadrilla de trabajo, y percibe tanto un salario por su trabajo como mayordomos como un pago y bono adicionales con base tanto en el número de trabajadores reclutados como en la productividad de éstos.⁵⁴ Los vehículos para el transporte de los trabajadores son por lo regular propiedad de las propias compañías.

3) Un tercer tipo se refiere a choferes de autobuses que no son dueños de los vehículos que manejan y que trabajan desde un sistema de subcontratación para los propietarios de dichos vehículos. Como veremos en el caso de estudio abajo presentado, las funciones de los choferes que trabajan desde este esquema varían dependiendo de los casos, aunque generalmente implican el reclutamiento de cuadrillas de trabajo y el transporte de éstas

⁵⁴ En otros casos, fungen únicamente como contratistas y choferes, siendo las compañías para las que trabajan las que asignan mayordomos y supervisores a las cuadrillas que aquéllos reclutan.

mediante acuerdos verbales con los patrones o dueños de los autobuses y retribuciones económicas por comisión, cuota fija o una combinación de ambas.

Sin embargo, esta tipología no ha de considerarse estática pues a menudo existe fluidez entre dichas categorías. Por ejemplo, un buen número de trabajadores que comenzaron como contratistas de tiempo parcial o subcontratistas, con el tiempo se convirtieron en contratistas independientes propietarios de sus propios vehículos. Se trata de un nicho laboral específicamente masculino y que por lo general beneficia a trabajadores con años de asentamiento, adultos (una tercera parte tiene más de 45 años), principalmente aunque no sólo mestizos, y con un mayor nivel de estudios que el grueso de los jornaleros (según la encuesta EBIMRE, una cuarta parte tiene nivel de secundaria completa). El caso que presentamos a continuación ilustra el tipo de subcontratación laboral que prolifera en la agricultura y las estrategias que permiten a algunos trabajadores aprovechar ese nicho laboral.

*Jaime Coronado: subcontratista laboral
y transportista en el sector informal*

De complexión delgada, pequeño de estatura y amplia sonrisa, Jaime Coronado trabaja como chofer en una compañía de transporte de pasajeros que opera en el Valle de San Quintín. Combina este trabajo con el reclutamiento y transporte de trabajadores del campo, usa para ello el mismo vehículo. Jaime no es dueño de su propio autobús, sino que trabaja como subcontratista para el propietario de éste. Su caso ilustra el alto grado de informalización que caracteriza el transporte de trabajadores del campo en la región, donde intermediarios laborales se dedican al reclutamiento y transporte de trabajadores por medio de cadenas de subcontratación, operando a menudo en el sector informal al margen de las regulaciones estatales sobre el transporte de personal del campo.

Nacido en 1959 en Chalcatongo, en el municipio de Tlaxiaco, Oaxaca, Jaime tenía cinco hermanos. Desde los 10 años comenzó a trabajar en la agricultura en su pueblo, ayudando a sus padres. En la primavera, migraba con su familia a San Quintín para trabajar en la plantación y cosecha del tomate, y en octubre regresaban a su pueblo para las fiestas patronales. A la edad de 16 años se juntó con su esposa, y en 1977 emigraron a San Quintín con sus hijos para trabajar en el campo. Durante varios años, Jaime trabajó como jornalero agrícola en el tomate. A diferencia de sus padres, ya no regresaba a Oaxaca y se estableció con su familia en San Quintín; combinaba la labor en las compañías con trabajo eventual para medianos y pequeños productores.

A sus 23 años, Jaime Coronado comenzó por primera vez a trabajar de chofer. Como otros choferes y contratistas laborales en la región, sus inicios en esta ocupación fueron el fruto de la combinación de cambios en el régimen laboral de contratación en la región con elementos coyunturales de su trayectoria laboral. Uno de sus hermanos trabajaba como taxista en San Quintín y lo enseñó a manejar, además de conseguirle un taxi para que lo trabajara por su cuenta, momento en el que Jaime dejó de trabajar en el campo. Más adelante, un familiar de su esposa le ofreció trabajo como chofer en una compañía de transporte público, para que manejara un vehículo de su propiedad. Aunque oficialmente su labor consiste en hacer dos rutas de transporte público de la colonia Cárdenas al poblado de Camalú, también se dedica al transporte de jornaleros del campo que cada mañana van en búsqueda de trabajo a un parque público en dicha colonia, donde productores y rancheros locales contratan trabajadores temporales. Bajo el esquema informal de subcontratación que mantiene con el propietario del vehículo que maneja, Jaime se queda con la mitad de los ingresos generados por el pasaje que transporta, corre también con los gastos de gasolina y mantenimiento del autobús. Mientras que entre los meses de abril y septiembre se dedica casi exclusivamente al reclutamiento y

transporte de jornaleros del campo, durante los meses de invierno suele trabajar principalmente como chofer de la ruta de transporte de acuerdo con un horario establecido por la compañía.

Como subcontratista de trabajadores del campo, Jaime Coronado desempeña tres papeles diferentes, aunque en la práctica están solapados: reclutador, chofer y mayordomo. En primer lugar, se encarga de conformar cuadrillas de trabajadores para los patrones o rancheros para los que trabaja. Para ello, depende de su propia red de paisanos, vecinos y conocidos que ha ido construyendo con el tiempo en la colonia donde reside y otros asentamientos cercanos. Durante los últimos seis años, ha trabajado en ese papel para una misma compañía que produce tomate en el norte de la región, la cual le paga dependiendo del número de trabajadores que lleva. Si recluta de 30 a 35 trabajadores, gana 1 000 pesos por semana, incluido el transporte de ellos al lugar de trabajo, pero si baja de 20 trabajadores únicamente percibe 700 pesos. Al pedirle que describa cómo recluta a los trabajadores de su cuadrilla, Jaime explica de manera bastante gráfica este sistema:

Pues tengo que ir casa por casa. Con conocidos, los que conozco de vista voy con ellos: “Hey, tengo trabajo en tal parte, ¿no quieren ir?”, “¿Cuánto pagas?”, “No, pues te voy a pagar tanto”, “¿Cuántos días de trabajo?”, “No, pues son tantos días de trabajo”, “Y ¿a qué hora nos vamos?” y “¿quién va a ser el mayordomo?”, “No, pues yo voy a ser el mayordomo”, “Ah, pues bueno, vamos”. Y entonces ya consigo 6, 7, 8 personas el primer día, ya luego entre ellos ya se platican y ya al rato, mañana, pasado ya se suben otros 3 más, y así se va recorriendo (Coronado, entrevista, 2005).

En su papel de subcontratista laboral, Jaime se mantiene en contacto con los patrones y mayordomos de las compañías para saber cuándo necesitan trabajadores. Al describir cómo desempeña este rol, explica:

Voy con los mayordomos generales que se encargan del rancho, pues ellos son los que saben de antemano si ocupan otra cuadrilla más. Ellos nomás me dicen “Sabes que, ocupo otra cuadrilla pa’ tal parte”; ellos lo autorizan. “Sí, mañana tráete tu cuadrilla”. Voy al campo [a buscar a los mayordomos], por donde andan, por ahí ando correteándolos “ando buscando a fulano” y le hablan por radio “sabes qué, aquí anda un señor buscándote”. “Dile que me espere un ratito ahorita voy”. Y ahí los espero en el campo, ya lle-gan y ya platicamos (Coronado, entrevista, 2005).

Además de contratista, Jaime a menudo es también mayordomo de sus propias cuadrillas, lo que supone un ingreso adicional. En la compañía en la que trabaja en la actualidad, gana 200 pesos adicionales en su calidad de mayordomo. Aunque por lo general los papeles de chofer y mayordomo van asociados, en algunas ocasiones Jaime es contratado únicamente para el reclutamiento y transporte de trabajadores, y éste es generalmente el caso cuando trabaja para pequeños productores, quienes suelen usar sus propios mayordomos, razón por la cual prefiere trabajar para compañías grandes en las que puede combinar ambos trabajos.

Finalmente, cuando ejerce de chofer de ruta de pasajeros, Jaime gana 200 pesos al día, que paga el dueño del autobús que él maneja. La flexibilidad con la que combina su trabajo oficial de chofer de ruta de transporte de pasajeros con su papel como reclutador y transportista de trabajadores del campo ilustra el alto grado de informalidad que prevalece en este último sector. La proliferación de autobuses “piratas” que compiten con asociaciones de transportistas dedicados exclusivamente al transporte de trabajadores del campo constituye la mayor queja por parte de estos últimos, que se ven obligados a rebajar sus tarifas para poder competir con vehículos que operan en el sector informal. Cuando le pregunto qué pasa si deja de hacer la ruta de viajeros públicos, para la que está autorizado su autobús, para dedicarse al transporte de trabajadores del campo, responde:

[No hay problema] pues hay muchos camiones, ahí siguen trabajando los demás, lo único que pasa es que quedan menos camiones en la ruta y echan más vuelta, echan dos, tres vueltas. Y cuando varios de los camiones nos vamos al rancho, en la ruta quedan poquitos y están vuelta y vuelta (Coronado, entrevista, 2005).

El paso de trabajador del campo a contratista-mayordomo ha supuesto para Jaime una mayor estabilidad laboral, así como cierta movilidad ocupacional y económica. Al comparar ambos trabajos, Jaime destaca el menor desgaste físico, aunque también señala la mayor responsabilidad asociada con su trabajo actual:

Pues sí cambia mucho, es un trabajo que el cuerpo sí lo resiste, puede uno andar diario y no se cansa uno mucho. Lo único que pasa es que madruga en la mañana poquito más que ellos, pero en el día llega uno nomás, y llega uno y descansando, y ellos ahí trabajando y uno aquí mirando nomás. Pues sí [de jornalero] era más cansado y aquí pues no se cansa uno mucho, ¿verdad? Pero, como dicen, es más responsabilidad también. En el trayecto que tengo todo ese tiempo ahorita no me ha pasado nada, no he tenido accidentes que... nada, nada hasta ahorita (Coronado, entrevista, 2005).

Esta movilidad no pasa inadvertida para Jaime, quien la vive como un progreso importante del que se siente orgulloso:

Yo sólo me halago, me digo “soy chofer, soy mayordomo” y la comparación de andar [como jornalero] con el bote uno solo aquí y ganar 100 pesos [al día] ocho horas y que le anden arreando a uno como que no (Coronado, entrevista, 2005).

Este sentimiento de satisfacción personal no se debe únicamente a sus mejores ingresos, sino también al respeto y admiración que en su calidad de mayordomo siente tener de parte de los

trabajadores que recluta, y que indica un mayor estatus social y de prestigio de los contratistas laborales y mayordomos:

Me siento orgulloso porque la gente me habla, me saludan “¿hay jale o no hay jale?, ¿Para cuándo irá a haber jale?” [y yo respondo] “Pues yo les aviso”, y así ando. Por ese lado me siento contento conmigo mismo y de tener el apoyo de la gente, y me siento orgulloso porque yo sé que me he portado bien con ellos (Coronado, entrevista, 2005).

Jaime Coronado ilustra la proliferación de subcontratistas laborales y el crecimiento del sector informal en las formas de reclutamiento y transporte de jornaleros agrícolas desde mediados de la década de 1990. Cuando nuevos jornaleros llegan a la región generalmente buscan trabajo por medio de contratistas locales. Desde este esquema, son los mayordomos generales o encargados del personal de las grandes compañías quienes negocian con subcontratistas o con los patrones de éstos las condiciones para el reclutamiento y transporte de la mano de obra que necesitan. La tecnología de teléfonos celulares ha contribuido a agilizar y flexibilizar este sistema de subcontratación laboral, ha permitido una forma de contratación “justo a tiempo” para tareas puntuales de parte de compañías o productores en el momento en que necesitan mano de obra adicional. El surgimiento de contratistas y transportistas laborales es además uno de los factores que está en la base del incipiente proceso de diferenciación económica en el interior de las colonias y con la región en general. No obstante, la proliferación de este tipo de contratistas también refleja el proceso de externalización que se ha venido desarrollando en el sector de transporte de trabajadores; ha dejado a estos últimos en un estado de alta vulnerabilidad, incluidos los frecuentes accidentes durante su transporte. Como tal, este sistema de subcontratación se basa en relaciones clientelares entre contratistas y trabajadores del campo, que las compañías a menudo usan como mecanismos para el control laboral y medida disciplinar para sus cuadrillas de trabajadores.

Diversificación y especialización en la horticultura

La intensificación del proceso productivo en la agricultura de San Quintín también ha provocado la aparición de algunas ocupaciones técnicas y/o especializadas vinculadas con nuevas actividades en el proceso productivo y el empleo de nuevas tecnologías, tales como el riego por goteo, cultivo en malla-sombra e invernadero, y plantas desaladoras para el riego de los cultivos. Así mismo, la diversificación de cultivos, especialmente la expansión de la fresa, mora y frambuesa, ha propiciado una mayor demanda de dichas ocupaciones especializadas, incluidas las de regador, tractorista, fertilizador, fumigador, supervisor, empacador, velador, chofer para el transporte de trabajadores, entre otras. Como vimos con anterioridad, se observa un peso creciente de esta categoría emergente de trabajadores agrícolas con cierta especialización: sólo 5.2 por ciento de los jefes de hogar/cónyuges trabajaban en esta categoría en 2000, mientras que en 2005 representaban 7.8 por ciento de esta fuerza laboral (cuadro 3). Y como ya mencionamos, los trabajadores masculinos y no indígenas son más numerosos en esta categoría.

Algunos trabajadores del campo han logrado ascender a ocupaciones mejor remuneradas, tales como regadores, tractoristas, y veladores. Otras ocupaciones con mayor especialización requieren, sin embargo, cierto nivel de educación y experiencia que únicamente está al alcance de unos pocos. En este contexto, el caso que a continuación presentamos se centra en un trabajador que asciende de trabajador temporal sin beneficios laborales a empleado de planta, esto es, trabajador de tiempo completo con contrato estable para la compañía en la que trabaja, mayor sueldo y beneficios laborales, lo que refleja un pequeño segmento de trabajadores agrícolas que ha podido alcanzar dicho estatus. Como veremos, el nivel educativo, la experiencia laboral y las redes sociales son factores clave para poder acceder a ese tipo de empleos agrícolas.

Agustín Mejía: de jornalero a fertilizador

Nacido en 1957, en Salina Cruz, Oaxaca, Agustín es de origen mestizo y llegó por primera vez al Valle de San Quintín en 1991. Aunque comenzó como jornalero agrícola, desde 2007 trabaja como jefe de cuadrilla de regadores para una de las principales empresas de producción de fresa en la región. Empleamos este caso tanto para mostrar las oportunidades de especialización ocupacional que han surgido en la agricultura, como los factores que hacen posible que determinados trabajadores puedan beneficiarse de ellas. Ya mencionamos en la sección anterior que el nivel educativo es central para explicar la movilidad ocupacional, como muestra el caso de Agustín. A diferencia de la mayoría de los jornaleros, él terminó la escuela secundaria y se graduó como técnico en contabilidad en la Universidad Nacional Autónoma de México. Al finalizar sus estudios, regresó a su tierra natal para trabajar como contador durante cinco años en diversas empresas del sector privado. Después, para huir de problemas personales que según su testimonio tenían el riesgo de implicar su seguridad personal y la de su familia, dejó su tierra para irse con su esposa a Sinaloa, donde estuvo trabajando como contador por un corto tiempo. Ese mismo año decidió aprovechar la oportunidad de una contratación de la compañía ABC –la empresa agrícola más grande que operaba en la década de 1980 en San Quintín– para migrar a esta región y escapar de sus problemas, aunque eso supusiera un claro descenso en su estatus ocupacional. El impacto de dicho cambio marcó su trayectoria laboral, pues como él mismo resume: “murió Agustín el profesionista y nació Agustín el jornalero” (Mejía, entrevista, 2006).

Como era habitual en aquella época, Agustín llegó a un campamento de la ABC junto con una cuadrilla de 50 jornaleros reclutados en La Paz y aprendió el oficio gracias a trabajadores indígenas que, recuerda, le enseñaron con esmero y paciencia. Durante los siguientes años, trabajó como peón en grandes

compañías como Pinos, ABC y Rancho Valladolid, así como para productores pequeños o rancheros, como se les conoce en el Valle. Al cabo de tres años de vivir en un campamento, aprovechó una oportunidad para comprar, en 1994, un pequeño lote en la colonia Santa Fe.

Con el paso del tiempo y ya asentado en San Quintín, Agustín comenzó a progresar en su trabajo. Después de varios años como jornalero y de haber aprendido a trabajar en una variedad de productos hortícolas (tomate, chile y fresa), fue promovido a la posición de mayordomo de cuadrilla a finales de la década de 1990. A partir de entonces, sus ingresos mejoraron considerablemente. En su calidad de mayordomo, también aprendió ciertos conocimientos básicos de los oficios de regador y fertilizador, hasta que el rancho donde estaba empleado cerró. Durante los siguientes años, estuvo trabajando para varios productores, hasta que en 2005 fue reclutado para trabajar como fertilizador en una compañía dedicada a la producción de fresa, mora y frambuesa.

Con los rudimentarios conocimientos que tenía de fertilización, Agustín terminó de formarse en el oficio por medio de la capacitación que recibió en esta compañía. Durante dos años trabajó como regador, al tiempo que aprendía más sobre el oficio de fertilización, hasta que en 2007 fue promovido a la posición de jefe de cuadrilla de regadores. Como técnico en fertilización, su trabajo consiste en seguir las instrucciones de los ingenieros a la cabeza de su equipo y mezclar productos químicos (cobre, zinc, magnesio, potasio), y asegurarse de que lleguen en la cantidad especificada a las plantas que se riegan por medio de un sistema de goteo controlado por computadora. Aunque su horario regular de trabajo transcurre de las siete de la mañana a las tres de la tarde, generalmente trabaja en turnos más amplios de hasta 12 horas junto con los regadores, especialmente en la época del crecimiento y cosecha de la mora en primavera-verano. Así, y aunque su salario base es de 114 pesos al día, dadas las

horas extra que trabaja, Agustín por lo regular recibe un salario de 1 400 pesos a la semana, un ingreso más elevado que el de los peones de campo.

El paso de mayordomo a fertilizador supuso para él un avance y progreso considerables, tanto por estar mejor remunerado como por ser un trabajo menos extenuante, y por el mayor estatus laboral que estos oficios especializados tienen comparados con el de peón de campo y mayordomo; además de ser un trabajo más estable que el de la mayoría de los jornaleros. De ese modo, una vez que se termina el corte de la fresa y durante la época baja de trabajo en el invierno, Agustín se emplea en la preparación de los terrenos por cultivar para el próximo ciclo; se encarga de la preparación y aplicación de herbicidas, productos químicos y gases que se introducen en los surcos o camas previamente a la etapa de plantación. Al comparar su actual trabajo como fertilizador con su experiencia anterior como jornalero, Agustín comenta:

Es bonito y es más tranquilo, es menos cansado. En el [trabajo] de jornalero sí haces muchas tareas, pues vas a ganar más, pero también te vas a sentir más aniquilado, más cansado. Tal vez vayas a trabajar tres días y al cuarto ya andes fallando porque el cansancio te está aniquilando. Este trabajo no, este trabajo es más metódico; es más responsabilidad, pero es más tranquilo (Mejía, entrevista, 2006).

Pero, como indicamos más arriba, son los beneficios laborales que recibe como trabajador de planta los que Agustín considera más importantes:

Ya que entras [como trabajador] de base adquieres todos los derechos, como es vacaciones, aguinaldo, respaldo de utilidades, y va contando tu antigüedad [...] Ah, y una de las cosas más importantes: desde el inicio en que tú entras como trabajador de base automáticamente entras con el seguro social, tienes ese derecho y puedes asegurar a tu familia. Es uno de los factores muy buenos

porque no todas las empresas ni todos los rancheros empiezan o le dan a uno ese servicio (Mejía, entrevista, 2010).

Si bien el ascenso de jornalero a regador fue resultado de su experiencia laboral, la promoción de Agustín al puesto de fertilizador jefe de cuadrilla de regadores está estrechamente vinculada con su nivel educativo, claramente superior al de la mayoría de los trabajadores del campo que laboran en la región. Al reflexionar sobre la manera en que los conocimientos y experiencia como contador público de su vida anterior lo ayudaron a aprovechar la oportunidad de llegar a ser fertilizador, Agustín comenta:

Sí, porque lo que se aprende no se olvida. Porque no nada más es producción, no nada más es crecimiento, no nada más es cuidado de las plantas, sino también es administración, saber llevar un control, llevar bitácoras, llevar un diario de entradas, salidas; todo eso es contabilidad, es administración, y si uno no tiene conocimientos en esto pues se empapela uno (Mejía, entrevista, 2013).

A diferencia de Agustín, que se desempeña como fertilizador jefe de cuadrilla, el paso de peón de campo a regador no requiere un similar nivel de educación. Varios de los regadores que conocimos durante el trabajo de campo cuentan con secundaria o niveles inferiores de educación, incluidos varios vecinos de Agustín en la colonia Santa Fe. En esos casos, la movilidad ocupacional a regadores fue consecuencia de varios años de experiencia como trabajadores del campo, formación y entrenamiento como tales en compañías o con rancheros para los que trabajaron y conexiones sociales que les permitieron conocer y aprovechar dichas oportunidades. El propio Agustín, como jefe de cuadrilla, tiene experiencia en el reclutamiento y formación de regadores, y se enorgullece de “haber sacado a varios trabajadores del surco” para enseñarles el oficio de regadores; señala: “la dedicación, entrega, deseos de participar y obediencia” como

los principales factores que valora para promover a peones de campo a regadores.

Para Agustín, el paso de peón de campo a regador y posteriormente fertilizador y jefe de cuadrilla representa un proceso de movilidad ocupacional, y en menor medida socioeconómica, que sólo un pequeño segmento de trabajadores del campo con años de experiencia en el oficio, cierto nivel educativo y tiempo de arraigo en la región, ha logrado, y que supone tanto una mejoría en sus salarios y condiciones laborales como un sentido de orgullo y progreso. Aunque las condiciones de vivienda en las que vive en la colonia Santa Fe son similares a la de la mayoría de sus vecinos, son la estabilidad laboral y económica las que Agustín identifica como principales ventajas de contar con un trabajo con cierta especialización ocupacional.

Pues mire, se me hizo más fácil sacar adelante a mis hijos, porque pues yo soy padre soltero y pues los saqué adelante a mis tres hijos, pude darles todo lo que ellos necesitaban: escuela, sus útiles, su alimentación, su vestir y hasta sus diversiones. Entonces, pues sí me ha ayudado mucho, me ha ayudado mucho porque yo he tenido muchas carencias, y gracias a eso vivo honradamente, no digo que tengo dinero, pero ya vivo con seguridad, vivo con esa confianza de que no voy a tener problemas económicos (Mejía, entrevista, 2010).

Es en este marco temporal desde su arribo a San Quintín en 1991, incluida tanto su trayectoria laboral como de asentamiento, en el que Agustín ubica su sentido de mejora y progreso personal. La satisfacción de laborar en un trabajo que le gusta por su nivel de especialización ocupacional, el paso de ser considerado trabajador temporal a trabajador de planta con derechos y beneficios laborales, y el cambio residencial a colonia explican la valoración positiva con la que describe su trayectoria, desde que llegó a esta región, y el cariño y arraigo que siente hacia ella, a lo que hoy considera como su tierra adoptiva.

DIVERSIFICACIÓN OCUPACIONAL Y CRECIMIENTO DE EMPLEOS NO AGRÍCOLAS

Más allá del sector hortícola, uno de los aspectos más novedosos asociados con la experiencia de asentamiento y crecimiento demográfico en el Valle de San Quintín se refiere al surgimiento de numerosas ocupaciones no conectadas con este sector. Particularmente ocupaciones en el área de los servicios, así como la construcción, son comunes en aquellas colonias con mayor tiempo y arraigo en la región; tiendas de abarrotes, peluquerías, casetas de llamadas telefónicas, panaderías, tortillerías y talleres de costura, entre otros, son comunes en las diversas colonias del Valle, especialmente aquellas con mayor antigüedad. El surgimiento de ocupaciones en el comercio de menudeo y servicios en general responde a la demanda generada por miles de trabajadores y familias que se han ido asentando en estas colonias y abriendo nuevas oportunidades laborales fuera de la agricultura. Para los residentes que poseen estos comercios, el hecho de no trabajar en la agricultura es símbolo social de progreso, por modesto que éste sea. El salto, no obstante, a empleos no agrícolas es generalmente el resultado de años de esfuerzos y ahorro por parte de jornalero/as y sus familiares. No depender de trabajos agrícolas, los más intensivos y fatigosos, por lo regular se vive como un símbolo de superación y progreso. Junto a ocupaciones especializadas en el sector agrícola, el surgimiento y la proliferación de ocupaciones no vinculadas con la agricultura son otros de los factores que contribuyen a la creciente diversificación ocupacional y, en algunos casos, diferenciación socioeconómica en el interior de la región.

Mientras que, en algunos casos, comercios y pequeños negocios familiares constituyen un trampolín para escapar de arduos trabajos en la agricultura, en otros sirven para complementar los escasos e inestables ingresos generados por empleos en este sector. Como ilustramos más abajo, estos negocios

familiares a menudo se utilizan como seguros de desempleo por parte de trabajadores agrícolas durante las temporadas de escaso trabajo, o cuando por motivos de salud o razones personales no pueden seguir trabajando en el campo; aspecto central en un sistema donde una gran parte de los jornaleros no cuenta con seguro social, pensión, seguro de desempleo, ni otras prestaciones laborales. El paso de la agricultura hacia otros sectores de empleo es una experiencia vivida por 16 por ciento de los trabajadores sin especialización (cuadro 5): uno de cada seis jornaleros logró salir del sector en un plazo de cinco años; sin embargo, esta movilidad hacia ocupaciones en los sectores terciario o secundario está todavía muy limitada por la segregación étnica y los bajos niveles educativos de una gran parte de la población indígena. De esta forma, la probabilidad de este tipo de movilidad ocupacional para los jornaleros indígenas representa solamente 40 por ciento de la probabilidad de los jornaleros indígenas (8.9 % versus 22 %, cuadro 5). Desde el punto de vista del género, las mujeres tienen también una probabilidad menor que la de los hombres (14.4 % versus 18.2 %; es decir, 70 % de la probabilidad que tienen los últimos). Este resultado, que puede sorprender dada la apertura del sector terciario a las mujeres, subraya la dificultad de esta movilidad para las trabajadoras del campo cuando son indígenas. Así mismo, a menudo la movilidad ocupacional a labores no agrícolas no conlleva una movilidad socioeconómica, sino únicamente se trata de una vía de escape de dicho sector cuando, como mencionamos, los trabajadores del campo, bien por su edad o salud, ya no pueden ocuparse en tareas agrícolas.

El caso que presentamos a continuación ejemplifica el largo y difícil proceso que significa para una mujer indígena pasar de jornalera a comerciante, también muestra cómo a menudo las mujeres, después de largos años de trabajo en la agricultura, son expulsadas de este sector y se ven orilladas a buscar alternativas de empleo en otras ocupaciones.

Justina Sánchez: el comercio como salida digna de la agricultura

Justina Sánchez nació en 1966 en San José Salinillo, en el distrito de Silacayoapan, en Oaxaca. Su padre era jornalero agrícola y migraba con frecuencia a trabajar en Veracruz, Sinaloa, Chiapas, y esporádicamente Estados Unidos. Al ser 10 hermanos (cinco hombres y cinco mujeres), Justina sólo pudo estudiar hasta tercero de secundaria, pues tuvo que ayudar a su padre en las labores del campo. A los 18 años, se casó y salió por primera vez de Oaxaca con su esposo a trabajar en Sinaloa, y dos años más tarde, en 1986, llegaron a San Quintín. Durante cinco años vivieron en una cuartería, donde nacieron sus dos hijos. Poco después, su marido la abandonó, para marcharse a Estados Unidos. Durante los siguientes años y hasta 1996, Justina trabajó de jornalera migrante entre Sinaloa, San Quintín y Estados Unidos, y regresaba periódicamente a Oaxaca a ver a sus hijos, a quienes había dejado al cuidado de sus padres.

En 1996, Justina regresó a San Quintín con sus hijos gracias a una contratación desde Oaxaca para asentarse de manera permanente. Durante los siguientes 10 años vivió con su segundo esposo en la colonia Santa Fe, hasta que en 2006 se separó de él debido al maltrato y abuso físico del que era víctima. A partir de entonces y para mantener a sus hijos, se vio obligada a intensificar su trabajo en el campo y a combinarlo en la fresa y el tomate con varios empleadores. Durante la temporada de cosecha de la fresa, entre los meses de marzo y mayo, trabajaba 12 horas al día (de 6 de la mañana a 6 de la tarde), con el fin de optimizar sus ingresos; llegaba a ganar alrededor de 900 pesos al día. A partir de finales de mayo y durante el verano, seguía cobrando a destajo, pero el ritmo de trabajo disminuía y trabajaba de 6 a 8 horas diarias, con lo que sus ingresos se reducían a unos 400 pesos al día. Durante el resto del año, cuando disminuía el trabajo en el campo, apenas trabajaba tres o cuatro días a la semana y ganaba 90 pesos al día.

Para sostener a sus hijos y apoyarlos con sus gastos de estudio, Justina Sánchez combinaba el trabajo de jornalera con una tienda de abarrotes ubicada en su propia casa en la colonia Santa Fe. Comenzó con su tienda en 1999, con 5 000 pesos ahorrados entre ella y el que era su esposo, y usó uno de los dos cuartos de su vivienda para acondicionar su negocio. Más adelante, con el apoyo financiero de 12 000 pesos de parte de un programa estatal para pequeños negocios de residentes indígenas de escasos recursos, construyó un cuarto adicional en su vivienda para uso exclusivo de su tienda. Originalmente, el objetivo de Justina era dejar la faena en el campo y mantener a sus hijos con los ingresos generados por su tienda de abarrotes. Después de años de duro trabajo en el campo, buscaba una mejor alternativa laboral: “Quería tener mi propio negocio para que nadie me mandara, porque yo fui humillada 18 años en el campo [...] Y me dije ‘voy a tener mi propio negocio para que nadie me regañe, que nadie me diga nada’” (Sánchez, entrevista, 2009).

A pesar de sus intenciones, después de cerca de un año, Justina se dio cuenta de que los ingresos de su tienda no eran suficientes, por lo que se vio obligada a seguir combinando ambas ocupaciones. Así, trabajaba como jornalera de 7 de la mañana a 2 de la tarde, y se encargaba de su tienda entre las 3 de la tarde y las 9 de la noche. Durante las vacaciones escolares, su hija adolescente despachaba en el negocio durante la mañana cuando Justina estaba ausente y ayudaba a su madre en las tardes.

Con el paso del tiempo y después de años de arduo trabajo en el campo, Justina comenzó a tener problemas en sus tobillos y piernas, especialmente desde que comenzó a laborar en el corte de la fresa. Para 2007, sus dolores eran tan fuertes que tuvo que dejar de trabajar y fue sometida a una operación de meniscos, a partir de la cual se vio obligada a dejar el trabajo en el campo. Con una mezcla de denuncia y tristeza, Justina narra las circunstancias en las que dejó el trabajo de jornalera para dedicarse exclusivamente a su tiendita:

Por mi problema de mis piernas, se me rompieron mis meniscos y perdí las fuerzas en mis piernas y me caía cada rato en el trabajo y por eso ya no me querían dar trabajo, por lo mismo que ya no servía para trabajar [...] Yo no tenía una pareja que me ayudara y mis hijos estaban estudiando y [en la empresa] me dijeron: “¿sabes qué? Ya no puedes trabajar, te caíste dos o tres veces en el campo, ya no hay ayuda para ti”; como quien dices, “ya no sirves”. Yo me sentí mal y si peleo mis derechos por trabajar, pues no va a servir, pues ya no le sirvo al patrón. Entonces, todo lo que me hice de mis pies [operación] fue a través del Seguro Popular [...] Me dijeron que si seguía trabajando, los meniscos que me reconstruyeron ya no iban aguantar [...] Y ya no pude trabajar y me dediqué a mi tiendita (Sánchez, entrevista, 2009).

Como dueña de una tienda de menudeo, Justina se dedica a la venta de algunos productos de consumo familiar de bajo costo, tales como galletas, dulces, fruta, verduras, agua, leche, latas de conserva, etcétera; lleva su negocio con base en un sistema de crédito con sus clientes, común en muchas de las tiendas de abarrotes en las colonias de jornaleros agrícolas: en una libreta, anota el nombre de las familias que compran fiado y va descontando según éstas le van pagando, generalmente los fines de semana cuando la mayoría de los jornaleros cobran o “rayan” en sus trabajos. Este sistema informal de crédito facilita a familias de trabajadores del campo organizar su economía doméstica y tener acceso a productos básicos durante el invierno cuando el empleo agrícola disminuye. Basado en lazos de confianza, este sistema permite la subsistencia y reproducción de la población que vive en estas colonias, porque se ajusta a los ciclos de trabajo, altas y bajas en el empleo agrícola y sistemas de pago que prevalecen en la agricultura.

Los ingresos generados por su tienda de abarrotes, un negocio oficialmente registrado en Ensenada, son bastante modestos. Calcula que vende entre 200 y 300 pesos al día, y buena parte

de estos ingresos los reinvierte para reponer su mercancía; no obstante, los ingresos del negocio sirven para cubrir los gastos de alimentación de su familia. Asegurar su subsistencia e ir expandiendo su negocio sin tener que trabajar en el campo son sus principales objetivos: “Pues yo no veo nunca dinero aquí; o sea que como me ve ahorita lo que vendo [después] viene el proveedor y le pago y así voy, o sea que el dinero lo agarro y se los devuelvo para ir comprando más mercancía” (Sánchez, entrevista, 2009).

A pesar de ser un negocio modesto, con el tiempo la tienda de Justina ha ido creciendo y vendiendo una mayor variedad de productos, incluidos uniformes escolares para los niños que viven en la colonia. Generalmente, compra en Ensenada parte de su mercancía de productos no perecederos para revenderla en su tienda, aunque la mayor oportunidad para capitalizar y ampliar su negocio llegó de manera inesperada en 2008, cuando por medio de la emisora de radio local escuchó sobre un programa de migración temporal para trabajadores del campo, H-1B, y se inscribió en él. Ese verano estuvo trabajando en Susanville, California, de lo que ahorró 16 000 pesos (1 600 dólares), buena parte de los cuales utilizó para ampliar su tienda y abastecerse de más mercancía. El siguiente año regresó a trabajar a California gracias al mismo programa, aunque volvió con menos ahorros, pues se enfermó durante la estancia. A partir de 2011, su meta es poder sacar una visa que le permita cruzar a Estados Unidos para poder comprar mercancía más barata y venderla en su tienda en San Quintín para tener así una fuente de ingresos, que no le dejó su trabajo como jornalera, para su retiro. Si se compara su trabajo anterior en el campo con su actual ocupación a cargo de su tienda, Justina no duda en resaltar las ventajas de esta última:

[Estoy] mejor aquí pues tengo mi comida a la hora, tengo mi casa limpia, tengo todo pues. Todo lo que yo se me antoje tengo.

No cuenta lo que gane, nunca hago cuentas de lo que gano, lo vuelvo a invertir, ¿no ve que ahora mi tienda está más surtida? [...] Por eso quería mi visa para ir a comprar para el otro lado y venir y sacar más, por eso estoy luchando por mi visa (Sánchez, entrevista, 2009).

Como otras muchas mujeres que conocimos en San Quintín, Justina Sánchez ejemplifica la situación de trabajadoras indígenas que buscan establecer pequeños comercios familiares como una alternativa al trabajo agrícola. En un mercado laboral altamente segmentado por etnicidad y género, donde las mujeres indígenas son relegadas a las ocupaciones agrícolas menos especializadas, peor remuneradas y con escasas opciones de movilidad ocupacional, los pequeños comercios de carácter familiar ofrecen una opción atractiva para escapar del trabajo en el campo. Mientras en algunos casos dichos establecimientos sirven de puente para que las mujeres se liberen del duro trabajo agrícola, en muchos otros sirven como fuente complementaria de ingresos a los bajos e inestables sueldos que perciben como tales, ingresos adicionales especialmente importantes para madres solteras. Estos negocios familiares también se plantean como un sistema de apoyo para el retiro cuando las jornaleras van aproximándose a una edad en la que ya no podrán continuar trabajando, estrategia importante en un contexto donde la mayoría de trabajadoras agrícolas no están registradas en el Seguro Social. El autoempleo en negocios familiares también facilita a las mujeres que viven en colonias coordinar sus actividades laborales con sus ocupaciones domésticas, las cuales, como consecuencia de las nuevas cargas de trabajo que acarrea el asentamiento residencial, tienden a ocupar mayor tiempo. Y como muestra el caso de Justina, aunque estas labores generen ingresos modestos, para mujeres como ella que no tienen oportunidades de movilidad en la agricultura, evadirse de los abusos y vejaciones que a menudo sufren en el campo por parte de

mayordomos y supervisores constituye un importante incentivo para buscar alternativas laborales fuera de este sector.

CONCLUSIÓN

La reestructuración productiva del sector agrícola ha implicado importantes cambios en el mercado laboral, y generado una mayor diversidad ocupacional al propiciar un incipiente proceso de movilidad socioeconómica para un reducido conjunto de trabajadores. Paralelamente, el crecimiento demográfico y el asentamiento han abierto nuevas oportunidades laborales en el sector terciario de los comercios y servicios, han posibilitado que antiguos jornaleros dejen el campo y den el salto a ocupaciones mejor remuneradas y con menor grado de explotación laboral.

Como observamos en el trabajo de campo, a pesar de la precariedad en la que vive la mayoría de los trabajadores agrícolas (con o sin especialización ocupacional), o tal vez debido a ella, cualquier mejora en sus condiciones laborales (salario, prestaciones, estabilidad laboral, estatus) se vive como progreso, motivo de orgullo y satisfacción personal. La larga historia de pobreza y explotación que muchos jornaleros experimentaron hasta la década de 1990, especialmente cuando residían en campamentos y/o cuarterías, ayuda a entender este sentimiento de logro. En este sentido, el marco temporal de referencia en el que la mayoría de los trabajadores ubica la evaluación de sus trayectorias laborales y experiencia de asentamiento incluye tanto la comparación con las oportunidades de trabajo y condiciones materiales de vida en sus comunidades de origen, como los cambios ocurridos desde que llegaron a San Quintín, especialmente cuando residían en campamentos o cuarterías.

No obstante, estos cambios y la manera en que los sujetos los interpretan, la movilidad ocupacional y económica en la región es todavía muy limitada. La escasa movilidad en el sector agrícola

contrasta con el notable aumento de la productividad y las ganancias que han experimentado las grandes compañías hortícolas desde comienzos del año 2000. La introducción de nuevas tecnologías de producción en invernaderos, aunada a innovadoras formas de organización flexible del trabajo, ha llevado a un notable mejoramiento de la productividad en grandes empresas exportadoras, sin que ello se haya visto reflejado en una mejora paralela de los sueldos de los trabajadores agrícolas. Por otra parte, si bien se ha producido un progreso general en las condiciones sanitarias de trabajo debido a las altas exigencias para la exportación de productos hortícolas, las condiciones laborales (prestaciones, Seguro Social) apenas han cambiado. Los salarios han subido de manera moderada e insuficiente para cubrir los costos asociados con el asentamiento, mientras que las oportunidades de movilidad dentro del sector únicamente han beneficiado a un pequeño segmento de trabajadores agrícolas.

En este contexto, una de las principales vías de movilidad ocupacional vinculadas con el sector agrícola se ha producido en la contratación y el transporte de jornaleros agrícolas como resultado del crecimiento de intermediarios laborales. Esta dinámica es resultado del proceso de externalización de parte de las empresas agroexportadoras, e implica una mayor informalización en la contratación de trabajadores agrícolas, con lo que se desplazan los costos y riesgos de este rubro de las compañías productoras hacia los contratistas y los propios trabajadores. El surgimiento y la proliferación de contratistas laborales refleja un proceso similar al ocurrido en el sector hortícola en California, que indica una gradual convergencia del régimen laboral en esta industria, producto de la creciente penetración de compañías estadounidenses al sur de la frontera y los estrechos vínculos que mantienen con sus socios comerciales en Baja California.

Como hemos mostrado, las oportunidades más viables de mejora económica para la población asentada se ubican en el sector servicios. El empleo en los servicios, sin embargo, es muy heterogéneo

y gran parte de él consiste en trabajo autónomo en pequeños comercios de tipo familiar que se establecen como una salida de la faena agrícola cuando los trabajadores alcanzan edades maduras, o como fuente complementaria de ingresos a los insuficientes salarios que se perciben en el campo. Aunque la oferta de trabajos que requieren mayor escolaridad, especialmente en el sector público, ha aumentado significativamente, apenas ha beneficiado a un pequeño segmento de la población jornalera; por lo general, estos empleos son cooptados por gente de afuera de la región, como es el caso de gran parte de los funcionarios gubernamentales.

En definitiva, el Valle de San Quintín se caracteriza por un mercado laboral dinámico, que en las últimas décadas ha brindado oportunidades de trabajo tanto dentro como fuera de la agricultura para miles de jornaleros que se han ido asentando en la región. Se trata sin embargo de un desarrollo desigual, donde el crecimiento económico que ha beneficiado a las empresas agrícolas sólo se ha visto pálidamente reflejado en las condiciones laborales y de movilidad económica del conjunto de la población de trabajadores del campo. Comparado con otras regiones hortícolas en California, donde el crecimiento económico ha beneficiado a un mayor segmento de la población asentada empleada en la agricultura (Du Bry, 2007), el Valle de San Quintín está todavía lejos de este modelo. Los desequilibrios y las marcadas desigualdades de su mercado laboral hacen dudar de que tal situación vaya a corregirse sin la intervención de políticas gubernamentales que incentiven una mayor diversificación del empleo en sectores fuera de la agricultura, fomenten la educación de la población joven para acceder a empleos de mayor calificación, y que las autoridades responsables se cercioren de que se cumplan las leyes laborales y del Seguro Social en el sector hortícola, para contribuir a una redistribución más justa de la riqueza generada por la población jornalera en la región.



CAPÍTULO IV

HOGARES Y LA LUCHA POR
EL ASENTAMIENTO RESIDENCIAL



*Fotografía de Abbdel
Camargo, archivo particular,
“Celebración de XV años”,
colonia 13 de Mayo, Valle de
San Quintín, agosto de 2011.*



DE ESPALDA ancha, complexión robusta y tez morena curtida por el trabajo bajo el sol y la intemperie, Ramón Suárez labora como jornalero agrícola para una compañía productora de fresa para exportación en el Valle de San Quintín. Nacido en 1972 en Tezoatlán, en el municipio de Huajuapán de León, Oaxaca, Ramón llegó por primera vez a San Quintín en 1991 procedente de Los Ángeles, donde había ido a trabajar hasta que fue deportado a la ciudad de Tijuana: “Me vine a San Quintín porque había escuchado a personas que decían que había trabajo y que era un lugar muy tranquilo para vivir”, recuerda sobre su decisión de venir a esta región. Dos años después, mientras trabajaba en una empresa productora de tomate, conoció a Aurelia, una jornalera agrícola oriunda de San Juan Mixtepec, Oaxaca, con quien formó una familia de seis hijos –cuatro hombres y dos mujeres–, todos ellos nacidos en San Quintín. Durante varios años vivieron rentando cuartos en distintas localidades, hasta que en 1996, con unos modestos ahorros de su trabajo, pudieron dar el enganche para comprar un terreno en la colonia Santa Fe, donde viven hasta la fecha. Su primera vivienda, recuerdan, consistía en un pequeño cuarto de plástico; más tarde en uno de cartón en el que habitaron durante cinco años cuando en la colonia no había agua ni luz y los caminos eran difícilmente transitables. Finalmente, gracias a la ayuda de un programa nacional para jornaleros agrícolas (Pronjag), obtuvieron financiamiento para un pie de casa y construyeron así su primer cuarto de cemento y madera; a partir de entonces y con el paso de los años fueron añadiendo tres cuartos adicionales que el propio Ramón construyó.

Una vez asentados en San Quintín, Ramón y Aurelia tuvieron que afrontar el reto de mantener a su familia con sus escasos ingresos como jornaleros agrícolas. Después de que naciera su segundo hijo, Aurelia dejó de trabajar, fenómeno común entre las familias

asentadas en la región. Con el transcurso del tiempo y una vez que el gobierno mexicano comenzó a tener una presencia visible en San Quintín, obtuvieron apoyo económico del Programa Oportunidades para familias de bajos ingresos. Y aunque Ramón dejó de ir a Estados Unidos por varios años después de llegar a San Quintín, al paso de un tiempo y una vez que su familia fue creciendo, volvió a migrar a ese país. Entre 2001 y 2003 trabajó como jornalero en California, Florida y Carolina del Norte; enviaba 1 000 pesos mensuales a San Quintín para apoyar la construcción de su vivienda, hasta que en 2004 dejó de migrar a este país, cuando el cruce indocumentado se volvió más costoso y arriesgado.

El paso de habitar un campamento o cuartería a una casa en propiedad es el elemento central que define el proceso de asentamiento vivido por miles de jornaleros y familias como la de Aurelia y Ramón Suárez en el Valle de San Quintín desde la década de 1990. Este cambio residencial no sólo ha tenido un fuerte impacto en la estructura demográfica de la población en la región (como se desarrolló en el capítulo II), sino que también ha significado importantes oportunidades y desafíos para aquellas familias que se han ido estableciendo en San Quintín como su principal lugar de residencia. Las dinámicas y creativas formas mediante las que estos trabajadores y familias han ido afianzando su arraigo denotan una enorme capacidad de gestión y negociación política que va más allá de su experiencia como trabajadores agrícolas.

En este capítulo, describimos el impacto que la transición residencial a colonias ha tenido sobre los hogares de familias como la de Aurelia y Ramón, que constituyen el grueso de la población asentada en esta joven región. ¿Cómo han cambiado los grupos domésticos a raíz del asentamiento? ¿Qué beneficios y desafíos ha supuesto este proceso para trabajadores y familias que laboran en el campo? ¿Cómo evalúan los propios trabajadores el impacto del asentamiento sobre sus condiciones de vida y las de sus familias? Y ¿cómo ha afectado el asentamiento las pautas de migración de los trabajadores del campo a Estados Unidos?

Como veremos, la mayoría de los trabajadores y las familias consideran la transición de campamentos y/o cuarterías a colonias como una notable mejoría en sus condiciones de vida y la valoran como un claro signo de progreso, independientemente de lo modestas y precarias que puedan ser las condiciones de sus viviendas. No obstante tal logro, los bajos salarios y la falta de prestaciones que predominan en la agricultura, aunados a los altos costos asociados con el asentamiento residencial relacionados con la vivienda, acceso a servicios y educación de los hijos, suponen un enorme desafío para que estas familias y sus miembros puedan afianzar sus raíces en la región. El reto de sustentar a la familia y consolidar el asentamiento es significativo especialmente para los hogares encabezados por mujeres, dado que muchas de ellas han sido abandonadas por sus cónyuges cuando éstos migraron a trabajar a Estados Unidos. Con el objeto de examinar la relación entre asentamiento residencial y los cambios sucedidos en el interior de los hogares, este capítulo se divide en cuatro secciones. En la primera, presentamos un perfil demográfico de los diversos tipos de hogares que han ido desarrollándose como consecuencia del asentamiento en colonias. Enseguida, discutimos los beneficios y costos que ha supuesto el asentamiento para las familias que han protagonizado ese proceso, así como las estrategias de respuesta que han desarrollado para responder a sus desafíos. En la tercera sección, nos centramos en los hogares encabezados por mujeres, muchas de ellas jornaleras agrícolas, que representan un importante segmento de la población en colonias y que reflejan la problemática del asentamiento vivida por trabajadoras del campo. Finalmente, examinamos la manera en que el asentamiento residencial ha afectado las decisiones y pautas de migración laboral de trabajadores agrícolas de San Quintín hacia Estados Unidos.

Al igual que en el capítulo anterior, combinamos datos cuantitativos procedentes de la encuesta EBIMRE con entrevistas realizadas en trabajo de campo etnográfico. Al tomar el hogar como unidad de análisis, los datos de la encuesta nos permiten identificar

los diferentes tipos de arreglos residenciales dentro de las colonias y los cambios que se producen con el asentamiento en la estructura, tamaño y composición de los hogares. Por su parte, los datos recogidos mediante el trabajo etnográfico permiten examinar los costos y beneficios que el asentamiento residencial ha supuesto para sus miembros, y la valoración que los propios actores hacen respecto a las consecuencias de dicho cambio residencial.

ASENTAMIENTO Y GRUPOS DOMÉSTICOS

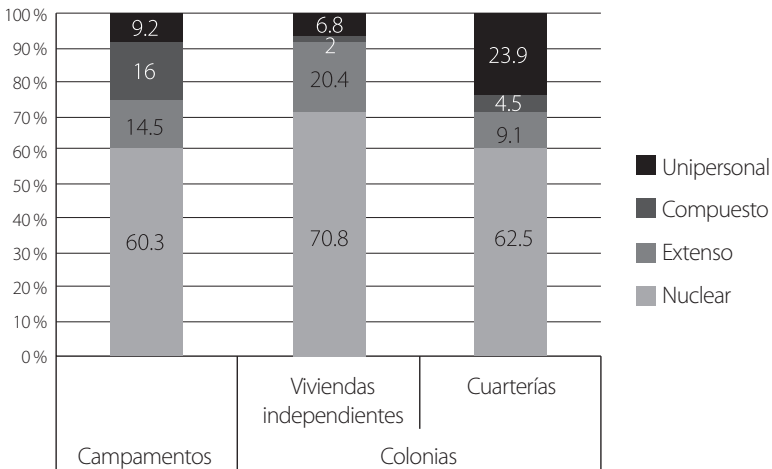
El cambio residencial de campamentos a colonias ha significado un importante impacto en el tipo de grupos domésticos que predominan en la región. El cambio más importante consiste en la reconstitución de la familia nuclear, que con el asentamiento consigue un mayor grado de independencia y autonomía respecto a la que anteriormente tenía tanto en campamentos como en cuarterías. La gráfica 8 presenta los hogares organizados por tipo según la forma de residencia, incluida la residencia en cuartería para observar las similitudes y diferencias con los campamentos.⁵⁵ En colonias, la residencia en vivienda independiente permite la concentración alrededor de la familia, sobre todo como familia nuclear, pero también como familia extensa. La residencia familiar es el arreglo más común, y constituye más de 90 por ciento en viviendas independientes, comprende tanto hogares nucleares como extensos.

Por su parte, en campamentos la residencia familiar, aún mayoritaria, no es tan común, ya que una cuarta parte de los hogares no son familiares, sino más bien unipersonales —una persona por cuarto—, u hogares compuestos —cuarto compartido por personas emparentadas y no emparentadas (por ejemplo, una familia

⁵⁵ Dado que las cuarterías representan sólo una pequeña parte de los habitantes de colonias, el total de la población en colonias (no presentado en la gráfica) se acerca mucho a la distribución del grupo de residencias individuales.

con personas no familiares, o varias personas adultas compartiendo el cuarto único de residencia), mientras que en campamentos los hogares compuestos son numerosos, en colonias, ya sea en viviendas individuales o en cuarterías, su prevalencia es mucho menor. La convivencia con personas no relacionadas por parentesco es un arreglo que se encuentra con frecuencia, pero únicamente en los campamentos definidos por la residencia controlada, consecuencia de la imposición de los empleadores dueños de esos campamentos. En nuestras entrevistas a trabajadores del campo que vivieron en campamentos, resulta claro que este tipo de arreglo residencial se valora negativamente, debido a las malas experiencias que muchos de ellos tuvieron durante su residencia en esos lugares, y que influyó para salirse de ellos. En cuarterías, encontramos a residentes que explicaron haber salido de un campamento porque el campero quería imponer a un grupo familiar, otras personas y a veces hasta otras familias dentro del mismo cuarto.

GRÁFICA 8. Distribución de los hogares por tipo según modelo de residencia, San Quintín, 2005



Fuente: Encuesta EBIMRE, colonias y campamentos (2005).

En las colonias, donde 90 por ciento de la población vive en hogares organizados alrededor de la familia, predominan dos tipos de grupos domésticos: los hogares nucleares y los hogares extensos, donde corresiden la familia nuclear con otros parientes. Estas dos estructuras están vinculadas con diferentes etapas del asentamiento: el hogar nuclear es común en la primera etapa cuando se produce la reunificación familiar, mientras que el hogar extenso suele surgir en una etapa posterior del asentamiento como una estrategia para afianzarlo. Así, los hogares formados por familias extensas (una quinta parte de los hogares en colonias, gráfica 8) generalmente tienen mayor tiempo de residencia en la colonia que los hogares nucleares: una media de 10 años para hogar extenso y de seis años para hogar nuclear (cuadro 6); también son los que presentan el mayor índice de jefatura femenina: 29 por ciento de los hogares extensos tienen jefatura femenina, comparado con 14 por ciento de los hogares nucleares. Estos datos apuntan a que la familia nuclear es el agente original del asentamiento; con el paso del tiempo y una vez asentada, la familia puede y a menudo se amplía más allá del simple núcleo de padres e hijos y conforma grupos domésticos intergeneracionales que permiten una mayor flexibilidad en la división interna del trabajo.

La mayor parte de los hogares extensos incluyen a la familia nuclear más descendientes; es decir, están integrados por los jefes/as de familia que originalmente se asentaron en San Quintín y uno o varios de sus hijos/as casados, con su respectiva familia.⁵⁶ Esto ocurre porque generalmente el asentamiento tiene lugar después de años de migración laboral, en un momento avanzado en el curso de vida de los jornaleros, con hijos ya jóvenes. En los años siguientes, cuando los hijos forman sus propias familias, a menudo se instalan en residencias independientes ubicadas en el mismo lote que el de sus padres, algo que se facilita dados los amplios

⁵⁶ De los hogares extensos, 58 por ciento incluyen miembros de generaciones posteriores al jefe de hogar. Cálculos propios a partir de la encuesta EBIMRE (2005) levantada en colonias.

terrenos que se encuentran en muchas colonias de la región.⁵⁷ Menos frecuentes son los hogares extensos conformados por la familia nuclear más ascendientes, esto es, que incluye a miembros de generaciones anteriores a los jefes de hogar, los cuales constituyen 18 por ciento de los hogares extensos. Este tipo de grupo doméstico generalmente ocurre cuando los jefes de hogar hacen venir a sus padres (padre del jefe o de su cónyuge) a San Quintín; conforman así un hogar intergeneracional donde los abuelos apoyan en tareas domésticas y familiares, con esto facilitan que sus hijos puedan trabajar de tiempo completo. Un tercer tipo de hogar extenso en colonias es el colateral, formado por la familia nuclear y hermanos de los jefes de hogar (hermanos o cuñados), y que representa 18 por ciento de los hogares extensos. Este tipo de hogares también permite mayor flexibilidad en la división del trabajo, así como contar con un mayor número de trabajadores que combinan sus ingresos para compartir los costos de vivienda, alimentos y otros asociados con el asentamiento. Aún menos frecuentes son los grupos domésticos colaterales que añaden parientes más lejanos de los/as jefes de hogar, tales como primos, tíos o sobrinos, estos grupos representan cinco por ciento.⁵⁸ Mientras que los hogares extensos intergeneracionales son generalmente resultado del proceso de asentamiento de un mismo grupo familiar, los hogares extensos colaterales tienen regularmente un carácter más transitorio en tanto que sirven de apoyo temporal a aquellos parientes que no son parte del núcleo familiar.

⁵⁷ De este modo, jornaleros asentados reproducen un modo de residencia familiar clásico en México basado en la “gran familia trigeracional”, que representa la unidad básica de solidaridad tanto en diversos grupos indígenas como en residentes de colonias pobres de la ciudad de México, así como de familias de clase alta (Adler y Pérez, 1993:145). En San Quintín, observamos que los hogares extensos atañen un poco más la población indígena que los hogares nucleares, 35 por ciento versus 30 por ciento.

⁵⁸ El 3 por ciento restante de hogares extensos está compuesto por situaciones que mezclan las diferentes categorías, sea con generaciones anteriores y posteriores a la vez, sea con todas las combinaciones de familiares adicionales a la familia nuclear.

CUADRO 6. Algunas características de los hogares por estructura y tipo de residencia

	Personas por hogar (promedio)	Edad media	Proporción de mujeres (%)	Jefatura femenina (%)	Proporción de hogares indígenas (%)	Tiempo de residencia en la vivienda (promedio)
						en años
Colonias						
Nuclear	4.4	22.9	50.8	14	29.7	8
Extenso	6	26.7	53.2	29.4	35	12.2
Compuesto	4.6	24.2	33.5	21.1	21.1	2.8
Unipersonal	1	45.7	16.4	16.4	26	8.5
Total por hogar	4.4	25.6	48	17.3	30.2	8.7
						en meses
Campamentos						
Nuclear	3.6	20.7	47.2	17.9	47.4	11.5
Extenso	4.6	21.3	41.4	10.5	52.6	7.9
Compuesto	3.7	27.2	7.7	5	47.6	3.2
Unipersonal	1	30.5	0	0	15.4	11.3
Total por hogar	3.5	22.8	35.2	13	45	9.6

Fuente: Encuesta EBIMRE, colonias y campamentos (2005).

Por otra parte, la presencia de familias nucleares en las colonias facilita el arribo de otros familiares o parientes cuando llegan a San Quintín. Como mencionamos en el capítulo II, en los últimos años muchos de los nuevos migrantes prefieren residir en colonias en casa de familiares (o paisanos) en lugar de campamentos o cuarterías. Así, durante la etapa de llegada a esta región varias familias de migrantes se instalan en casas de familiares ya asentados, conforman así familias extensas, hasta que estos nuevos residentes establecen su propia vivienda. En otros casos, familias asentadas sirven de residencia para parientes que llegan

a trabajar temporalmente a San Quintín, como en el caso de mujeres de Sinaloa que arriban durante el verano para emplearse en el empaque. De esta forma, las familias asentadas son agentes que facilitan tanto la movilidad como el asentamiento de otros parientes y familiares, contribuyendo a que arriben y vivan en la región en condiciones menos precarias de las que predominan en campamentos y cuarterías.

Finalmente, otro tipo de hogar en colonias es el unipersonal, el cual constituye el tipo de residencia más frecuente en cuarterías; cerca de una cuarta parte de los hogares en cuartería están ocupados por una sola persona. En viviendas independientes, este tipo de configuración doméstica representa únicamente 6.8 por ciento, probablemente debido al nivel de vida necesario para poder mantener una vivienda independiente (aunque se trate de un departamento) por una persona sola, lo que excluye a la mayoría de los jornaleros agrícolas; sin embargo, en las cuarterías –la residencia más barata en colonias– resulta una opción más atractiva y factible para los jornaleros. Estos hogares unipersonales son principalmente masculinos y tienen la edad promedio más alta (cuadro 6).⁵⁹ En colonias, la edad media es 46 años, muy por encima de todos los demás tipos de grupos domésticos.⁶⁰ De hecho, el segmento de población mayor sin familia se

⁵⁹ La proporción de mujeres es tan sólo de 17 por ciento en colonias y exclusivamente masculina en campamentos. Si bien las mujeres jornaleras que hacen la ruta de movilidad viajan principalmente con sus cónyuges y/o hijos, existen también mujeres que viajan solas; no obstante, cuando llegan a un campamento, los camperos las ubican con otras mujeres o con familias compartiendo un solo cuarto, convierten así este hogar en uno compuesto. En la residencia controlada, no hay posibilidad de que las mujeres vivan solas, esta libertad e independencia únicamente la encuentran en las colonias, incluidas las cuarterías.

⁶⁰ Si bien es cierto que en campamentos la edad media de los hogares unipersonales es también mayor que aquella de los demás arreglos (31.7 años), ésta no se compara con aquélla de las colonias. Los campamentos no ofrecen espacio para personas mayores, pues éstos son residencia para trabajadores en activo; en cambio, en las colonias las personas mayores pueden encontrar un espacio y una residencia de retiro.

concentra en este tipo de hogares unipersonales. Esto indica que, más que una preferencia de los trabajadores jóvenes que viajan solos, parece ser un modo de residencia común entre un segmento de la población mayor masculina. Se trata generalmente de trabajadores agrícolas que llegaron como pioneros a San Quintín en la década de 1970 y que, después de retirarse, se quedaron a vivir en la región, pero nunca pasaron por el proceso de reunificación familiar. Éste es el segmento de población que, como vimos en el capítulo II, contribuye al desequilibrio por sexo que caracteriza a la población mayor de edad en las colonias.

LOS BENEFICIOS DEL ASENTAMIENTO

Independientemente del tipo de hogar, el asentamiento residencial es visto como un claro signo de mejora y progreso por parte de los jornaleros agrícolas y de las familias que se fueron estableciendo en las colonias de la región desde la década de 1990. Mientras que en campamentos y cuarterías los jornaleros pagan una renta a cambio del compromiso de que los miembros adultos del grupo doméstico trabajen para el propietario de esos campamentos y cuarterías, el cambio de residencia a colonia permite una mayor autonomía. Contar con un terreno y una casa de su propiedad, vivir en la privacidad con la familia sin tener que compartir vivienda con otras personas y tener un espacio para que sus hijos puedan jugar libremente son algunas de las ventajas que los residentes en colonias a menudo identifican como los beneficios obtenidos al dejar las cuarterías después de años de sacrificios para poder obtener un lote de su propiedad. Aunque pequeñas, las viviendas son más amplias y cómodas que los cuartos de los campamentos y/o cuarterías, en muchos de las cuales ellos vivieron por años antes de poder comprar sus propios lotes. Los amplios terrenos que generalmente se encuentran en el interior de estas colonias son considerados un gran beneficio,

dado que permiten que la familia cuente con una buena superficie y que tenga control de sus espacios íntimos, algo que no sucedía en sus formas de residencia anteriores. “Vivir más ampliamente”, esto es, contar con mayor espacio para la familia y la vivienda, es una expresión común empleada por muchos trabajadores cuando comparan sus condiciones de residencia en colonia con experiencias anteriores en campamentos y/o cuarterías.

Otro de los cambios comúnmente identificados por las familias residentes en colonias como ventajas del asentamiento se refiere a la posibilidad de mejorar la educación escolar de sus hijos. Después de años de llevar una vida errante como trabajadores migrantes del campo, la sedentarización les ofrece la oportunidad de poder mandar a sus hijos a estudiar en las escuelas que se fueron construyendo en las distintas localidades de la región conforme la población fue aumentando. Faustina Herrera, residente de la colonia Santa Fe, originaria de una comunidad rural en Oaxaca y que trabajó durante 18 años en la ciudad de México como empleada doméstica antes de migrar al Valle de San Quintín en 1984, destaca este cambio, así como la posibilidad de poder incidir en el control de sus hijos:

[Me dio] la oportunidad de que mis hijos crezcan sanos, sanos de vicio, porque pues me ha tocado la suerte de tener a mis hijos estudiando. No todos, verdad, porque los mayores no estudiaron, pero porque trabajaban, por eso no pudimos, o no nos hemos organizado... Y con pues esfuerzo, verdad [hemos progresado]; pues sí hemos estado sufriendo un poquito, pero sí me siento mejor, yo sé que estamos saliendo adelante. En primer lugar con mis chamacos porque yo me digo “mis hijos están estudiando.” Yo sé que tienen la meta de llegar a donde ellos quieren, si Dios nos presta vida, ¿verdad?, vamos a llegar donde quieran. Y yo como madre, pues me siento a gusto porque sé que mis hijos están bien, fuera de vicio, en vez de andar en las calles, que anden tomando (Herrera, entrevista, 2009).

Por su parte, Laura Flores, también vecina de la colonia Santa Fe, resalta la importancia de la oportunidad de que sus hijos obtengan educación escolar que les permita en un futuro acceder a trabajos fuera de la agricultura:

Ahora nosotros les estamos diciendo que miren cómo estamos nosotros, si quieren estar así trabajando en el campo de sol a sol, que ellos que miren, que escojan lo que ellos quieran, pues no es lo mismo trabajar en una oficina que trabajar en el campo (Flores, entrevista, 2009).

La oportunidad de ir ampliando y mejorando la vivienda, generalmente mediante la construcción de cuartos adicionales, conforme la familia va apuntalando su establecimiento residencial, es otro elemento que explica el sentimiento de progreso compartido por los colonos. En las narraciones de las historias de vida de los trabajadores del campo que se fueron estableciendo en San Quintín, muchos de ellos recuerdan cómo fueron mejorando desde sus primeras viviendas hechas de cartón y plástico hasta las actuales construidas con concreto, lámina y madera. Además de la mejora de sus viviendas, el desarrollo y la consolidación de la infraestructura y de los servicios básicos de las colonias donde residen forman también parte del marco de referencia dentro del cual los colonos ubican ese sentido de progreso. Aurelia Suárez, vecina de Santa Fe presentada al comienzo de este capítulo, identifica la mejora de la colonia en su relato de experiencia de asentamiento:

Sentimos que hemos progresado por las oportunidades. Aparte de eso, hemos progresado porque tenemos los servicios de la luz, el agua y todo eso, y antes no cuando llegamos. No había nada, no teníamos ni tambora para echar agua, no teníamos luz [...] No había agua, comprábamos. Duramos como cuatro años sin agua [...] Ahora tengo luz, tengo agua, tengo mi casita, porque antes era de cartón y cuando llovía toda mi casa se mojaba (Suárez, entrevista, 2009).

El asentamiento en viviendas de su propiedad también ofrece a los trabajadores del campo la oportunidad de tener un mejor equilibrio entre sus actividades laborales y domésticas e involucrarse en la vida comunitaria de sus colonias. En tanto que en los campamentos están obligados a trabajar para los dueños mientras residan allá y en las cuarterías se encuentran presionados para pagar la renta mensual, contar con su propia vivienda ofrece la oportunidad de no trabajar cuando las circunstancias familiares así lo requieren, incluidas etapas cuando las mujeres salen del mercado laboral durante algún tiempo para cuidar a sus hijos. En las entrevistas a mujeres que pasaron de campamentos y/o cuarterías a colonias, muchas de ellas destacan cómo a partir de vivir en una vivienda de su propiedad se sentían menos presionadas para trabajar, especialmente en los primeros años después del nacimiento de sus hijos, cuando optaban por salir temporalmente del trabajo en el campo para atenderlos, o trabajar de tiempo parcial.

Con el paso del tiempo y después de años de residencia en colonias, los trabajadores y familias van desarrollando un sentido de pertenencia y comunidad que también forma parte de la positiva valoración que por lo regular tienen de su experiencia de asentamiento. Aunque no se trata de un beneficio material, este sentido de arraigo es altamente valorado, especialmente marcado en aquellas familias cuyos hijos nacieron o crecieron en el Valle de San Quintín y que no tienen por tanto memoria de las comunidades de origen de sus padres.

Faustina Herrera expresa ese sentido de pertenencia en los siguientes términos:

Yo me siento más de aquí, porque ya no pienso regresar para allá, aunque me gusta mi tierra, aunque ya tengo mucho tiempo que no voy y sí tengo ganas de ir, pero sería a pasear, a dar una vuelta, ¿verdad? [...] Pero para vivir yo ya no podría, porque mis hijos están acostumbrados a vivir aquí, están todos casados aquí, ¿a qué voy yo allá? A mí me gusta, pero a mis hijos tal vez ya no, porque ellos

no lo conocen [...] pero a mí me gusta estar aquí, me gustó estar aquí (Herrera, entrevista, 2009).

Para las mujeres, el paso de residencia en campamento/cuartería a colonia amplía su radio de actividad de la esfera privada de la familia al ámbito público de la comunidad donde, como veremos en el próximo capítulo, van asumiendo nuevas responsabilidades y liderazgos. La oportunidad de socializar y participar en actividades comunitarias con otras mujeres, compartir y dialogar sobre sus problemas familiares y personales, y participar conjuntamente en proyectos encaminados a mejorar las condiciones de vida en sus colonias, constituyen una dimensión central en la valoración que hacen de su experiencia de asentamiento residencial en San Quintín.

RETOS Y COSTOS DEL ASENTAMIENTO

A pesar de las ventajas que el cambio de residencia a colonia implica y el sentido de mejoría y progreso que la mayoría de las familias experimenta, el asentamiento también implica para trabajadores y familias importantes desafíos y costos que no deben ser minimizados. El paso de cuarterías y/o campamentos a colonias es generalmente producto de largos años de arduo trabajo y sacrificios, especialmente si se trata de trabajadores del campo. La compra y titulación de terrenos, la construcción de la vivienda, la provisión de servicios como agua y electricidad, y los gastos de educación de los hijos son sólo algunos de los costos que las familias asentadas tienen que afrontar. Es especialmente en la segunda etapa de asentamiento –que como explicamos en el capítulo I se caracteriza por la independencia residencial con el paso de campamento o cuartería a colonia y la reunificación de la familia nuclear– cuando estos retos son particularmente significativos. En primer lugar, el potencial laboral de los hogares es menor en colonias que en

campamentos; esto es resultado de que en campamentos la población está mayoritariamente constituida por trabajadores en activo e hijos pequeños, lo que resulta en una razón de dependencia de 43.2 personas por 100 personas en edad productiva.⁶¹ En cambio, en las colonias, la razón de dependencia es considerablemente más alta y alcanza 72 por ciento, lo que significa que por cada 100 personas en edad productiva (15 a 64 años) hay 72 en edad de dependencia. Esta severa transformación de 43 a 72 es resultado de la reunificación familiar en torno a la familia nuclear y de la alta fecundidad de las familias en la región.⁶²

En el asentamiento, el primer paso y desafío es salir de un campamento o cuartería para comprar un lote o terreno. Como vimos en el capítulo II, en el Valle de San Quintín dicha transición ocurrió por medio de invasión, cesión de terrenos por parte del gobierno estatal o venta de parte de propietarios individuales, algunos de ellos antiguos ejidatarios. Excepto en la primera de estas vías, el acceso a terrenos propios de trabajadores y familias por medio de las otras dos alternativas generalmente implicó un importante desembolso y años de ahorros por parte de estos trabajadores. El monto de este rubro varía ostensiblemente y depende de factores tales como las colonias de asentamiento (las más antiguas y establecidas, que cuentan con servicios básicos, son más caras que las nuevas), el año de asentamiento (los terrenos eran ostensiblemente más baratos a finales de la década de 1980 que en la de 2000 cuando todavía muchas familias se establecieron en la región), el tamaño del terreno, y si éste fue adquirido mediante compra a su propietario o por invasión, como fue el caso en muchas colonias cuando comenzó este proceso. Por ejemplo, mientras a principios de la

⁶¹ La razón de dependencia se calcula como la razón entre las personas en edad de dependencia (menos de 15 años y 65 años, y más) y las personas en edad productiva (entre 15 y 64 años).

⁶² Este índice de dependencia en colonias es bastante alto, pues en comparación, el índice del estado de Baja California es sólo de 51 por ciento.

década de 1990 los lotes de un tamaño de 20 x 10 metros cuadrados costaban entre 1 500 y 5 000 pesos, las familias que se asentaron una década después en terrenos del mismo tamaño en la misma colonia pagaron entre 15 000 y 25 000 pesos por los lotes, según su ubicación. Otro costo adicional es la titulación de los terrenos. En la década de 1990, en medio del vertiginoso crecimiento demográfico de San Quintín, el Estado redobló sus esfuerzos para ordenar y tratar de regular dicho crecimiento por medio de la tenencia de las propiedades, de manera que las familias asentadas tuvieron que regularizar sus lotes mediante el pago de la titulación de éstas. Los primeros pobladores que se establecieron a finales de la década de 1980 pagaron alrededor de 3 000 pesos por la titulación, mientras que a finales de la de 1990 el costo de titulación en la misma colonia había aumentado a 8 000 pesos, como consecuencia de la mejora de la infraestructura arriba indicada.

Raúl Gámez, residente de la colonia Santa Fe, quien llegó a San Quintín en 1988, recuerda su experiencia de cómo accedió a su terreno:

Llegamos a Santa Fe [en 1996] pues a través de pláticas con otros conocidos supimos que aquí estaban repartiendo lotes, y pues yo me vine a una asamblea y encontré y me gustó este lotecito [...] [Nos tocó] el reparto por parte del que era como presidente de la colonia, [...] pero se puede decir que sólo hace dos años [2008] que pues se pagó [título de propiedad], o sea que ya es nuestro. Fueron 5 300 pesos lo que costó el título de propiedad (Gámez, entrevista, 2009).

Una vez que los trabajadores y las familias acceden a un terreno, el siguiente paso y desafío consiste en la construcción de la vivienda. La mayoría de las entrevistas revela que generalmente las familias comenzaron viviendo durante varios años en un solo cuarto de autoconstrucción hecho de cartón, plástico y otros materiales de reciclaje, en condiciones sumamente

precarias. Con el tiempo, fueron ampliando la vivienda mediante la construcción de cuartos adicionales, así como elevando su calidad por medio de mejores materiales de construcción, incluidos cuartos de madera o concreto, a menudo contratando a albañiles para la tarea. Los costos referentes a la vivienda varían considerablemente, dependen de las familias, y oscilan entre 10 000 y 35 000 pesos en función del tamaño y tipo de materiales usados. Como veremos en el siguiente capítulo, algunas familias se beneficiaron de programas estatales y/o ayudas de organizaciones no gubernamentales para comenzar a edificar sus casas y/o mejorarlas. Faustina Herrera, quien como señalamos arriba se estableció en Santa Fe en 1988, obtuvo un terreno mediante la “repartición” por el que fuera entonces “presidente” de la colonia. Al recordar cómo arribó a esta colonia y el largo tiempo y sacrificios que supuso la mejora de su vivienda, explica:

[Al principio] teníamos un cuartito de puro cartón, duramos como dos años en ese cuartito. Luego mi hijo empezó a hacer adobe de aquí, de esta tierra, hizo un hoyo, sacamos barro y empezamos a hacer adobe para otro cuarto. Y ya de ahí pues él se fue al otro lado [Estados Unidos] y me empezó a mandar dinero [...] y yo ahorra para comprar bloque. Luego empecé a comprar varilla, duré como tres años comprando varillas, bloques, hasta que al fin se pudo hacer esta casita [...] Son dos recámaras; no están terminadas todavía porque faltan ventanas, pero digo yo “ya tenemos un techo” (Herrera, entrevista, 2009).

Así mismo, Laura Flores recuerda las serias limitaciones y condiciones en las que durante varios años vivió con su familia y los sacrificios para mejorar su vivienda en los siguientes términos:

Llegamos como por 1997 por medio de un líder como presidente de la colonia que habló con la gente que estábamos necesitados “que

viniéramos aquí” y agarráramos nuestros lotecitos “si quiere vivir aquí” [...] Había entonces puras casas de nailon y plástico aquí [...] Cuando venía el fenómeno o tiempo de El Niño, en esos tiempos teníamos una casa de nailon y mi esposo tenía quebrado su pie y todos tuvimos que correr a la iglesia para refugiarnos, pero no llovió tanto. Estuvimos en esa casa por unos seis años que era de nailon, de plástico. Ni baño teníamos, letrina no teníamos, un hoyito y nada más, y cuando venía la lluvia lo tapaba y teníamos que hacer el pozo otra vez para hacer del baño, venía la lluvia, pasaba el agua y se lo llevaba y volver a hacer otro hoyo. Aquí eran puras casas de plástico antes, de cartón, de como pudiera la gente (Flores, entrevista, 2009).

Además de los costos de la vivienda, el mantenimiento del grupo doméstico y la provisión de servicios una vez que se ha hecho el cambio de residencia suponen otro importante reto para trabajadores del campo de escasos ingresos. Los gastos de subsistencia dependen del tamaño y la edad de los miembros del hogar; entre las familias encuestadas en 2009, los gastos de alimentación oscilaban entre 750 y 1 500 pesos semanales, mientras que los ingresos de un trabajador del campo sin especialización ocupacional oscilaban entre 700 y 800 pesos por semana, según el tipo de trabajo, compañía y horas laboradas. Por su parte, los costos de servicios básicos tales como agua, electricidad y gas también varían, dependiendo del tamaño del grupo doméstico: mientras que en una familia de tres personas (dos adultos y una menor de edad) se registra una media de 315 pesos mensuales, para una familia de ocho miembros (familia nuclear con cinco hijos menores de edad) en la misma colonia se registraron 571 pesos.

Economía informal

Con el fin de afrontar los numerosos costos del asentamiento, las familias que residen en colonias despliegan sus recursos sociales

y su capacidad creativa para generar ingresos adicionales a los percibidos por el trabajo en el campo. Una estrategia común consiste en involucrarse en actividades económicas en el sector informal. Los hombres a menudo se emplean esporádicamente como peones en la construcción, especialmente en el invierno cuando disminuye el trabajo en la agricultura. Otros trabajan en la carpintería, algunos otros en la recolección de piedras de playa en la zona costera, una actividad similar a la horticultura en tanto que está orientada a la exportación de estas piedras a Estados Unidos y organizada mediante una larga cadena de subcontratación que involucra a agentes en ambos países. Otros se dedican a actividades de pesca para el autoconsumo o venta al menudeo cuando hay todavía poco turismo de playa en el invierno. Son, sin embargo, generalmente las mujeres quienes de manera más sistemática se involucran en actividades de la economía informal para tratar de ayudar a equilibrar el presupuesto familiar. Estas actividades incluyen, entre otras, trabajos de peluquería en el domicilio, costura y confección, preparación de panes y pasteles para comerciar, venta de sodas y otras bebidas en el domicilio. Aunque modestos, los ingresos generados por estos trabajos son bastante apreciados por ellas. Por ejemplo, aquéllas con experiencia en la costura pueden generar cerca de 250 pesos semanales trabajando en las tardes; mientras que algunas que se dedican al corte de pelo (especialmente para otras mujeres y niños) ganan alrededor de 500 pesos a la semana en el verano durante la época de graduación en las escuelas, y 50 pesos semanales durante el invierno.

Otras mujeres trabajan como empleadas domésticas, un nicho que fue creciendo conforme una incipiente clase media constituida por residentes tales como ingenieros, doctores, productores agrícolas, dentistas, empleados gubernamentales, fue aumentando en la región. Este es el caso de Carmen, esposa de Raúl Gámez, de la colonia Santa Fe, quien desde que llegó a San Quintín laboró en el campo hasta que en 2002 comenzó a tra-

bajar durante la semana cuidando a los niños de una familia de clase acomodada, y los fines de semana como empleada doméstica con un antiguo supervisor en la compañía agrícola Seminis, en la que trabajó anteriormente; ganaba con ambos trabajos alrededor de 1 000 pesos semanales.

El importante papel que desempeñan estos trabajos en el sector informal para familias de trabajadores del campo queda patente en el caso de Elisa y Antonio Gómez, quienes residen en la colonia Tres Arbolitos. Son zapotecos, originarios de Asunción Ocotlán de Morelos, Oaxaca; Elisa llegó a San Quintín en 1985, a la edad de 7 años, cuando sus padres, que estaban trabajando temporalmente en Sinaloa, se engancharon por medio de un contrato para ir a trabajar al Valle. Elisa comenzó a trabajar en el campo a los 13 años, y en 1997 se casó con Antonio, también trabajador del campo, y se instalaron en esta colonia. Ahora, Antonio combina el trabajo en el campo con el de ayudante en una carpintería al mando de su hermano. Cuando se empleó en este último, trabajaba de 7 de la mañana a 6 de la tarde, y ganaba 1 000 pesos a la semana. Por su parte, Elisa trabaja como peluquera en su propio domicilio en las tardes y fines de semana, generalmente tiene como clientes a familiares y vecinos de la propia colonia. Como ella comenta: “Para mí es una ayuda, pues a veces ocupo algo y de ahí saco [...] No saco mucho, la verdad, digamos a la semana saco 100 pesos, nomás cuando hay alguna fiesta es cuando saco más” (Gómez y Gómez, entrevista, 2009).

Algunas familias rentan cuartos en sus terrenos para generar ingresos adicionales. Para ello, construyen cuartos en la parte trasera de sus lotes y por lo común los rentan a jornaleros temporales que llegan a la región en el verano durante la época de cosecha del tomate y otras hortalizas. Aunque ello requiere una inversión inicial que no está al alcance de muchos residentes, a mediano plazo genera mejores ingresos que otras actividades en el sector informal. Martín Fernández, nacido en

Asunción Ocotlán de Morelos, en el estado de Oaxaca, y residente de la colonia Tres Arbolitos, vendió un terreno que tenía en su pueblo para poder construir cuartos de renta en San Quintín, que renta a trabajadores temporales por 250 pesos mensuales cada uno. Como él explica: “Pues [estos cuartos] me salieron en unos 20 000 pesos [...] Pues fui hasta mi pueblo y vendí mi terrenito y con ese dinero levanté estos cuartos” (Fernández, entrevista, 2009).

La residencia en viviendas independientes también posibilita el desarrollo de actividades de economía de autoconsumo o traspatio. Algunas familias con tiempo de residencia en las colonias frecuentemente dedican parte de sus terrenos al cultivo de verduras y/o cría de animales tales como gallinas, guajolotes y conejos para el autoconsumo. Aunque generalmente los productos de la economía de traspatio son usados para este propósito, en algunas ocasiones se intercambian en una economía de trueque por productos de otros familiares o vecinos. A menudo, los residentes emplean sus conocimientos de agricultura —aprendidos tanto en sus comunidades de origen como en su trabajo de jornaleros en San Quintín— para el cultivo y mantenimiento de plantas, árboles y otros tipos de vegetación mediante la tecnología del riego por goteo, contribuyen así a transformar el árido paisaje de estas colonias.

Aurelia Suárez, residente de la colonia Santa Fe y con la que abrimos este capítulo, es una de las mujeres que se dedica a este tipo de actividades. En su terreno, cría pollos de dos tipos, según explica, de “veterinaria” y de “rancho”:

Los de veterinaria tienen la ventaja de que crecen más rápido y están listos para comer en 4 o 5 meses, pero los de rancho tardan mucho más en crecer, casi un año. Para los primeros, tengo que comprar alimento; los de rancho comen maíz, arroz, y sobras de comida [...] y cuando no tengo dinero me dedico solo a los de rancho (Suárez, entrevista, 2009).

Así mismo, Aurelia siembra calabacita y nopal para la familia, además de “hierba-mansa” que emplea para efectos medicinales en forma de té. “Cuando no hay comida me la como” (Suárez, entrevista, 2009), explica refiriéndose a las hortalizas que cultiva. Para regarlas, su esposo Ramón colocó unos pequeños tubos de riego por goteo desechados por una de las compañías agrícolas en las que trabajó. En general, el hecho de contar con amplios lotes y poder cultivar sus propias verduras, o en su defecto únicamente pasto, flores y árboles para embellecer sus propiedades muestra el sentido de iniciativa de estos colonos que con su trabajo y tenacidad han ido transformando el paisaje y entorno de las colonias donde habitan.

MUJERES CABEZA DE HOGAR

Aunque los grupos domésticos formados por familias nucleares y extensas ofrecen cierta flexibilidad a las familias para afrontar los retos del asentamiento, existe también un gran número de hogares encabezados por mujeres con hijos cuya situación es significativamente más precaria y no cuentan con este recurso. Las dificultades que enfrentan estas mujeres, quienes a menudo dependen únicamente de sus ingresos como trabajadoras del campo, son parte de la realidad cotidiana de una buena parte de la población en el Valle de San Quintín. De acuerdo con la encuesta EBIMRE, 17 por ciento de los hogares en colonias están encabezados por mujeres, mientras que para el caso específico de hogares extensos la proporción de este tipo de hogares es casi de 30 por ciento. A menudo, los grupos domésticos de jefatura femenina son resultado del abandono de sus esposos cuando migran a Estados Unidos, quienes con frecuencia y después de un tiempo se desvinculan de sus familias en San Quintín y dejan de enviar remesas. En algunos casos, las mujeres jefas de hogar a menudo incorporan otros parientes adultos, tales como hermanos/as,

primos/as y tíos/as para enfrentar los costos del asentamiento y poder trabajar de tiempo completo para mantener a sus hijos.

La alta incidencia de hogares con jefatura femenina revela la precariedad en la que viven muchas familias y el impacto que la migración tiene en ellas. Lo que en un momento determinado parece ser una familia nuclear estable donde el padre y la madre trabajan de tiempo completo, al cabo de un tiempo, en ocasiones, se transforma en una familia encabezada por la mujer en una situación económica altamente vulnerable. La inestabilidad y/o los cambios continuos en tamaño, estructura y composición de los grupos domésticos están estrechamente vinculados con las precarias condiciones laborales que predominan en el sector hortícola. Especialmente difícil es la situación de aquellas mujeres cabeza de familia cuando, en el proceso de asentamiento, se quedan sin el apoyo económico de sus esposos, coyuntura que a menudo surge tanto en entrevistas a residentes de colonias como en la observación etnográfica de la vida en tales colonias.

Éste es el caso de Hermelinda Ramírez, vecina de la colonia Tres Arbolitos, cuya historia muestra cómo el asentamiento, la migración y la pobreza a menudo se articulan en sus trayectorias de vida.⁶³ Nacida en 1967 en Igualita, un pueblo situado en el municipio de Xalpatláuac, en el estado de Guerrero, y de origen mixteco y náhuatl, Hermelinda se quedó huérfana de madre a los 8 años, y a los 12 se fue de su hogar para trabajar en casa de una señora como empleada doméstica mientras terminaba la secundaria. Más tarde migró a Puebla donde tenía un hermano mayor y comenzó a trabajar como vendedora en una zapatería. Después de este y otros trabajos esporádicos en Puebla, Hermelinda se fue a la ciudad de México, donde estuvo trabajando como costurera, hasta que su padre, un jor-

⁶³ La historia de Hermelinda Ramírez está basada en numerosas conversaciones con ella; las citas proceden de unas entrevistas realizadas por Christian Zolniski en la colonia Tres Arbolitos en San Quintín, Baja California, el 31 de julio de 2009; y otra entrevista con ella y una vecina en la misma colonia el 21 de julio de 2006.

nalero agrícola que estaba en Sinaloa, se enfermó y le habló para que fuera a ayudarlo. Fue gracias a esta coyuntura que la trayectoria laboral de Hermelinda cambió de migración y empleos en el sector urbano a migración a zonas rurales, cambio que como explicamos en el capítulo 1 se sitúa en el marco de la reestructuración productiva del agro en México, que contribuyó a la redirección de algunos flujos de migración de zonas rurales anteriormente dirigidos a ciudades hacia zonas de agroexportación en el noroeste del país.

En Sinaloa, Hermelinda comenzó a trabajar en el campo y allí conoció a su primer esposo y se unió con él. Al cabo de varios meses y por medio de una contrata por parte de los hermanos Canelo, propietarios de la compañía agrícola ABC, ambos migraron por primera vez al Valle de San Quintín en 1989 para trabajar en el tomate, el cultivo que predominaba en la región en esa época. Como muchos otros trabajadores que en esos años llegaban a trabajar al Valle procedentes de Sinaloa, Hermelinda y su marido se instalaron en uno de los campamentos para jornaleros agrícolas propiedad de esa compañía. Al cabo de un tiempo, se salieron del campamento y fueron a vivir a una cuartería; trabajaban para la compañía Los Pinos, uno de los mayores productores de tomate para exportación en el Valle. Como muchos otros trabajadores agrícolas que se salieron de campamentos agrícolas para independizarse de sus primeros empleadores, Hermelinda rentó un espacio en una cuartería durante siete años, tiempo en el que nació su primer hijo en 1992. Desde un principio que llegaron a San Quintín y debido a la escasez de trabajo durante los meses de invierno, su compañero migraba a Sinaloa para trabajar por temporadas, regresaba al final de la primavera. Al cabo de unos años, sin embargo, ya no regresó, por lo que Hermelinda se quedó con la responsabilidad de mantener a su hijo.

A pesar de su precaria situación económica, Hermelinda fue ahorrando poco a poco para poder comprar un terreno y construir su propia casa en lugar de rentar en cuarterías. Al reme-

morar las dificultades y sacrificios que atravesó para comprar su terreno, Hermelinda explica: “Yo empecé a trabajar embarazada y me iba a trabajar en el campo y así embarazada andaba trabajando y trabajé hasta el último día que me alivié [...] Y cuando me vine, yo todavía no acababa de pagar, creo que me faltaban 4 000 pesos” (Ramírez, entrevista, 2009).

En otra ocasión, recordando cómo finalmente pagó su lote, cuenta:

Me vine porque en esos meses [1992] llovía mucho y yo todavía no tenía trabajo, me descansaron, [...] tenía niño recién nacido y no tenía trabajo, no tenía dinero; [...] y fui y hablé con el dueño y le dije: “¿sabes qué? Ya no voy a poder pagar este lote” y me dijo, “No, yo ya no te puedo devolver el dinero, si quieres déjalo no te lo voy a devolver y no hay ningún papel”. Entonces decidí a pagarlo, quedé sin comer como siete días; comía lo que encontraba por ahí, ahora sí que se siente hasta de menos pero hasta los botes de basura iba yo a buscar tortillas, y eso hacía porque pues la verdad no podía pagarlo (Ramírez, entrevista, 2006).

Sola y con los pocos ahorros de años de trabajo, Hermelinda dio el anticipo para un lote en la colonia Tres Arbolitos, por el que en total pagó 15 000 pesos. Pasaron varios meses antes de que pudiera ir a vivir a su terreno, pues no tenía dinero para hacerse de un cuarto, pero con determinación pudo dejar la cuartería y se llevó a sus hijos a la colonia. La manera en que construyó su primer cuarto refleja las dificultades que tuvo que afrontar para comenzar a construir su vivienda por su cuenta:

Entonces me fui al cerro a juntar madera porque yo no tenía para comprar, pues [...] Me puse a juntar cartón de las tiendas, cartón de allá arriba en el cerro en la basura y madera desechada y me la traje. Hice una casita de madera y de cartón; y del techo lo hice de lámina de cartón, pero como tarda poquito tiempo se rompió todo [...]

[Después] de techo puse una lona y cuando llovía había una coladera que se filtraba el agua por la lona y yo ponía una tina adentro, ahí se filtraba el agua y yo la sacaba con botes (Ramírez, entrevista, 2006).

Entre tanto y con el fin de mantener a su hijo, Hermelinda salió hacia Sinaloa para trabajar como jornalera durante el invierno, temporada de escaso empleo en San Quintín. Fue durante esa estancia de cuatro meses en Sinaloa donde conoció y se unió a su segunda pareja, con el que regresó a vivir a San Quintín. En 1997, tuvo un hijo con él, y por espacio de tres años dejó de laborar en el campo para dedicarse a sus hijos y familia; trabajaba esporádicamente como empleada doméstica; sin embargo, al igual que su primer esposo, el compañero de su segunda unión también comenzó a migrar de manera temporal a Sinaloa y a Oaxaca. Después de un tiempo, sus estancias en San Quintín se fueron haciendo más cortas y espaciadas, hasta que al cabo de unos años ya no regresó al Valle. Sin su apoyo económico, Hermelinda se vio obligada a regresar a trabajar en el campo, vivía en precarias condiciones con sus hijos y se mantenía de su propio trabajo. Esa etapa de su vida —que coincide con lo que nuestro modelo de asentamiento identifica como segunda fase marcada por la independencia residencial, generalmente en torno a la familia nuclear— resultó especialmente difícil para ella. Estaba sola a cargo de sus hijos, recuerda esos años como los más duros en San Quintín, al no tener quién los cuidara cuando iba a trabajar:

Me llevaba a los hijos al campo, los llevaba y los acostaba por ahí, [...] El chiquito me ayudaba [...] en ese tiempo los rancheros todavía nos dejaban llevar a los niños. Yo los sentaba en la orilla y jugaba con el otro niño y yo me ponía a trabajar, llevaba lonche y todo, y por eso me iba con rancheros [...] [Ya es diferente ahora] porque en la compañía ya no nos dejan llevar ahorita niños, ya ningún rancho, ningún rancho quiere a los niños chiquitos (Ramírez, entrevista, 2006).

Desde que se quedó sola, Hermelinda ha combinado el trabajo en el campo con otras actividades económicas en el sector informal, que van variando con el paso del tiempo según van surgiendo nuevas oportunidades y acabándose otras. Desde 2005, trabaja en el ramo de la fresa de enero a marzo, y después busca trabajo en el del pepino, que dura hasta el mes de noviembre debido a que se cultiva en invernadero. A partir de noviembre y hasta enero, cuando comienza de nuevo a trabajar en la fresa, Hermelinda se queda desempleada y se ve obligada a buscar opciones para sobrevivir. Al explicar cómo mantiene a su familia cuando no trabaja en el campo, da el ejemplo de lo que hizo en el invierno de 2008:

Después en noviembre ya no trabajé, me iba a la playa a sacar que almeja, que choros, lo que encontrara y así la llevábamos [...] Pues así iba comiendo lo que encontraba ahí en el mar [...] a veces llevaba como una o dos mojarritas y con eso me venía y hacía caldo o lo que comprara. [Compraba] con lo que ya había acabalado antes, este de 20, de 30 pesos ahorra cada semana. Pues yo tengo que ahorrar porque ya sé que se vienen gastos fuertes en uno o dos meses, tres meses; los meses de temporada [de trabajo] que les dicen tengo que ahorrar de poquito para cubrir esos meses que me descansan (Ramírez, entrevista, 2009).

Con el paso del tiempo y una vez que programas y ayudas estatales comenzaron a llegar a la región, Hermelinda fue obteniendo apoyos que le permitieron generar ingresos adicionales para su familia. Uno de ellos consiste en preparar pasteles para la venta en su colonia, trabajo que realiza en las tardes, después de regresar del campo, en un pequeño cuarto construido en su lote por medio de un programa del Desarrollo Integral de la Familia (DIF); así mismo, recibe apoyo económico del Programa Oportunidades, éste incluye 300 pesos para ella como madre y 900 pesos adicionales, bimensualmente, por sus dos hijos, que están en la escuela; ayuda clave para complementar su discreto

ingreso como jornalera agrícola. Además de ello y como otros residentes de su colonia, Hermelinda utiliza su terreno para la cría de animales y el cultivo de plantas para consumo familiar. Entre los numerosos desafíos que ella enfrenta como trabajadora agrícola está la elección de los productores y/o compañías para los cuales trabajar. Una consideración central para Hermelinda es el horario de trabajo y la capacidad de coordinarlo con sus ocupaciones domésticas y con el cuidado de sus hijos, razón por la cual, en lugar de laborar en compañías grandes, ella prefiere trabajar para lo que en la región se conoce como *rancheros* –pequeños productores independientes que contratan jornaleros por día–. Al explicar la lógica de dicha preferencia, comenta:

Con *rancheros* si uno necesita dinero al momento va a trabajar ese día y le pagan, poco o mucho, pero le pagan diario. Y en un rancho es por semana, si no tienes dinero tienes que conseguir prestado [...] [Otro problema] es que en los grandes ranchos [empresas] la gente sale hasta las cuatro de la tarde. Yo me tengo que ir de mi casa desde las 6 de la mañana hasta las 6 de la tarde, porque a esa hora llego en lo que el camión pasa a dejar la gente. Y pues a mí no me conviene dejar al niño tantas horas solo (Ramírez, entrevista, 2009).

A pesar de su trabajo como jornalera, de sus ocupaciones domésticas y de las actividades económicas en el sector informal, Hermelinda también se ha involucrado en actividades comunitarias en su colonia. Su interés se basa tanto en su afán de contribuir a mejorar las condiciones de vida en la colonia como en la posibilidad de informarse y conocer sobre ayudas y oportunidades para trabajadoras y familias como la suya, ofrecidas por programas estatales y por ONG. Su participación en actividades políticas en la esfera comunitaria ha rendido frutos tangibles, como ella misma señala:

Al comienzo participé en el revestimiento de calles; luego nos reunimos [varios vecinos] y fuimos al Desarrollo Social y pedimos una

solicitud para el alumbrado público y nos hicieron unas lámparas y ya no estamos tan oscuros de noche. Y [también] solicitamos la luz, porque cuando yo llegué aquí no había luz. Fuimos después a solicitar el agua, también a Desarrollo Social y los demás se fueron a Ensenada y Mexicali y yo anduve apoyando [...] Y ya [la colonia] mejoró porque ya tenemos las calles, ya tenemos luz, ya tenemos agua, y tenemos una papelería, porque antes teníamos que correr al centro [para comprar] (Ramírez, entrevista, 2009).

Como muestra el relato de Hermelinda, el asentamiento es un proceso arduo y complejo que se construye en el tiempo, incluido lo que identificábamos como tercera y cuarta etapas en las que los colonos se organizan colectivamente para demandar y gestionar recursos con agentes gubernamentales, no ya como inmigrantes, sino como residentes sujetos de derecho. Es precisamente esta perspectiva temporal la que confiere a residentes como Hermelinda un sentido de progreso y mejora. En su caso, aun como mujer sola a cargo de sus hijos y en situación de pobreza, el hecho de tener trabajo buena parte del año y un techo bajo el que vivir constituye la escala con la que evalúa su realidad. Al comparar su situación en San Quintín con su vida anterior, comenta:

Pues siento yo que estoy mejor aquí que allá [México D. F. y Puebla] [...] Trabajo todos los días y sé que está seguro el trabajo. También tengo mis dos hijos y aquí tengo una casa que se puede decir propia, mía [...] Sí porque cuando llegué a San Quintín no tenía ni trastes, ni comida, ni nada. Nada, nada, no tenía nada; entonces, el trabajo que hay aquí era más fácil porque había más trabajo (Ramírez, entrevista, 2009).

El caso de Hermelinda Ramírez muestra las grandes dificultades y retos que muchas mujeres trabajadoras del campo enfrentan como parte de su experiencia de asentamiento en San Quintín. El gran número de mujeres que están solas y cargan con la responsa-

bilidad de mantener a sus hijos refleja la inestabilidad que caracteriza a los grupos domésticos de trabajadores agrícolas en la región. Como vimos en el capítulo anterior, excepto para un pequeño segmento de trabajadores, el aumento de empleo en el sector agrícola de la región no se ha traducido en una mejora sustancial en los sueldos y las condiciones laborales para los trabajadores del campo, por lo que la migración sigue siendo una opción importante con un efecto desestabilizador para la familia, incluida la formación de hogares transnacionales que con frecuencia terminan en la disolución de las uniones o matrimonios. En este contexto, estas uniones o matrimonios a menudo tienen una duración efímera debido a las presiones económicas a las que familias como la de Hermelinda se ven sometidas. El costo humano que esta inestabilidad genera surge claramente cuando se recogen historias de vida de colonos como Hermelinda, quienes, a pesar de los retos y las dificultades que encontraron desde que llegaron a San Quintín, se han ido estableciendo en la región con base en su tesón y espíritu de perseverancia.

ASENTAMIENTO Y MIGRACIÓN LABORAL A ESTADOS UNIDOS

Entre las familias asentadas, la migración y el envío de remesas desde Estados Unidos también es una práctica común. Los costos de vivienda, educación, mantenimiento del hogar y aprovisionamiento de servicios, aunado a los bajos salarios que se perciben en la agricultura, propician que muchos residentes emigren temporalmente o por largos períodos al vecino país del norte. Desde el punto de vista de los hogares, la migración de miembro/s de la familia es una estrategia que sirve para generar recursos económicos adicionales y sacar ventaja de la proximidad geográfica con Estados Unidos. Inversión en la ampliación y mejoramiento de la vivienda, capitalización para emprender negocios familiares y apoyo para los gastos de educación de los hijos son algunos

de los principales rubros en los que se invierten estas remesas procedentes de Estados Unidos.

En 2005, de acuerdo con los resultados de nuestra encuesta EBIMRE, cuando el proceso de asentamiento estaba más desarrollado, 6 por ciento de todos los hogares en colonias contaban con al menos un miembro trabajando en Estados Unidos;⁶⁴ sin embargo, los hogares indígenas, sobrerrepresentados en el sector agrícola de empleo, contaban con la mayor proporción de integrantes laborando en Estados Unidos: 12 por ciento de estos grupos domésticos tenían al menos uno de sus miembros trabajando en ese país, una cifra tres veces mayor que la de hogares no indígenas (4 %). La gran mayoría de estos trabajadores –74 por ciento– son mixtecos, el grupo indígena con mayor tradición histórica de migración laboral a Estados Unidos en esta región; así mismo, la gran mayoría de los trabajadores en el vecino país del norte –93 por ciento– eran hombres con una edad promedio de 32.7 años.⁶⁵ Gran parte de los trabajadores migrantes procedentes de San Quintín –55 por ciento– trabajaban en California, mientras que 45 por ciento restante lo hacía en otros estados del país vecino.⁶⁶

Estos resultados, conjuntamente con la información recabada mediante trabajo de campo etnográfico y entrevistas, sugieren que el asentamiento ha contribuido a modificar los

⁶⁴ Generalmente se trata de una sola persona por hogar, en contadas ocasiones son dos o más.

⁶⁵ De ellos, 54 por ciento se declararon jefes de hogar, 33 por ciento son hijos del jefe de familia, 10 por ciento cónyuges de éste, y 3 por ciento yernos del jefe de familia. La mayoría de estos trabajadores migrantes –55 por ciento– nació en Oaxaca, mientras que 16 por ciento en Baja California. En cuanto a su nivel de educación, se trata por lo general de trabajadores con un bajo nivel de escolaridad (4.3 años en promedio), mayoritariamente empleados en la agricultura. De hecho, este sector concentra 64 por ciento de los trabajadores migrantes.

⁶⁶ Nuestra encuesta probablemente subestima el número de hogares con trabajadores migrantes en Estados Unidos, dado que la cifra arriba indicada se basa en si las personas que respondieron el cuestionario declaran o no a aquellos miembros como residentes habituales del hogar en San Quintín.

patrones de migración laboral a Estados Unidos. De acuerdo con algunos observadores locales, el volumen de la migración de trabajadores temporales que llega a San Quintín de otras regiones de México declinó desde 2005 debido, entre otros factores, a que con el cambio de cultivo a campo abierto a invernaderos/malla sombra, los productores y compañías tienen una idea más precisa de la cantidad de mano de obra que necesitan durante la época de cosecha. Como resultado, los flujos migratorios a la región han ido estabilizándose y son más ordenados que en épocas anteriores, mientras que con la sedentarización la recurrencia de trabajadores que se establecen de manera temporal para después dar el salto migratorio a Estados Unidos y llevar a su familia no es tan común como en el pasado.⁶⁷ No obstante, la cercanía geográfica con la frontera y los bajos sueldos de la agricultura hacen que la migración laboral a Estados Unidos siga siendo una opción atractiva, incluso para trabajadores asentados.

Por otra parte, desde finales de la década de 1990, el asentamiento en el Valle de San Quintín ha propiciado la expansión de dos modalidades adicionales de migración laboral a Estados Unidos. El primero de ellos es la migración temporal por parte de miembros de grupos domésticos para generar remesas que contribuyan a la consolidación de sus familias en la región. En algunos casos, las remesas sirven para afrontar los gastos asociados con la compra de terrenos, construcción y/o ampliación de la vivienda durante cualquiera de las distintas fases del asentamiento residencial. En otros, se emplean para apoyar los gastos de mantenimiento de la familia y educación de los hijos, incluidas aquellos casos donde los padres quieren apoyar a sus hijos

⁶⁷ Un estudio de la migración internacional de jornaleros agrícolas en San Quintín realizado a principios de la década de 1990, cuando el proceso de asentamiento todavía estaba en sus albores, señala que, en esa época, la agricultura de exportación había transformado a esta región en una plataforma de lanzamiento de migración laboral a Estados Unidos (Zabin y Hughes, 1995).

para que completen su educación escolar e incluso continúen más allá con estudios en alguna de las universidades locales. En otras ocasiones, se destina a obtener el capital y equipamiento para emprender negocios familiares en San Quintín que les permitan dejar de trabajar como jornaleros agrícolas, por ejemplo la compra de un camión para dedicarse al transporte de jornaleros agrícolas o, en el caso de las mujeres, abrir una tienda de abarrotes; así mismo, los hombres jóvenes a menudo utilizan este tipo de migración para poder casarse y comprar un terreno donde comenzar una familia.

El caso de Luis Flores, residente de la colonia Santa Fe presentado anteriormente y quien trabaja como chofer de transporte de trabajadores agrícolas, ilustra el importante papel jugado por este tipo de migración temporal. Nacido en 1965 en Santiago Juxtlahuaca, en la Mixteca Baja en el estado de Oaxaca, Luis llegó por primera vez al Valle de San Quintín en 1978 a los 13 años con sus padres, que eran jornaleros migrantes, y regresó periódicamente a Oaxaca en el invierno. En 1982, se fue por primera vez a trabajar a Estados Unidos en la agricultura, y regresó a San Quintín en lugar de volver a Oaxaca. Al cabo de unos años, se casó en San Quintín, donde se estableció con su esposa, pero todavía migraba cada año a Estados Unidos a trabajar por temporadas de entre cinco y siete meses con el fin de ahorrar dinero y enviarlo a su familia en el Valle. Entre tanto, su esposa Laura se encargaba de sus hijos y trabajaba en San Quintín lavando ropa para otras personas, limpiando casas, y en otras ocupaciones esporádicas. Con una familia de siete hijos, Luis siente que sin la opción de migrar por temporadas a Estados Unidos no hubiera podido mantener a su familia:

Pues yo para mantener a todos no daba y trabajando allá es un poquito más de dinero. Allá póngale que gane 200 o 250 a la semana, ya aquí es un dinero, ya son 2 000 pesos y feria. Y aquí para ganar 2 000 pesos a la semana no sale pues; aquí como le digo siendo

chofer hago 700 pesos a la semana y de comida pago 1 500 pesos a la semana, no sale [...] Entonces [cuando estaba en Estados Unidos] mandaba unos 150, 180 a la semana para que comieran, excepto cuando me tocaba pagar renta allá, entonces mandaba menos (Flores, Luis, entrevista, 2009).

La última vez que Luis regresó a trabajar a Estados Unidos fue en 2008 debido a que su esposa se enfermó, el cruce indocumentado se hizo más difícil y caro, y la recesión económica redujo considerablemente las oportunidades de encontrar trabajo. Aunque le gustaría regresar, las mayores dificultades que trabajadores como él encuentran para cruzar a Estados Unidos lo disuaden de intentarlo:

Antes, cuando pasábamos por Tijuana durábamos poco, unas cuatro horas y pasábamos. Después empezamos a caminar más, una semana, cada día y noche. Y ya después, al último, al último empezábamos a caminar un día y una noche nomás, es lo que caminamos el año pasado [2008]. Antes cobraban 100 dólares, al último empezaron a cobrar 300 dólares, y ya al último 700; ahora es ya 1 400 dólares [...] El año pasado [2008] me cobraron 1 400 caminando 24 horas día y noche (Flores, Luis, entrevista, 2009).

Desde entonces, Luis combina el trabajo como chofer subcontratado por un contratista de transporte para el rancho El Milagro, propiedad de Monsanto, con el trabajo como jornalero cuando aquél disminuye en intensidad. Sin la ayuda de la migración temporal y de las remesas, Luis y su esposa han tenido que hacer ajustes severos al presupuesto familiar, han recortado gastos sin poder apoyar a sus hijos que terminaron la escuela y quisieran continuar con su educación universitaria.

El Programa H-2A y el caso de Celeste Valencia

Un segundo tipo de migración laboral más reciente y novedosa es la migración legal de carácter temporal de trabajadores del campo por medio del Programa H-2A. Este programa permite a empleadores en Estados Unidos importar trabajadores extranjeros, la mayoría de ellos de México, para empleos temporales en la agricultura. En el Valle de San Quintín, dicho programa inició en 2007, cuando Sierra-Cascade Nursery –una empresa agrícola ubicada en Susanville, en el norte de California, dedicada, entre otras, a la producción y empaque de plántulas de fresa, que emplea a alrededor de 1 200 trabajadores– abrió una oficina local para reclutar personal. Con el paso del tiempo, el programa se fue expandiendo, inició con 340 trabajadores en 2007 y 550 jornaleros en 2010. La empresa da preferencia a trabajadores que hayan participado en años anteriores y que hayan demostrado ser productivos, tener buena disciplina y comportamiento; es decir, que regresen a San Quintín sin quedarse como inmigrantes indocumentados en Estados Unidos.⁶⁸ El surgimiento del H-2A en el Valle implica la institucionalización del reclutamiento por parte de compañías agrícolas estadounidenses de trabajadores del campo con experiencia y habilidades valoradas en ese país. Por su parte, para los residentes de San Quintín este programa sirve para consolidar el asentamiento y para avanzar sus proyectos personales y familiares en la región.

⁶⁸ Los trabajadores van a California (Susanville) u Oregón (Tulelake) desde el mes de septiembre y pueden durar desde mes y medio hasta un máximo de tres meses en Estados Unidos. Según esta compañía en San Quintín, el programa garantiza un salario mínimo de entre 9 y 10 dólares la hora, aunque generalmente los trabajadores ganan más al ser pagados a destajo. En marzo de 2012, la empresa Sierra-Cascade Nursery fue multada con 290 000 dólares para pagar sueldos de trabajadores que habían sido empleados por medio del programa H2-A en la temporada 2006-2007, primera ocasión en la que contrató a este tipo de trabajadores (Universidad de California, 2012).

El caso de Celeste Valencia ilustra el papel que este programa desempeña para familias con tiempo de residencia en San Quintín que buscan mejorar sus condiciones de vida.⁶⁹ Nacida en Asunción Ocotlán de Morelos, en el estado de Oaxaca, en 1967, Celeste es una jornalera de origen zapoteco que hasta 2008 estaba casada con Bernal, oriundo de la misma localidad. En 1989, Celeste y Bernal llegaron por primera vez a San Quintín con dos hijos y comenzaron a trabajar como jornaleros, residieron en cuarterías durante 12 años. Después de varios años de ahorro, en 2001 compraron un lote en la colonia Tres Arbolitos, donde construyeron una vivienda modesta de un solo cuarto de madera.

La transición de cuartería a colonia se vio facilitada por el hecho de que Bernal trabajaba buena parte del año en San Diego, California, como residente legal en aquel país, después de haber legalizado su estatus migratorio por la *Ley de control y reforma de la inmigración* de 1986 (IRCA, por su nombre en inglés) a principios de la década de 1990. Al comienzo, iba por temporadas a trabajar en la fresa, y regresaba después a San Quintín con su familia. Más adelante comenzó a trabajar en la construcción en Oceanside, en un empleo más estable y mejor remunerado, donde pasaba la mayor parte del año con cortas visitas a su familia en Baja California, enviaba cerca de 200 dólares semanales para apoyar sus gastos de mantenimiento. A partir de 2008, sus visitas a San Quintín se fueron haciendo cada vez más esporádicas y sus remesas más infrecuentes, hasta que, según testimonio de Celeste, llegó el día en que dejó de enviar dinero y cortó la comunicación con su familia. Para aquel entonces ya tenían tres hijos más nacidos en San Quintín.

Una vez sola, Celeste se encontró súbitamente en serias dificultades para mantener a sus hijos. Aunque el mayor, nacido

⁶⁹ Tanto éste como los demás nombres de trabajadores y residentes en San Quintín son seudónimos.

en 1984, se había ido a trabajar a Estados Unidos algunos años atrás, Celeste quedó a cargo de sus otros cuatro hijos, sólo con base en sus ingresos como trabajadora del campo y la ayuda de sus padres y un hermano que, como ella, viven en la colonia Tres Arbolitos. Su situación comenzó a cambiar en el verano de 2008, cuando Celeste escuchó por primera vez acerca del programa H-2A en San Quintín por medio de XEQUIN, una emisora de radio local bilingüe de gran popularidad entre los residentes indígenas del Valle. Decidida a solicitarlo, comenzó un largo y costoso proceso burocrático para poder obtener el pasaporte y visa requeridos, con el apoyo económico de sus familiares desembolsó 1 300 pesos para gestionar dichos documentos. En su primer año trabajó desde mediados de septiembre hasta fines de octubre en Susanville, California, en el corte de plántulas de fresa durante un mes y medio, y ganó 800 dólares a la quincena. Ese verano logró ahorrar 2 200 dólares que, a su regreso a San Quintín, destinó casi en su totalidad a pagar los gastos de colegiatura y mantenimiento de su hija mayor en una universidad en Ensenada.

A partir de 2009 y durante los siguientes años, Celeste continuó regresando periódicamente a California a trabajar para la misma compañía por medio del programa H-2A. Con los años, otros miembros de su familia se fueron incorporando; en 2010, una vez que había alcanzado la mayoría de edad, su hijo mayor fue contratado por la misma compañía y en 2011 un segundo hijo se unió a ellos al haber cumplido también la edad necesaria. Conforme fue ganando experiencia en su trabajo, Celeste fue aumentando sus ingresos y ahorros; los administró cuidadosamente para cubrir los gastos de universidad de su hija, hacer reformas en su vivienda y contar con un *colchón* de fondos para sostener a la familia durante los meses de invierno cuando disminuye el trabajo agrícola. Mientras que en su primera estancia en 2008 regresó a San Quintín con 2 200 dólares, en la segunda logró ahorrar cerca de 2 500 (que sumados a los 2 500 de su hijo mayor supusieron 5 000 dólares), y en su tercer año, 2010, 3 500 dólares.

Celeste valora positivamente su experiencia en el programa de migración temporal H-2A, especialmente por la oportunidad de trabajar y ahorrar en dólares para hacer frente a la temporada en que escasea el trabajo en San Quintín. Tanto ella como otras trabajadoras entrevistadas que han formado parte de este programa destacan la oportunidad que les ha ofrecido para capitalizarse y financiar proyectos de mejora de sus viviendas, apoyar los gastos de educación de sus hijos, o invertir en pequeños negocios familiares, por ejemplo, tiendas de abarrotes. Para Celeste, la principal motivación de trabajar en Estados Unidos es apoyar a su hija con sus estudios universitarios en Ensenada y mejorar las condiciones de su vivienda. Como orgullosamente explica:

Cuando llegué aquí esta vez [2009] arreglé mi cocina, pude comprar mi cocina porque no tenía para lavar trastes y todo eso. El año pasado compré mi estufa y este año puse mi cocina y compré una lavadora y una secadora, eché piso en este cuarto, y lo otro poco para mi hija porque lo ocupa para su escuela. Y ya este año, si Dios me da licencia para ir otra vez, pues a arreglar el techo porque este año con la lluvia, pues levantó todos los cartones y se gotea, [...] de poco a poquito que pueda ir haciendo (Valencia, entrevista, 2010).⁷⁰

Sin embargo, la participación en este programa migratorio no está exenta de desafíos. Para Celeste, el principal consiste en estar separada de sus hijos pequeños durante la duración de tal programa, y en tener que hacer los arreglos necesarios para que algún familiar cercano se haga cargo de ellos durante su ausencia. Su primera estancia en Estados Unidos, como la recuerda, fue la más difícil:

⁷⁰ Por su parte, con los ahorros de su trabajo en 2011, sus hijos, además de ayudar a su madre, compraron lotes en una colonia cercana a Tres Arbolitos: su hijo mayor compró dos terrenos por valor de 50 000 pesos cada uno, y el menor otro terreno por la misma cantidad, con tres años para completar los pagos.

Es bonito porque aprendes a trabajar en otro tipo de trabajo pero al mismo tiempo es triste porque estoy lejos de mis hijos, no estoy con mis hijos, en las noches a veces me las paso llorando pensando en ellos. El trabajo pues sí está bien pero me gustaría ir con todos mis hijos así como estoy aquí y regresar con todos mis hijos aquí [...] pero claro que no se puede [...] Como quien dice, nos apartamos de la familia y todo por sacar a mis hijos adelante, eso es lo que más le pido a Dios que me dé fuerza (Valencia, entrevista, 2009).

Aunque temporal y de corto plazo, la migración de Celeste y parte de su familia a Estados Unidos por medio del programa H-2A implica una reorganización del grupo doméstico, incluidos arreglos para el cuidado de sus hijos que se quedan en San Quintín. Para ello, cuenta con el apoyo de sus padres y hermanas; consciente de cómo sin el apoyo de sus familiares no hubiera podido ir a trabajar a Estados Unidos, Celeste comenta: “A ellas [hermanas] les doy gracias porque son las que me apoyan. Si ellas no estuvieran yo no iría allá tampoco y mi hija no estaría estudiando, porque aquí [San Quintín] el dinero no alcanzaría para que yo le diera el estudio que ella quiere” (Valencia, entrevista, 2009).

El caso de Celeste Valencia muestra cómo el Valle de San Quintín se ha convertido en un centro de reclutamiento laboral para trabajadores temporales migrantes en Estados Unidos. La experiencia de estos trabajadores en la horticultura, su probada capacidad y disciplina para el trabajo tanto en campo abierto como en invernaderos, su determinación para mejorar sus condiciones de vida en San Quintín y el menor riesgo que por ello supone para sus empleadores que vayan a quedarse ilegalmente a trabajar en Estados Unidos, los convierte en candidatos ideales para el programa H-2A. La expansión de este programa desde que iniciara en 2008 muestra el atractivo que tiene tanto para trabajadoras como Celeste como para las compañías que las contratan; éstas últimas encuentran en el Valle un enclave ideal para

el reclutamiento de trabajadores agrícolas por su cercana ubicación geográfica en la frontera. Cada verano, Celeste anticipa con ansiedad su reingreso a este programa migratorio, ya que tanto la estabilidad de su economía doméstica como la oportunidad de apoyar la educación universitaria de su hija dependen en gran medida de su participación en él.

CONCLUSIÓN

El cambio residencial de campamentos y/o cuarterías a colonias implica una profunda transformación de los hogares de trabajadores del campo en el Valle de San Quintín y constituye una de las dimensiones clave del proceso de asentamiento. El paso a habitar en viviendas de propiedad no sólo implica mayor autonomía, sino que a menudo posibilita la reunificación en torno a la familia nuclear, un cambio apreciado por muchos colonos cuyas familias anteriormente vivían geográficamente dispersas en un contexto de migración doméstica y transnacional en México y Estados Unidos. Con el paso del tiempo, el aumento del número de dependientes por trabajador dentro de estos hogares, así como los costos asociados con la vivienda, titulación de propiedad, educación de los hijos y gastos básicos de mantenimiento del hogar, generan nuevos retos que conducen a estos hogares a transformar la división interna del trabajo y a buscar fuentes de ingreso adicionales. Con ese fin, las familias movilizan sus recursos demográficos, laborales y sociales de manera dinámica y creativa, incluidas la conformación de grupos domésticos extensos para compartir gastos e ingresos, la diversificación del empleo en diferentes sectores y ocupaciones, la generación de ingresos adicionales en la economía informal, la economía de autoconsumo y la migración laboral a Estados Unidos, entre otros.

Mientras que, por un lado, el asentamiento genera formas de estabilidad que conducen a la reunificación familiar, por otro

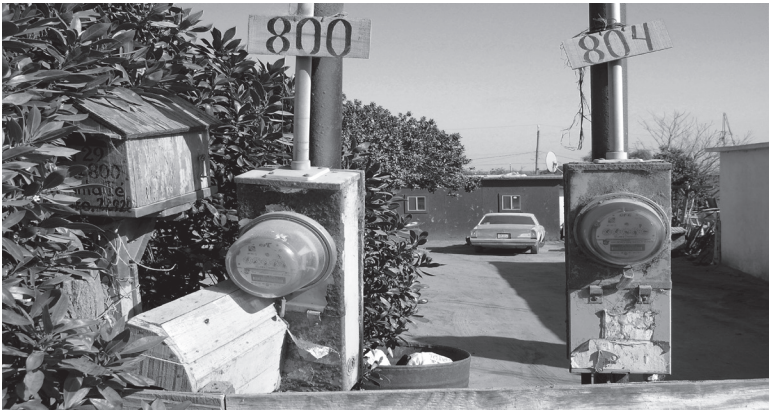
tiende con el tiempo a producir fuerzas centrípetas en sentido opuesto que desestabilizan la unidad familiar que se logró en la primera etapa. Es especialmente durante la segunda y tercera fases del asentamiento residencial que los crecientes costos de vivienda y educación comienzan a ejercer fuertes presiones sobre la economía familiar, incentivan así la migración temporal y/o de largo plazo a Estados Unidos. La flexibilidad laboral que prevalece en la industria hortícola, aunada a las consecuencias que la migración laboral masculina genera, a menudo ocasiona la disolución de las uniones de pareja, lo que deja a las mujeres trabajadoras del campo en una situación altamente precaria al quedarse a cargo de sus hijos, como ilustra el caso de Hermelinda.

Los cambios que el asentamiento conlleva para los grupos domésticos de trabajadores del campo plantean importantes implicaciones respecto a los costos de reproducción de la mano de obra empleada en el sector agroexportador. Anteriormente, cuando los trabajadores residían en campamentos, buena parte de dichos costos era asumida por sus familias en sus comunidades de origen. Con el asentamiento, dichos costos tienden a ser reabsorbidos por las familias de San Quintín, quienes se ven obligadas a generar una batería de estrategias económicas para asegurar su mantenimiento. De este modo, la anterior articulación entre economía campesina en los lugares de origen con la economía agraria capitalista en regiones del norte como San Quintín se va diluyendo. En su lugar, surge una nueva configuración donde los costos de reproducción de la mano de obra que no son cubiertos por las propias familias se externalizan hacia el Estado y hacia organizaciones no gubernamentales en la propia región de San Quintín. El papel desempeñado por este entramado de instituciones estatales y no gubernamentales para la subsistencia de los trabajadores del campo es el objeto del próximo capítulo.



CAPÍTULO V

LOS SUBSIDIOS AL ASENTAMIENTO:
PROGRAMAS GUBERNAMENTALES,
ONG Y MISIONEROS



*Fotografía de Abbdel
Camargo, archivo particular,
“Medidores de luz y solar”,
colonia Santa Fe, Valle de San
Quintín, agosto de 2011.*



MÁS ALLÁ de los grupos domésticos, el asentamiento es un proceso complejo y multidimensional que implica no solamente a los colonos como sujetos, sino también a otra serie de actores sociales y políticos que actúan como mediadores en tal proceso. En San Quintín existen programas de ayuda por parte del Estado, así como proyectos de apoyo de organizaciones no gubernamentales (ONG) y de grupos religiosos misioneros, que constituyen un entramado de recursos materiales, económicos y sociales que han jugado un papel central en el proceso de asentamiento residencial. En este capítulo describimos algunos de los principales programas que forman parte de este doble entramado de instituciones estatales y ONG. Como mostramos, los recursos, apoyos y proyectos generados por programas estatales, asociaciones civiles y religiosas han desempeñado una función principal tanto en la transición residencial de campamentos y cuarterías a colonias como en el desarrollo de un sentido de comunidad y arraigo en el interior de ellas y en la región de San Quintín.

Para las familias de jornaleros, el apoyo brindado por este conjunto de programas resulta esencial para complementar sus bajos e inestables ingresos laborales en la horticultura, especialmente para aquellos trabajadores “descampesinizados” que ya no practican la economía de subsistencia en sus lugares de origen y que hoy forman parte del proletariado rural vinculado con la industria hortícola de la región. En particular, planteamos que en su conjunto estos programas y ayudas contribuyen a subsidiar los costos de manutención, salud y desempleo de la población jornalera que, además de bajos salarios, carece de acceso a prestaciones laborales básicas como el Seguro Social, de las que han estado tradicionalmente excluidos. En este contexto, el Estado actúa como un agente mediador a través de programas de corte asistencialista enfocados en áreas como vivienda, infraestructura

y servicios, salud y transferencia de recursos económicos a familias de bajos ingresos, con lo que contribuye a financiar los costos de subsistencia de parte de la población jornalera y la competitividad económica de los productores y de las compañías que dependen de esta mano de obra. Como además veremos, buena parte de estos programas se canalizan por medio de las mujeres, quienes asumen una gran parte del peso y nuevas responsabilidades asociadas con dichos programas. El asentamiento es así un proceso mediado por un componente de género donde el trabajo comunitario es socialmente construido por estas instituciones como una extensión “natural” de las labores domésticas de la mujer.

La primera sección del capítulo sitúa la discusión sobre el papel del Estado en la construcción política y jurídica de los trabajadores agrícolas como “jornaleros” excluidos de buena parte de los derechos laborales que tienen trabajadores de otros sectores. Seguidamente, analizamos algunos programas gubernamentales centrados en paliar la pobreza y los problemas sociales que derivan de dicha exclusión y que han tenido un importante impacto en los ámbitos de vivienda, salud e infraestructura comunitaria, además de apoyos materiales y económicos para familias indígenas. En la tercera parte examinamos el papel de organizaciones no gubernamentales y grupos misioneros en algunas colonias de la región. En ambas secciones describimos la dimensión material, social y política de este conjunto de programas y proyectos, y la manera en que han marcado la experiencia de los residentes, incluidas las mujeres que están a cargo de ellas.

La información que presentamos proviene del trabajo etnográfico que se realizó en diversas colonias de la región para documentar la manera en que los programas estatales y no gubernamentales operan en este nivel de colonia, así como la forma en que inciden en sus residentes y las respuestas que generan por parte de ellos. Para esto, combinamos observación participante en varios de estos programas, entrevistas con residentes responsables de éstos, con funcionarios y entrevistas a familias

y cabezas de grupos domésticos para conocer el papel que los recursos obtenidos por parte de proyectos gubernamentales y ONG desempeñan en su economía doméstica. Esta información se complementó con datos e información hemerográfica local, nacional e internacional para poner los programas y proyectos abajo descritos en su contexto histórico e institucional.

ESTADO Y FLEXIBILIDAD LABORAL DE LOS TRABAJADORES DEL CAMPO

La vulnerabilidad y precariedad laborales que definen la situación de los trabajadores agrícolas en México no pueden entenderse sin considerar la tarea que históricamente ha cumplido el Estado en la delimitación de sus derechos laborales. En México, el Estado ha construido a los trabajadores del campo empleados por productores y empresas agrícolas como “jornaleros”, un término cargado de implicaciones sobre sus características. El principal supuesto sobre los jornaleros agrícolas es que se trata de trabajadores temporales o eventuales, en su mayoría hombres, empleados por espacios determinados de tiempo, generalmente durante la cosecha de hortalizas y frutas. Un segundo supuesto es que se trata en su mayoría de trabajadores migrantes que no viven en las regiones donde se desempeñan como jornaleros agrícolas, generalmente campesinos que mantienen estrechos vínculos económicos y sociales con sus comunidades de origen. Existe sin embargo un importante contraste entre estos supuestos y la realidad empírica de los trabajadores agrícolas empleados en regiones como el Valle de San Quintín. Como señalamos en capítulos anteriores, la estacionalidad del trabajo agrícola ha sido sustituida por extensos períodos de empleo a lo largo del año. Dos factores explican este cambio. Por un lado, la diversificación de hortalizas y frutas que se producen en el Valle, incluida la fresa, lo que aumenta el número de productos que se cosechan

durante el año y la demanda de una mano de obra más permanente. En segundo lugar, el empleo de sofisticadas tecnologías de producción, tales como agricultura protegida, que han permitido intensificar y extender la producción de hortalizas más allá de sus ciclos naturales y obtener varias cosechas al año, lo que ha contribuido a un empleo más continuo de los trabajadores del campo. Así mismo, el perfil demográfico de los trabajadores agrícolas ha ido cambiando, con un aumento importante del número de mujeres empleadas en este sector; cambio acentuado por la preferencia por parte de muchas empresas del empleo femenino en agricultura protegida en invernaderos y malla-sombra. Aunado a esto, se produce el asentamiento de trabajadores agrícolas en torno a enclaves agroexportadores como el Valle de San Quintín, donde pueden encontrar empleo buena parte del año sin necesidad de migrar periódicamente como en décadas anteriores. A pesar de estos cambios, las premisas sobre el carácter eventual y migratorio de los trabajadores agrícolas se han mantenido y usado para la construcción política y jurídica por parte del Estado de la categoría de jornaleros agrícolas para delimitar su estatus y sus derechos laborales. La vulnerabilidad en la que vive la mayoría de los trabajadores del campo se debe en gran medida a su exclusión de derechos laborales reconocidos a trabajadores de otros sectores y es resultado de esta construcción jurídica como jornaleros eventuales. De la misma manera que la categoría de “inmigrante ilegal” en Estados Unidos es una herramienta jurídica y política usada por el Estado para asegurar la existencia de una mano de obra barata, flexible y políticamente vulnerable (De Genova, 2005), la figura de jornaleros agrícolas es un concepto construido y políticamente debatido que durante décadas ha facilitado el empleo de trabajadores del campo en México como mano de obra flexible sin acceso a derechos laborales básicos.

En efecto, en México, el Estado ha excluido históricamente a los trabajadores del campo del régimen común de prestaciones laborales que rige para trabajadores de otros sectores. El caso

del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), que otorga cobertura de salud y otras prestaciones adicionales, ilustra este proceso. En 1960, por primera vez, se aprobó la inclusión de los trabajadores del campo en el Seguro Social; se distinguió entre trabajadores permanentes y estacionales, y se dejó a estos últimos en un régimen limitado que los excluía de la mayoría de sus prestaciones.⁷¹ Ante el crecimiento de jornaleros empleados en el sector hortícola, especialmente en el noroeste del país, en 1995 se reformó la ley del Seguro Social para que los trabajadores del campo tuvieran acceso a la cobertura de salud y demás beneficios otorgados por el IMSS.⁷²

A partir de entonces, se desencadenó una serie de decretos presidenciales, reformas y acciones por parte de los productores hortícolas, que reflejaron la fuerte presión política de estos últimos para resistir el cumplimiento de la ley, así como la limitada capacidad y voluntad política del Estado para implementarla. La reforma del Seguro Social generó tal oposición de parte de este sector que en 1998 el gobierno mexicano emitió un decreto que otorgaba un período de seis años (hasta 2004) para que los productores se adaptaran a la nueva legislación y cubrieran las cuotas de sus trabajadores, dando facilidades mediante descuentos (Pérez Hernández, 2012:62-63). Posteriormente y ante la evidencia del pequeño número de trabajadores del campo registrados en el IMSS al terminar este período, en 2005 el Estado promovió una serie de medidas desde el supuesto de incentivar

⁷¹ La Ley del Seguro Social estaba vigente desde 1943. En 1954 se aprobó la posible inclusión de los trabajadores del campo, y en 1960 se expidió un decreto para implementar dicha reforma que restringía los beneficios del IMSS a enfermedades, maternidad y riesgos laborales para los trabajadores temporales (Senado de la República, 2005a: 106:3; Pérez Hernández, 2012:60-61).

⁷² La vigencia de esta reforma comenzó el 1 de julio de 1997, la cual concedía un lapso de dos años para que los afectados por la misma conocieran y se familiarizaran con la ley. Conocido como Régimen Obligatorio, los beneficios incluyen riesgos de trabajo, enfermedad y maternidad, invalidez y vida, retiro, cesantía en edad avanzada y vejez, y guarderías y prestaciones sociales (Cámara de Diputados, 2009:28).

a los productores a dar de alta a sus trabajadores sin poner en peligro la viabilidad del sector;⁷³ además, y por primera vez, la *Ley del seguro social* estableció una definición puntual del “trabajador eventual del campo”, que considera a aquéllos contratados por un tiempo menor a 27 semanas, incluidos tanto trabajadores a cielo abierto como en invernaderos (Pérez Hernández, 2012:65).⁷⁴ Esto fue una concesión al sector agrícola como resultado de la negociación con las organizaciones de productores que presionaban para aumentar el tiempo de contrato considerado como temporal.⁷⁵ Posteriormente, el gobierno emitió otros decretos con los que eximía parcialmente a los patrones del pago de las cuotas obrero-patronales; estableció medidas adicionales de beneficios fiscales y facilidades administrativas para la adhesión, registro y pago por parte de los patrones agrarios, y extendió la fecha para dicha adhesión (originalmente estipulada para 2007) hasta el año 2012 (Pérez Hernández, 2012:68).

A pesar de estas facilidades e incentivos para que los empresarios registren a sus trabajadores, hay un reconocimiento generalizado de que la afiliación de los trabajadores del campo al IMSS es muy baja. Aunque las cifras varían dependiendo de

⁷³ Este decreto hacía importantes concesiones a los productores: subvencionando costos de salud y guarderías en campamentos agrícolas, facilitando el trámite de inscripción de trabajadores por parte de los productores, descontando 20 por ciento de las cuotas del Seguro con base en productividad y dando flexibilidad a los patrones agrícolas para realizar sus contribuciones, adaptándose a los flujos financieros del ciclo agrícola.

⁷⁴ El Artículo 5º fracción XIX define al trabajador eventual del campo como: “la persona física que es contratada para labores de siembra, deshoje, cosecha, recolección, preparación de productos para su primera enajenación y otras de análoga naturaleza agrícola, ganadera, forestal o mixta, a cielo abierto o en invernadero” (Segob, 2005).

⁷⁵ La *Ley federal del trabajo* establece un período más corto, de 60 días, para considerar a un trabajador como permanente, registrarlo en el IMSS y tener derecho a reparto de utilidades. A cambio de estas concesiones y para presionar a las empresas agrícolas a registrar a sus trabajadores, se otorgaba al IMSS la facultad de suspender los subsidios y apoyos a productores y compañías de organismos estatales como la Sagarpa; a pesar de ello, en el Valle de San Quintín esta secretaría sigue otorgando apoyos a compañías que adeudan al IMSS (Pérez Hernández, 2012:160-161).

la fuente, según el IMSS, en 2006 tenía registrados en el ámbito nacional a 114 800 trabajadores eventuales, de un total estimado en 2 100 000 trabajadores. Por su parte, la Sagarpa calcula que más de 94 por ciento de los trabajadores eventuales del campo no están registrados en el Seguro Social, lo que representa al menos 2 millones de trabajadores que no tienen protección en rubros como salud, vejez, invalidez y cesantía, entre otras.⁷⁶ En el Valle de San Quintín, como en otras regiones hortícolas de exportación, buena parte de las grandes compañías se ampararon desde 2004 para no acatar la *Ley del seguro social*, especialmente aquellos productores con larga tradición en la región y conexiones políticas en los niveles estatal y federal. Según el periódico regional *El Vigía*, en 2006 había cerca de 40 mil jornaleros que carecían de seguridad social, a pesar de llevar trabajando más de seis años (Ramírez, 2006a), mientras que cinco grandes empresas estaban amparadas y adeudaban entre 40 y 50 millones de pesos anuales al IMSS (Vargas, 2006).

Además de la *Ley del seguro social*, gran parte de los productores de la región también han evadido las responsabilidades respecto a la *Ley federal del trabajo* y las prestaciones estipuladas por el régimen laboral, tales como el Sistema de Ahorro para el Retiro (SAR), pensión (Afore), apoyos para vivienda (Infonavit) y utilidades, debido al supuesto de que se trata de trabajadores eventuales. Por ejemplo, el nuevo SAR, que entró en vigencia en 1997, establece que cada trabajador tiene una cuenta individualizada donde de forma bimestral se deposita una cantidad de forma tripartita; no obstante, para que se obtenga este beneficio, es necesario que el trabajador esté inscrito y cotizando en el régimen obligatorio del IMSS, por lo que una gran mayoría

⁷⁶ La Sedesol estima que hay más de 4.5 millones de trabajadores eventuales, la mayoría en el noroeste: Sinaloa, Sonora y Baja California (Guerra Ochoa, 2007:4). Para una consulta de diferentes estimaciones sobre el número de trabajadores del campo, véase Pérez Hernández (2012:26-28).

de jornaleros agrícolas no tienen acceso a esta prestación.⁷⁷ En 2005, se propuso una iniciativa de reforma a la *Ley federal del trabajo* referente a jornaleros agrícolas, aunque reconocía las “resistencias e inercias” de parte de los patrones en el sector agrario a cumplir con la ley, establecía regulaciones para limitar el trabajo infantil en el sector, evitar el uso de contratistas laborales para evadir la ley y asegurar los derechos laborales de los trabajadores de planta del campo (Senado de la República, 2005b). Dicha propuesta no fue aprobada y en la actualidad, excepto algunos trabajadores especializados y mayordomos con antigüedad de empleo, la gran mayoría de los trabajadores del campo en San Quintín carecen de cobertura de incapacidad para accidentes laborales y de pensión, por lo que no acumulan antigüedad aunque hayan laborado durante años para las mismas compañías.⁷⁸

En resumen, mientras que el gobierno mexicano todavía define jurídicamente la figura del jornalero agrícola como trabajador eventual, en el Valle de San Quintín —como en otros enclaves hortícolas agroexportadores— la realidad es que buena parte de los trabajadores agrícolas se han vuelto permanentes, al trabajar la mayor parte del año para los mismos patrones y compañías agrícolas, y se han asentado en sus regiones de empleo.⁷⁹ En este contexto, muchos de los productores regionales tratan tanto de minimizar el número de trabajadores clasificados como

⁷⁷ Para una discusión pormenorizada sobre el marco jurídico establecido por la *Ley federal del trabajo* y comunes violaciones respecto de trabajadores del campo en San Quintín, véase Pérez Hernández (2012:175-193).

⁷⁸ Las últimas modificaciones de la *Ley del seguro social* fueron publicadas en el *Diario Oficial de la Federación* en 2001, y establecían la inscripción de los trabajadores eventuales del campo al régimen obligatorio a partir del día siguiente de su contratación, y otra modificación en 2005 (comunicación personal de Isidro Pérez Hernández, 21 agosto de 2012). Para una interpretación crítica de las reformas de la *Ley del seguro social* para trabajadores del campo, consultar María Teresa Guerra Ochoa (2007).

⁷⁹ En los últimos años ha ido aumentando el número de trabajadores del campo dados de alta en el Seguro Social (Pérez Hernández, 2012:140).

permanentes (que gozan de todos los derechos laborales estipulados por la ley) como de evitar dar de alta a los trabajadores clasificados como temporales. El aumento de la subcontratación laboral por parte de grandes compañías es el principal mecanismo empleado para evitar que los trabajadores creen antigüedad y derechos laborales, con lo que desvían las responsabilidades jurídicas de esos trabajadores sobre los contratistas y aseguran un laxo régimen de flexibilidad laboral en todo el sector. Las formas de subcontratación empleadas son variadas. Además del tipo de contratistas laborales descritos en el capítulo anterior, el *outsourcing* (subcontratación) es usado para que los trabajadores no acumulen antigüedad laboral.⁸⁰

En este capítulo planteamos que las ayudas y apoyos por parte de instituciones del Estado, así como de organizaciones no gubernamentales constituyen recursos esenciales que han ayudado a subsidiar, a veces de manera directa y otras indirecta, el costo de mantenimiento y reproducción social de la mano de obra empleada en el sector hortícola de la región, al tiempo que garantizan el aprovisionamiento de una mano de obra estable y flexible de la que depende este sector. En particular, programas asistencialistas destinados a cubrir las necesidades en materia de salud, vivienda y educación de la población jornalera, así como aquéllos dirigidos a combatir la pobreza y dar apoyos a trabajadores retirados que no tienen pensión, han desempeñado un papel central para subsanar la falta de prestaciones laborales y

⁸⁰ El aumento de la subcontratación laboral o *outsourcing* es hoy reconocido como una creciente práctica que contribuye a la evasión de las responsabilidades de empresas y productores de las prestaciones laborales de sus trabajadores (Cámara de Diputados, 2009). Por otra parte, en San Quintín algunas empresas registran a sus trabajadores en el IMSS, pero los dan de baja antes de que cumplan las 27 semanas que se necesitan para tener acceso a los beneficios de este sistema, a pesar de que a menudo aparecen como trabajadores activos en las nóminas de la empresa. Otras empresas optan por reclutar a jornaleros por día, especialmente durante el verano; de ese modo, se les paga en metálico, sin quedar registro de su empleo.

sociales de estos trabajadores y familias, así contribuyen a cierta estabilidad económica y paz social en la región.⁸¹ Así mismo, algunos programas que surgieron con una vocación de apoyar a los jornaleros en sus derechos laborales, a partir del asentamiento fueron reorientándose para centrarse en sus necesidades como sujeto residencial, y dejaron en un lugar secundario el ámbito laboral. A continuación, describimos el papel que algunos programas gubernamentales y de ONG han tenido en responder a las carencias y necesidades de los jornaleros agrícolas en San Quintín.

PROGRAMAS ESTATALES Y ASENTAMIENTO RESIDENCIAL EN SAN QUINTÍN

Tres programas estatales han tenido una presencia notable en las colonias de jornaleros del campo: el Programa Nacional con Jornaleros Agrícolas (Pronjag), el Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) e IMSS-Oportunidades. Cada uno de éstos ha contribuido de diversas maneras a facilitar el asentamiento residencial y arraigo regional, así como a fortalecer la organización social y comunitaria en el interior de las colonias en el proceso más amplio de construcción de sociedad civil en el Valle de San Quintín.

⁸¹ El papel del Estado como facilitador del asentamiento de jornaleros agrícolas ha sido documentado para el caso de trabajadores inmigrantes mexicanos empleados en la horticultura en Estados Unidos. Así, Juan Vicente Palerm, quien ha estudiado la aparición y crecimiento de enclaves rurales de trabajadores mexicanos en torno a núcleos de la industria hortícola en California, muestra cómo la inclusión en la década de 1970 de trabajadores agrícolas en los programas estatales de desempleo que los autorizaba a percibir primas de desempleo durante los periodos de paro, jugó un papel central para facilitar el asentamiento rural (2010:234).

*De campamentos a colonias: el Programa Nacional
con Jornaleros Agrícolas (Pronjag)*

Dependiente de la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol) para atender las necesidades de jornaleros migrantes en México, especialmente en el noroeste del país, el Pronjag (actualmente Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas, PAJA) nació en 1989 para responder a las necesidades de vivienda, salud, nutrición, educación y capacitación laboral de los jornaleros del campo, gran parte de ellos trabajadores migrantes. Su objetivo original era combatir la pobreza y mejorar las condiciones de vida y trabajo de los jornaleros agrícolas y sus familias que migran entre diversos estados del país, se coordinaba para ello tanto con organismos federales, estatales y municipales como con compañías agrícolas y asociaciones de productores que emplean a esta mano de obra.⁸² En San Quintín, el Pronjag llegó de la mano de la ruta migratoria de los jornaleros agrícolas que, provenientes de Sinaloa, terminada la cosecha en aquel estado se iban a trabajar a Baja California en la estación primavera-verano. En un inicio, el principal y único foco de atención del Pronjag en San Quintín fueron los campamentos de jornaleros agrícolas. Con este objetivo, se desarrollaron diversos programas para mejorar las precarias condiciones habitacionales y de salud que predominaban en la mayoría de dichos campamentos, además de apoyar la construcción de guarderías para los niños de trabajadores migrantes y programas de asesoramiento en temas laborales en una época caracterizada por la alta conflictividad laboral.

⁸² Con este fin, su enfoque consistía en una atención integral a la población jornalera, estaba basado en el conocimiento de las condiciones sociales y económicas específicas de los jornaleros y sus familias en los estados de atracción, expulsión e intermedios de su tránsito migratorio (Ramírez, Palacios y Velazco 2006:80). Para ello, se emplearon no sólo recursos de orden federal, sino también de los demás órdenes de gobierno, así como de los empresarios agrícolas y los propios jornaleros.

Conforme buena parte de los jornaleros migrantes se fueron asentando, el Pronjag desempeñó un papel clave en la transición residencial de campamentos a colonias, especialmente en el ámbito de la vivienda. Uno de los programas más exitosos en la década de 1990 se centró en proporcionar ayuda económica y materiales para pies de casa a familias jornaleras, para que pudieran construir sus casas durante sus primeros años de residencia en colonias. Generalmente, las familias beneficiadas construían un primer cuarto después de haber adquirido un lote en alguna colonia y, posteriormente, conforme se iban arraigando, utilizaron el apoyo de este programa para construir habitaciones adicionales de ladrillo y cemento en lugar de cartón, lámina o madera, con los que por lo regular levantaron sus primeros cuartos. Más tarde, a partir de 2005, el Pronjag comenzó a canalizar ayuda para construir techos laminados que protegieran las casas en épocas de lluvia, apoyo muy apreciado por familias con tiempo de residencia que buscaban mejorar la calidad de sus viviendas. En la colonia Santa Fe, por ejemplo, en 2006 se recibieron más de 50 solicitudes para pies de casa, mientras que en 2012 se aprobaron 60 solicitudes para techos laminados. Una vez que las colonias fueron consolidándose, el Pronjag comenzó a canalizar recursos para la construcción de otros proyectos de infraestructura, tales como aulas y escuelas en las colonias de jornaleros, módulos de salud y salones comunitarios que fueron surgiendo conforme la población se fue enraizando y los campamentos desapareciendo.⁸³

Una de las vías por las que el programa contribuyó a complementar los bajos salarios de las jornaleras agrícolas consistía

⁸³ El Pronjag también contribuyó significativamente a paliar las deficiencias en materia de educación en áreas de salud, nutrición, salud y seguridad en el trabajo para familias jornaleras desamparadas de mínimas prestaciones laborales en estos rubros. También impartía capacitación en temas diversos para los residentes, tales como formas de potabilizar el agua, manejo adecuado de agroquímicos y plaguicidas en el trabajo, y métodos de planificación familiar.

en proyectos de capacitación laboral para mujeres jornaleras. Un ejemplo son los programas de capacitación laboral dirigidos a ellas para generar ingresos adicionales a sus sueldos como trabajadoras del campo. Desde comienzos del año 2000, este programa subvencionó talleres de “Empleo, Capacitación y Producción” en actividades como corte y confección, peluquería y repostería en numerosas colonias, con el objetivo de que contaran con una fuente adicional de ingresos para sus familias, especialmente durante la temporada baja del invierno en la agricultura. Generalmente consistentes en grupos de 10 a 20 mujeres, cada grupo elegía el tipo de capacitación que más le interesaba, se reunían dos o tres veces a la semana por espacio de dos horas en las tardes después de regresar de trabajar en el campo; cada taller duraba entre seis meses y un año. Detrás de estos programas estaba el reconocimiento explícito de que los salarios del campo no alcanzan a cubrir los gastos básicos familiares, especialmente si se trataba de madres solteras, así se construyó a la mujer como agente central en la generación de recursos económicos adicionales para sus familias.

Además de las subvenciones para vivienda, infraestructura y proyectos productivos, el Pronjag desempeñó un papel importante en fomentar la cohesión social y el espíritu de comunidad en las colonias de jornaleros agrícolas. Con este fin, promovía la formación de comités de residentes, en su mayoría mujeres, encargados de implementar, controlar y dar seguimiento a sus proyectos. Se buscaba con esto empoderar a las mujeres para que desarrollaran capacidades y sentido de liderazgo y acción comunitaria. Los talleres de capacitación a menudo sirvieron de semilla para la formación de grupos comunitarios para la demanda y negociación con agencias gubernamentales de equipamiento de infraestructura, servicios públicos y otros recursos para la mejora de las condiciones en las colonias. Estas iniciativas sin duda contribuyeron a dar mayor poder a las mujeres, tanto en el seno de sus grupos domésticos como en la esfera pública de la

comunidad, pero también hicieron que ellas asumieran responsabilidades adicionales a su ya pesada carga como jornaleras y madres de familia.

Con el paso del tiempo, la presencia del Pronjag en San Quintín fue declinando, hasta prácticamente desaparecer en 2008. Sin duda, la disminución del número de campamentos fue un factor importante en la mengua de este programa. De acuerdo con los propios datos del programa, mientras que en la década de 1980 había alrededor de 40 campamentos en el Valle de San Quintín, para el año 2005 únicamente se contabilizaban alrededor de 12 campamentos habitados. La disminución de recursos asignados al programa tuvo un claro efecto en su capacidad de actuación: mientras que en 1995 había 45 promotores o trabajadores sociales asignados al programa, en 2005 solamente quedaban siete, lo que redujo significativamente tanto el alcance como la calidad de atención a los jornaleros agrícolas (Brenes, entrevista, 2005).⁸⁴ A partir de 2001, el Pronjag cambió de nombre a Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas (PAJA) todavía dependiente de Sedesol. Mientras que anteriormente se acentuaba el carácter migrante de los jornaleros, en la actualidad el criterio principal de elegibilidad es que al menos un miembro del grupo doméstico trabaje como jornalero/a. Este cambio otorga mayor flexibilidad para apoyar programas y ayuda en colonias y asentamientos rurales de jornaleros, ya no únicamente en campamentos. En San Quintín, los nuevos programas van encaminados a apoyar económicamente a familias de jornaleros en la compra de uniformes escolares, despensas alimenticias, becas de educación para niños en edad escolar, apoyos a ancianos y otros estímulo-

⁸⁴ La trayectoria del Pronjag en San Quintín refleja los cambios de este programa en el nivel nacional. Mientras que tuvo su máximo crecimiento en recursos y cobertura entre 1989-2000, a partir de entonces experimentó un claro decrecimiento; pasó de financiar 16 727 proyectos en 2000 a únicamente 8 700 en 2005, y de contar con 460 promotores sociales en 2001 a 211 en 2005 (Ramírez, Palacios y Velasco, 2006:81).

los económicos para que los hijos de jornaleros permanezcan en la escuela en lugar de trabajar.⁸⁵

Mientras estuvo activo, este programa jugó un papel central en el proceso de asentamiento residencial de trabajadores del campo en el Valle de San Quintín. Los apoyos generados para la vivienda, así como para los ámbitos de educación, salud y generación de recursos económicos adicionales para familias jornaleras, facilitaron la transición de campamentos y cuarterías a colonias, así como la sedentarización de esta mano de obra. Para empresarios y productores, el asentamiento de jornaleros fue altamente beneficioso, pues les permitió cerrar un buen número de campamentos donde albergaban anteriormente a sus trabajadores y transferir parte de los costos de vivienda, salud y educación al Estado, además de a los propios trabajadores y sus familias. Por otra parte, la evolución del Pronjag en San Quintín refleja un giro de la esfera laboral a un enfoque centrado en las necesidades de los jornaleros como residentes; un cambio que denota la transformación vivida por muchos de estos trabajadores migrantes a jornaleros asentados. Este giro tuvo un marcado componente de género: mientras en un principio el programa buscaba mejorar las condiciones laborales de los jornaleros usando a los hombres como vehículo principal para canalizar dichas demandas, con el asentamiento y aumento de mujeres empleadas como jornaleras se pasó a dar prioridad a éstas para encauzar ayudas destinadas a las familias y fomentar la cohesión social y comunitaria en el interior de las colonias.

⁸⁵ Sedesol también continúa aplicando programas de campamentos de jornaleros, incluido el apoyo financiero para la construcción de escuelas, baños, guarderías y canchas deportivas, entre otros. En 2010, el PAJA tenía programas en ocho campamentos de la región, y atendía a un total de 260 familias aproximadamente (Abraham, entrevista, 2010); así mismo, cuenta con un programa de apoyo para jornaleros en tránsito migratorio.

*El combate a la pobreza y a los problemas de salud:
IMSS-Oportunidades*

Además del Pronjag, otros programas gubernamentales han sido importantes en el proceso de asentamiento de familias de jornaleros agrícolas en San Quintín. Es el caso del Programa IMSS-Oportunidades, enfocado en combatir los problemas de salud y pobreza de la población local y en subsanar las deficiencias generadas por la exclusión de los trabajadores del campo del Seguro Social. Administrado por el propio IMSS, es un programa federal que ofrece servicios de salud a la población que carece de seguridad social.⁸⁶ Este programa opera en coordinación con el Programa Desarrollo Humano Oportunidades (PDHO), que al igual que el Pronjag depende de la Sedesol: mientras que este último se centra en combatir la pobreza extrema mediante apoyos a familias en áreas de alimentación y educación, el IMSS es la instancia responsable de proporcionar los servicios de salud para familias dentro del marco de una política social integral impulsada por el gobierno federal.

En San Quintín, el programa IMSS-Oportunidades comenzó a operar en el año 2000, cuando se inauguró una clínica IMSS-Solidaridad en la colonia San Juan Copala, donde reside la población indígena triqui. Tras décadas de falta de atención sanitaria y graves problemas de salud pública entre la población jornalera este programa vino a paliar los rezagos por la ausencia del Estado en décadas anteriores, la explotación laboral y los problemas de pobreza en que dicha población vivía. Desde un principio, buena parte del enfoque se centró en las mujeres mediante programas de planificación familiar y en sus hijos, dado que la mayor parte de la población de este segmento anteriormente sufría problemas de desnutrición. Con el tiempo, fue ampliándose su

⁸⁶ Se calcula que en el ámbito nacional este programa beneficia a alrededor de 2.7 millones de familias, incluidos 3.4 millones de indígenas de bajos recursos en zonas rurales y urbanas marginadas (Cruz, De la Torre, y Velázquez, 2006:19).

cobertura de acción al implementar actividades sobre temas de salud, tales como planificación familiar, drogadicción, VIH, diabetes y cáncer, así como otros proyectos preventivos centrados en la familia y salud mental referentes a violencia intrafamiliar, autoestima y saneamiento del hogar.

Por su parte, el componente Oportunidades canaliza ayudas a familias pobres en una amplia diversidad de rubros que buscan romper el ciclo intergeneracional de pobreza, oficialmente denominados como “Apoyo Alimenticio, Apoyo Educativo, Apoyo Adultos Mayores, Apoyo Energético y Vivir Mejor”.⁸⁷ Con este fin, Oportunidades realiza un estudio socioeconómico de las familias que solicitan apoyo para poder determinar si califican a ellos. En San Quintín, las ayudas económicas proporcionadas por Oportunidades a las familias de bajos recursos, generalmente conocidas como becas familiares, son el componente más popular de este programa.⁸⁸ El monto de estas becas familiares es variable, ya que depende de factores como tamaño de la familia, número de hijos en la escuela, sexo, grado escolar, ingresos laborales de los padres, entre otros. En 2009, por ejemplo, estas ayudas consistían en 500 pesos por cada hijo/a de la familia titular que estuviera estudiando en primaria, 800 pesos en secundaria y 1 000 pesos en preparatoria, además de 350 pesos bimensuales para las madres titulares del programa. Estos subsidios económicos constituyen una ayuda vital para el presupuesto

⁸⁷ El Programa de Desarrollo Humano Oportunidades es una de las iniciativas más importantes que se haya puesto en marcha en México para el combate a la pobreza. Iniciado en 1997, para el año 2004 contaba con un presupuesto de más de 25 mil millones de pesos y una cobertura de 5 millones de familias, las que a su vez representaban alrededor de 25 millones de beneficiarios (Escobar-Latapí y González-de la Rocha, 2005:7). Mediante transferencias de ingreso a familias e inversión en salud, nutrición y educación, el programa busca romper el círculo intergeneracional de la pobreza y vincularlo con otros proyectos de desarrollo en los niveles federal o estatal.

⁸⁸ A cambio de este apoyo, las familias asumen el compromiso de acudir a estas pláticas, chequeos y consultas médicas al hospital del IMSS de manera regular (adultos una vez al año, niños menores de 14 años, dos veces).

de centenares de familias indígenas cuyos ingresos dependen del trabajo agrícola, y que no alcanzan a cubrir sus gastos básicos de manutención. Estas transferencias de ingresos son especialmente importantes para las familias jornaleras durante el invierno, cuando el trabajo en el campo disminuye y las oportunidades de empleo en este sector se reducen significativamente, lo que beneficia a las compañías agrícolas que así disponen de una mano de obra sedentaria.

El impacto del programa IMSS-Oportunidades entre la población asentada en colonias en el Valle de San Quintín es significativo. En la colonia Santa Fe, por ejemplo, con una población de 1 912 personas y 217 hogares (DIF, 2005) se estima que hay 135 familias titulares con apoyo económico de este programa. Como en el caso del Pronjag y de otros programas gubernamentales, las mujeres son los vehículos principales para canalizar estos apoyos. En cada colonia, Oportunidades delega la coordinación con las familias titulares en algún residente, generalmente una mujer. Las delegadas son responsables de convocar las reuniones a las que las titulares han de asistir mensualmente y llevar cuenta de quiénes acuden, para recabar las solicitudes de ayuda de familias que quieren ingresar en el programa, apoyar a funcionarios de Oportunidades a la hora de levantar censos de colonia y realizar estudios socioeconómicos a los residentes que solicitan apoyos. También han de organizar a los vecinos de la colonia para hacer trabajo comunitario: limpieza de calles, deshierbe, limpieza de arbustos y basura, además del mantenimiento de canchas deportivas que el programa requiere con periodicidad mensual por parte de los titulares de éste. Todo esto supone una carga adicional para aquellas residentes que se hacen cargo de dichas funciones y que se suma a sus ocupaciones laborales y tareas domésticas.⁸⁹

⁸⁹ Las responsabilidades adicionales que el programa IMSS-Oportunidades supone para las mujeres titulares de dicho programa a menudo ocasionan que sean dadas de baja de él. Esto es consecuencia de que tanto las citas médicas como las reuniones

Más allá del apoyo a familias pobres, tanto el programa IMSS-Oportunidades como otros programas gubernamentales, proveen asistencia de salud a aquellos trabajadores y familiares que no cuentan con cobertura por medio de su trabajo. Si bien el IMSS sólo puede atender a la población empleada y dada de alta por sus patrones, en San Quintín muchos jornaleros acuden a alguno de los hospitales locales del IMSS-Oportunidades. Según uno de sus directores, los jornaleros llegan a diario por su cuenta o en ambulancias particulares de empresas agrícolas de la región que los dejan a su puerta (Rojas, 2006), mientras que algunos productores dan de alta a sus trabajadores únicamente cuando se accidentan o se les detecta alguna enfermedad (Ramírez, 2006c). En otros casos, los patrones envían a sus trabajadores a médicos privados con los que tienen convenio o a hospitales de beneficencia que atienden a pacientes sin recursos (por ejemplo, El Buen Pastor).

Otros trabajadores del campo buscan atender sus necesidades de salud a través del Seguro Popular (SP). Creado en 2002, se trata de un programa conjunto del gobierno federal y los gobiernos de los estados para proporcionar servicios básicos de salud a la población que carece de seguridad social en ausencia de un sistema universal de salud en México. Muchos de los jornaleros que entrevistamos cuentan únicamente con el Seguro Popular, que utilizan en la mayoría de ocasiones cuando ellos o sus familiares necesitan atención médica, mientras que otros recurren a sobadores, hueseros, hierberos y otros practicantes de medicina

comunitarias a las que están obligadas a acudir por lo regular entran en conflicto con sus horarios de trabajo como jornaleras o trabajadoras en el empaque. Para estas mujeres dejar de acudir al trabajo no sólo supone la pérdida del salario del día, sino también el riesgo de ser sancionada por sus empleadores o simplemente ser dadas de baja. Para una discusión sobre el conflicto entre los requisitos de Oportunidades y el trabajo asalariado y doméstico de las mujeres titulares de él, véase Escobar-Latapí y González-de la Rocha (2005:56).

tradicional, al no contar con cobertura de salud.⁹⁰ A menudo, los productores prefieren inscribir a sus trabajadores en el Seguro Popular que en el IMSS porque es más económico, aunque únicamente cubre enfermedades básicas y de corta duración y deja desamparados a los trabajadores en caso de requerir atención médica especializada o apoyo por incapacidad debido a accidentes laborales (Ramírez, 2006c). De este modo, en San Quintín, el Seguro Popular sirve para dar cobertura de salud a aquellos trabajadores del campo que no están registrados por sus patrones en el IMSS, con lo que subsidia los costos en este rubro por parte del sector público.⁹¹

El Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF)

Además del Pronjag y de IMSS-Oportunidades, en San Quintín otra serie de programas gubernamentales se enfocan en mejorar las condiciones de vida de la población residente de bajos recursos, especialmente de origen indígena; contribuyen a paliar las consecuencias de su empleo como mano de obra flexible en el sector hortícola. La mayoría de estos proyectos tiene como objetivo responder a necesidades básicas de este segmento de la población en áreas como nutrición, salud, educación, acceso al agua, electricidad y otros servicios; es el caso del DIF, un organismo público nacional descentralizado que, a diferencia

⁹⁰ A diferencia del IMSS, el SP únicamente cubre enfermedades de primer nivel y no cuenta con especialistas de segundo nivel. También requiere una cuota anual por parte de sus miembros, que se establece con base en los ingresos familiares, aunque en la mayoría de los casos los usuarios no pagan nada.

⁹¹ En el ámbito nacional, se estima que en 2007 el Seguro Popular proporcionaba atención médica básica a 5 millones de hogares (Aterido, Pagés y Hallward-Driemeier, 2011:5). Según algunos expertos, aunque el Seguro Popular ha beneficiado a millones de familias de bajos ingresos, los recursos públicos destinados a esta institución constituyen un subsidio creciente y promueven el trabajo informal (Aterido, Pagés y Hallward-Driemeier, 2011; Narro, Moctezuma y Orozco, 2010).

de los anteriores, opera en los niveles estatal y municipal.⁹² En San Quintín, el DIF cuenta con una amplia gama de programas que, bajo el rubro “Desarrollo Comunitario”, incluyen áreas de alimentación, salud, fortalecimiento económico de las familias, educación y mejoramiento de la comunidad y vivienda. Entre los programas subvencionados por el DIF, en las colonias de jornaleros está la canalización de agua para aquellas que no disponen de este servicio (donde los residentes pagan un alto precio por este recurso básico)⁹³ y la dotación de despensas a familias de bajos recursos, madres solteras y mujeres embarazadas, así como talleres educativos y de salud para niños, jóvenes y ancianos. También organiza actividades de trabajo comunitario como enalado de paredes, limpieza de calles y reforestación, todas ellas con la mano de obra voluntaria de los residentes. Estos programas conforman otro conjunto adicional de ayudas estatales que, centradas en la familia como unidad operativa, han contribuido a facilitar el arraigo de familias jornaleras que de otra manera no hubieran podido enfrentar los costos del asentamiento tan sólo con sus ingresos laborales.

La manera en que opera el DIF en San Quintín ilustra el importante papel que los programas gubernamentales desempeñan en este ámbito. Para comenzar, promotores del DIF organizan censos en las colonias para enumerar las familias residentes, identificar sus necesidades y diseñar un plan de actuación; recaban información sobre el tamaño y la composición del grupo

⁹² Creado en 1977, el DIF busca fortalecer el bienestar de las familias mexicanas de bajos recursos mediante acciones centradas en combatir la desnutrición en menores, la ayuda a mujeres en períodos de gestación o lactancia, de ancianos desamparados, así como individuos en situación de abandono e indigencia. Como organismo descentralizado, promueve políticas y programas de asistencia social tanto para familias en situación de vulnerabilidad como para las comunidades donde residen, para ello coordinan iniciativas del DIF estatal y municipal.

⁹³ Para una discusión más pormenorizada sobre la problemática del agua en San Quintín, véase Zlolski, 2011.

doméstico, ingresos de los jefes del hogar, tamaño y condiciones de la vivienda, y discapacidades de los miembros de la familia, entre otros. Posteriormente y con periodicidad mensual, una unidad móvil del DIF distribuye despensas de comida por un costo de 25 pesos a las familias que califican.⁹⁴ De acuerdo con los datos del DIF, en 2011 un total de 2 974 familias en San Quintín se vieron beneficiadas por la entrega de despensas, lo que supone 12.6 por ciento del total de familias apoyadas por este programa en Baja California (DIF, sin fecha). La distribución mensual de estas despensas constituye una de las estampas comunes de la vida cotidiana en las colonias de San Quintín, con numerosos grupos de mujeres acompañadas de sus hijos apiñadas en la parte trasera de las furgonetas del DIF para recoger sus despensas; imagen que refleja la importancia de este tipo de programas gubernamentales para complementar el precario presupuesto de las familias de trabajadoras del campo en la región.

Más allá de ayudas materiales, el DIF busca también fortalecer la organización social de las mujeres y el sentido de comunidad en el interior de las colonias. La organización de talleres comunitarios para prácticas en el uso de productos alimenticios, actividades manuales para niños en vacaciones escolares, actividades de ocio y entretenimiento para personas de la tercera edad, tratan tanto de educar a los residentes en estos temas como fomentar un sentido de cohesión e integración social. Los talleres para personas de la tercera edad, por ejemplo, procuran integrar a este segmento de la población en actividades comunitarias y darles un espacio de socialización más allá de sus hogares, mediante pláticas sobre sus derechos, convivios con ancianos en otras colonias, participación en loterías y despensas alimenticias. En otros casos, las promotoras del DIF apoyan el

⁹⁴ Existen dos tipos de despensa: una para mujeres embarazadas con productos básicos (leche, arroz, frijoles, aceite, harina, azúcar, lentejas, pasta y soya) y otra para familias nucleares, más limitada tanto en número como en variedad de productos alimentarios.

espíritu de organización comunitaria para que los residentes gestionen el acceso a servicios básicos para sus colonias.

Más que ningún otro programa gubernamental, el DIF construye a la mujer como el centro neurálgico de la familia y, por ende, el sujeto principal para la canalización de sus patrocínios. El hecho de que desde su fundación tanto el DIF nacional como los DIF estatales son generalmente presididos por la esposa del presidente o gobernador en turno, simboliza a la mujer como repositorio de los valores tradicionales de la familia, sobre quien recae la responsabilidad no sólo del cuidado de su hogar, sino también del bienestar de su comunidad como una extensión natural de sus quehaceres domésticos. En la práctica, esto supone que las promotoras del DIF en San Quintín generalmente buscan recabar el apoyo de las mujeres que ya están implicadas en proyectos comunitarios con otras instituciones, aumenten así su carga de trabajo.⁹⁵

En resumen, proyectos y apoyos por parte de programas gubernamentales de carácter federal, estatal y municipal en San Quintín han desempeñado un papel central tanto para la transición residencial de campamentos y cuarterías a colonias de jornaleros agrícolas desde la década de 1990 como para subsanar algunas de las graves deficiencias resultantes de sus bajos salarios y falta de cobertura de las prestaciones laborales más básicas. En buena medida, como veremos en el próximo capítulo, el surgimiento de estos programas fue resultado de las revueltas sociales y de la movilización colectiva por parte de organizaciones y líderes indígenas para luchar por sus derechos laborales, civiles y políticos desde la década de 1980. La intervención del gobierno sin duda ha contribuido a mejorar las condiciones de vivienda, salud y educación de la población jornalera, a que los trabajadores del campo tengan acceso a ciertos servicios mínimos de salud

⁹⁵ Por ejemplo, tanto el DIF como el Programa Oportunidades realizan sus propios censos de hogar, a menudo recopilan información demográfica y socioeconómica similar en las mismas colonias de manera independiente y sin compartir dicha información.

y a que las condiciones de vivienda y salubridad en las colonias sean sustancialmente mejores a las que predominaban con anterioridad en los campamentos.

Todos estos programas también han beneficiado a las compañías y productores agrícolas de la región, y han contribuido a consolidar el acceso a una mano de obra sedentaria y estable, al tiempo que disminuyen los costos de reclutamiento, transporte, vivienda, salud y equipamiento que anteriormente estaban en manos de estas compañías; han transferido buena parte de éstos tanto al Estado como a los propios jornaleros y a sus familias. Así mismo, con el asentamiento, las reivindicaciones laborales dejan de ser la única prioridad de parte de los jornaleros, que ahora se movilizan también para mejorar sus condiciones de vida como residentes en colonias; de este modo, el foco de conflictividad y negociación se traslada al gobierno y a las instancias responsables de proveer estos recursos y servicios públicos. El caso de que todavía en la actualidad buena parte de las compañías y de los productores actúan fuera de la ley al no dar de alta a sus trabajadores en el Seguro Social, implica que los costos de salud y pensión son asumidos por programas del gobierno federal y estatal, tales como IMSS-Oportunidades y el Seguro Popular, así como por las propias familias de estos trabajadores que han de velar por su salud y bienestar.

EL PAPEL DE LAS ORGANIZACIONES NO GUBERNAMENTALES

Además del Estado, diversas instituciones y organizaciones no gubernamentales han jugado un papel importante en la historia de asentamiento de trabajadores agrícolas en San Quintín. ONG tanto mexicanas como extranjeras, así como grupos religiosos de carácter misionero –la mayoría procedentes de Estados Unidos y Canadá– han tenido una incidencia directa en la experiencia

de miles de familias en la región. Generalmente se trata de organizaciones que trabajan en la frontera norte de México y que se centran en poblaciones indígenas económicamente vulnerables, mediante proyectos y programas diversos de dotación de vivienda y apoyo para infraestructura en las colonias, tales como agua y electricidad, además de apoyos materiales y económicos a familias indígenas de bajos ingresos. En el contexto de las políticas neoliberales que reducen el papel del Estado en materias sociales en México en las últimas décadas, el peso de estas organizaciones ha ido cobrando especial importancia. A continuación, describimos las actividades de dos de estas organizaciones transnacionales y los programas y actividades que implementan.

La Fundación Internacional

La Fundación Internacional es una de las diversas organizaciones no gubernamentales que opera en el Valle de San Quintín. Dependiente del InterAmerican Foundation –agencia independiente del gobierno de Estados Unidos creada para promover programas de autoayuda y participación civil y comunitaria de grupos base en comunidades pobres y marginadas en América Latina y el Caribe–, la fundación se centra en colonias con alta concentración de población jornalera indígena.⁹⁶ Como tal, apoya dos tipos de proyectos: uno para desarrollo comunitario, generalmente por medio de talleres de capacitación, y otro consistente en proyectos de microcréditos para pequeñas empresas, especialmente dirigidos a mujeres indígenas. Los programas de esta organización buscan apoyar a mujeres y familias de bajos ingresos para generar ingresos complementarios y fomentar la cohesión social y el espíritu de comunidad entre los residentes

⁹⁶ En Baja California, la fundación apoya proyectos comunitarios en Tijuana, donde está su sede, Mexicali y San Quintín. Para mayor información sobre la InterAmerican Foundation, consúltese <<http://www.iaf.gov>>.

de las colonias. En 2005, por ejemplo, la fundación contaba con tres proyectos en tres diferentes colonias de San Quintín, todas ellas en la delegación Vicente Guerrero: un taller de artesanía con mujeres mixtecas, un taller de costura con un grupo de mujeres en la colonia Santa Fe y un grupo para rehabilitación de jóvenes con problemas de drogadicción. En el nivel operativo, esta organización identifica líderes locales en las colonias para canalizar sus programas a través de comités específicamente formados para darles seguimiento.⁹⁷

La colonia Santa Fe ilustra la incidencia de proyectos de la fundación en la consolidación de asentamiento. En 2004, esta organización hizo contacto con un grupo de mujeres, quienes solicitaron apoyo para un taller de capacitación de costura. Por medio del financiamiento de la fundación y de los apoyos complementarios de parte del Pronjag, que donó algunas máquinas de costura casera, alrededor de una docena de mujeres se constituyeron como cooperativa, formaron un comité y compraron cuatro máquinas semiindustriales. Después de varios meses de aprendizaje a cargo de una instructora contratada por parte del proyecto, comenzaron a confeccionar prendas como sobrecamas, pants, fundas para almohadas y uniformes escolares, con el fin de venderlas en ésta y otras colonias vecinas. Dado el escaso poder adquisitivo de los trabajadores del campo, vendían la mercancía a bajos precios (entre 120 y 500 pesos), generalmente fiados a plazos para facilitar que sus clientes pudieran pagarlos. A pesar de los pocos ingresos propiciados por la venta de estas prendas, la mayoría de las mujeres del grupo disfrutó y valoró positivamente la experiencia. Por un lado, destacaban los generados para complementar sus bajos e irregulares ingresos como trabajadoras del campo o el empaque. Otras señalaban que aprender a confeccionar ropa les servía para ahorrar, pues

⁹⁷ Como requisitos para apoyar estos proyectos, se pedía a los comités que obtuvieran respaldo o financiación adicional de algún otro organismo y que tuvieran continuidad por sí mismos en el futuro.

ya no tenían que comprar toda la ropa para sus hijos. Además del apoyo económico, la mayoría de las mujeres coincidían en que el taller les permitía salir de la rutina de sus hogares, conocer y socializar con otras vecinas y desarrollar un espíritu de convivencia y comunidad. Como a menudo expresaban en sus reuniones con representantes de la fundación, la experiencia del taller: “les servía de desahogo para apoyarse unas a otras y no sentirse solas”. También contribuyó a ampliar el número de mujeres que participaba en actividades comunitarias en la colonia y a fomentar la organización interna, con lo que se desarrolló el liderazgo entre varias de ellas.

Con el paso del tiempo, sin embargo, el taller de costura en la colonia Santa Fe fue en declive. Las reducidas ganancias obtenidas, así como el requisito del proyecto de participar de manera continua en el taller a lo largo del año resultó incompatible con los calendarios de trabajo de muchas trabajadoras empleadas en el campo o los empaques, especialmente durante el verano, cuando a menudo trabajan hasta 16 horas por jornada. Así, después de su éxito inicial y abrumadas por sus compromisos con otras instituciones como el Pronjag y el DIF, este grupo decidió disolverse y trabajar cada una en sus casas, a pesar de la oportunidad de renovar el proyecto por otros dos años.

La experiencia del taller de costura de la fundación en Santa Fe ilustra las oportunidades y dilemas que a menudo implican los proyectos de ONG encaminados a apoyar a familias de bajos ingresos mediante microcréditos a mujeres. Además del tiempo, la carga de trabajo y la responsabilidad que estos proyectos conllevan, las mujeres encaran la dificultad adicional de hacerlos compatibles con sus quehaceres domésticos cuando están tratando de consolidar el enraizamiento de sus familias en sus comunidades de residencia. También enfrentan el antagonismo de sus maridos, quienes a menudo se oponen a que participen en actividades y tareas comunitarias. En numerosas ocasiones durante el trabajo de campo, las mujeres que participaban en proyectos comunitarios

se quejaban amargamente del “machismo de nuestros maridos”, al que señalaban como uno de los principales obstáculos para su participación en la comunidad, su desarrollo personal y el propio bienestar de sus familias. En este contexto, y conforme las mujeres van asumiendo una mayor carga de responsabilidades tanto domésticas como comunitarias, el reajuste de roles de género desata importantes tensiones en el interior del grupo doméstico, al tiempo que conlleva un importante desafío para estas mujeres en cuanto a encontrar un equilibrio entre sus tareas laborales, domésticas y comunitarias.

“Estamos aquí para ayudar”: International Disciple Training y la educación de los indígenas en el Valle de San Quintín

Las organizaciones religiosas misioneras también tienen una larga tradición en el Valle de San Quintín y han contribuido al proceso de asentamiento. El International Disciple Training (IDT) es una de las diversas organizaciones misioneras de carácter transnacional que opera en el Valle de San Quintín, y su misión principal es propagar las enseñanzas de la biblia entre comunidades indígenas de bajos recursos y proporcionar ayuda material a familias para mejorar sus condiciones de vida. Fundada en San Quintín en 1984 por Rance Cook, un pastor de California, IDT es una organización protestante de carácter interdenominacional que incluye a luteranos, bautistas, episcopales, pentecostales y que se nutre de voluntarios, especialmente de Estados Unidos y Canadá. En San Quintín, los proyectos de IDT abarcan la construcción de casas para familias indígenas, guarderías, aulas para escuelas y programas para niños y jóvenes con problemas de adicción, entre otros. El enfoque principal de este apoyo son los indígenas mixtecos, triquis y zapotecos, a los que considera una clase marginada y discriminada en México.

El caso del IDT muestra el importante papel que las organizaciones misioneras han desempeñado en San Quintín, tanto en la etapa inicial como en la fase de consolidación del asentamiento residencial. Al ser una de las diversas organizaciones religiosas en la región, cuenta con amplias instalaciones que, además de una iglesia, engloban viviendas para albergar a una docena de familias que residen de manera permanente, incluidos misioneros, personal administrativo y trabajadores a cargo de la construcción de viviendas y otros proyectos similares, además de una “escuela americana” para la educación de los hijos de estas familias. También tienen viviendas adicionales con capacidad de hasta 100 personas para acomodar a misioneros y voluntarios procedentes de Estados Unidos, Canadá y otros países que acuden de manera temporal a construir viviendas en las colonias de la región, especialmente en primavera y verano. Su financiamiento procede de donaciones provenientes de iglesias afiliadas en Canadá y Estados Unidos, mientras que los proyectos de construcción de casas y similares son costeados por los grupos invitados que vienen de estos países con sus propios fondos. Para los misioneros del IDT, el Valle de San Quintín constituye un marco ideal para su trabajo de evangelización: una región fronteriza con una amplia población indígena en condiciones de pobreza que, hasta la década de 1990, contaba con escasa atención por parte del gobierno, lo que hace de ella un caldo de cultivo para la ayuda material y enseñanza religiosa.⁹⁸

Desde su inicio, el IDT tenía dos objetivos principales: mejorar las condiciones de vivienda y materiales de las familias indígenas y propagar el mensaje de la biblia para que “vivan mejor y sean más productivos en su trabajo” (Cook y Yoshemni, entrevista, 2005). Para los misioneros de esta asociación, ambos obje-

⁹⁸ El IDT comenzó con un proyecto de una granja para la cría de cerdos en la colonia triqui San Juan Copala. La gran cantidad de jornaleros agrícolas indígenas que viven en condiciones de pobreza y marginación, así como la débil presencia de agencias y programas estatales para la ayuda de la población, fueron los factores principales que trajeron a esta organización religiosa a establecerse en la región.

tivos están estrechamente vinculados. Aunque su principal misión es la conversión religiosa, desde su perspectiva dicho cambio es posible únicamente si antes se mejoran sus condiciones materiales de existencia. En palabras de su fundador: “Para poder transmitir la palabra de Dios, se hace más fácilmente cuando el estómago de la gente está lleno y tienen un techo sobre su cabeza” (Cook y Yoshemmi, entrevista, 2005). Según otro de sus líderes, originalmente el objetivo era: “sacar a la gente de las chabolas de cartón y plástico en las que vivían” y “transformar [estos grupos de] chabolas en verdaderas colonias” (Taylor, entrevista, 2005).

De este modo, el principal programa del IDT consiste en la construcción de viviendas para familias de bajos recursos. Como tal, construye dos tipos de viviendas: casas de dos habitaciones por un valor estimado de 1 300 dólares y casas de tres habitaciones por un costo de 2 600 dólares. En la colonia Santa Fe, por ejemplo, el IDT estima que entre 2003 y 2005 se construyeron alrededor de 20 casas, mientras que en 2005 construyeron 170 viviendas en toda la región. Para seleccionar a las familias beneficiarias, acuden a pastores locales o “gente respetada en la colonia,” quienes avalan que éstas residen en la colonia, están en precaria situación económica y tienen posesión legal de los lotes donde viven.

Más allá de ayudas materiales, el IDT tiene como objetivo la educación religiosa, o en sus palabras: “contribuir a la educación y transformación espiritual de la gente indígena para que tengan una relación cercana con Dios” (Cook y Yoshemmi, entrevista, 2005). Para ello, parte de las enseñanzas de esta organización se enfocan en fomentar el cambio cultural de los grupos indígenas, y se centran en aquellas costumbres y tradiciones que consideran contrarias a las enseñanzas de la biblia y/o que suponen un obstáculo para su progreso material, económico y social. Entre las costumbres y prácticas que el IDT identifica se incluye que las mujeres indígenas tengan hijos desde la pubertad, vivir en unión consensual fuera del matrimonio, el intercambio de mujeres para

el matrimonio, tener hijos fuera del matrimonio y el alcoholismo entre los hombres. Se busca inculcar a la población indígena principios de disciplina, obediencia, puntualidad y pulcritud, así como la virtud del trabajo laborioso como camino a una “vida mejor” tanto en el plano material como en el espiritual. En palabras de uno de sus líderes: “Se trata de cambiar el comportamiento de los hombres enseñándoles a no pegar a sus esposas y aprender que hay un propósito [superior] en la vida” (Taylor, entrevista, 2005).

Aunque el IDT señala a los hombres como responsables de muchas de las costumbres que identifican como problemáticas, al igual que la mayoría de los programas gubernamentales, construye a la mujer como repositorio de los valores de la familia tradicional y sujeto de acción de buena parte de sus proyectos. De esta forma, opera fundamentalmente a través de grupos de mujeres, pues considera que sus enseñanzas tienen mayor eco y aceptación entre éstas al brindarles un mensaje de esperanza, lo que sirve como vehículo para el cambio cultural.

A pesar de que, como algunos programas estatales, el IDT busca fortalecer la familia, la filosofía social que subyace en esta organización religiosa se fundamenta en principios significativamente diferentes. Los responsables del IDT son escépticos de la movilización civil y comunitaria como instrumento para mejorar las condiciones de vida de la población indígena. En su lugar, identifica a los individuos y a las familias como los únicos vehículos para la transformación social y cultural, desconfía de acciones políticas y organizaciones colectivas. El modelo de intervención social que se plantea es que la vida de las personas afiliadas transcurra en el triángulo conformado por la familia, el trabajo y la iglesia. Existe particular recelo de las organizaciones indígenas que se considera que reproducen aquellos usos y costumbres que se pretende erradicar; se trata de un enfoque “tecnócrata-religioso” que busca circunvalar a la sociedad civil y a las organizaciones comunitarias para desalentar la formación

de un sentido de identidad étnico que se desvíe de los principios y de la ética cristiana que se trata de inculcar.⁹⁹

Los proyectos del IDT en colonias como Santa Fe y San Juan Copala han generado respuestas variadas entre sus residentes. Las personas que reciben viviendas se sienten satisfechas y agradecidas, especialmente si anteriormente vivían en casas de cartón en condiciones precarias. Muchos señalan el apoyo solidario que reciben de los feligreses de su iglesia y el sentido de comunidad que generan como una de las mayores satisfacciones de ser miembro de estas iglesias. Por su parte, algunos líderes comunitarios en colonias donde el IDT opera tienen una visión más crítica sobre el impacto de este tipo de intervenciones. En la colonia San Juan Copala, por ejemplo, Camilo Bautista –uno de los principales líderes de la población triqui en San Quintín– se quejaba del impacto negativo en la cohesión social y política, así como en la identidad cultural de los indígenas triquis. En sus palabras, mediante la construcción de iglesias y viviendas en la colonia, grupos misioneros como el IDT: “vienen a comprar conciencias y destruir nuestra cultura y tradiciones” (Bautista, entrevista, 2005a). También destacaba el efecto negativo sobre la capacidad de organización política de los triquis: “nos vienen a desbaratar”, comentaba refiriéndose a que una vez que los vecinos se hacen miembros de iglesias cristianas, generalmente dejan de participar en las mayordomías, fiestas patronales y otros organismos de organización social y política típicos de este grupo indígena, así como paros, huelgas laborales, acciones de protesta y movilizaciones políticas cuando líderes como él convocan a la comunidad.

⁹⁹ La desconfianza respecto de la sociedad civil como vehículo para la transformación social refleja la visión y el desencanto personal de su fundador, Rance Cook, con los movimientos sociales en Estados Unidos. Desde su perspectiva, cambiar a la gente y a los jóvenes en Estados Unidos es muy difícil debido a su orientación materialista y adicción al dinero, pero la población indígena está más abierta a sus enseñanzas y doctrina, visión que reproduce la construcción del indígena como un ser noble e infantil que históricamente ha prevalecido sobre los grupos étnicos en México (Martínez, 2004).

Independientemente de las reacciones que el IDT y otras organizaciones misioneras generan en la población, su presencia es ubicua en muchas de las colonias de la región y forman parte importante tanto de su paisaje urbano como de su tejido social. Al igual que las ONG e instituciones gubernamentales, los patrocinios brindados por el IDT y otros grupos misioneros desempeñan un importante papel en la consolidación del asentamiento. Además de la construcción y el mejoramiento de viviendas, y de los apoyos para proyectos de infraestructura y comunitarios, estas organizaciones religiosas también han contribuido al desarrollo de un sentido de pertenencia y comunidad. En el interior de las colonias, propician un sentido de *communitas* caracterizado por un intenso espíritu de solidaridad y fraternidad, que contribuye a afianzar las redes sociales y un sentido de arraigo que es parte integral de la experiencia de asentamiento.

CONCLUSIÓN

El asentamiento de un amplio segmento de familias de jornaleros agrícolas en el Valle de San Quintín plantea la interrogante de cómo se rearticulan sus estrategias domésticas de subsistencia cuando se reduce tanto la migración laboral como la vinculación y dependencia con economías campesinas en sus lugares de origen. En este capítulo hemos planteado que para abordar esta pregunta, además de las estrategias de diversificación laboral discutidas en el capítulo anterior, es necesario considerar el papel realizado tanto por programas gubernamentales como los de ONG en el proceso de asentamiento. En particular, hemos mostrado que en su conjunto estos programas y ayudas constituyen una red de apoyo que contribuye a subsidiar los costos de manutención, salud y desempleo de la población jornalera que, además de bajos salarios, a menudo carece de acceso a prestaciones laborales básicas como el Seguro Social, de las que han estado

tradicionalmente excluidos. Este doble entramado de instituciones y programas públicos, y de ONG produce un conjunto de recursos materiales y sociales fundamentales tanto para la etapa inicial del asentamiento como para su afianzamiento en etapas posteriores. Especialmente, los programas orientados a la vivienda, alimentación, salud y educación contribuyen a subsidiar los costos de mantenimiento y reproducción de buena parte de la mano de obra empleada en el sector agrícola, que anteriormente estaba constituida por trabajadores migrantes residentes en campamentos y/o cuarterías. Los beneficios de estos programas no sólo han incidido en aquellas familias que han podido afincarse en la región, sino también se aprecian en las compañías agrícolas que en épocas anteriores debían costear total o parcialmente los gastos de reclutamiento, transporte, vivienda y guarderías de los trabajadores y sus familias en los antiguos campamentos. Con el asentamiento, buena parte de estos costos se transfieren al sector público, las familias y comunidades locales de trabajadores agrícolas, lo que facilita la existencia de una amplia mano de obra barata y flexible sobre la que descansa la competitividad de la industria hortícola de exportación.

La alta vulnerabilidad laboral y social en la que viven los trabajadores del campo en México es en buena medida consecuencia de su construcción política y jurídica por parte del Estado como “jornaleros eventuales”, categoría que delimita sus derechos laborales y los excluye de buena parte de los derechos y beneficios reconocidos para trabajadores empleados en los sectores de la industria y los servicios. Al igual que la categoría de inmigrantes ilegales en Estados Unidos, es un mecanismo que sirve para la construcción de una mano de obra barata y vulnerable (De Genova, 2005); en México, la figura del jornalero agrícola definida por el Estado ha servido para la constitución de una mano de obra abundante y flexible empleada en enclaves agroexportadores como el Valle de San Quintín en Baja California y en otras regiones del noroeste de México (Lara y De Grammont, 2011).

Al mismo tiempo, el Estado ha venido implementando políticas agrarias neoliberales para fomentar el desarrollo de enclaves agroexportadores de carácter transnacional mediante diversos programas de tecnología y recursos a productores y compañías para apoyar su competitividad en el ámbito internacional y generar puestos de trabajo. En este contexto, programas específicos para jornaleros agrícolas como el PAJA y otros de mayor alcance para combatir la pobreza rural (IMSS-Oportunidades) contribuyen a subvencionar los costos de subsistencia y salud de la mano de obra empleada en ese sector y a asegurar un mínimo clima de estabilidad y paz social en la región.

En el centro de estos programas asistencialistas están las mujeres, artífices del proceso de asentamiento en San Quintín. Al construir a la mujer como recipiente natural y vehículo de transmisión de dichos proyectos, gran parte del peso y de las responsabilidades asociadas con éstos recaen sobre ella, de modo que el asentamiento adquiere un claro componente de género. La construcción –tanto simbólica como jurídica– de la mujer como corresponsable de la gestión de proyectos comunitarios, a menudo conlleva una sobrecarga de trabajo al asumir su papel de “trabajadoras voluntarias” ya que, por lo regular, son jornaleras o empleadas en otros sectores laborales, además de realizar las tareas domésticas. No es de sorprender que aquellas mujeres que se involucran en actividades comunitarias se sientan a menudo abrumadas por los compromisos y las responsabilidades que éstas implican, al enfrentar el difícil reto de encontrar un equilibrio en su triple rol de trabajadoras asalariadas, madres de familia y gestoras comunitarias. Por medio de sus actividades comunitarias, las mujeres contribuyen a desarrollar redes y conexiones sociales que fortalecen la cohesión interna de sus comunidades, y fomentan así un sentido de pertenencia, identidad colectiva y solidaridad, que son parte esencial de la experiencia de asentamiento.

El asentamiento, sin embargo, no se reduce a su dimensión económica y social, sino que, como indicamos al comienzo del

libro, es un proceso multidimensional que también involucra los ámbitos político y cultural referentes a la manera en que los jornaleros y las familias desarrollan un nuevo sentido de identidad regional, reivindican sus derechos como ciudadanos y participan en movilizaciones políticas. Los dos capítulos siguientes abordan estas dimensiones de la experiencia colectiva del asentamiento de trabajadores del campo y sus líderes en el Valle de San Quintín.

CAPÍTULO VI

POR UN TERRENO PROPIO:
MOVILIZACIÓN LABORAL
E INDEPENDENCIA RESIDENCIAL



*Fotografía de Lucila
Hernández, archivo particular,
"Marcha en la carretera
transpeninsular La Paz-Tijuana
por la reubicación de la clínica
IMSS Solidaridad", Vicente
Guerrero, Valle de San Quintín,
sin fecha.*



EN EL CAMPAMENTO El Papalote, es un día frío de 1988. Un trabajador grita de pie sobre un tambo de agua, mientras agita sus manos teñidas por la tierra. En su voz hay un llamado a no aceptar la propuesta de 2 000 pesos de incremento al salario mensual que ofrecen los representantes de los patrones.¹⁰⁰ Él es uno de los pizcadores de tomate del Valle de San Quintín que esperan a la comitiva que negocia en la ciudad de Mexicali, en la oficina del gobernador de Baja California. Días después, muchas voces gritan a coro. Su eco llega a los campos de cultivo y a los campamentos de pequeños cuartos de madera y lámina. La comitiva ha vuelto con la propuesta de 2 500 pesos más, mejor transporte y agua limpia para beber en los campos.

Esta escena es un icono de la memoria regional, que a lo largo de los años se ha ido tiñendo de los recuerdos de las luchas residenciales. Dos décadas más tarde del suceso arriba reseñado, las movilizaciones se organizan alrededor de la regularización de los terrenos y servicios para las viviendas. Las movilizaciones laborales y residenciales son parte de la historia de conflictos regionales; sus ritmos, formas y protagonistas develan actores dotados de identidades (Melucci, 2001:20), que a veces en colaboración y otras en competencia con otros actores construyen la vida regional.

¹⁰⁰ Con la firma del Pacto de Solidaridad Económica un año antes, el salario mínimo había aumentado 20 por ciento, llegando a 8 000 pesos por día en la zona I, donde se ubica Baja California, pero con una caída en términos reales del 12.7 por ciento. El Pacto trató de controlar la inflación desmedida, pero aún así los alimentos se incrementaron en 175.9 por ciento respecto del año anterior en el primer trimestre de 1988 (Banco de México, 1988), así el precio del kilo de carne de res, en ese año, alcanzó los 8 500 pesos. A partir de 1993, la moneda mexicana redujo su denominación tres dígitos, por lo que en 1993 el salario mínimo diario para Baja California Fue de 14.27 pesos (Inegi, 2009).

El objetivo de este capítulo es analizar cómo el asentamiento es producto de la movilización de los trabajadores agrícolas, quienes a veces en alianza o en enfrentamiento se esforzaron junto con otros actores para lograr establecerse, construir una vivienda y luego dotarla de servicios. Los protagonistas de este capítulo son los grupos de colonos, activistas y líderes de las primeras movilizaciones por demandas laborales y de las posteriores demandas por terrenos y vivienda. Entre ambos tipos de movilizaciones existe una conexión histórica debido a que los trabajadores y residentes son sujetos subordinados en la estructura de producción y en la residencial, cuyas movilizaciones pueden ser vistas como una contienda para constituirse como actores regionales frente a empresarios, funcionarios de gobierno y nuevos estratos sociales que han surgido en estas últimas tres décadas, como comerciantes y profesionistas.

La conexión histórica entre ambos tipos de movilizaciones se basa en el papel de la residencia en el modelo de producción agrícola y de reproducción social para los propios trabajadores del Valle. La estrecha relación entre trabajo agrícola temporal y residencia controlada funciona como mecanismo de abastecimiento y regulación de la fuerza de trabajo en calidad, tiempo y forma en una región despoblada. Pero paradójicamente este mecanismo generó su propia contrafuerza en el impulso vital de los trabajadores por lograr su independencia residencial y escapar de ese control patronal sobre sus vidas, en una intrincada trama de intereses de otros actores privados y gubernamentales.

La hipótesis es que si bien hay un conjunto de fuerzas que confluyen en forma de intereses para que los trabajadores se asienten en residencias permanentes en las colonias, el motor principal de este cambio provino de la voluntad de los propios trabajadores agrícolas por obtener mejores condiciones de vida –en particular la independencia y estabilidad residencial. No fueron títeres de los intereses de los poderosos, sino que en

esas fuerzas contradictorias también colocaron sus propios intereses. Los deseos de libertad traducidos en la voluntad para actuar colectivamente con la finalidad de asentarse pueden ser pensados con el marco de la tríada conceptual de Simmel (2005): voluntad, libertad y justicia, más allá de la razón pragmática de la condición humana. Con esta perspectiva, podemos pensar que la salida de los trabajadores de los campamentos rompió con el modelo residencial de acasillamiento y derivó en un proceso de asentamiento y en una reorganización del propio proceso de producción con el beneplácito de los empresarios, pero donde la voluntad de los trabajadores de residir en sus propias casas y lograr cierto control sobre su fuerza de trabajo, al poder contratarse más libremente, ocupó un lugar central.

Dado el nexo orgánico entre producción agrícola y residencia controlada, los ejes de conflicto laboral y residencial son difíciles de separar; sin embargo, es posible rastrear distintos momentos en que cada uno de esos ejes ocupa más o menos las fuerzas vitales de los pobladores y estimula la aparición de distintos actores. El primero es en la década de 1980, cuando las condiciones de trabajo en la agricultura condicionaban la residencia a la relación laboral. En esta década, la base social de las movilizaciones son los campamentos, no las empresas. El segundo es en la década de 1990, cuando se da una independencia de la residencia respecto a la relación laboral y que da pie al surgimiento de actores más diferenciados en las nuevas colonias de trabajadores. En cada uno de esos momentos existen contextos institucionales distintos, particularmente en lo que se refiere a la presencia gubernamental con efecto en el escenario regional y el perfil de los protagonistas de las movilizaciones.

Al documentar estas movilizaciones, la violencia estructural asomó su rostro a través de diferentes hechos, algunos extremos como son las muertes de trabajadores, ya sea mientras eran transportados para trabajar o bien por alguna enfermedad

asociada con el uso de pesticidas.¹⁰¹ Con las movilizaciones en el Valle, también aparecieron la muerte y el encarcelamiento de algunos dirigentes. El texto pone énfasis en esas muertes y encarcelamientos para aludir a la condición extrema y a la vez cotidiana de la violencia estructural que reina en la región y las vías de canalización del conflicto.

LA CIOAC Y LAS LUCHAS LABORALES DE LA DÉCADA DE 1980

A diferencia de las zonas agrícolas de Sinaloa, donde los estudiantes universitarios tuvieron un papel protagónico en las protestas en los campos agrícolas de la década de 1970, en el Valle de San Quintín, una década más tarde, la organización de los trabajadores estuvo alentada por la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC).¹⁰² Esta organización nacional ya había reclutado a trabajadores de origen indígena en los campos de Sinaloa, incluso los había acercado al Partido Comunista y al posterior Partido Socialista Unificado de México (PSUM).

En 1984, un grupo de profesores normalistas y exmilitantes del Partido Comunista Mexicano decidieron trabajar con los

¹⁰¹ Wright (2008) documenta con profundidad las consecuencias del uso de los pesticidas en la agricultura moderna en la salud de los trabajadores agrícolas; el caso de Ramón González, trabajador mixteco, muerto a los 20 años en 1981 en Culiacán, Sinaloa, a consecuencia de envenenamiento por exposición a pesticidas, es un ejemplo de los muchos que ocurrían.

¹⁰² “La CIOAC fue fundada en 1975, encabezada por [Ramón] Danzós Palomino, quien había liderado también la Central Campesina Independiente (1961) y estaba ligado al Partido Comunista Mexicano. Empleaba la ocupación de tierras como una de sus estrategias principales. Desde 1976, la presencia política de la CIOAC se incrementó y adoptó un proyecto enfocado, no sólo a la lucha por la tierra, sino principalmente a la formación de uniones campesinas por el crédito y la defensa del campesino como trabajador” (Flores, Paré y Sarmiento, 1988:42, 92-93).

obreros agrícolas, principalmente con los indígenas en Maneadero, Baja California. Ese grupo de profesores se acercó a los albergues escolares donde los hijos de los trabajadores agrícolas asistían a estudiar. El primer reto que enfrentaron estos activistas mestizos fue reclutar a simpatizantes hablantes de lenguas indígenas que intermediaran con las bases trabajadoras. En este momento, el grupo de activistas hace contacto con la dirigencia de la CIOAC en el nivel nacional, quien le propone a un activista de origen mixteco, ya probado en Sinaloa, Benito García. Tras las gestiones del dirigente nacional de la CIOAC, en 1994 llegó Benito García, trabajador indígena mixteco y militante de la CIOAC, con el encargo de organizar a los trabajadores agrícolas de San Quintín.

El domingo 30 de septiembre de 1984, la CIOAC celebró su fundación en el Valle de San Quintín con una concentración de trabajadores de 13 campamentos, quienes marcharon hacia la delegación municipal para hacer su primera asamblea formal (Manrique, 1984). Según Julio César Alonso (entrevista, 2004), había aproximadamente 15 000, aunque los periódicos reportan 6 000 trabajadores y sus familiares (Manrique, 1984), pertenecientes principalmente a tres campamentos: La Llama, La Loma y El Papalote. Los trabajadores se organizaban por campamento no por empresa; es decir, el campamento, de naturaleza residencial, era la base social y espacial de la movilización y la organización sindical. El carácter residencial de las demandas dejó ver desde este período que las condiciones de vida en los campamentos eran fuente de conflicto de la misma magnitud que los laborales.

En ese momento, los campamentos eran la gran novedad residencial. El primer campamento construido en el Valle fue El Papalote, propiedad de Aristeo Canelo Atula,¹⁰³ y para 1984

¹⁰³ Este empresario de origen griego procedía de Sinaloa, donde ya contaba con una empresa agrícola y ya exportaba a Estados Unidos. Posteriormente, junto con otros dos empresarios, fundó la empacadora ABC. Según García (entrevista, 2005), el nombre de ABC responde a los nombres de los tres propietarios: “Aristeo Canelos Atula, Basilio Gaxiola y Constantino Petrulias”.

contaba con 50 galerones, cada uno con 20 habitaciones, con un total de 5 000 trabajadores. En su momento, esta nueva forma residencial fue vista como un avance, ya que antes los trabajadores vivían en “carpas” o casuchas construidas con materiales de desecho en espacios abiertos o en medio de arboledas (García, entrevista, 2005; Guerrero, entrevista, 2005).

Sin embargo, una vez que esta nueva forma de residencia cundió entre las empresas a principios de la década de 1980, la improvisación y la ausencia de supervisión gubernamental mostraron su rostro de hacinamiento y miseria. No es extraño que desde su fundación la CIOAC enarbolara demandas asociadas con los campamentos. El *Semanario ZETA*, uno de los periódicos que documenta este período de movilización y de conflictos, publica reportajes puntuales sobre el hacinamiento: dos o tres familias en cada vivienda, falta de agua potable, viviendas precarias donde las familias pasan fríos tremendos en el invierno, se deshidratan en el verano y duermen en pisos de tierra (Clark, 1985). Incluso, como relatan algunos residentes del Valle, cuando llegaron, a fines de la década de 1980, en algunos campamentos el hacinamiento era tan grande que ellos mismos tenían que construir su vivienda con material de desecho en el terreno donde estaba el campamento. Tal fue el caso del campamento El Aguaje del Burro, donde se concentró un número importante de trabajadores de origen triqui (Remigio, entrevista, 2004a y 2004b).

En los campamentos había un control patronal a través de los camperos, que a la vez eran trabajadores y paisanos de los trabajadores residentes; además, en algunos campamentos, dada la actividad sindicalista, también había guardias que podían estar armados: “En El Papalote se llegó a decir que había un escuadrón de la muerte que se les aparecía a la gente que se ponía en contra. Nunca, nunca pudimos comprobar eso” (Alonso, entrevista, 2004). Al respecto, Blas Manrique (1984:30) afirma que: “los capataces y mayordomos con pistola en mano no dejan entrar a nadie a los campos, porque

a toda persona que consideran extraña, les parece que son agitadores”. En 1987, la CIOAC solicita al gobernador priista Xicoténcatl Leyva una verdadera campaña de despistolización en el Valle de San Quintín (González, 1987). La referencia a los guardias armados entre los trabajadores, activistas y periodistas es una constante.

La CIOAC había logrado encabezar varias movilizaciones de los trabajadores, aún sin el registro de la titularidad de los contratos colectivos. Su visibilidad desencadenó reacciones desde distintos frentes externos e internos. Los empresarios vieron a la organización como una amenaza y respondieron con distintas formas de control, a través de la cooptación de sus líderes, y del amedrentamiento por medio de sus guardias de seguridad. En tanto, en el interior de la organización surgió un faccionalismo en torno a los recursos y las dirigencias. Y, finalmente, la propia CIOAC —enarbolando la ideología de izquierda— entró en conflicto con la visión política, particularmente de las formas de intermediación, de los sujetos a los que trataba de organizar: trabajadores pobres e indígenas.

LAS REACCIONES DE LOS EMPRESARIOS Y LOS SINDICATOS “CORPORATIVOS” Y “BLANCOS”

Los empresarios reaccionaron con la formación de sindicatos corporativos y blancos (De la Garza, 2003) para enfrentar la organización de los trabajadores. Era el viejo mecanismo de control de los trabajadores del priismo mexicano que aún dominaba en Baja California y en el país, en la década de 1980.¹⁰⁴ Unos días antes de la constitución de la CIOAC, la Unión Nacional de Productores de Hortalizas y la Unión Agrícola Regional

¹⁰⁴ En 1989, Baja California fue el primer estado del país donde fue elegido un gobernador del Partido Acción Nacional.

de Productores de Legumbres de la Costa publicaron un desplegado donde solicitaban la intervención del gobierno del estado para garantizar la tranquilidad de la producción ante la movilización de sus trabajadores (Pérez, 1984b). El mismo año de fundación de la CIOAC, 1984, la Unión Agrícola Regional de Productores de Legumbres de la Costa pacta los primeros contratos colectivos con la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM), que logra la titularidad de los contratos colectivos de todas las empresas afiliadas a la Unión (Espinoza, entrevista, 2006); aunque ya antes la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) tenía contratos colectivos con algunos de los rancheros más grandes como Valladolid y El Milagro, la CTM logra la titularidad del mayor número de empresas.

Según Jesús Espinoza (entrevista, 2006), dirigente de la CTM en el Valle, en los años iniciales los problemas eran los aguinaldos, las vacaciones, la seguridad social y el despido injustificado de los trabajadores. No había Procuraduría del Trabajo ni existía Junta de Conciliación y Arbitraje en la región. Para demandar, los trabajadores tenían que trasladarse hasta la cabecera municipal. En 1986 se instala un inspector de trabajo; es decir, en escasos dos años, de 1984 a 1986, se observa un despegue en la institucionalización de la justicia laboral en la región, pero, al parecer, más cercana a los empresarios que a los trabajadores. Los contactos entre la CIOAC, la CROM y la CTM son escasos, y se entablan más en el terreno de la competencia por los contratos colectivos a través de dos estrategias distintas. La primera, de la CROM y la CTM, que negocian con la patronal antes que con los trabajadores; instauran así una legitimidad laboral basada en la relación patronal antes que con los trabajadores, un modelo de representación que bien define el modelo sindical mexicano. Y la segunda, de la CIOAC, que compite con otras organizaciones por los trabajadores y por el reconocimiento a su representación jurídica ante el Estado corporativo. El escenario era de un sindicalismo oficial más cercano a los

blancos que a los corporativos y una izquierda mexicana cada vez más fragmentada. En el horizonte, brillaba la emergencia del neoliberalismo a la mexicana, en una región con una incipiente institucionalización.

FACCIONALISMO: EXPULSIÓN Y MUERTE DE LÍDERES

La expulsión de dirigentes

En 1987, la dirigencia de la CIOAC –tres años después de su fundación– decide la expulsión de Benito García bajo el cargo de “traición a la clase obrera” (Haro, 1987:25). La joven organización regional vivió una polémica pública que afectó el curso que tomó. La expulsión tuvo como origen la crítica de otros dirigentes de izquierda, de la misma CIOAC y del PSUM por el papel del dirigente ante los empresarios y las bases trabajadoras. El discurso de los dirigentes expulsores estaba marcado por su origen comunista y socialista. La CIOAC no era un sindicato independiente de los partidos políticos, tenía un nexo orgánico con el Partido Comunista y luego con el PSUM cuyo dirigente era también el coordinador sindical de la CIOAC en el estado.

Entre las acusaciones, tres pueden ejemplificar la índole del conflicto y el tipo de intermediación del líder de la CIOAC. El primero fue la intermediación en el pago de 3 000 pesos para indemnizar a los familiares de 20 trabajadores agrícolas muertos en un accidente de trabajo.¹⁰⁵ No sólo el monto de lo acordado era menor al establecido legalmente, sino que además se le acusaba de haber cobrado a los familiares dos terceras partes de dicho monto por sus labores de intermediación. Las imágenes difundidas por los medios del entierro de los trabajadores

¹⁰⁵ Campamento Los Llanos, propiedad de los hermanos Canelo, el 9 de enero de 1985.

en cajas de madera y cartón de desecho en una fosa común ahondaron el significado de la acusación (Manrique, 1985).

El segundo hecho fue haber pactado con los hermanos García un precio menor de la caja de fresa, del acordado por la CIOAC como organización. A los trabajadores se les pagaba 150 pesos por la caja de fresas, y la CIOAC había logrado un precio de 600 pesos, y después de la intervención de Benito García el precio quedó finalmente en 300 pesos. La explicación de Benito García fue que el patrón no podía pagar más y había riesgo de que despidieran a algunos trabajadores (González, 1987). Y, finalmente, haber recibido 10 millones de pesos de manos del gobernador de Baja California para la construcción de vivienda de los trabajadores en la delegación Lázaro Cárdenas, sin entregar cuentas a nadie del manejo del fondo.

Estas tres acusaciones tocan el ámbito y estilo de intermediación de un líder sindical a la vez que líder comunitario: la intermediación con el patrón, con las bases y con el gobierno. Es interesante observar el amplio margen de intermediación de un líder sindical, sólo comprensible en las economías de enclave, donde la residencia y la vida familiar son parte integral de las condiciones de vida de los trabajadores.

La toma de decisión para expulsar a Benito García, primero de la CIOAC y luego del PSUM, no tuvo consenso entre los intelectuales o activistas indígenas y mestizos de la región. Si bien hubo quienes apoyaron la decisión de la expulsión y se plegaron a las filas de la CIOAC, hubo otros que manifestaron sus críticas a tal veredicto.

Entre los argumentos vertidos a favor de este líder estaban su origen indígena y su condición de trabajador del campo desde joven. Benito García era mixteco, originario de San Juan Mixtepec, en el distrito de Juxtlahuaca, en la Mixteca Baja de Oaxaca. Algunos líderes intelectuales indígenas calificaban el conflicto como una expresión del colonialismo hacia los indígenas y cuestionaban la verdadera “independencia” de la CIOAC y la legiti-

dad, ética y política del PSUM para expulsar a un dirigente con una adscripción indígena y una vida de trabajador del campo, que la mayoría de los militantes no compartían (Pérez, 1987). Otro militante acusaba a la dirigencia expulsora de “campesinos nailon” u “oportunistas”. Estas diferencias llevaron a que la CIOAC se dividiera, por un lado, la fracción antiGarcía y por el otro la proGarcía, con mayores bases. Esta escisión dio origen a una nueva organización en pie de lucha por las demandas laborales y la ocupación de terrenos: el Singoa (Sindicato Gremial de Obremos Agrícolas).

Aun cuando muchos de los líderes aceptan como ciertas o posibles las acusaciones, las bases seguían escuchando al dirigente expulsado. El 1 de mayo de 1987 una gran cantidad de jornaleros acompañó al líder para protestar por su expulsión de la CIOAC y del partido (Cervantes, 1987a).

Las sospechas y acusaciones se daban en medio de la relación de compadrazgo del líder con uno de los empresarios (Vázquez, entrevistas, 2000; Julián, entrevista, 1996). Estas relaciones personales en la intermediación laboral no parecían un problema para las bases, ni para el líder mismo; según los testimonios, los trabajadores no lo veían como algo extraordinario, sino tal vez como parte de las formas de intermediación política de los líderes desde sus comunidades de origen. En el contexto de la cultura política mexicana, el compadrazgo suele ser un mecanismo de cercanía al poder basado en la idea de la gran familia, una forma de emparentarse con el poder, y por lo tanto una vía de movilidad y de protección ante la incapacidad del sistema judicial para otorgar justicia a los más desposeídos. Por otro lado, el modelo de producción agrícola que domina el Valle está basado en gran parte en relaciones personales o vínculos fuertes antes que contractuales o débiles (Granovetter y Swedberg, 1992).

Es constante escuchar opiniones positivas de los trabajadores respecto de los patrones, a veces refiriéndose a ellos por sus nom-

bres de pila y recordando ayudas en problemas personales de índole familiar, judicial o económica: préstamos ante enfermedades, para construir sus casas, para visitar los lugares de origen, para algún evento familiar, etcétera. Un sinnúmero de vínculos fuertes de índole personal acompañaban la relación obrero-patronal; incluso la intermediación laboral de contratistas, mayordomos, capataces, choferes, que son parte de las comunidades. Ello, tal vez, hacía ver como legítimas o por lo menos usuales las formas de intermediación de los líderes ante los patrones. Es difícil explicar tal legitimación sin acudir a la fuerza de los vínculos personales de la relación con los patrones y los intermediarios, así como a la ausencia del Estado como intermediario y supervisor del cumplimiento de la ley y como garante del bienestar público; es decir, los trabajadores estaban al arbitrio pleno de los rancheros y sus formas de ejercer control, y en ello se incluye a los intermediarios. Los jornaleros habían encontrado la mejor manera de lidiar con ello.

Los conflictos con el dirigente indígena de la CIOAC pueden ser analizados en la intersección de diferentes fuerzas. Por un lado, los mecanismos de los empresarios nacionales y extranjeros para aprovechar la ausencia de regulación laboral y obtener la mayor ganancia por medio de relaciones laborales personalizadas y precarias con desconocimiento entre los trabajadores de los contratos corporativos. Por otro, la izquierda mexicana partidista con modelos ideológicos de obreros fabriles y con poco conocimiento de las formas de la intermediación comunitaria indígena y migrante. Y, el tercero, una aparición incipiente en la región del Estado con mecanismos de cooptación y corporativismo veloces. Todas estas fuerzas coincidían con el cambio que Bonfil (1990) observó como resultado de la migración en las formas de representación indígena, con un mayor énfasis en el papel de los líderes comunitarios como intermediarios o *brokers*, y no sólo como voceros o guías tradicionales (Bartolomé, 1997; Bonfil, 1990). Desde nuestro punto de vista, también

era la prevalencia de ciertas formas de intermediación colonial que el Estado priista institucionalizó en el corporativismo y que aunque no todos los dirigentes indígenas compartían tenía gran vigencia en el estado de Oaxaca, de donde provenía la mayoría de los migrantes.

La muerte de Maclovio Rojas

El otro evento, casi mítico, que irrumpió en la vida organizativa fue la muerte de Maclovio Rojas. En 1987, Maclovio murió arrollado por un automóvil que se dio a la fuga, tenía apenas 24 años. Hacía unos meses que había asumido la dirigencia de la CIOAC, en sustitución del dirigente expulsado. Estas circunstancias y su activismo en las movilizaciones agrícolas hicieron sospechar a los demás activistas que su muerte no había sido un accidente, sino algo planeado debido a su protagonismo sindical, su visibilidad ante los patrones, y a la vez su posición en el conflicto de expulsión del dirigente anterior, y al representar una corriente democrática y reivindicar una intermediación laboral no personal.

Dos años antes, en 1985, Maclovio Rojas envió una carta al *Semanario ZETA* para cuestionar el salario mínimo y la situación de pobreza de los trabajadores agrícolas. Llama la atención que su misiva es un recuento detallado de todos los gastos indispensables para un trabajador y su familia, y lo insuficiente del salario mínimo para cubrir tales necesidades. Se queja de la indiferencia del gobierno y del sindicato de la Confederación Nacional Campesina (CNC), afiliada al Partido Revolucionario Institucional (PRI). Concluye su misiva con un llamado a la organización y al apoyo de la CIOAC: “no hay otra solución, estimado compañero del campo, más que unirnos en ideas, y apoyar a la CIOAC, ya que este sindicato es netamente de los proletariados, tenemos tres armas muy importantes para luchar, que son el derecho, la razón y

la Ley Federal del Trabajo”, y firma como militante de la CIOAC (Rojas, 1985). Su discurso es de un trabajador preocupado por un mejor salario para la sobrevivencia diaria y por la aplicación de la ley, muy lejos del discurso de la revolución obrera socialista o comunista.

Por lo que sabemos, Maclovio Rojas tenía poco tiempo de ser activista sindical en las filas de la CIOAC. Era un trabajador agrícola de origen indígena mixteco, del pueblo de Santa María Asunción, del municipio de Ixpantepec Nieves, Silacayoapan, Oaxaca, quien junto con su padre y su hermano José llegó al Valle de San Quintín en 1974, a los 11 años de edad. Era un joven, apenas un adolescente, cuando empezó a trabajar en los campos agrícolas como pizcador. Su hermano José describe esta época como parte de una juventud ligada con el trabajo agrícola con pequeños empresarios, donde había un fuerte ingrediente de amistad y paternalismo en las relaciones de trabajo.¹⁰⁶

De los hermanos Rojas, Maclovio era el que hablaba mejor el español, lo cual lo hizo visible para el grupo de activistas de la CIOAC que arribaron al Valle con la misión de organizar a los trabajadores. Eso le valió a Maclovio estar al frente de la CIOAC, junto con Benito García y otros líderes asociados con el Partido Socialista Unificado de México. Maclovio Rojas había tomado una posición antiGarcía; permaneció en la CIOAC y tomó su dirección después de la expulsión.

Según Julio César Alonso (entrevista, 2004), su muerte fue precedida por amenazas y una golpiza propinada por el cuerpo de seguridad del campamento Las Brisas, propiedad de Antonio García. Era fines de la década de 1980 e iniciaba un proceso de cambio de residencia, que después se convertiría en un proceso masivo de asentamiento en la región. Según cuenta el mismo Alonso, Maclovio llegó al campamento Las Brisas para alentar

¹⁰⁶ Coincide con el recuento de Vicente Guerrero (entrevista, 2005) sobre el tipo de relaciones laborales que dominaban en los ranchos de la década de 1980 en el Valle de San Quintín.

a los trabajadores a que se organizaran para tomar un pedazo de tierra dónde vivir en mejores condiciones. Pero, al parecer, los vigilantes pensaron que los estaba alentando a levantarse contra el patrón (Alonso, entrevista, 2004).¹⁰⁷ En ese momento, existía un ambiente generalizado de amenazas en contra de los líderes más visibles y de despidos de los trabajadores que promovían la afiliación a la CIOAC. La relación de compadrazgo entre Antonio García, empresario, y Benito García, líder expulsado, estimuló los rumores que involucraban a este último en la muerte de Maclovio Rojas, debido a rencillas internas entre los dirigentes de la propia organización.

La muerte de Maclovio es un acontecimiento histórico de orden local, donde se une una serie de fuerzas sociales que caracterizan a la región como parte de un entramado político nacional,¹⁰⁸ pero a la vez que delimitan el perfil de una región con poca presencia institucional de gobierno, laboral y de justicia. El responsable de su muerte —otro trabajador del campo— quedó libre semanas después, tras pagar una fianza (Haro, 1988).¹⁰⁹ En el análisis del faccionalismo, vale la pena considerar el ingrediente de sospecha, y luego de acusaciones abiertas entre los propios líderes de origen indígena. La atención pública en las rencillas personales, diferencias ideológicas o de competencia por recursos entre los mismos líderes dejó fuera del escenario el papel represor de los cuerpos de seguridad de los rancheros y empresarios.

¹⁰⁷ En una nota periodística se confirma esta agresión previa por parte de empleados de los García, aunque hay diferencias de información acerca de en qué campamento sucedió (Cervantes, 1987b:12-13).

¹⁰⁸ La década de 1980 es un período de movilizaciones de la izquierda obrera en un contexto de reforma electoral en México, que permitió una mayor actuación de los partidos políticos de izquierda.

¹⁰⁹ Seis años más tarde, en 1993, la CIOAC logró poner de nuevo el caso a la luz pública, cuando Benito García tomó el cargo de procurador de Defensa de los Indígenas (Cruz, 1993:54a; Mosso, 1993).

Movilizaciones, represión y líderes de temporada

Aun en medio de tal división, de la expulsión y muerte respectiva de cada uno de estos líderes, la CIOAC logró llevar a cabo la huelga de una semana en el rancho El Papalote, propiedad de los hermanos Canelo, en 1988. El pasaje que abre este capítulo corresponde a dicha huelga, en la que 5 000 obreros pararon los campos en demanda de aumento salarial y acceso al Seguro Social. Hasta ese año, si un trabajador se enfermaba o tenía un accidente de trabajo la empresa expedía un formato conocido como la “hoja rosa”, que funcionaba como un pase de atención de única vez en las clínicas comunitarias. Dada la naturaleza física y extenuante del trabajo agrícola, la condición de pobreza con la que llegaban a estos campos y las condiciones de vida en los campamentos, los problemas de salud eran recurrentes y sobrecogedores para los trabajadores.

La huelga logró el pago de los salarios caídos y un aumento de 25 por ciento a la canasta básica;¹¹⁰ junto con las condiciones laborales se lograron mejoras en los campamentos donde residían los trabajadores: lavaderos, letrinas, canchas de basquetbol y profesores para las escuelas primarias. Para entonces, Maclovio Rojas había muerto y Benito García había sido expulsado de la CIOAC. José Rojas (entrevista, 1996) reseña que en su condición de hermano de un líder caído su papel fue muy relevante en este movimiento, ya que la gente hizo caso a sus palabras por su condición indígena.

La participación de líderes indígenas fue notoria; sin embargo, había un fuerte componente mestizo que prácticamente fue invisible. La composición indígena del movimiento surgió como un tema de legitimidad de las representaciones y a la vez como un calificativo de menosprecio desde el discurso de los empresarios o funcionarios de gobierno.

¹¹⁰ La política de Estado de apoyo a la canasta básica, vía prestaciones, fue una forma de salvar las dificultades del salario para cubrir las necesidades básicas de los trabajadores.

A mediados de la década de 1990, la CIOAC en Baja California, a pesar de no contar con registro oficial como sindicato, encabezó varios movimientos espontáneos, pero lentamente se fue enfocando hacia la lucha por los terrenos. La negativa del registro legal de la CIOAC se conjuntó con el ambiente de represión hacia los trabajadores que protestaban, con amenazas de despido o bien boletinados para evitar que fueran contratados por otras empresas.¹¹¹ Con los años, los líderes de la CIOAC vivieron un desgaste al no poder actuar como dirigentes profesionales, sino sólo como líderes espontáneos. Ante tal situación, migrar a Estados Unidos era una salida ya conocida dada su condición de migrantes circulares con movilidad transfronteriza. A la vez, el patrón de circularidad de los jornaleros dificultaba la continuidad de las luchas ante la inestabilidad residencial. Esa condición tocaba a los dirigentes, quienes eran vistos como líderes de paso.

Tanto los sindicatos priistas como los ideólogos del PSUM y de la CIOAC consideraban a los trabajadores agrícolas como temporales, de paso, sin posibilidades de establecerse, lo cual definía su visión de las organizaciones y los liderazgos.

Según el secretario general de la CTM de San Quintín, los movimientos de la década de 1980 respondían a la dinámica del trabajo temporal, por lo que los líderes también eran de temporada:

Líderes de temporada son los que vienen por seis meses pensando en que pueden componer el mundo y aprovechan la migración y aprovechan que hacen estación aquí para irse a Estados Unidos. A eso le llamo yo los líderes de temporada y que vienen a ocasionar problemas de consecuencia para la base que se queda aquí en San Quintín (Espinoza, entrevista, 2006).

¹¹¹ En 1985, un titular del Semanario *ZETA* (Clark, 1985) denunció la existencia de sindicatos blancos y el despido de 100 trabajadores indígenas del campo “Los Rodríguez” por ser miembros de la CIOAC.

En tanto que los ideólogos del psuM también veían a estos trabajadores y sus líderes como personas en tránsito: “el sindicato [CIOAC] tendrá que encontrar las formas más adecuadas para mantener y hacer efectiva la organización, ya que la movilidad de estos trabajadores es muy grande e incluso, como ya lo hemos dicho, se dispersan por temporadas por todo el vecino estado de California” (José Luis Pérez Canchola, 1984a:32).

Además, Pérez Canchola (1984a:32) agrega la importancia de recurrir a otras experiencias de sindicalización de este tipo de trabajadores en Europa y la relevancia que el lugar de origen tiene para estos migrantes, ya que es el lugar al que “únicamente sienten apego y al que tarde o temprano regresan” (1984a:32.). De tal forma que el proceso de asentamiento que despuntaba no era visto como un motor de nuevas demandas y lucha organizada, ni por la izquierda ni por los nacionalistas revolucionarios del PRI.

En esos años, la presencia de la autoridad gubernamental era muy débil. El gobierno municipal intervenía muy poco en los conflictos laborales, no obstante, participaba con mayor premura y visibilidad en las dotaciones de tierra para el asentamiento de los trabajadores. La conexión entre conflictos laborales y formación de colonias inició precisamente a fines de la década de 1980, cuando los propios líderes de la CIOAC y los trabajadores asumieron como bandera de lucha la dotación de tierras para salir de los campamentos. Y desde estos primeros contactos se inició una relación de transferencia de fondos o corporativa con la CIOAC y los líderes de otras organizaciones como el nuevo Singoa. En esos años, la CIOAC recibió un carro y fondos para actividades organizativas para sus movilizaciones por parte del presidente municipal (Alonso, entrevista, 2004).

La independencia de estos movimientos respecto del gobierno y de los empresarios parece muy endeble. La única organización con capacidad para enfrentar a los empresarios y al gobierno era la CIOAC, con una ideología de oposición y con redes en el nivel nacional; sin embargo, los trabajadores a quienes

intentó movilizar estaban muy lejos de acoplarse a “la ideología de izquierda socialista” y generaron una oposición al gobierno más que a los patrones; tal vez debido a que los trabajadores estaban sometidos a un complejo sistema de relaciones obrero-patronales con fuertes relaciones personales y vínculos comunitarios con los intermediarios. Al seguir a Granovetter (1992), podemos decir que los trabajadores agrícolas estaban inmersos en sistemas de producción basados en vínculos de confianza personal, y no de orden contractual, y a relaciones paternas con el gobierno. O como las llama De la Garza (2003): redes micro del corporativismo mexicano.

Con el tránsito de campamentos a colonias, la tierra sigue siendo el recurso de mayor disputa en el Valle, ya no sólo como base de la acumulación de capital, sino para la reproducción de la fuerza de trabajo, por lo que cobra un poder central en la dinámica de dominación y conflicto para empresarios, gobierno, sindicatos y trabajadores.

LUCHAS RESIDENCIALES DE LA DÉCADA DE 1990: LOS NUEVOS COMITÉS DE COLONOS

A fines de la década de 1980, el proceso de asentamiento asoma su rostro a lo largo del Valle con la explosión de los movimientos por tomas de tierra para construir viviendas. En este proceso, emerge el rostro de las mujeres con mayor visibilidad que en los movimientos laborales, a pesar de que ellas laboraban –aunque en una proporción menor que los hombres– en la agricultura y en la posición de peones; sin embargo, en el proceso de toma de terrenos y construcción de las viviendas, las mujeres aparecen claramente movilizadas y encabezando comitivas, aunque los voceros o intermediarios ante funcionarios y patrones, frecuentemente, son hombres. En la década de 2000, era común que las mujeres encabezaran los comités de colonias.

Como se observa en la gráfica 1, del capítulo II de este libro, del total de colonias existentes en el año 2005, casi la mitad había surgido en las décadas de 1980 y 1990. Y en esas mismas décadas la población en colonias había crecido de 8 120 a 35 820 (Velasco, 2002).

El asentamiento se dio –principalmente– a través de movilizaciones de los trabajadores que vivían en campamentos o cuarterías de renta. Si bien los periódicos visibilizaban más algunas movilizaciones, como la de la colonia Flores Magón –para la cual el gobernador en turno había dado una suma millonaria de apoyo–, simultáneamente pequeños grupos de trabajadores se organizaban dirigidos por algún trabajador para pactar la compra de un pequeño terreno o para invadir algún otro. La CIOAC o la Singoa ya no eran las únicas organizaciones que movilizaban a los trabajadores para colonizar.

Frente al proceso de asentamiento, el gobierno logró una presencia que no había tenido en el caso de los conflictos laborales, como intermediario y vigilante de la aplicación de la *Ley federal del trabajo*. Además del gobierno municipal y el estatal, los empresarios y ejidatarios fueron muy activos en el proceso de toma de tierras.

Los ejidatarios de San Quintín son un sector poco visible, quizá esto se deba a su origen histórico. Hasta 1946, la mayoría de las tierras de lo que hoy conocemos como Valle de San Quintín eran propiedad de dos dueños, por concesión del gobierno federal. Así, cuando sucedió el reparto agrario ejidal no existían núcleos de campesinos que recibieran las dotaciones de tierra, como en otros lugares de México, sino que fueron pequeños propietarios de otros lugares quienes recibieron las tierras ejidales en compensación por las afectaciones. En 1996 existían 18 ejidos, de los cuales cinco habían sido creados antes de 1963 con la finalidad de compensar afectaciones agrarias en otros estados, como Michoacán, o bien como parte del proceso de colonización impulsado por Lázaro Cárdenas (Gobierno del Estado de Baja California, 2007).

La participación de los ejidatarios en el asentamiento fue como fraccionadores, gracias a la reforma constitucional de 1992, que permitió la venta de la tierra ejidal.¹¹² La tierra se volvió un recurso para la reproducción de los trabajadores y un recurso político para las autoridades de gobierno, para los empresarios y las propias organizaciones.

Desde la perspectiva de las movilizaciones residenciales, es posible distinguir dos momentos del asentamiento: 1) el primero, relacionado con la toma de las tierras y la creación de las colonias; 2) el segundo, relacionado con la construcción de viviendas y la gestión de servicios.

Para ilustrar estos distintos momentos, a continuación describimos tres experiencias de asentamiento residencial, primero en torno a la toma de terrenos y luego frente a la regularización y gestión de servicios.

Toma de terrenos y formación de colonias

Las movilizaciones por toma de tierra y formación de colonias siguieron diferentes cursos o patrones de negociación. Podríamos plantear diferentes estrategias con las que los trabajadores lograron obtener terrenos para sus viviendas, según establecieran negociaciones o alianzas con: *a)* el gobierno, *b)* los patrones y *c)* los ejidatarios. Las movilizaciones de los trabajadores en la década de 1980 habían hecho muy visible lo que sucedía en el Valle; atrajeron la atención nacional e internacional hacia los conflictos laborales en una región agroexportadora en la frontera norte de México, en vísperas de la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en 1994, el cual incluía un rubro importante para la agricultura.

¹¹² La reforma agraria de 1992 consiste sustancialmente en la modificación del artículo 27 constitucional, la cual permite privatizar al ejido, ya que anteriormente la tierra ejidal no podía ser vendida, embargada o transmitida a terceros, sino únicamente heredada a un sucesor.

La hipótesis al respecto es que los principales interesados en promover el cambio de residencia fueron los gobiernos municipal, estatal y federal como una vía para acallar las protestas de los trabajadores y de la opinión pública. En el nivel federal, fue creado a fines de la década de 1980 el Programa Nacional con Jornaleros Agrícolas (Pronjag). Uno de las acciones de este programa fue la promoción de los “Pies de casa” para la construcción de viviendas en las nuevas colonias. Al impulso del gobierno hacia el asentamiento de los trabajadores se unieron algunos empresarios locales, y ante la avalancha de invasiones o afectaciones que se veían venir, algunos ejidatarios entraron en escena. Se puede ilustrar con un conjunto de casos la complejidad que esta conjunción de intereses producía.

*Las colonias Flores Magón y 13 de Mayo:
organizaciones y gobierno*

La colonia Flores Magón surgió en 1987 a raíz de que el gobierno estatal entregó 600 lotes a líderes de la CIOAC y del Singoa en la delegación Lázaro Cárdenas. En pleno auge de movilizaciones laborales y faccionalismo entre las organizaciones, la repartición de tierras se realizó en medio del conflicto. Lo que originalmente sería una repartición pacífica se convirtió en una disputa entre los trabajadores seguidores del Singoa y los de la CIOAC, procedentes de distintos campamentos.

A la orilla de la carretera transpeninsular se fueron apostando una a una las familias de trabajadores; colocaron sus mojones de división y construyeron viviendas improvisadas. En medio de la disputa, los seguidores de la CIOAC fueron expulsados y aún con las estacas para marcar sus tierras en mano se dirigieron a la delegación Vicente Guerrero, donde fundaron la colonia 13 de Mayo, fecha en que hacen la toma de tierras en el mismo año de 1987. Meses después de la toma de esta colonia sucedió la

muerte de uno de los dirigentes de la invasión, Maclovio Rojas, por lo que la colonia fue renombrada en su honor.

Una vez lograda la toma de terrenos, los colonos formaron comités de colonias para solucionar aspectos específicos de su colonia, como la regularización de los terrenos ante la Comisión Reguladora de la Tenencia de la Tierra (Corett), ante la que lograron un precio de 750 pesos por lote. Pasada la amenaza de desalojo de los terrenos, los comités de colonias tomaron en sus manos el proceso de asentamiento y emprendieron la construcción de las casas, la introducción del agua, electricidad y la construcción de las escuelas.

La distancia entre las narraciones de los líderes, en este caso de la CIOAC, que llevan a cabo la toma de tierras y de las personas que formaron los comités de las colonias señala un cambio significativo de los actores. Para los representantes de colonias, como el señor Florencio Hernández (entrevista, 2001), “la gente necesitaba dónde vivir fuera de los campamentos” y para él había varios líderes que sostenían pleitos no comprendidos. La legitimidad, por ejemplo, de Florencio para ser nombrado presidente de la colonia, devino de su experiencia como autoridad tradicional en su pueblo de origen: Tinuma de Zaragoza, en el distrito de Juxtlahuaca, en la región mixteca de Oaxaca. Su experiencia en distintos cargos de autoridad del gobierno indígena tradicional en su pueblo de origen pronto lo hizo visible ante sus vecinos en el Valle de San Quintín y ante los líderes y activistas de la CIOAC. La disputa entre los dirigentes del PSUM y la CIOAC por la expulsión de Benito García –bajo el cargo de traición a la clase obrera–, y luego la muerte de Maclovio, no hicieron eco alguno en estos representantes de colonias, cuya legitimidad y prestigio provenía de criterios asociados con sus lugares de origen, como era su cumplimiento con el sistema de cargos. La confianza comunitaria gestada en el lugar de origen parecía transferirse al lugar de destino para gestionar ante el gobierno la regularización de lotes y la dotación de servicios; ellos veían con distancia esas disputas

y entablaban una interlocución intensa con los representantes de gobierno encargados de la regularización de los terrenos o de los servicios.

Cuatro años después de tomados los terrenos en 1994, las viviendas de la colonia 13 de Mayo –ahora Maclovio Rojas– aún estaban en condiciones bastante precarias, según Hernández (entrevista, 2001), por lo que acudieron al Pronjag para obtener apoyos para la construcción de sus viviendas con el programa, antes mencionado, “Pies de casa”,¹¹³ que otorgaba recursos para construir parte de la vivienda (Llamadas, entrevista, 2000).

*Nueva Región Triqui y Nuevo San Juan Copala:
entre los ejidatarios y los empresarios*

La creación de las colonias Lomas de San Ramón (Nueva Región Triqui) en 1992 y Las Misiones (Nuevo San Juan Copala) en 1997 no siguió el curso de las invasiones o negociaciones de las organizaciones con presencia política en la región, como lo eran la CIOAC, el Singoa o el Movimiento Unificado de Jornaleros Indígenas (MUJI), sino un camino muy frecuente pero poco visible en los periódicos o en las oficinas de gobierno, ya que obedecía a la acción colectiva gestada en la misma convivencia de los campamentos con algún líder comunitario emergente en conjunción con los intereses de un patrón o de algún ejidatario.

Según la opinión de activistas (Vázquez, entrevistas, 1997, 2000; Herrera, entrevista, 2011), algunos propietarios de ranchos, temerosos de ser afectados por la ampliación de los ejidos, convenían invasiones de sus terrenos con grupos de trabajadores para luego vendérselos a ellos mismos en colusión con los líderes. Ése fue el caso de la colonia Lomas de San Ramón o Nueva Región

¹¹³ Programa de Construcción de Vivienda, operado por el Pronjag con financiamiento de la Sedesol. *Diario Oficial de la Federación* (2006).

Triqui fundada en 1992 en la delegación Vicente Guerrero. Los líderes se convirtieron en intermediarios de los propietarios para invadir y luego vender los lotes a los colonos. Antonio López (entrevista, 1996), originario de San Juan Copala, en la región triqui de Oaxaca, fue encarcelado en 1993 por la venta de lotes. Él reseña este pasaje sin entender cuál era el problema, ya que veía como un “apoyo” del patrón-propietario para que los trabajadores lograran una vivienda. En su visión, la invasión de la colonia fue un logro colectivo donde los patrones apoyaron con “buena voluntad”. Eran lotes de 20 x 22 metros que fueron vendidos en 2 500 pesos, pagaderos en dos años. La fundación de las colonias y los procesos organizativos dieron lugar a otras organizaciones étnicas, aún de vida fugitiva, como la Organización del Pueblo Triqui, la cual quedó sólo en membrete una vez que sus líderes desaparecieron.

La venta de terrenos a los trabajadores por parte de los rancharos con el apoyo de los líderes causó molestia entre los colonos debido a que, además del pago del lote, los nuevos colonos tenían que dar cuotas de apoyo a los líderes para sus gestiones:

Y cada ocho días cooperábamos y [nos decían] que mire compañero ya fuimos a Ensenada, fuimos a Mexicali y ahora queremos ir a México [...] porque esta tierra ya la ganamos... Y uno pues confía, ¿no? Pero me di cuenta de que estos carajillos no están haciendo bien las cosas con el dinero de las cooperaciones. Cada ocho días, se daban de 10, 15, 20 hasta 50 pesos por familia (Herrera, entrevista, 2011).

La solicitud de cuotas de parte de los líderes se volvió una práctica común, pero a la vez incómoda para los residentes, que apenas lograban cubrir los costos del terreno. En la colonia Lomas de San Ramón, tal situación derivó en la expulsión de los líderes y la formación de un comité de colonos constituido por personas de distintas adscripciones étnicas, como mixtecos, zapotecos, triquis y demás mestizos.

La actividad de los comités se concentró en las necesidades microlocales de los nuevos residentes, la regularización de los terrenos y la dotación de servicios, muy lejos de la dinámica de las organizaciones políticas afiliadas al legado de la CIOAC, el Singoa, la Organización del Pueblo Triqui (OPT) o el MUJI; no obstante, los integrantes de los comités también se enrolaron en otras acciones colectivas que desbordaban la adscripción de colonia; ése fue el caso de la lucha por la clínica IMSS-Solidaridad, que es un parteaguas en la región, al conjuntar a distintas movilizaciones y actores.

Los problemas de salud de los trabajadores y ahora de los nuevos colonos son un tema reiterado en las entrevistas con funcionarios, activistas y líderes. Son recurrentes las historias de muerte de mujeres en trabajo de parto, de adultos accidentados en el campo y de enfermedades asociadas con el uso de pesticidas, o bien de niños con enfermedades comunes pero agravadas por las condiciones de pobreza y la falta de atención médica. La demanda de seguro social para los trabajadores y sus familias fue planteada desde las primeras movilizaciones laborales de la década de 1980 y seguía siendo una demanda viva, ya que sólo existían clínicas comunitarias mal equipadas y sin servicio de quirófano.

En 1994, fue aprobada en el régimen de Salinas de Gortari la construcción de una clínica con fondos federales del programa Solidaridad en conjunción con el IMSS; sin embargo, ante el levantamiento zapatista del mismo año, los fondos se canalizaron al estado de Chiapas, al sur del país. La noticia alertó a un grupo de colonos activos en Lomas de San Ramón, quienes decidieron luchar por la construcción de la clínica en la delegación Vicente Guerrero, muy cerca de su colonia. Para la construcción del hospital, la Inmobiliaria del Estado inició un proceso de afectación de un terreno amplio de la familia Collins, llamado Las Misiones. En un ambiente de dudas sobre los recursos federales y en medio del levantamiento indígena en el sur del país, continuaron las dificultades con el presupuesto, por lo que se dieron noticias de que se retrasaría la construcción del hospital.

La espera duró dos años, hasta que el empresario Antonio García ofreció donar un lote en la delegación de Camalú para la construcción del hospital, propuesta que fue bien recibida por el gobierno. Este hecho molestó a los residentes de las distintas colonias de Vicente Guerrero, quienes se movilizaron tras la sospecha de que el empresario García estaba tratando de llevarse el hospital a otra delegación con la finalidad de elevar el valor de sus tierras. Los movilizadores cerraron la carretera transpeninsular por tres días, y recorrieron cerca de 200 kilómetros para arribar a la cabecera municipal. El movimiento surgió en la delegación más poblada y con mayor proporción de habitantes indígenas, y logró expandirse entre los residentes de otras delegaciones en una causa de clase social, como trabajadores del campo y residentes pobres.¹¹⁴ El simbolismo de la muerte y la enfermedad estaba detrás de la demanda del hospital, y de alguna forma desplazaba el conflicto laboral del espacio de los ranchos a las colonias de trabajadores.

El significado del lugar escogido para la construcción del hospital fue avivado por un suceso violento. En 1996, Bonfilio Herrera, líder de origen mixteco, murió al darse un disparo en la cabeza. Bonfilio tuvo un papel protagónico en las movilizaciones por el hospital IMSS-Solidaridad y no alcanzó a verlo construido; se quejó insistentemente del olvido en que el gobierno del estado tenía a los trabajadores indígenas del Valle y en varias ocasiones amenazó con atentar contra el gobernador de Baja California por no atender sus reclamos.¹¹⁵

En 1996, Bonfilio Herrera, junto con otros líderes, como Justino Herrera (su hermano) y Florencio Sandoval, habían encabezado la marcha por la construcción y ubicación del Hospital IMSS-Solidaridad, protagonizando las movilizaciones reseñadas.

¹¹⁴ En el año 2000, Vicente Guerrero era la delegación que tenía el porcentaje más alto de población indígena en el Valle, con 26 por ciento. En tanto que en la delegación de Camalú, donde pretendían construir el hospital era de 15 por ciento (Ingei, 2000).

¹¹⁵ Martínez (1996), Lima (1999), Cruz (1999a y 1999b).

Y, paradójicamente, semanas después, el sobrino de Bonfilio murió a causa de una hemorragia interna que no pudo ser detenida en el hospital comunitario.

Las muertes de Bonfilio Herrera y de su sobrino son parte de la memoria de la injusticia social, avivan el sentido de la lucha por el hospital, y los dotan de una comunión como pobres, inmigrantes e indígenas.

En 1997, en plena coyuntura del conflicto, cerca de 40 familias procedentes del campamento el Aguaje del Burro, propiedad del mismo empresario Antonio García, invadieron parte del terreno donde los colonos movilizados pedían la construcción del hospital. Este hecho fue interpretado por los colonos movilizados como una invasión promovida por el mismo Antonio García para hacer más viable su propuesta de llevarse el hospital a sus terrenos. El indicador fiable de esta interpretación fue que: “los invasores habían llegado en camiones del campamento Aguaje del Burro, propiedad de Antonio García” (Herrera, entrevista, 2011).

En el momento de la toma de tierras, se enfrentaron trabajadores provenientes del campamento Aguaje del Burro con colonos de comités de colonias y líderes que peleaban por la construcción del hospital. Al final, los trabajadores de Antonio García se replegaron, ocuparon sólo una parte del terreno y dejaron libre el asignado a la construcción del hospital. Así fue como nació la colonia Las Misiones o Nuevo San Juan Copala, también con una composición triqui, mixteca y mestiza. El empresario Antonio García ya había dotado a un grupo de familias con parte de sus terrenos, lo cual había hecho que el resto de los trabajadores solicitaran lo mismo en reclamo por las condiciones de los campamentos en los que vivían. En este contexto, parecía muy viable promover la toma de los terrenos asignados para el hospital; sin embargo, los pioneros de la toma de terrenos de Las Misiones no atribuyen ningún otro interés que no sea el de ayudarlos de parte de su patrón, al cual a veces llamaban simplemente Toño, ya que

una vez pasado el conflicto de toma de tierras y posteriormente la construcción del hospital, los ayudó a construir sus casas y siguieron laborando en su rancho. En este escenario de intereses encontrados y de inequidad de recursos económicos y políticos, los trabajadores movilizados parecen estar a merced de esas fuerzas. En el capítulo VIII, el lector encontrará el estudio de caso del asentamiento en la colonia Las Misiones, después llamada también Nuevo San Juan Copala, y la visión de algunos de los protagonistas de este conflicto. Por ahora, sólo nos gustaría agregar que los líderes involucrados no siempre lograron avizorar esas fuerzas y luchar para que no se les impusiera el interés del patrón o del funcionario; no obstante, aun adelantando la manipulación, los trabajadores tenían interés por lograr sus terrenos para salir de los campamentos, aunque ello implicara arriesgar el cometido de la construcción del hospital. En un primer momento, podría parecer una visión sumamente inmediatista de sus necesidades como clase social, pero las palabras de uno de los protagonistas de la movilización de trabajadores que venían del campamento propiedad de Antonio García pueden ayudar a entender sus motivaciones:

Siguiendo la huella de mis paisanos, llegué en un campamento llamado “El Aguaje del Burro”, que está a 10 kilómetros del poblado de Camalú, en el Valle de San Quintín. Una vez ya establecido en ese campamento veo la realidad de las injusticias que sufren los indígenas por los capataces del patrón casi al estilo de la época del porfiriato.

En este momento, y ante ustedes que no se imaginan cómo es un campamento de los jornaleros migrantes les voy a ilustrar: el rancho Aguaje del Burro es un rancho como una sola galera de 20 cuartos de bloques con piso de tierra, con el techo de láminas galvanizadas de tres metros cuadrados, y en cada cuarto hay de dos a tres familias. Y de los que estoy hablando son de familias que ya tienen más de 30 [años] viviendo en ese campamento. Entonces, las familias que recién llegan tienen que construir sus cuartos con desechos de los cartones

o plásticos que contienen sustancias químicas. También en este campamento carecen de servicios como de luz, agua potable, módulo de salud y transporte para trasladar a los enfermos.

Cuando un servidor de ustedes entra a trabajar al duro jornal del trabajo en los campos agrícolas y platico con mis paisanos sobre sus derechos laborales, cuál fue mi sorpresa que lo desconocía totalmente, a pesar de que algunos se expresaban bien [en] el español. Entonces, nos despertó la inquietud de preguntar a algunos señores de edad o ancianos, que consideramos que por los años vividos tienen más experiencia, llegamos en común acuerdo de convocar una reunión de consulta con los propios trabajadores del mismo rancho para saber el porqué nos encontrábamos en esa condición y precisamente en ese rancho. Y el resultado fue que la mayoría coincidieron de que tenía que establecerse en una colonia o de formar una colonia para así tener no sólo un terreno propio, sino la decisión de con quién trabajar.

Así, los demás paisanos que se encontraban en otros campamentos se interesaban en reunirse en un solo lugar, para no sentirse ser parte o propiedad de un solo patrón, y así reclamar con derecho y con dignidad sobre su derecho laboral en bienestar de sus hijos (Bautista, 2005).

El pasaje anterior es de un texto autobiográfico del líder que estuvo al frente de la toma de terrenos de Las Misiones, a lo que otros activistas y colonos se refieren como una toma orquestada por el mismo patrón, Antonio García, para evitar que se construyera el Hospital IMSS-Solidaridad y llevárselo a sus tierras. No hay visos en el pasaje, ni en el resto del documento, de esta interpretación, sino que la fundación de la colonia se ha construido como una historia de lucha y como un logro propio de los trabajadores. Nos interesa rescatar que más allá de reconocer que este grupo de trabajadores era presa de los intereses del ranchero y seguramente de algunos funcionarios, también era su interés lograr una vivienda autónoma, y se movilizaron

para ello, echando mano de los recursos a su alcance. Al final, lograron establecer su colonia sin detener la construcción del hospital, porque existía otro movimiento en defensa de éste. Son esas pequeñas movilizaciones articuladas en forma espontánea las que logran objetivos comunes como clase social. En este punto, las palabras de Justino Herrera (entrevista, 2011) pueden ayudar a comprender:

A medianoche habían llegado camiones de trabajadores, enviados por Antonio García a invadir [...] Pero les dijimos: o dejan libre el terreno donde se va a hacer el Seguro (Hospital) o [...] los mandamos por donde vinieron. No importa que sean nuestra gente, pero no se vale que otros canijos aprovechen esa situación para sacar beneficio propio [...] ¡No! Los encerramos a todos. “O nos respetan de aquí pa’ allá, porque nosotros no estamos en contra de que tengan ustedes terreno, pero respeten”. Y respeten la lucha, porque la lucha que se está dando es de nosotros. Es de ustedes. Es pa’ nosotros y es para ustedes (Herrera, entrevista, 2011).

Este encuentro de dos grupos movilizados, unos provenientes de una joven colonia y otros de un campamento, en pos del hospital y de un terreno para construir sus viviendas, ilustra la complejidad del proceso de asentamiento en el Valle y de la diversidad de actores movilizados. El análisis de la narrativa de Camilo Bautista permite comprender algunos de los factores que estaban detrás de la enorme energía de la población para movilizarse por la toma de terrenos y formación de colonias: el valor de la independencia residencial para los trabajadores, la cual no sólo era vista como una vía para mejorar la vida doméstica y comunitaria, sino también para reapropiarse de su mano de obra al lograr independencia del patrón y dotarlos de libertad para contratarse con otros patrones. También muestra la densidad de las redes de paisanaje asociadas con el campamento, que a su vez sirven de base para movilizarse y negociar con los mismos

patrones o con el gobierno los lotes para establecer sus nuevas residencias. Por otro lado, la movilización por el hospital va más allá de la residencia y la colonia, alude a un sentido de apropiación de un espacio más amplio: la delegación o el Valle como región en disputa. Las enfermedades y muertes por falta de atención médica son cercanas a la cotidianidad de los trabajadores y pobladores de la región, y “tener” un hospital es un ajuste de cuentas y una marca de su condición de residentes pobres.

Pero hubo otros caminos y otros actores del asentamiento regional, menos visibles para los medios de comunicación. En la misma década de 1990, la oficina de la Inmobiliaria del Estado trató de organizar el caudal de tomas de tierras a través de la venta de terrenos. Por esa vía se creó un gran número de colonias, que a la postre encontraron una forma organizativa en los comités de colonias o juntas directivas con una participación importante de mujeres. Estos comités o juntas jugaron un papel muy importante en la regularización de los terrenos y en la gestión de servicios y recursos gubernamentales, como fue el caso de la colonia Graciano Sánchez.

*La colonia Graciano Sánchez:
la lucha por el precio de los lotes ante el gobierno del Estado*

La colonia Graciano Sánchez está a la orilla de la carretera transpeninsular, en la delegación Vicente Guerrero; fue fundada en 1993 a raíz del fraccionamiento que hizo la Inmobiliaria del Estado del ejido del mismo nombre y su venta a pobladores solicitantes de terrenos. El camino de regularización de la colonia fue largo, según cuenta Domitila Martínez, tesorera de la mesa directiva de la colonia en 2005. La historia de la colonia inicia con la petición de un grupo de colonos, algunos residentes en cuarterías propiedad de distintos empresarios. Ese fue el caso de Domitila, nacida en San Miguel Durazno, Tecomastlahuaca,

Oaxaca, de origen mixteco. Ella y su familia vivían en una cuartería del rancho El Milagro, cuando se enteraron de que la inmobiliaria estaba vendiendo terrenos en 5 000 pesos, pagaderos con 200 pesos al mes. Entonces, Domitila le dijo a su esposo, “hay que aprovechar”, y “vamos a ir a empezar a limpiar terreno y [...] hacer un cuarto para ir a vivir”, “poco a poco vamos a empezar a hacer un cuartito, porque en cualquier rato nos va a correr el patrón. Ahorita estamos bien, pero va llegar un día que nos corren, ¿y nuestros hijos? No todo el tiempo van andar como andamos [nosotros]” (Martínez, entrevista, 2005).

Así fue que Domitila y su esposo compraron su terreno: pero después, al igual que otros compradores se dieron de cuenta de que los lotes ya estaban vendidos; es decir, que había más de un dueño de cada lote. Formaron un pequeño comité para ir a hablar con las autoridades, sin mucho éxito, y así transcurrieron algunos años, sin que supieran qué iba a suceder.

En esos años de espera, el comité hizo contacto con Beatriz Chávez, originaria de Sinaloa y de extracción jornalera. Desde muy joven, Beatriz ingresó en las filas de la CIOAC en Sinaloa, llegó al Valle en la década de 1980 y se mantuvo como activista entre Sinaloa y Baja California. El liderazgo de Beatriz Chávez en la toma y demanda de regularización de terrenos es muy visible por su condición de mujer mestiza en un contexto dominante de liderazgos masculinos e indígenas, pero además por la violencia con la que fue tratada en las movilizaciones que encabezó y porque, junto con Julio Sandoval, fue de los pocos líderes que resultaron encarcelados y enjuiciados acusados de despojo.

Según cuenta la misma Beatriz, el 7 de diciembre de 1997 organizó un campamento en el ejido Graciano Sánchez, en el que pidió a aquellos residentes que contaran con comprobante de pago de los lotes en el ejido que ocuparan algún espacio disponible si el suyo se encontraba ya ocupado. Dicha acción provocó su detención durante la cual fue golpeada y quedó con

una lesión en la columna vertebral que requirió intervención quirúrgica (Bacon, 2002).

Con la dirección de Beatriz Chávez, los nuevos colonos organizaron movilizaciones de toma de carreteras y de oficinas hasta que lograron que sus demandas fueran atendidas: regularización de los lotes y fijación de un precio accesible. Tras la toma de la carretera transpeninsular, a la que se unieron varios grupos de colonos con problemas de terrenos, Beatriz Chávez fue encarcelada y el comité de la Graciano Sánchez logró su cometido. Como el cargo imputado era despojo, Chávez obtuvo su libertad bajo fianza.

Ya libre, continuó su trabajo como líder del movimiento. Las movilizaciones siguieron a través de plantones y toma de carreteras. En 1998, los residentes lograron llegar a un acuerdo con el gobierno municipal sobre el precio de los terrenos y la instalación de servicios de agua y electricidad (Chávez, entrevista, 2004; Martínez, entrevista, 2005; Sierra, entrevista, 2005), pero los ejidatarios no estuvieron contentos con el acuerdo, que los excluía.

En septiembre de 1998, el Consejo de Residentes de San Quintín acordó con el gobierno municipal de Ensenada pagar 6 800 pesos aproximadamente por cada lote ocupado. Beatriz Chávez fue pieza clave en dichas negociaciones. Sin embargo, paralelamente un grupo de personas que reclamaba la propiedad del ejido demandó a la activista y otros participantes por despojo (Los Angeles Independent Media Center, 2002).¹¹⁶

El 31 de mayo de 2001, Beatriz Chávez fue arrestada nuevamente, pero ahora bajo el cargo de despojo agravado —el cual no alcanza fianza bajo la jurisdicción estatal y es penalizado con hasta 10 años de prisión—; inmediatamente fue trasladada a las instalaciones del Centro de Readaptación Social de Ensenada. Ante la

¹¹⁶ Traducción propia.

falta de recursos económicos, la defensa de Beatriz Chávez estuvo a cargo de un abogado de oficio; además, cabe señalar que el estatus legal de los terrenos del ejido Graciano Sánchez, por el que se le imputaba el despojo agravado no había sido aclarado (Los Angeles Independent Media Center, 2002). A pesar de dichas irregularidades, el juicio siguió su curso y estuvo en prisión por casi dos años:

A mí me mandaron un año siete meses a la cárcel [...] y ¿por qué? Por algo que no era, porque si a mí me demandó el ejido por despojo [...] no procede, salgo, resulta que el dueño son los Magaña, resulta que los Magaña le pasan al gobierno del Estado, el gobierno del Estado le da un mandato a la Corett. O sea, todo se hizo a nivel Estado [...] Cuando estaba en el Cereso me condicionaban a que yo firmara un documento, lo mismo a ellos (los colonos), para que pagaran como veintitantos o 30 000 pesos por los terrenos que ya habían pagado. Entonces, ni uno de los dos aceptamos [...] Salí y dicen: “Bueno, los (terrenos) de la esquina van a valer 24 y los otros 17 quinientos”... No señor. Nos fuimos a una lucha tan desgastante [...] Porque estamos hablando desde el 97 hasta este año, 2004, empezaron a regularizarse los terrenos. ¿A cómo? A como se había acordado: 6 000 pesos a tres años (Chávez, entrevista, 2004).

Beatriz Chávez fue declarada culpable de los delitos imputados; sin embargo, fue liberada en 2002 por cuestiones de salud, ya que contrajo fiebre tifoidea en el interior del reclusorio (Los Angeles Independent Media Center, 2002). Beatriz Chávez no pisó nuevamente la cárcel; por el contrario, en junio de 2003, después de realizar un plantón frente a las oficinas del gobierno del Estado en el Valle de San Quintín, la Comisión para la Regulación para la Tenencia de la Tierra del Estado se comprometió a respetar el costo inicial de los predios, acordado en 1998 (Rojas 2003a y 2003b). Actualmente, Beatriz Chávez Pérez sigue trabajando en el activismo político dentro de la CIOAC, en la que en

2010 todavía figuraba como presidenta del Comité Regional en el Valle de San Quintín (Agencia Fronteriza de Noticias, 2010).

Finalmente, los colonos de Graciano Sánchez iniciaron la construcción de sus casas y tramitaron los servicios de agua, luz y teléfono. En estas actividades, la mesa directiva tuvo un papel muy importante con la gestión ante las diferentes oficinas para lograr los servicios. Domitila Martínez reseña que una vez arreglados los terrenos y conseguidos los servicios, la colonia se ha tranquilizado y más bien están muy atentos a los programas sociales de apoyo del gobierno, como Oportunidades. A ella también le corresponde como tesorera apoyar en la elaboración de las listas para la selección de personas que recibirán estos subsidios del gobierno.

Este caso nos permite observar la acción de las organizaciones de carácter social y político, como la CIOAC (Frente Popular Revolucionario, sin fecha). Tales organizaciones funcionaban como potenciadores de pequeños conflictos, como el caso de la Graciano Sánchez, y dotaban de un capital político a esos comités o grupos movilizados que por sí mismos no tenían, pero a la vez se dotaban de bases y causas que requerían como organizaciones sociales y políticas. En una sinergia política se articulaban fuerzas de esta índole, distintas pero con un sentido histórico parecido, por decirlo de alguna forma, contrasistémicas. Los comités o grupos que se aprovechaban de esa estela política desplegada por dichas organizaciones y sus líderes, una vez pasado el conflicto continuaban con sus vidas y rutinas cotidianas, apegados a la sobrevivencia de la nueva residencia, mientras estos líderes o activistas seguían sus caminos o bien cosechaban las consecuencias de la represión estatal, como fue el caso de Beatriz Chávez.

El siglo XXI abrió con una nueva imagen del Valle, muy lejana a aquella acuñada en la década de 1980 como una región poblada por jornaleros agrícolas que vivían en campamentos o cuarterías. La diversificación de ocupaciones entre la población del Valle se refleja en el surgimiento de nuevas organizaciones

como el Club Rotario, el Grupo Madrugadores, el Grupo de Baja California, la Asociación de Transportistas de San Quintín y el Comité Pro-Municipalización, las cuales están conformadas por profesionistas, comerciantes y empresarios, algunos de los cuales llegaron junto con la ampliación de la presencia institucional y gubernamental de la década de 1990 en la región. Las oficinas de las delegaciones municipales, de los representantes del gobierno estatal y las principales instituciones como el DIF, la Secretaría del Trabajo, Corett, la Junta de Conciliación y Arbitraje, y la Sagarpa surgieron en la década de 1990, y otras hasta iniciado el año 2000. Mención especial merecen las distintas iglesias no católicas, con un trabajo intenso de evangelización en el Valle desde la década de 1960 y con estrategias que incluían la gestión colectiva para la construcción de vivienda.¹¹⁷

El escenario del Valle ha cambiado, la mayoría de los trabajadores están residiendo en colonias y no todos se dedican al trabajo agrícola; además, existe una capa de burócratas, profesionistas y comerciantes que están organizados y que son visibles en el espacio público. En el siguiente capítulo retomamos este escenario apenas delineado y analizamos la emergencia de los nuevos actores y su enfrentamiento con los colonos, con claros tintes de clase y étnicos en torno a la identidad regional.

CONCLUSIÓN

El capítulo ha mostrado la fuerte conexión de clase que existe entre las movilizaciones de trabajadores y la de los nuevos residentes en el Valle de San Quintín. En la medida en que la vivienda controlada de los trabajadores fue una marca del modelo de producción que floreció en el Valle, la independencia residencial

¹¹⁷ En 2003, se registraron 77 iglesias no católicas frente a 20 católicas en las dos delegaciones más pobladas: Vicente Guerrero y San Quintín (El Colef, 2003).

constituyó una lucha de clase, al significar la reapropiación por el trabajador de la libertad para contratarse abiertamente y realizar su reproducción social en forma independiente del patrón; sin embargo, las movilizaciones residenciales permitieron el surgimiento de otros actores y la constitución de un nuevo sujeto regional con un nuevo horizonte cultural.

La energía vital con la que el asentamiento residencial fue protagonizado por grupos, comités u organizaciones repercutió en el surgimiento y la expansión de una burocracia gubernamental. Las primeras movilizaciones laborales sucedieron en un vacío de arbitraje de gobierno, los trabajadores estaban a merced de la voluntad de los empresarios y sus fuerzas de seguridad, de los sindicatos blancos y de las organizaciones de trabajadores fuertemente fraccionadas. En el escenario de la década de 1980 y parte de la de 1990, la CIOAC es un referente político fundamental, aun con su alejamiento de las tradicionales formas de intermediación comunitaria de muchos de sus simpatizantes. Incluso en el proceso de asentamiento, la CIOAC funcionó como una sombrilla política para diferentes causas. Su capital político contribuyó a visibilizar pequeñas luchas en torno a despidos o demandas específicas de comités de colonias.

Además del modelo corporativo vigente en la región, en el cual los sindicatos y organizaciones responden más a los intereses de los patrones que a los de los trabajadores, había otros obstáculos a la organización laboral independiente. En la década de 1980, el mercado de trabajo agrícola de la región estaba marcado por relaciones laborales de carácter personal, en gran medida por la falta de regulación y de presencia del Estado. Tal ausencia llevaba a que los líderes comunitarios fungieran como intermediarios laborales, y a la inversa, lo que debilitaba las relaciones contractuales y traslapaba las demandas laborales con las residenciales. Dada la importancia de la residencia controlada en el modelo de producción agrícola, no es extraño que en las movilizaciones de la década de 1980

fueron los campamentos, y no las empresas, la base de la organización de los trabajadores.

Las movilizaciones por terrenos y vivienda muestran un nuevo sujeto social constituido por trabajadores colonos, cuyo horizonte de vida ya no está en la movilidad tras el trabajo temporal, sino en la sedentarización y la visión de un patrimonio: un terreno y una casa. A diferencia de las movilizaciones laborales de la década de 1980, en las residenciales de la de 1990 el entramado de actores es más complejo.

Las movilizaciones por toma de tierras involucraron a empresarios, ejidatarios, propietarios, gobierno y colonos organizados. En general, el curso de la formación de una colonia y el proceso de apropiación de terrenos siguieron caminos distintos, pero fue constante la movilización colectiva en alguna escala. La toma o negociación de terrenos requirió organización en todo el Valle. No existió un mecanismo individual exitoso para el asentamiento, aun cuando hubo casos de venta de terrenos, como el caso de la Graciano Sánchez; al final, la acción colectiva fue necesaria para la negociación del precio de los lotes. En estas movilizaciones, los pequeños grupos o comités de colonos fueron los protagonistas; sin embargo, fue en esos momentos o coyunturas de conflicto o negociación donde los colonos acudían a los líderes visibles o activistas de organizaciones como la CIOAC para lograr una intermediación exitosa o bien estrategias más radicales, como fue la toma de la carretera transpeninsular o los plantones en las oficinas de gobierno. Tales estrategias de lucha se convirtieron en el recurso más utilizado por los colonos, ya no sólo para la toma y regularización de los terrenos, sino también para la dotación de los servicios como el agua y la electricidad. Este tipo de apelación a la autoridad se ha convertido en una forma de relación ciudadana que ha ido construyendo un orden regional.



CAPÍTULO VII

LOS SANQUINTENSES.
IDENTIDAD REGIONAL Y
POLÍTICA DE CLASE Y ETNIA



*Fotografía de Abbdel
Camargo, archivo particular,
“De regreso a casa”, colonia
Nuevo San Juan Copala
“Las Misiones”, Valle de San
Quintín, junio de 2010.*



Es UNA MAÑANA de verano, el calor entra por las ventanas de la oficina universitaria. Desde 2005, el Valle de San Quintín cuenta con una unidad de la Universidad Autónoma de Baja California. El director del plantel relata con entusiasmo que cada vez hay “más indígenas en la universidad, hijos de jornaleros agrícolas”; según su percepción, cerca de 40 por ciento de estudiantes son indígenas (Ruiz, entrevista, 2010). Más tarde, en el patio del plantel, una estudiante de origen triqui, Eleonor, cuenta los esfuerzos que su madre y su hermano han hecho para que ella haya llegado a la universidad. Su hermano emigró a Estados Unidos y envía dinero para que ella pueda estudiar, mientras su madre sigue trabajando como jornalera en el campo. A la pregunta: ¿cómo te sientes respecto al lugar de origen de tus padres?, ella responde:

Realmente yo me siento más de San Quintín, por lo mismo, porque yo no conozco allá [el pueblo de sus padres]. Nunca he vivido allá. Sí tengo la noción de que soy de allá porque mi mamá me lo ha dicho. Pero pues porque yo antes no sabía que era de allá, yo decía que era de La Paz, pero yo sé que ahora soy de allá, pues. Pero me siento más de aquí porque toda mi niñez y mi vida la he vivido aquí, mi juventud, desde la primaria, hasta la universidad, ahorita estoy por terminar la carrera y he vivido aquí toda mi vida (Eleonor, entrevista, 2010).

La voz de Eleonor expresa el proceso de sedentarización y arraigo paulatino que ha ido sucediendo en el Valle en los últimos 20 años, y del que los jóvenes de segunda generación o bien aquellos que llegaron muy pequeños, como el caso de Eleonor, son claros ejemplos. Estos jóvenes comparten con sus padres y hermanos ese proceso de asentamiento y arraigo, aunque estos últimos vivan

la tensión afectiva respecto al lugar de origen y el Valle de San Quintín. No obstante esta tensión, surge ya una visión crítica sobre su condición de inmigrantes. Un líder de colonia expresaba ese sentir en las siguientes palabras: “Quién me puso a mí migrante, ¿los del gobierno? Porque a ellos les conviene que me sigan viendo como de fuera, pero yo no soy migrante, yo soy residente [...] soy sanquintense [...] tengo más de 20 años aquí” (Bautista, Segundo Taller de Intervención Sociológica, 2005). El énfasis recurrente de los pobladores en su nueva condición de residentes nos llevó a pensar que el proceso de asentamiento de la región se encuentra en una nueva etapa. Como sugiere Scudder (1985), el éxito del asentamiento se da cuando los colonos desarrollan un sentido de arraigo y pertenencia, yendo más allá de las necesidades básicas.

El capítulo analiza la identidad regional que surge en la contienda de los distintos actores que residen en el Valle, expresada de alguna forma en las diferentes movilizaciones y conflictos sociales, ya reseñados en el capítulo anterior. Esta visión combativa y accionalista de la identidad regional orientó la elección metodológica por la intervención sociológica desarrollada por Touraine (1981) en sus estudios con sindicatos obreros en Francia como el instrumento más adecuado para investigar la identidad social detrás de la acción colectiva y los movimientos sociales. Entre 2004 y 2005 se llevó a cabo en San Quintín la exploración del universo de actores y tres talleres con el método de intervención sociológica,¹¹⁸ que supone distintos momentos de construcción de la identidad de los movimientos sociales y que es posible extender a la identidad regional: unidad, heterogeneidad, oposición y totalidad.

Las hipótesis que guían este capítulo son tres: la primera plantea que el surgimiento del sentido de pertenencia regional es un proceso de agencia que involucra tanto una dimensión práctica como una simbólica con expresión específica en el nivel de

¹¹⁸ Véase la metodología con detalle en Velasco (2011a), y los participantes en cada uno de los talleres en los cuadros anexos 10, 11 y 12.

la acción colectiva y los actores organizados, lo cual no niega que existan otros niveles de expresión de la pertenencia regional, como serían el de la vida cotidiana de las familias y las colonias. La segunda sostiene que el sentido de pertenencia regional pasa por el apego al nuevo lugar de residencia y que emerge como una experiencia totalizadora de los espacios de relaciones sociales (Del Acebo, 1996:5). Y la tercera hipótesis plantea que el paulatino apego deriva en un arraigo que puede ser observado como un momento en el proceso de asentamiento poblacional (Scudder, 1985), el cual filtra las lógicas de dominación que organizan las relaciones económicas y sociales en el territorio.

La estructura del capítulo sigue la lógica de la intervención sociológica con las organizaciones de trabajadores y residentes de origen migrante e indígena. En un primer apartado, presentamos brevemente la conceptualización de la identidad regional como un resultado de la contienda entre actores por la pertenencia y los procesos de inclusión y exclusión en términos simbólicos, y además describimos el universo de los actores regionales dando cuenta, de alguna manera, de la diferenciación social que acompaña el asentamiento. En los siguientes tres apartados, describimos y analizamos los resultados de los tres talleres de intervención buscando caracterizar los ejes de la identidad en disputa: la identidad subalterna: conflicto laboral y residencial; la identidad sanquintense y el nativismo étnico-clasista; y el horizonte de subalternidad transnacional e intergeneracional. Al final presentamos las conclusiones más relevantes.

IDENTIDAD REGIONAL: ACTORES EN CONTIENDA POR LA PERTENENCIA E INCLUSIÓN

La identidad regional es definida como el sentido de pertenencia que impulsa los procesos de arraigo y apego a una región (Van Young, 1992:2), en una dinámica contenciosa por los términos de la apropiación y la inclusión a la comunidad regional

(Giménez, 2009). La memoria de los conflictos puede funcionar como marca espacial de la conciencia histórica de estar juntos (Tarrus, 2000:54) y producir un sentido de comunidad.

Es difícil entender la noción de disputa por la inclusión o el reconocimiento sin traer a cuenta la importancia de la ideología nativista en los procesos de asentamiento de los inmigrantes. Tal ideología puede ser definida como las imágenes y los discursos deslegitimadores de los recién llegados, producto de un sentido de apego territorial excluyente (Ngai, 1999:69-70), ideología que separa el tiempo de residencia real de los inmigrantes, y se nutre de las líneas de exclusión que estructuran la sociedad de acogida en términos de clase, etnia y raza.

La constitución social del Valle de San Quintín tuvo como base el encuentro inicial entre patrones y trabajadores inmigrantes procedentes de distintos lugares del país. Sin embargo, conforme el proceso de asentamiento avanzó, la población fue diferenciándose socialmente. Al igual que lo sucedido en California (Du Bry, 2003), los nuevos inmigrantes ya encontraban a “nativos residentes” y luego a “inmigrantes residentes”, quienes aludían al haber nacido o bien al tiempo de estancia para distinguirse culturalmente de los recién llegados. Esta distinción es fuente de construcción de lo extranjero como intruso en distintos ámbitos sociales; no obstante, son los actores sociales quienes dirimen y definen las políticas de identidad regional. Estas disputas o conflictos no necesariamente son disruptivos de la vida comunitaria, sino como lo señala Giménez (1994:166) son un factor esencial de la dinámica regional y deben ser tomados en cuenta para definir la especificidad de la región.

La aproximación de los actores sociales puede ser particularmente útil en el estudio de una región joven que en las últimas tres décadas ha experimentado un rápido crecimiento demográfico y una diferenciación social, así como la movilización de actores en torno al asentamiento. Históricamente son tres las principales áreas de conflicto regional: *a)* las condiciones de trabajo, *b)* las

condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo, y *c*) el reconocimiento como integrantes de una nueva comunidad territorial. Como vimos en los capítulos anteriores, la relación de dominación que organiza la actuación de los actores sociales en la región está fundada en las relaciones de trabajo agrícola y se ha extendido a la lucha por las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo, particularmente de la vivienda, con la débil intervención del gobierno desde las políticas neoliberales del Estado mexicano.

Antes de pasar a describir la identidad regional que surge de la contienda entre actores, es indispensable identificar y distinguir ese universo de actores, que ya por sí mismo nos dice bastante sobre la diferenciación social en el Valle de San Quintín.

Los actores de la identidad regional

Como lo señala Schmitt-Egner (2002:181), los actores representan una de las cuatro dimensiones que definen una región.¹¹⁹ Estos actores tienen un papel importante en la construcción de las fronteras de inclusión y exclusión cultural de la comunidad regional y por lo tanto de la identidad regional. Un primer paso para comprender la lógica sociocultural de la región fue la delimitación del universo de actores con las organizaciones de trabajadores agrícolas y de residentes como protagonistas centrales del proceso de asentamiento. La posición subalterna de estas organizaciones en la estructura social de la región se puede asociar con su beligerancia en la disputa por la identidad regional.

Las organizaciones de trabajadores y residentes protagonizaron las movilizaciones y acciones colectivas descritas en el capítulo anterior, y desde ellos –en forma relacional– fueron construidos los demás actores regionales (fuera como aliados o fuera como adversarios en su percepción).

¹¹⁹ Los otros elementos son estructura, programa y medio ambiente.

En el año 2004, entrevistamos a un conjunto de líderes de distintas organizaciones y activistas de comités de colonias para proponer la intervención sociológica en colaboración y definir el universo de actores por considerar. Así, fueron surgiendo otros actores de los cuales fuimos tomando contacto con informantes específicos. El resultado de casi un año de exploración y entrevistas cruzadas con distintos informantes permitió delinear el siguiente universo de actores.

CUADRO 7. Actores, organizaciones y espacios de confrontación

<i>Actores</i>	<i>Organización o institución</i>	<i>Espacio de relación o confrontación</i>
1. Jornaleros agrícolas-residentes, inmigrantes y de origen indígena, grupo de mujeres	Organizaciones, comités de colonias y asociaciones pro pueblos	Político-organizativo, laboral, residencial y étnico y de género
2. Eclesiásticos	Cristo por su mundo	Religioso y comunitario
3. Empresarios de servicios, profesionistas, comerciantes	Agrupación Baja California de San Quintín Comité Pro Municipalización, Club Rotario, Grupo Madrugadores	Política local-Identidad regional
4. Empresarios agrícolas	Pequeños, medianos y grandes empresarios, Asociación de productores	Laboral y económico
5. Ejidatarios	No organizados	Social y económica
6. Funcionarios de Gobierno	Pronjag SEP, IMSS, STPS, Secretaría de Gobierno	Institucional

Fuente: Trabajo de campo, 2004, Valle de San Quintín.

El cuadro 7 concentra el universo de actores del estudio, que encabezan los que hemos llamado protagonistas de las acciones colectivas en la región, y que incluye a activistas de organizaciones sociales y políticas con intereses laborales, residenciales y étnico-culturales; a los representantes de comités de colonias con orientación microlocal enfocados en la toma y regularización de los terrenos, la vivienda y los servicios, así como a los representantes de asociaciones de índole cultural, pro pueblos y al único grupo de mujeres indígenas organizadas en forma autónoma. En conjunto, los actores comparten la condición de clase subordinada en la estructura social de la región por su posición de trabajadores inmigrantes-indígenas y la de residentes pobres, pero a la vez están cruzados por ejes de subordinación interna, como el género.

El cuadro muestra el resultado de la exploración, ya que fuimos descubriendo paulatinamente el universo y estableciendo los nexos entre los actores, los grupos y las arenas de confrontación. Por ejemplo, al iniciar la exploración existía muy poca idea sobre la importancia de los funcionarios eclesiásticos de origen protestante, con un bajo perfil de conflicto, más allá del proselitismo religioso, el apoyo a las familias y la construcción de viviendas en colonias. Ellos han mantenido desde la década de 1970 un activismo intenso de evangelización con los inmigrantes de origen indígena. El documental *The Tailenders* (Horne, 2006) muestra la estrategia evangelizadora de la iglesia evangélica desde 1939 en distintos lugares del mundo con trabajadores inmigrantes, entre esos lugares el documental destaca su presencia en el Valle de San Quintín, con la incorporación de misioneros locales, indígenas inmigrantes y la investigación sobre las variantes lingüísticas por pueblo para realizar grabaciones de mensajes religiosos en las diversas lenguas y sus variantes vigentes en el Valle. En 2003, esta labor evangelizadora se realizaba a través de 77 iglesias no católicas, cuyo significado numérico es posible evaluar frente a

las 20 iglesias católicas en las dos delegaciones más pobladas de la región y con mayor presencia indígena (El Colef, 2003).¹²⁰

En esta misma exploración, fue posible detectar una serie de asociaciones y clubes con un perfil totalmente distinto del mencionado en la literatura y no detectado en trabajo de campo realizado por los autores de este libro en proyectos anteriores, tales como el Club Rotario, el Grupo Madrugadores, la Agrupación Baja California, la Asociación de Transportistas de San Quintín y el Comité Pro-Municipalización;¹²¹ agrupaciones constituidas por profesionistas, comerciantes y empresarios, algunos de los cuales llegaron en la década de 1990 con la ampliación de la presencia institucional y gubernamental, así como el auge del sector comercio y de servicios en la región. Estos actores mantienen un activismo intenso en torno a la construcción de la historia y los emblemas regionales con una fuerte orientación nativista. Su acceso a los medios de comunicación, como periódicos, radio y televisión, les permite una alta visibilidad a sus puntos de vista, de la cual carecen otros actores.

Un actor importante está constituido por los empresarios agrícolas, quienes se definen por su posición en la estructura de producción regional; muestran diferentes estratos de acuerdo con su tamaño y su orientación regional-transnacional. Entre las empresas grandes se pueden distinguir dos tipos polares según su orientación regional: Seminis Vegetable, una transnacional fundada en 1985, que según Grávalos y García (2001)¹²² es la empresa de semillas de frutas y verduras más grande del mundo, y por otro lado la empresa Los Pinos, de origen regional y fundada

¹²⁰ Sobre este punto, véase el capítulo IV en este volumen.

¹²¹ En ese momento, la municipalización aún era un tema álgido. Mientras editamos el libro fue aprobada la municipalización del Valle por el Congreso del Estado, el 28 de junio de 2013, y luego vetada por el gobernador del estado, debido a que en el plebiscito realizado no había participado uno por ciento de la población del municipio de Ensenada.

¹²² Comprada hace algunos años por Monsanto.

por Luis Rodríguez Aviña, un pionero inmigrante michoacano de los años cuarenta del siglo xx. Un dato destacable es que independientemente del tamaño y de su origen local o transnacional, la mayor parte de estas empresas dirige su producción hacia el mercado internacional a través de una distribuidora, y después del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), la mayoría usa los servicios de certificadoras internacionales del proceso productivo para competir en el mercado.

Los ejidatarios son actores un tanto invisibles, como mencionamos en el capítulo anterior, debido a su creación por medio de dotaciones de tierra en la década de 1940. En la etapa de exploración, los ejidatarios no surgieron como actores colectivos en la percepción de los otros actores; sin embargo, como dueños de la tierra han jugado un papel estratégico en la instalación de las empresas agrícolas, a través de la renta, o bien como fraccionadores de terrenos en el proceso de asentamiento. Algunas veces fueron aliados estratégicos frente a las solicitudes de tierra o bien adversarios cuando sufrieron la toma de tierras.

Otros actores poco definidos al inicio eran los funcionarios de gobierno, empleados en las oficinas de las delegaciones municipales, del gobierno estatal y federal. Las instituciones recurrentemente nombradas por los activistas son: el Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas (PAJA, antes Pronjag dependiente de la Sedesol), la Comisión para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI, antes Instituto Nacional Indigenista), la Radio XEQUIN (adscrita a CDI), el sistema Desarrollo Integral de la Familia (DIF), la Secretaría del Trabajo, particularmente la Junta de Conciliación y Arbitraje, la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (Sagarpa), la Comisión de Regulación de la Tenencia de la Tierra (Corett), y en el nivel federal, IMSS-Solidaridad, Instituto Mexicano del Seguro Social y Programa Solidaridad, perteneciente a la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol). Con excepción del INI y de la Radio XEQUIN, las demás instituciones surgieron en la década de 1990 y otras

hasta después del año 2000. Ahora bien, estas instituciones encuentran su especificidad ante los ojos de la población a través de la relación con los funcionarios, quienes parecen constituir un estrato social en la región. Como vimos en capítulos anteriores, este grupo representa la llegada tardía del Estado a la región y el surgimiento de una clase de funcionarios estatales que a menudo actúan como intermediarios entre la clase dominante mestiza de empresarios agrícolas y el grueso de la población jornalera de origen indígena. Ellos fungen como voceros de una comunidad regional, que podríamos llamar desde arriba, fuertemente etnizada y racializada. El papel de estos funcionarios es evaluado por los activistas, no sólo por sus logros, sino también por su estilo de intermediación, que con mucha frecuencia está caracterizado por relaciones personales y paternalistas.

A lo largo de las entrevistas pudimos observar ya una contienda entre los distintos actores, a la vez que una búsqueda por legitimar las acciones propias y deslegitimar las ajenas. La búsqueda de estos actores por la distinción entre sí, como aliados o adversarios, recordó la idea de Rosaldo (1989) sobre la identidad como una disputa por fijar las fronteras de distinción más que compartir ciertos elementos culturales. Desde este momento, fue posible dilucidar cierto acuerdo entre empresarios agrícolas, de servicios, profesionistas, comerciantes y eclesiásticos sobre la condición de “extraños” y “extranjeros” de los trabajadores agrícolas, ahora residentes de colonias, dada la condición de inmigrantes e indígenas de una gran cantidad de ellos; estas expresiones a veces muestran un claro desprecio y otras con-miseración, pero ambos los ven como extraños. Tal pareciera que al mismo tiempo que las organizaciones de trabajadores y residentes eran consideradas parte de la vida regional, sus movilizaciones eran percibidas como culturalmente ajenas y por lo tanto violentas o ilegales, lo cual daba como resultado que sus reclamos fueran deslegitimados. Parecía trazarse una frontera simbólica entre trabajadores-residentes inmigrantes indígenas

y los demás actores, tal como el mismo Rosaldo lo plantea, en coincidencia con Barth (1969:9-38), sobre la importancia de las diferencias sociales para construir las fronteras culturales y luego su transmutación política. Este universo de actores mantenía relaciones laborales, residenciales y políticas entre sí, por lo que en conjunto delineaba una red de intercambios y comunicación, como lo sugiere Lomnitz-Adler (1992), donde la disputa funciona como articuladora de las diferencias y jerarquías sociales y simbólicas.

A continuación, pasamos al análisis de la identidad regional que surge de la contienda entre estos actores. Dado que el estudio que da base a este capítulo considera como protagonistas regionales a los trabajadores agrícolas y residentes inmigrantes, en seguida se analiza si existe una idea de comunalidad entre las diferentes organizaciones y comités que les dé un horizonte cultural común en la contienda regional. En términos de Touraine (1981), estamos buscando las bases de la identidad del sujeto subordinado y la lógica de dominación que subyace en su subordinación, y a la vez, las líneas de diferenciación interna que implican otras subordinaciones, ya sea de género o étnicas. Los siguientes apartados están basados en los tres talleres de intervención a los que nos referimos antes.

*Identidad subalterna: conflicto laboral y asentamiento*¹²³

Al tomar al grupo de activistas laborales y residenciales como el actor de partida para estudiar la identidad regional, una de las primeras tareas fue definir si existía cierta unidad no sólo práctica, sino también simbólica en el conjunto de sus movilizaciones. De alguna forma, esta tarea implica distinguir los elementos que unen a las personas movilizadas en torno a un *nosotros* más allá de la coyuntura del movimiento o de una acción colectiva.

¹²³ Esta sección tiene como base el primer taller de intervención sociológica realizado el 24 de julio de 2005 (cuadro 10 en los anexos).

La composición del grupo refleja una condición de clase y étnica común: todos son activistas o representantes sociales que han trabajado alguna vez en su vida como jornaleros agrícolas, todos ellos son inmigrantes y la mayoría tiene un origen indígena, de habla mixteca o triqui, y algunos otros son mestizos. Sus recuerdos detallados sobre el trabajo agrícola y la inmigración ocuparon mucho tiempo de plática; de alguna forma, todos son expertos en las relaciones sociales que dominan el trabajo agrícola. Desde el enganche en los pueblos de origen, la organización del traslado, la vida en campamentos o en cuarterías, hasta el trabajo en el campo y la búsqueda de un terreno donde vivir. Algo que llamó la atención durante este taller y los restantes es que la condición de jornalero creaba un vínculo muy intenso entre indígenas y no indígenas. La experiencia de la pobreza resultado de la explotación como trabajadores del campo era un fuerte cohesionador como clase social.

En el nivel organizativo: ¿qué les daba unidad como organizaciones? En las discusiones surgieron dos temas ordenados cronológicamente: sus luchas laborales y sus luchas residenciales. De tal forma que, aunque sus organizaciones tenían en la actualidad una práctica organizativa ligada con la residencia, poseían una memoria colectiva sobre las luchas laborales y el papel de la CIOAC en ellas, con una identidad, podríamos decir histórica, como trabajadores. A continuación reseñamos los principales ejes de la memoria de comunidad, en dos momentos distintos, según fueron recreados en la discusión colectiva.

El primero, ubicado en la década de 1980, con una serie de movilizaciones alrededor de demandas relacionadas con trabajo agrícola y con la procuración de la justicia, como indígenas. En esta etapa, la memoria está marcada por imágenes nutridas de movilizaciones en los campos de trabajo y es recreada por el maltrato y el abuso de los capataces. En este punto, el tema del salario mínimo como insuficiente por las jornadas de ocho horas de trabajo físico fue importante, ade-

más de la inseguridad en el empleo y del acoso y abuso sexual hacia las mujeres jornaleras.

También surgieron otras imágenes de vida cotidiana como las condiciones de hacinamiento y precariedad en los campamentos: “vivíamos como animales”, “tomábamos agua de la misma con que regaban los campos” o “caminábamos en el lodo” (Primer taller de intervención sociológica, 2005). Esta reconstrucción del “sufrimiento” como la base legítima en términos morales y éticos revela las movilizaciones como una redención colectiva bien merecida y recupera a los sujetos de esta lucha en un proceso de redignificación. La idea de dignidad está asociada con una vivienda que les permita recrear su vida familiar y descanso en libertad: más espacio, higiene e intimidad, o bien un salario que les permita comer lo necesario. Esta redignificación es valorada más allá de los logros estrictos de las movilizaciones. La lucha es en sí misma una vía de redignificación aunque no se alcancen los objetivos de la lucha, como aumento salarial o mejoras en la vivienda. Claro, los triunfos de las luchas son iconos que reivindican su existencia legítima en la región: “y ganamos, porque teníamos la razón” o bien, “pedíamos sólo lo justo, lo que nos correspondía por ley”. Pero es importante resaltar que en estas memorias todavía no existe el sujeto residente de colonia, sino un sujeto trabajador residente de campamento y cuartería, quien va y viene entre distintos lugares para seguir las cosechas. Una imagen surgió en forma constante: “San Quintín era una tierra sin ley [...] Los rancheros hacían lo que querían”.

El tema de la representación vinculado con los tipos de liderazgo fue central. Por ejemplo, los representantes de colonias –fueran hombres o mujeres– valoraban mucho las acciones puntuales con logros específicos, en tanto que los líderes de organizaciones sin bases constantes enfocaban más la importancia de la intermediación y ensalzaban la visión heroica de los liderazgos. En este sentido, surgieron dos figuras icónicas de la época de las movilizaciones como trabajadores y el tránsito como residentes:

Benito García y Maclovio Rojas (ampliamente descritos en el capítulo VI). El primero como un líder ambiguo en términos de su relevante papel en la reivindicación de los trabajadores, pero a la vez con matices de “abandono” a la concebida lealtad de un líder hacia sus seguidores y que en el terreno político se califica como traición y engaño. En tanto, Maclovio Rojas, asesinado en medio del conflicto laboral y la incipiente toma de tierras, es el héroe mítico que nutre la historia de los desposeídos y explotados jornaleros. Más allá de los talleres, se puede decir que Maclovio Rojas se ha convertido en un icono de la lucha de los subordinados al extender su simbolismo más allá del Valle de San Quintín. En la colonia Maclovio Rojas de la ciudad de Tijuana se puede leer su biografía en una pared de las calles céntricas (Deweese-Parkinson, 2006).¹²⁴ El heroísmo de Maclovio Rojas no fue cuestionado por ninguno de los participantes, quienes asumieron una gran solemnidad al tratar el tema.

El segundo eje en la memoria de los activistas puede ubicarse en la década de 1990, con la salida de los campamentos o cuartos de renta y la toma o compra de terrenos. En esta década, una gran parte de los pobladores de las colonias eran trabajadores temporales que buscaban establecerse en algún lote en el Valle. El proceso de asentamiento, según lo narran los participantes, trajo una serie de necesidades que obligó a los habitantes a concentrar sus energías en torno a asuntos como la regularización de los terrenos, así como la construcción de vivienda y la obtención de servicios. Las organizaciones existentes, como la CIOAC o el Singoa trasladaron su foco de atención hacia las demandas residenciales, a la vez que surgieron otras formas organizativas asociadas con las colonias específicamente o comités pro pueblos.

En la rememoración del paso de los campamentos o de las cuarterías a las viviendas de las colonias, los rancheros o empresarios

¹²⁴ La colonia fue formada por colonos sin tierra en la década de 1990, quienes invadieron estos terrenos en forma organizada.

dejaron de ser el “enemigo” (claramente definido en el momento anterior) y surgieron los funcionarios de gobierno como categoría de autoridad, hacia quien se trasladaron los reclamos. En la perspectiva accionalista de la identidad colectiva, las categorías antagónicas tienen la función de definir las fronteras de la comunidad movilizada. Y en aras de mostrar un rostro más complejo del que podría resultar de una conclusión rápida, es importante señalar que la dialéctica de la significación de esas fronteras distingue a los funcionarios como una categoría heterogénea, donde algunos son claramente observados o reconstruidos como “aliados”. Es el caso de los funcionarios del Pronjag, los de la radio bilingüe (INI y luego CDI), y del sistema educativo –particularmente los profesores de la dirección de educación bilingüe–, lo cual es comprensible dado que estas instituciones tienen una marcada herencia del indigenismo mexicano con funcionarios de origen indígena o bien muy cercanos a tal ideología. Los funcionarios antagónicos están relacionados con el sistema de justicia de las delegaciones, la regularización de los terrenos y la dotación de servicios, que responden a una instancia local y municipal de gobierno. Un conflicto y antagonismo particularmente visible fue el laboral, que incluye no sólo a los empresarios y patrones, sino también a los funcionarios de la Secretaría del Trabajo y los sindicatos. Fue notable descubrir mayor apertura de los empresarios para el ejercicio de intervención sociológica que de los funcionarios encargados del arbitraje laboral y de los representantes de sindicatos, todos adscritos al Partido Revolucionario Institucional (PRI).

No obstante que hay una distinción de los funcionarios del gobierno, la lógica de construcción del adversario común –sean los empresarios o el gobierno–, les otorga una imagen global cohesionada en torno a la experiencia del conflicto laboral o residencial.

En esta época, sucede una serie de movilizaciones que han quedado grabadas en la memoria de los habitantes, y no sólo de los activistas: la lucha por el Hospital IMSS-Solidaridad en 1997 y

la quema del Empaque ABC en 1999, que derivó en un saqueo de comercios. Estos dos hechos fueron recordados de manera distinta por los protagonistas, pero para todos fueron simbólicos de esta etapa de asentamiento. Trasladar el hospital a la delegación con mayor proporción de población trabajadora indígena es considerado un triunfo de la movilización. En tanto que la quema y el saqueo no es una memoria de orgullo, sino de tragedia por parte de los activistas. Para algunos, este evento fortaleció el estigma de “trabajadores salvajes”, en tanto que para otros infundió miedo a la población e incrementó la discriminación como extraños. Algunos líderes de colonias, como Aristeo, no veían como una vía adecuada de movilización este tipo de acciones, y en ello coincidían varios de los participantes. La idea de movilización pacífica fue reivindicada como un acuerdo importante del grupo de activistas. La quema del empaque tuvo como origen la retención de salarios y algunos testimonios de la época referían situaciones de “hambre en las familias”; sin embargo, estos activistas descalificaban la violencia de los trabajadores.¹²⁵

Esta suerte de contradicción hace pensar que la reivindicación del orden surge como una reivindicación de la conducta decente, que de alguna forma expresa las vías adecuadas para protestar, ante un hecho a todas luces ilegal y violento por sus consecuencias, como fue la retención de salarios de trabajadores que viven al día. Como lo señala Guha (1982), una condición de la dominación hegemónica es que la persuasión excede a la coerción, de tal forma que los mismos subordinados asumen como legítimos los puntos de vista de los otros. Al aceptar esta explicación, también existe la posibilidad de que estos actores muestren una racionalidad sumamente clara sobre las estrategias políticas exitosas para lograr un reconocimiento “positivo” como integrantes de la región.

¹²⁵ Una entrevista a un funcionario presentó una versión distinta de la surgida en los talleres: “todo fue una trama urdida por los propios patrones de ABC, quienes provocaron la quema para cobrar el seguro ante la inminente quiebra de la empresa” (Llamadas, entrevista, 2000).

Pero la identidad del sujeto subordinado también tiene que ser construida por su heterogeneidad, dada por las líneas de diferenciación y de dominación social. Por lo que, adicionalmente a la propuesta analítica de Touraine (1981), se fijó la atención en la heterogeneidad de las distintas acciones colectivas y los conflictos internos que sostienen tal unidad. La idea de Melucci (1992) sobre la importancia de enfatizar cómo se negocian las diferencias para lograr las unidades coyunturales de los movimientos sociales (1989), llevó a distinguir las organizaciones. Por una parte, aquellas organizaciones sociales o sindicales, con una tradición de movilización opositora con un discurso de clase y étnico formadas en el enfrentamiento con los rancheros y con el gobierno. Por otra, los comités de colonias que se habían formado en las luchas por la regularización de los terrenos y servicios ante distintas instancias del gobierno, y quienes en alianza con las primeras organizaciones sociales se movilizan para lograr reconocimiento como residentes ante el gobierno. La memoria específica de la formación de cada colonia ocupó una gran atención por los participantes en las discusiones. Los nombres de las colonias pioneras son significativos: Flores Magón, Maclovio Rojas, Nueva Región Triqui o Nueva Región Copala; el renombramiento de las colonias fue un mecanismo de apropiación política y cultural. Pero, a la vez, nuevas colonias como Graciano Sánchez o Nueva Era fueron recordadas como experiencias de asentamientos de familias exhaustas y deseosas de tener un pedazo de tierra donde construir una casa. La idea de un terreno propio, aun cuando haya que iniciar de cero con esfuerzo y sufrimiento, muestra una ética del logro resultado del esfuerzo, pero también el valor altísimo de la libertad, al permitir escapar del control del patrón, “hacer lo que uno quiera”, “descansar cuando se antoje” o “contratarse con quien dé la gana”, son voces que parecen venir de la época de acasillamiento de las haciendas del siglo XIX. Estas “pequeñas movilizaciones”, como los mismos activistas las llaman,

muestran una política fuerte que no es la de los liderazgos con discursos en la esfera de lo clásicamente político, pero que tiene consecuencias altamente valoradas por ellos en la vida cotidiana de los residentes, tal como tener una vivienda propia y libertad frente al patrón.

En esta línea política surge, aunque soterrada, la voz de las mujeres. Apenas tenuemente planteadas, pero de manera clara disidentes de la mayoritaria condición masculina de los liderazgos y de la “opaca visibilidad” pública, con la única excepción de Beatriz Chávez (capítulo VI). La participación de las mujeres apareció bullente en los procesos de tomas de tierra, dotación de servicios, etcétera. La presencia femenina, aunque escasa en los talleres, tuvo sus aportes cualitativos al plantearse el tema de la subordinación de género y que también se acompañaban de una visión distinta de lo comunitario o lo político. Las visiones de ellas enfatizaron los liderazgos comunitarios frente a los liderazgos “políticos” con una intermediación más centrada en las relaciones externas que en las bases de legitimidad interna. Por ejemplo, en el grupo participó Amalia Tello, locutora de la radio bilingüe La Voz del Valle y activista de un grupo de mujeres que había logrado un pequeño proyecto de una fundación feminista para desarrollar un plan de capacitación sobre salud reproductiva en 1989, y que en 2008 se transformó en la Casa de la Mujer Indígena. La voz de Amalia Tello introdujo el tema de género en los liderazgos predominantemente masculinos, así como otros temas de la vida cotidiana de las mujeres, tales como la maternidad y la violencia doméstica, así como el abuso y acoso sexual en el trabajo. Durante algún tiempo, el programa de radio de Amalia Tello experimentó el rechazo por parte de algunas autoridades comunitarias de la colonia Nuevo San Juan Copala, por considerar que atentaba contra las costumbres indígenas triquis. En el interior de las familias se vivían cambios importantes por el proceso de asentamiento y la migración masculina a Estados Unidos. Las mujeres muchas veces se quedaban solas,

y enfrentaban la ausencia y falta de apoyo masculino, por lo que debían redoblar su trabajo asalariado en el campo o bien combinarlo con otras labores, por lo que intensificaron su presencia en el espacio público o la búsqueda de apoyos en las iglesias, con nuevas prácticas eclesíásticas y nuevas relaciones amorosas. Estos cambios fueron vistos con preocupación por los activistas o bien por las autoridades comunitarias, de condición masculina. Un acontecimiento trágico reseñado por la autoridad tradicional de Nuevo San Juan Copala puede dar indicios del contexto de violencia de género. Una mujer fue muerta a manos de su esposo por solicitarle reiteradamente el divorcio. El esposo trató de suicidarse después de matarla, sin embargo, sobrevivió y ahora está encarcelado. La opinión del principal de la autoridad tradicional es la siguiente:

¿Quién tiene la culpa? La mujer tiene la culpa, porque... traicionó... a su marido. Pos [ella] se murió, pero su marido está en la cárcel. Si ella pensara bien... porque tiene vista... pudo ver si su marido era guapo no guapo, o está feo, o... ¿cómo no? ... entonces ya se puede juntar, pero que sea para toda la vida ¿no?... pero así traicionó su marido, y ...no es justo eso, porque... aquí hay muchas mujeres que se ponen locas también, ¿no? No, para mí es una mujer muy mala, porque casi las otras allá en Sur no andan esos caminos, hay una que otra... pero ya es muy raro, y cuando pasa ahí le dan castigo. Como digo hace rato alguien toca un buenos cinturonzos, pinche varita de monte, fierro... pos ya dice “perdón pues ya... no vuelvo hacer eso”, y ya no, ya no se hace. O bien... de ahí busca a otro hombre y la dejan que se vaya con otro hombre de una vez pa’ que no siga chingando (Cirilo Ramírez, entrevista, 2005).

Este pasaje reseña una ideología de género que legitima la violencia hacia las mujeres, que no es exclusiva de la población indígena y que puede constatarse en otras formas o grados entre la población, por ejemplo en las relaciones laborales, donde

frecuentemente las mujeres son acosadas o condicionadas por los mayordomos o contratistas.¹²⁶

La identidad sanquintense y el nativismo étnico-clasista

El 14 de agosto de 2005 un segundo taller fue realizado con la finalidad de poner a prueba la identidad colectiva en contraste con los “otros” y tratar de acceder a la identidad regional.¹²⁷ Los contornos de intereses que dan unidad al movimiento y a las líneas de conflicto interno definen de alguna forma el perfil del sujeto trabajador-residente y migrante-indígena con conciencia de tal subordinación ligada con sufrimiento y con la explotación; sin embargo, siguiendo a Rosaldo y Giménez, en el contraste o la disputa son más nítidas las fronteras identitarias.¹²⁸

Durante la exploración fueron definidos como los “otros” de las luchas y movilizaciones los siguientes: *a)* los funcionarios de gobierno, en áreas de atención a la familia, regularización de la tenencia de la tierra, salud, gobierno y justicia; *b)* los empresarios agrícolas organizados e individualmente; *c)* los empresarios de medios de comunicación y transporte, estos últimos podían ser personas que en su origen habían salido del trabajo del campo y que lograron establecer su servicio a las empresas para traslado de trabajadores y; finalmente, *d)* funcionarios eclesiásticos, en conjunto con los líderes, activistas de organizaciones y representantes de colonias. Un primer hallazgo es que lejos de la virulencia con

¹²⁶ La actual directora del Centro de Atención a la Mujer Indígena, Esther Ramírez, es una mujer profesionista de origen triqui, hija de un dirigente de una organización comunitaria, y en 2013 compitió por el cargo de delegada de la Comisión para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas en el Valle de San Quintín (cuadro 11 en los anexos).

¹²⁷ Este segundo taller fue de una jornada completa de trabajo, en el hotel La Pinta, en el Valle.

¹²⁸ Para una revisión más amplia sobre el Taller de Intervención Sociológica utilizado en esta investigación, véase Velasco (2011a).

la que en la sesión anterior se habló de los funcionarios, o bien de los empresarios, en esta sesión fue posible establecer un diálogo en un tono más suave. Según Touraine, una vez cara a cara es posible que los sujetos disminuyan su visión antagónica y traten de encontrar puntos de convergencia. También es importante señalar que la condición de mayoría de los activistas en el taller permitió ciertas expresiones de “ajuste” en las relaciones con la autoridad gubernamental y de poder de clase y étnico.

El taller fue realizado en 2005, en la etapa que podríamos calificar de estabilización del asentamiento, por lo que es comprensible el mayor antagonismo con los funcionarios frente a los empresarios de parte de los activistas, aun para los de la CIOAC, quienes protagonizaron movilizaciones laborales.

La idea de *región sanquintense* fue el paraguas que permitió encontrar un campo común entre actores tan distintos como las organizaciones étnico-políticas, los comités de colonias, los representantes de iglesias, profesionistas, empresarios, comerciantes y funcionarios de gobierno, en torno a tres ejes de análisis: *a)* caracterización del Valle, *b)* identificación de las áreas de conflicto en la región en los últimos 10 años, y *c)* reflexión sobre los problemas de intervención y coordinación para resolver los conflictos de la región.

Hay un imaginario de región, nombrada como Valle de San Quintín, la cual puede ser delimitada claramente desde la norteña delegación Punta Colonet hasta la sureña delegación El Rosario. La representación geográfica de la región es un elemento fundamental, pero no suficiente. También emergieron la historia, la producción, las migraciones y las costumbres. Sobre la actividad económica, la región fue definida por su perfil agrícola con claras evidencias del potencial declive y crisis de la región ante los problemas del agua y la contaminación. Con gran elocuencia, los funcionarios y empresarios lograron concentrar la discusión presumiendo sus conocimientos en estas áreas, en tanto los activistas asentaban, sin introducir ningún indicio de controversia.

Sin embargo, en la construcción de la historia en la región y del papel de las migraciones, la polémica fue desatada por puntos de vista encontrados. En distintas formas, las migraciones fueron nombradas para caracterizar a la región, pero unos hablaban de las migraciones “pioneras”, con lo que se referían a los que llegaron del estado de Michoacán en la década de 1940, durante la repartición ejidal, y otros, la mayoría, se referían a las migraciones jornaleras de las décadas de 1980 y 1990. Las abundantes intervenciones sobre este punto pueden ser analizadas en torno al tema ya mencionado del nativismo étnico con tintes de clase. Hubo un conjunto de voces que se posicionaron con distancia respecto de la figura del inmigrante; generalmente pertenecían a los empresarios agrícolas, de servicios y comerciantes, así como profesionistas y funcionarios. Ellos diagnosticaron una región dividida entre los que “ya estábamos” y los que “llegaron después del sur”. Distinción claramente cruzada por la clase y la etnia, ya que en los últimos 15 años ha habido un auge económico que ha atraído a nuevos empresarios, que son vistos como inversionistas y muy pronto asimilados como sanquintenses, a diferencia de los jornaleros agrícolas quienes, aunque tengan 20 o 30 años en el Valle, siguen siendo vistos como fue-reños; lógica coincidente con la tesis de Heyman (2012) acerca de que el migrante es un sujeto móvil que se define por su condición de clase, antes que por la dirección de su desplazamiento.

El dueño de un periódico local mostró su sorpresa por el asentamiento de los migrantes indígenas, diciendo que:

San Quintín es una zona de migrantes. Hay presencia del estado de Oaxaca, Sinaloa y muchos estados más. Yo soy de Ensenada y ya me *desbajacalifornié*, porque los indígenas, los de Oaxaca, ya no pueden regresar a sus tierras y eso no lo entiendo [...] las autoridades tampoco lo entienden (Segundo Taller de Intervención Sociológica, 2005).

Esta forma indirecta de decir que los oaxaqueños debían regresar a sus lugares de origen causó miradas cruzadas entre los

asistentes y endurecimiento de los rostros. De alguna forma, los comentarios del empresario denotan una visión de invasión a raíz del asentamiento de los indígenas, ya que le quitan su condición de bajacaliforniano.

Un empresario agrícola intervino, diciendo:

Hablaré sobre ser extranjero en mi propia tierra [...] Todo está alterado, porque en el Valle hay más oaxaqueños que en Oaxaca, en Estados Unidos está lleno de mexicanos, va uno a Oaxaca y está lleno de más gringos que en Estados Unidos (Segundo Taller de Intervención Sociológica, 2005).

En esta intervención, “mi propia tierra” parece insinuar que no es la de los oaxaqueños, pues ellos están fuera de lugar. Esta alusión hace recordar la idea del orden étnico espacial del régimen colonial en México que no sólo establecía formas sino lugares o espacios de comportamiento para los indígenas.

En tanto, una funcionaria del DIF, con un tono distinto, pero en la misma línea, dijo:

La gente migrante vino a darle vida al Valle de San Quintín porque la gente no vino de Ensenada ni de Baja California [...] y hay que aceptarlos [...] hay que apoyarlos para enriquecer una cultura y hay que reconocer el esfuerzo de las personas de Oaxaca (Segundo Taller de Intervención Sociológica, 2005).

Es importante subrayar que estos empresarios y funcionarios son migrantes de segunda generación, originarios de Michoacán y otros de Ensenada, y en estas intervenciones “Oaxaca” estaba cargado de un tinte étnico y usado como sinónimo de migrante. Los funcionarios mostraban un nativismo paternalista, no tanto de exclusión, en la medida en que abrían la posibilidad de aceptar a los nuevos trabajadores como sanquintenses, siempre y cuando se lo ganaran con su esfuerzo y trabajo.

Estas intervenciones produjeron una reacción apasionada por parte de los activistas (indígenas y mestizos) y de los inmigrantes, quienes plantearon lo inadecuado de seguir hablando de “migrantes” después de 10, 20 o 30 años de residir en el Valle. Sus intervenciones se centraron en el derecho de residir y dejar de ser nombrados migrantes o paisanos. Un activista de origen triqui trató de explicar lo difícil que es regresar a su tierra por la violencia, y porque aunque hay amor por la tierra de origen, las cosas han cambiado: “la historia es larga y cada quien carga su sufrimiento [...] ¡yo tengo amor a la tierra de San Quintín porque me da de comer y estoy creciendo!”. Otro activista de origen mixteco agregó:

Veinte años tengo en el Valle de San Quintín y a la fecha me siguen llamando migrante, y esto no es así. San Quintín ya no es más lugar de paso de los paisanos [...] A los indígenas no se les permite participar en el gobierno, en la municipalización, porque aquí no hay democracia y hay que construirla [...] ¡Hay que hacer más conciencia de nuestra participación como ciudadanos! (Segundo Taller de Intervención Sociológica, 2005).

El dirigente del Frente Indígena de Lucha Triqui (FILT) agregó:

En San Quintín ya no hay migrantes, hay residentes y los que venimos de afuera y los que son de aquí hay que generar una sola cultura. En San Quintín, hay mucho trabajo de muchas partes de México [...] Los hijos ya no son migrantes, ya son nativos y todos somos San Quintín (Segundo Taller de Intervención Sociológica, 2005).

El tono de sus voces y la postura de sus cuerpos mostraban energía y reclamo.

La insistencia de los activistas en hablar de “residentes” re-dirigió las intervenciones de algunos, que entonces cuestionaron quién podía ser residente. De nuevo, el empresario agrícola

intervino, diciendo: “un residente no es aquel que se siente parte de la región –aludiendo a las expresiones afectivas de algunos activistas–, sino es aquel que trabaja y hace vida aquí”. De nuevo, algunos se sentían con el derecho de decir quién era quién, y otros se defendían tratando de ser nombrados de cierta forma.

La polémica en el taller reflejaba lo que sucedía en la vida diaria de la región y matizaba las opiniones y los enfrentamientos que sucedían fuera del espacio de los talleres. En entrevista unas semanas antes del taller, uno de los protagonistas de la discusión (empresario, ingeniero de profesión y originario de Ensenada) me decía: “a mí no me gusta que quieran venir a imponernos sus jarros de barro, sus bailes y sus trajes típicos; sí me gusta verlo en los museos, pero no en mi casa [...] no quiero que me impongan costumbres ajenas” (Rodolfo G., entrevista, 2004). Este tema de la imposición de lo “ajeno cultural” surgió en varias entrevistas cuando se hacía referencia a las transmisiones de la radiodifusora La Voz del Valle.¹²⁹ Varios profesionistas y comerciantes opinaron que la radio no representaba lo que pasaba en el Valle porque sólo se dirigía a la población indígena, o a veces la nombran como la “radio triqui” (Neri, entrevista, 2003).¹³⁰ Esto es lo que Balibar (1991:26) llama racismo cultural para referirse a la discriminación de un grupo étnico o nacional basada en sus tradiciones o costumbres, que sustituye al racismo físico, pero que mantiene la misma intensidad de conflicto.

Los estudios sobre migración e identidad (Benmayor y Skotnes, 2005; Rapport y Dawson, 1998) confirman con mucha claridad la importancia del encuentro con “otros” diferentes culturalmente para la reelaboración de lo propio; sin embargo, esta reelaboración no siempre implica hibridación o mezcla, sino puede fortalecer esa frontera y la distinción desvalorizada del

¹²⁹ Esta radiodifusora se fundó en 1992 a petición de la CIOAC ante el entonces Instituto Nacional Indigenista (INI).

¹³⁰ Director de la radiodifusora La Voz del Valle, del Instituto Nacional Indigenista, actualmente Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.

otro (Vila, 2000), como sucede en el “nativismo racista”, por nombrarlo de alguna forma. En el caso de una región joven como lo es el Valle de San Quintín, fundada por colonos y migrantes, ocurre un proceso muy parecido al observado en Estados Unidos, donde los inmigrantes más antiguos se convierten en los nativos y las sucesivas olas de inmigrantes tienen el papel de extranjeros. Partimos de la idea de que el proceso de nativización implica apego territorial con exclusión de otros, con base en el nacimiento o el tiempo de residencia en el lugar, pero en el curso de la investigación distinguimos un nativismo paternalista que condiciona la inclusión al esfuerzo y sufrimiento, justificado en el origen de clase y étnico.

Lo que fue posible observar en los talleres es que el proceso de nativización no es lineal; es decir, no es directamente proporcional que la gente con mayor antigüedad exprese un nativismo más extremo. La estructura simbólica del poder puede trastocar esta aparente relación lineal entre tiempo y residencia, de tal forma que profesionistas recién llegados vean a los jornaleros de origen indígena –que tienen más antigüedad de residencia en la región– como los extraños y con menos legitimidad para hablar en nombre de ésta.

En el Valle de San Quintín, el proceso de nativización se empalma con el de estratificación o diferenciación social, a través del cual la población establece relaciones jerárquicas por su posición en el mercado de trabajo regional con base en lo étnico. Aun el sistema de producción agrícola sigue ordenando las relaciones y las jerarquías sociales en el Valle y siendo la fuente de estigmatización. En este espacio, los “migrantes” son los indígenas y trabajadores del campo; por ello, en las organizaciones populares hay una lucha intensa por autonombrarse sanquintenses, despojándose de los adjetivos de “paisanos” o “migrantes”.

La polarización dominante en la década de 1980 entre trabajadores agrícolas y empresarios encuentra ahora una mediación social en las nuevas categorías sociales conformadas por residentes, profesionistas, comerciantes y pequeños empresarios. Estos

últimos han iniciado un activismo en el campo de los medios de comunicación y la política local con un discurso nativista sobre lo *sanquintense*, que encuentra su vehículo en el proyecto de municipalización de la región. Este proyecto fue impulsado por el Comité Pro-Municipalización, el cual fue fundado en 2003 por el Grupo Madrugadores y la Agrupación Baja California, conformado por profesionistas, comerciantes y pequeños empresarios mestizos (Guerrero, entrevista, 2005; Rojas, entrevista, 2004).

La polémica en el taller en torno a la condición de migrantes perdió fuerza ante el tema de la municipalización del Valle de San Quintín. La iniciativa de crear un municipio sanquintense perseguía la autonomía administrativa y política del Valle, ante la percepción de la incapacidad del municipio de Ensenada para resolver los problemas de seguridad y de dotación de servicios públicos (Guerrero, entrevista, 2005). En el tema de la municipalización, los distintos actores con menos o más dudas mostraban entusiasmo y camaradería. En la percepción de los participantes del taller, muchos problemas serían resueltos con la municipalización, entre ellos la regularización expedita de los terrenos o la dotación de servicios. La cercanía con el gobierno municipal se volvió un tema importante, sobre todo para los representantes de comités de colonias, quienes tenían que desplazarse dos o tres horas para hacer trámites ante el gobierno municipal.

El proyecto de municipalización puede ser analizado como la construcción de la élite local de un enemigo común: el gobierno municipal de Ensenada, a quien se le percibió como alejado, distante y desinteresado de la problemática regional de San Quintín. Este antagonismo externo curiosamente sirve para unir a todos los contrincantes por la identidad en esta región. Los mismos impulsores del proyecto de municipalización son los más interesados en construir la historia regional y conformar una idea de lo *sanquintense* ligada con la ideología nativista. Al revisar la historia de México, podría plantearse un símil diciendo que son

los “criollos de San Quintín”. Al final, herederos o beneficiados de los gobiernos municipales, también asentados en la región, en aras de lograr la justificación de su poder y construir una hegemonía regional. No sólo los trabajadores viven el proceso de arraigo pasando por la conversión a “ser de aquí”; tal vez la diferencia estriba en su capacidad para incidir en la definición de quiénes pueden ser excluidos de la comunidad regional o los términos de su inclusión. Estos términos no son impermeables para los activistas de origen jornalero, inmigrantes e indígenas, de ahí su interés por rechazar el ser nombrados “inmigrantes”, lo que deslegitima su derecho a participar en el destino de la región y los excluye socialmente.

La identidad *sanquintense* surge como motivo de disputa y unión entre los diferentes actores. En la apropiación de esta identidad, las acciones gubernamentales tienen un peso fundamental y los representantes del gobierno se vuelven interlocutores centrales en esta apropiación; actores que construyen al ciudadano *sanquintense* en el espacio público. Algo que llamó la atención en el análisis del discurso de los funcionarios de gobierno fue notar que ellos o ellas no hablan como representantes del Estado, sino como representantes de un sector social de clase etnizada y racializada. Anderson (1993), al hablar de la comunidad nacional en Latinoamérica, señala el papel de los intelectuales coloniales en la construcción de la comunidad imaginada, al recrear la historia y construir mitos fundantes. En la dinámica de significación de las diferencias culturales asociada con un lugar específico, los actores juegan un papel crucial al ser los voceros y los constructores de discursos y emblemas que simbolizan la pertenencia a la región. Así, la discriminación contra el inmigrante y particularmente contra el inmigrante indígena es parte de lo que cohesiona a la comunidad de San Quintín, y pone sobre la mesa la idea de Balibar (1991:18) de que el racismo puede ser intrínseco a cierto tipo de comunidades estratificadas, sin ser necesariamente disruptivo de la vida comunitaria.

El horizonte de subalternidad transnacional e intergeneracional

En un tercer taller, realizado el 4 de septiembre de 2005 (cuadro 12 de los anexos), el análisis se dirigió a comprender el horizonte cultural del movimiento social de la región. Del conjunto de temas sólo presentamos la línea de reflexión relacionada con la identidad subalterna y la posibilidad de establecer alianzas con otras organizaciones o movimientos sociales más allá de la región de San Quintín.

El análisis de las etapas anteriores arrojó la tesis de que las organizaciones y movilizaciones de las décadas de 1980 y 1990 no habían logrado articular un proyecto de clase o étnico, en términos políticos, en gran parte debido a la fragmentación del movimiento, a la falta de articulación entre organizaciones y grupos, así como a la tendencia a reivindicar intereses muy particulares con base en intereses locales, como servicios e infraestructura de las colonias, beneficios de programas de la política social y los intereses de reproducción de tradiciones, o discursos de especificidad étnica (de colonias o étnicos, como triquis, de San Miguel el Grande o de San Juan Copala), que no logran articular una visión de clase regional. Además de que las organizaciones tienen un alto grado de informalidad y atienden un rango grande de necesidades que van de lo laboral a lo doméstico y cultural. De tal forma que el analista externo podría argumentar que no hay un movimiento social; no obstante, el diálogo con los activistas matizó esta conclusión al incorporar el punto de vista *emic*. Al analizar su propia acción, estrategias y logros, los activistas cuestionaron si un movimiento social mide su éxito por su capacidad de movilizar a más personas o más organizaciones; desde su perspectiva, lo importante en este caso es que aunque han sido movilizaciones aisladas con un rango amplio de demandas, todas ellas se han dado desde el horizonte común de una mejor vida y de condiciones de igualdad en el futuro, es así que surge la búsqueda de justicia como motor de esas movilizaciones y el sentido de existencia de las organizaciones.

Ese horizonte de justicia parece tener un espacio de realización concreto que se mueve en dos escalas: las colonias y la región. En su perspectiva, las luchas locales se insertan en un deseo de ser parte de la región como sanquintenses. Por ello, las discusiones se dirigieron a inscribir su lucha en la idea de ser ciudadanos locales para disminuir su condición de exclusión regional como trabajadores inmigrantes e indígenas; es decir, en su horizonte de justicia estaba el derecho a adscribirse y a hablar por los intereses regionales como propios.

En el campo de las alianzas, la investigación sugiere que a diferencia de los empresarios, los trabajadores y residentes han logrado alianzas políticas débiles a través de la frontera geopolítica; tales alianzas corren a través de las redes familiares y de paisanaje al sur y norte, antes que a través de las redes políticas de las organizaciones transnacionales; en tanto que los empresarios se mueven fluidamente a través de la frontera geopolítica tanto para comercializar como para establecer alianzas con empresarios de California y Sinaloa. Los participantes discutieron este aislamiento político y geográfico respecto de lo que sucede con movimientos transnacionales como el de los migrantes mexicanos de origen indígena, sin tener una respuesta ante tal situación. La ausencia de alianzas transnacionales puede ser explicada por la fuerte competencia entre las organizaciones sociales por los recursos y la representación política con poco conocimiento de otros actores que compiten también por los mismos recursos. Esto es, antes de los talleres, los activistas no tenían un diagnóstico del campo de actores y fuerzas en los que inscriben sus luchas, y no lograban ubicar con quiénes podían con el tiempo establecer alianzas estratégicas. El principal interlocutor de esta competencia fue el gobierno federal, con un giro hacia las instancias de gobierno municipal y estatal en la última década. En la sesión de evaluación, cobró centralidad el tema de la discriminación para integrarse como *sanquintenses*, sin distinguir claramente quiénes eran los interlocutores en este campo.

Fuera de los talleres, los términos de la integración como *sanquintenses* tienen como marco la ideología nativista que construye a los inmigrantes-trabajadores-indígenas como extraños y los etniza, atribuyéndoles rasgos culturales particulares de “incivilizados”, “tradicionales” o “supersticiosos” como indígenas mixtecos o triquis. Esta etnización se da en el espacio público de los medios de comunicación, principalmente, y legitima y naturaliza la explotación en el trabajo y la exclusión social, vía servicios de educación, salud y vivienda. Pero esta etnización no sólo proviene de los que aquí hemos llamado criollos sanquintenses con su nativismo, sino de los propios activistas y las organizaciones indígenas, que construyen su adscripción sanquintense en tensión con la adscripción al lugar de origen. La voz de Camilo Bautista, de origen triqui y líder del FILT, parece reflejar esa tensión entre sus adscripciones de origen y su proceso de arraigo en el Valle:

Una vez reunida la mayoría de la gente de la región triqui de la comunidad de San Juan Copala, Juxtlahuaca, Oaxaca, en esta colonia del mismo nombre nace la inquietud de darse a conocer ante los sanquintenses, con los usos y costumbres del pueblo de San Juan Copala.

La fiesta tradicional que une, identifica a los paisanos, que debido a la migración salen de sus pueblos para buscar nuevos horizontes y una mejor vida para su familia y que será un ejemplo para la niñez del futuro, para que se den cuenta que no importa la distancia ni la frontera, si sus antepasados lo inculcaron en permanecer en sus culturas no importando si esté en Oaxaca o en Baja California (Bautista, 2005).

Esta visión contiene la tensión presente en la idea de lo *sanquintense*, porque para algunos líderes, como Camilo Bautista, lo *sanquintense* es algo ambiguo representado en los “otros no triques”, receptores de lo específicamente propio; sin embargo, esta idea del “nosotros los triques” o los de Nuevo San Juan Copala no es compartida por todos los residentes de la colonia,

como serían los propios jóvenes o los residentes que no son de origen triqui. Por ejemplo, los jóvenes viven lo *sanquintense* de manera distinta, debido a su experiencia de haber crecido en el Valle, lejos del lugar de origen de sus padres. Encontramos variación de experiencias: a veces rechazo adscriptivo y otras veces aceptación con ajustes.

El rechazo de algunos jóvenes a su origen podría hacer pensar en un primer momento que hay una suerte de reproducción en la segunda generación de migrantes del nativismo que otros actores promueven; no obstante, parece más adecuado pensar en lo que Hayano (1981) y Muñoz (1999) llaman *desidentificación* (*disidentification*) para referirse al proceso de distanciamiento de las categorías con quienes comparten el origen como una forma de no asumir la identidad estigmatizada y que puede derivar en el rechazo de personas similares. En este caso, la desidentificación es parte de una rebeldía generacional, y muestra un deseo enorme de quitarse de encima el estigma, por medio de excluir a otros de origen similar, en una lógica de dominación que opera en un nivel íntimo –como violencia simbólica–. Un joven que reside en la misma colonia, hijo de madre mixteca, opina que le gusta más el nombre de Las Misiones (lugar oficial de Nuevo San Juan Copala) y se manifiesta en desacuerdo con que le hayan cambiado el nombre a la colonia: “Ellos vienen de San Juan Copala, pero no todos son de allá [...] quieren borrar Fraccionamiento Las Misiones”. Al preguntarle quiénes eran ellos, mencionó: “Los organizadores del Comité. Pero hay gente que opina distinto [...] por ejemplo los jóvenes [...] mismos triques [...] que no están de acuerdo en que se hayan traído el nombre del pueblo”. Al distanciarse de los adultos trata de desmarcarse de lo tradicional estigmatizado, diciendo:

nosotros estudiamos y ellos en cambio no estudiaron, algunos no saben leer, como ellos que acaban de llegar [señala a un grupo familiar que regresa de trabajar del campo cargando sus botes] [...]

Algunos dicen que saben hablar muy bien pero no saben (Ernesto, entrevista, 2006).

Existen, no obstante, otras vías de adscripción que siguen caminos menos conflictivos de identificación con el origen ancestral y que recuperan el lugar de origen como un referente importante pero con distancia de sus padres en ciertas áreas, por ejemplo, en la sexualidad impuesta a los jóvenes o las pautas de matrimonio arreglado. Juan, un joven de 18 años de origen mixteco, responde a la pregunta de ¿tú cómo te sientes?:

Definitivamente como oaxaqueño, antes que como sanquintense... sí, aquí crecí pero yo nací allá... Y los demás así me ven, cómo oaxaqueño... mis padres nacieron allá, mis abuelos también, yo también... es mucha historia... Claro, yo tengo ideas distintas a mis padres, como con quién casarme... Yo no quiero trabajar en el campo aquí en el Valle, tuve que dejar de estudiar por falta de dinero, pero prefiero irme al otro lado y trabajar allá... allá sí de jornalero (Juan, entrevista, 2013).

En los talleres, estas diferencias no fueron presentadas como disputas internas, a pesar de que se incluyeron algunos jóvenes; quizá porque en la lógica de la disputa que se perseguía evidenciar estas líneas de subordinación más soterradas quedaban oscurecidas por el peso de la contienda de clase y étnica entre los actores regionales.

CONCLUSIÓN

Las conclusiones de este capítulo pueden ser ordenadas en distintos niveles. El primer nivel, de orden teórico, sobre la identidad regional como resultado de la contienda entre actores cruzada por las relaciones de dominación y poder en la región. El segundo

se refiere al análisis del desarrollo del sentido de apego o arraigo conforme sucede el asentamiento. Y el tercero, en un nivel metodológico, sobre los alcances de la intervención sociológica para estudiar la comunidad y la identidad regional.

El primer nivel teórico se refiere a las virtudes y limitaciones de estudiar la identidad regional como una disputa de actores, lo cual permite captar la totalidad y las líneas ideológicas en disputa. Esta visión “accionalista” de la región nos permitió acceder a la importancia simbólica de lo extranjero en la constitución de la identidad regional y núcleo del conflicto de clase y étnico. La propuesta de Rosaldo (1989), Barth (1969) y Lomnitz-Adler (1992) sobre la importancia de fijar la disputa y las contiendas que articulan un territorio ofrece una visión menos compacta de las entidades regionales que a nuestro parecer es más cercana a la realidad cultural. Una limitación es la dificultad de captar las intersecciones de las formas de lucha y subordinación en el interior de estos actores, particularmente de los inmigrantes indígenas movilizadas y organizados. En particular, las intersecciones de género, etnicidad y generación quedan oscurecidas por la fuerza de la exclusión como migrantes. Por ejemplo, en el nivel de las organizaciones a veces se legitiman las ideologías de género que justifican la violencia, o bien culpabilizan a las mujeres de ella; éstas se vuelven garantes de la tradición frente a los cambios traídos por el asentamiento y las nuevas migraciones.

El segundo nivel se refiere al desarrollo del apego y arraigo como un momento del asentamiento en el cual se siguen filtrando las lógicas de dominación que organizan las relaciones económicas y sociales del territorio. Este momento se puede caracterizar por el despliegue de energía y orientación vital que sirven para construir el nuevo lugar como hogar y espacio de realización individual y colectiva; sin embargo, como lo vimos a lo largo del capítulo, no es un acto de voluntad solamente por parte de los inmigrantes pobres asirse a este territorio, sino que enfrentan obstáculos fuertes para desarrollar con plenitud el

sentido de pertenencia a ese nuevo lugar. Es una lucha de nivel simbólico y subjetivo que encuentra su expresión más acabada en lo que aquí se ha llamado ideología nativista, que si bien tiene una base en las relaciones económicas de explotación, parece emerger de las relaciones políticas con la autoridad gubernamental. Llama la atención la constitución de la élite nativista, conformada por pequeños empresarios, comerciantes, profesionistas y funcionarios del gobierno local, cuyo activismo nativista de la década de 1990 oscureció el eje central de la disputa laboral de la década de 1980. Ahora bien, esta ideología nativista no es homogénea, sino que tiene sus matices entre los distintos actores de este segmento. Por ejemplo, los comerciantes y pequeños empresarios producen un discurso claramente excluyente, y construyen como amenaza a los inmigrantes indígenas y jornaleros, como violentos y con costumbres ajenas: en tanto, los profesionistas y funcionarios parecen desarrollar más un discurso de inclusión paternalista y condicionada, en el que se los construye como extraños con potencialidad de esforzarse vía el trabajo y el olvido de sus costumbres, o bien a través de su folclorización o su conversión religiosa. Estos mecanismos ideológicos de exclusión son claramente percibidos por los activistas de organizaciones y comités de residentes e inmigrantes, quienes viven el apego y arraigo como un derecho que acompaña el proceso de asentamiento y de convertirse en residentes sanquintenses, dejando atrás los apelativos de migrantes para ellos y para sus hijos.

Se puede decir que esta ideología nativista sanquintense no alude al nacimiento, sino al tiempo de llegada; por lo tanto, la antigüedad y continuidad de la residencia se vuelve un criterio de legitimidad que recuerda la distinción de Huntington (2004) entre colonos pioneros y los inmigrantes posteriores sin posibilidades de arraigarse. ¿Quiénes son los que van y vienen? Los trabajadores temporales. Nos atrevemos a pensar que la condición de migrantes es la fuente más importante de exclusión en la región y que al cruzarse con la etnicidad encuentra su plena

justificación ideológica en el racismo hacia los indígenas del nacionalismo mexicano.

Un mecanismo de desidentificación de los jóvenes fue documentado como una estrategia de construir una identidad positiva frente al estigma de migrante indígena de sus padres y los miembros de la comunidad ancestral. Este mecanismo entraña una alta dosis de violencia simbólica que puede distanciar a los jóvenes de los miembros de su comunidad para lograr una integración menos subalterna. El ideal de dignidad asociada con la residencia autónoma y estable caracteriza el proceso de arraigo y asentamiento, y está documentado en el próximo capítulo.

En el tercer nivel, metodológico, se encuentra la evaluación de la intervención sociológica como instrumento de investigación en el estudio del proceso de arraigo en el asentamiento que opera en el nivel de la acción colectiva, con activistas y líderes; excluye los procesos de arraigo activos en el nivel de la vida cotidiana de las familias y de las colonias del Valle. Así, el método utilizado ofrece una visión limitada del fenómeno al conjunto de actores movilizados y en disputa constante, sin tocar el arraigo que también surge de las prácticas culinarias, rituales y festivas, poco visibles en las contiendas públicas.

CAPÍTULO VIII

ASENTAMIENTO Y ORGANIZACIÓN COMUNITARIA. LOS TRIQUIS DE NUEVO SAN JUAN COPALA

Abbdel Camargo



*Fotografía de Abbdel
Camargo, archivo particular,
“Graduación”, colonia
Nuevo San Juan Copala
“Las Misiones”, Valle de San
Quintín, junio de 2010.*



CADA MES de junio, en la colonia Nuevo San Juan Copala se produce una amplia movilización comunitaria en torno a los festejos en honor del santo patrón San Juan Bautista. En estos días, el ritmo de trabajo en el campo disminuye en tanto buena parte de sus habitantes se vuelca a las festividades que celebra la mayordomía. Este festejo es uno de los sucesos que comienzan a ser recurrentes en la vida del Valle de San Quintín, en el que no sólo participan los colonos de origen triqui que impulsan la festividad,¹³¹ sino también mixtecos, zapotecos y mestizos, y al que acuden con puntualidad los vecinos de otras colonias y funcionarios de gobierno.

La imagen de los colonos activos en torno a este tipo de festividades no es novedosa, sino más bien es parte de un patrón en las estrategias de adaptación de las poblaciones inmigrantes a nuevos territorios y que ha sido registrado en los estudios académicos (Smith, 2006; Rivera, 2004). La particularidad del caso de la colonia Nuevo San Juan Copala descansa en la historia de violencia política prevaleciente en el lugar de origen del pueblo triqui en el estado de Oaxaca, del cual proceden los fundadores y gran parte de los residentes de este asentamiento. A pesar de esta añeja fragmentación barrial, en San Quintín los triquis han logrado un alto grado de cohesión interna y una fuerte capacidad de movilización de recursos políticos para defender sus derechos laborales, civiles y culturales en el nuevo entorno residencial. ¿Qué explica esta capacidad de movilización? ¿Cómo han logrado los triquis de Nuevo San Juan Copala superar las divisiones internas y lograr un alto grado de cohesión grupal? ¿Cómo han modificado sus formas tradicionales de organización y representación política

¹³¹ Para el año 2010 en la colonia Nuevo San Juan Copala se contabilizaron 1 672 habitantes, de los cuales cerca de dos terceras partes hablan sólo español, y la tercera parte habla lengua indígena y español, con un bajo porcentaje de monolingües.

y comunitaria como resultado del asentamiento residencial?, y ¿qué nuevos retos y divisiones han surgido en este grupo étnico conforme se ha ido enraizando en la región?

Este capítulo describe el proceso de asentamiento de los inmigrantes triquis, ahora residentes de la colonia Nuevo San Juan Copala,¹³² y trata de responder esas interrogantes; para ello, distinguimos en el proceso de asentamiento cuatro etapas diferenciadas en torno a las principales formas organizativas desarrolladas por este grupo en San Quintín. La hipótesis que subyace en este planteamiento es que con el objeto de adaptarse y responder a las nuevas necesidades y retos del asentamiento, los triquis transitaron de una forma de organización microterritorial y fragmentada que se basa en afiliaciones partidistas en Oaxaca, a una organización política y comunitaria de carácter regional y transnacional independiente de afiliaciones partidistas en el Valle. Las diferentes etapas de sus formas organizativas desarrolladas en el proceso de asentamiento han tenido como finalidad fortalecer la cohesión interna, facilitar la capacidad de movilización política del grupo y desarrollar un sentido de arraigo en el nuevo entorno. De este modo, la comunidad triqui de Nuevo San Juan Copala ha desarrollado una forma de organización política y comunitaria que combina órganos tradicionales de autoridad basados en sus pueblos de origen, con instituciones de nueva creación que han sido adaptadas a la realidad del contexto nuevo. Esta fórmula ha dotado a los triquis en San Quintín de gran flexibilidad y capacidad de adaptación, lo que les ha permitido apropiarse de sus nuevos espacios de residencia, desarrollar prácticas colectivas que refuerzan un espíritu de identidad cultural y fortalecer su capacidad de gestión política; no obstante, conforme el proceso de asentamiento se ha

¹³² El nombre oficial es Fraccionamiento Las Misiones; sin embargo, en el ámbito local los colonos de origen triqui han pugnando por nombrarla a partir del origen étnico de sus habitantes como Nuevo San Juan Copala. En adelante utilizaremos este último, por ser como se le conoce mayoritariamente en la región.

ido consolidando, se observan algunas fisuras en el interior de la comunidad, basadas tanto en diferencias generacionales como en afiliación religiosa.

En la primera parte del capítulo presentamos una breve descripción de los antecedentes de la migración triqui al Valle de San Quintín. Las siguientes secciones describen las diferentes etapas del asentamiento al discutir cómo y por qué han ido cambiando sus formas organizativas: desde la organización espontánea de los trabajadores residentes en los campamentos hasta la reconstitución de formas comunitarias como el sistema de autoridad tradicional al quedar establecidos como residentes de la colonia. En las conclusiones, reflexionamos sobre los retos que la comunidad triqui en San Quintín enfrenta en la actualidad conforme se ha ido consolidando el asentamiento residencial.¹³³

ANTECEDENTES: MIGRACIÓN TRIQUI EN SAN QUINTÍN

Desde fines de la década de 1970, los triquis han tenido una fuerte presencia en los campos agrícolas del Valle de San Quintín. En el contexto de una añeja situación de crisis en el campo, generada a partir de un deterioro en la economía campesina y de un largo proceso de violencia política en su región de origen, los triquis de la región de Copala en Oaxaca llegaron al Valle en busca de empleo y nuevas oportunidades de vida. La violencia que aqueja a la zona de la triqui baja se origina en los múltiples conflictos por el control político y los recursos económicos, particularmente de la tierra (Paris, 2010). Sin duda, este factor puede considerarse determinante para comprender la migración triqui en su etapa contemporánea y en su modalidad de éxodo.

¹³³ El texto se basa en trabajo de campo realizado en la colonia de manera intermitente entre 2005 y 2011.

Los triquis son, después de los grupos mixteco y zapoteco, el contingente indígena proveniente del estado de Oaxaca con mayor presencia en diversos estados del país y en los Estados Unidos. Su patrón migratorio muestra diferencias de acuerdo con la región de procedencia. Mientras que los migrantes de Copala se dirigen principalmente al noroeste del país o bien al suroeste californiano en Estados Unidos a las labores agrícolas, los de Chichahuaxtla se dirigen al Distrito Federal y al Estado de México, donde se emplean en el comercio, el ejército (Lewin y Sandoval, 2007) o los servicios.

A lo largo de los años, los inmigrantes triquis, al igual que otros trabajadores temporales de origen indígena, han ido alargando sus estancias en los lugares de migración y han ido cambiando su residencia a través de un proceso paulatino de asentamiento. En este proceso de asentamiento, los inmigrantes triquis como viajeros de larga distancia han recurrido a distintas formas de organización social, las cuales muestran una herencia comunitaria de larga data en sus lugares de origen.

A continuación, describimos la experiencia de asentamiento de los triquis procedentes de la región de Copala, Oaxaca, en la colonia Nuevo San Juan Copala, en el Valle de San Quintín. En el contexto de la inmigración y del asentamiento de otros pueblos indígenas, es notoria la pauta de comportamiento étnico de los triquis, al activar con ahínco las estructuras y mecanismos de cohesión comunitaria, y al adaptarlos al nuevo contexto social.

ASENTAMIENTO Y ORGANIZACIÓN COMUNITARIA TRIQUI EN EL VALLE DE SAN QUINTÍN

Los estudios coinciden en que el asentamiento de la población indígena es un suceso complejo, en el que los inmigrantes atraviesan por una serie de etapas que involucran una enorme energía

social y en el que coinciden fenómenos de distinta naturaleza, tanto económicos y sociales como políticos (Coubès, Velasco y Zlolniski, 2009; Palerm, 2010). Estos momentos del asentamiento están cruzados por una urgente necesidad de reconstrucción práctica y simbólica del hogar y de la comunidad local, donde la organización comunitaria juega un papel central. En ello, el sentido de continuidad con los ancestros y lugar de origen es vital, por lo que el asentamiento no elimina necesariamente las interacciones con los lugares de origen y con otros lugares de migración donde se dispersan los familiares y miembros del pueblo o localidad (Velasco, 2011b), sino que comúnmente se refuerzan e incluso suelen resurgir con características definidas por el nuevo entorno.

El asentamiento incluye una amplia gama de estrategias y recursos que van desde el acceso a terreno y vivienda hasta el apego afectivo al nuevo lugar (Scudder, 1985), pasa por la instauración de prácticas de organización comunitaria enfocadas al desarrollo de un sentido de arraigo. La organización comunitaria en algunos pueblos indígenas representa el desarrollo histórico de formas de organización, producción y reproducción de la vida de manera comunitaria, basadas en estrategias integrales para la satisfacción de necesidades, a partir de principios de reciprocidad, intercambio y redistribución. Estas formaciones cuentan como elemento integrador al territorio, al trabajo y a la propiedad comunal, y son una manifestación de la visión colectiva que integra la mirada indígena del *ser*, de ahí la importancia de observar el desarrollo de esta manifestación del colectivo indígena en las etapas del asentamiento del grupo triqui en San Quintín.

Primer momento: arribo y salida del campamento

Al llegar a laborar al Valle de San Quintín, los triquis usualmente eran alojados en galeras rudimentarias que conformaron los llamados campamentos agrícolas, que se ubicaban en los

terrenos del patrón. La vida en los campos de trabajo ha marcado la historia laboral y residencial de generaciones completas de trabajadores indígenas en este mercado de trabajo. Entre los habitantes triquis del Valle de San Quintín, el campamento que más peso tiene en su memoria es el llamado El Aguaje del Burro. Dicho campamento se ubicaba a 10 kilómetros de Camalú, propiedad de los hermanos García, considerados productores medianos de la región. Las características de vivienda y trabajo en este tipo de espacios se distinguían por la explotación laboral, la marginación y el aislamiento residencial. En la década de 1990, El Aguaje del Burro albergó a cerca de 80 familias, la mayoría de ellas triquis, de las cuales algunas tenían casi dos décadas de residir en el campo.

Cuando llegué al campo el Aguaje me di cuenta de que todo estaba muy triste, muy abandonado y sucio, y la gente vivía así. Había gente que tenía viviendo ahí 15 años o más con su familia. Entonces, me puse a pensar con ellos, me ponía a platicar en el campo, sobre qué pensaban, si pensaban vivir así todo el tiempo, si pensaban que el patrón les iba a vender el terreno donde están viviendo, y qué pensaban sobre el futuro pues [...] porque los niños no iban a la escuela, y no había médicos o doctores [...] les preguntaba si no pensaban en otro tipo de vida (Bautista, entrevista, 2005b).

En este momento, la forma residencial de los trabajadores se encuentra mediada por una relación laboral establecida con el dueño del rancho, quien impone las condiciones de vivienda y trabajo en los terrenos de su propiedad. Las relaciones familiares y de paisanaje son fundamentales, pues permiten sortear los constreñimientos sociales dominantes en el mercado de trabajo. Al mismo tiempo, en esta etapa predomina el protagonismo de los liderazgos individuales, que orientan sus acciones al mejoramiento de las condiciones de vivienda y trabajo en los campos. El papel de los líderes indígenas en la movilización social de los

trabajadores fue fundamental para tratar de modificar la situación de marginación que predominaba en el campo, así como cambiar la situación laboral y residencial de los trabajadores.

En los campamentos hay gente que no tiene estudios y ni siquiera mira la tele o oye la radio, entonces no despiertan, porque no conocen. Trabajan de día y duermen de noche, no hay forma de que despierten así, por eso las cosas no pueden cambiar (Luis de Jesús, entrevista, 2005).

El liderazgo triqui promovió, por medio de pláticas establecidas en los campos de trabajo y en el campamento donde vivían, la posibilidad de salir del campamento y establecerse en un terreno en la región donde podrían construir una vivienda. La importancia que dan estos trabajadores indígenas a obtener un terreno propio es fundamental para comprender las movilizaciones sociales registradas en el Valle a mediados de la década de 1990 y dar cuenta del proceso de cambio residencial que ha venido experimentando la región.

Así, mediante solicitudes hechas al campero¹³⁴ y al mismo dueño del campo, los jornaleros demandaban el arreglo de los espacios habitacionales, la introducción de agua corriente en los galiones, escuelas para los hijos y mejora salarial. Luego de cruentos episodios de amenazas y persecución a los líderes sociales por parte del patrón y sus allegados, la movilización social de los triquis en el campo se vio fortalecida por la presión ejercida por los trabajadores, quienes amenazaron con iniciar un paro laboral en el rancho.

Y entonces fue que tuve problemas con el patrón, me decía que yo andaba echando grillas ahí, y que estaba echando a perder la gente,

¹³⁴ El campero es una figura importante en la estructura del campamento. Su función es mantener el orden y asegurar la permanencia de los trabajadores en los campos de trabajo, además de ser el intermediario entre los trabajadores y el mayordomo o el patrón.

porque antes la gente estaba muy tranquila, y ahora exige sus derechos. Entonces, junto con otros compañeros seguí trabajando con la gente y estuvimos presionando al patrón. Yo le decía [al patrón] que la gente ya tenía mucho tiempo ahí en el campamento, que ya es justo que ellos tengan un lugarcito aparte donde vivir y que ahí vivieran tranquilos con sus hijos, y fue que Toño pues nos apoyó, regalándonos veinte lotes en una colonia (Bautista, entrevista, 2005b).

Después de varias semanas de movilización en el campamento, se lograron algunos acuerdos. Primero, se estipuló el otorgamiento de terrenos en la colonia Militar –propiedad del mismo patrón– a 20 familias que habitaban en el campo. En esta colonia, las familias podían residir y construir sus viviendas a condición de seguir laborando en el mismo rancho. A cambio, el resto de las familias se quedarían en el campamento, donde además se llevarían a cabo algunas inversiones enfocadas a la mejora residencial; sin embargo, estos trabajadores pronto iniciaron gestiones ante diversas instancias gubernamentales para que se les dotara de un terreno en la zona, por lo que sus demandas pasaron al ámbito del gobierno estatal. El enviado del gobierno, Raúl Velasco Gómez, llegó al campamento a evaluar la situación de los trabajadores triquis. Su presencia se debió a una invitación hecha por el líder principal de la movilización en el campo –Camilo Bautista– con la finalidad de observar las condiciones de vida de estos jornaleros. El funcionario llegó al campo donde, luego de un altercado con el patrón, comenzaron las diligencias para dotar de terreno a la población. Meses atrás, el gobierno había fraccionado un terreno perteneciente a la familia Collins, en las inmediaciones de la delegación Vicente Guerrero, le dio el nombre de Fraccionamiento Las Misiones. El funcionario de gobierno notificó a los pobladores que en ese terreno era factible asentarse, aunque había que esperar la resolución de la Comisión de Desarrollo Regional de San Quintín (Codereq) para saber si la solicitud podría prosperar. Con esa información, los trabajadores movilizados no esperaron e iniciaron

el proceso de toma de terrenos en la zona, así se generó una de las modalidades de tránsito residencial más importantes en la región.

*Segundo momento: independencia residencial
y fundación de la colonia*

Al salir de los campos de trabajo, la situación residencial de los trabajadores no sufre grandes cambios, razón por la cual es común observar los núcleos residenciales iniciales de los trabajadores agrícolas como enclaves de inmigrantes, afligidos por muchas dolencias resultantes de infraestructuras urbanas insuficientes y sobrecargadas (Palerm, 2010). Tales condiciones de privación y marginación social orillan a sus habitantes a canalizar todas sus energías principales hacia el mejoramiento de los espacios residenciales donde han decidido fincar su vivienda.

El momento de independencia residencial representa aquella etapa de transición donde la población abandona el lugar de residencia inicial —ya sea en el espacio otorgado por el empleador o en casa de un familiar o paisano— y se apropia de un lote con el proyecto de construir una vivienda.

Los trabajadores del campamento El Aguaje del Burro y sus familias tomaron los terrenos donde fundaron la colonia Nuevo San Juan Copala, los cuales se encontraban en disputa por la construcción del Hospital No. 69 IMSS-Solidaridad. En torno a este lugar existía un altercado entre pobladores de la delegación Vicente Guerrero y el empresario Antonio García, dueño del campamento El Aguaje del Burro, quien tenía interés de que el hospital fuera construido en terrenos cercanos a los suyos. Las sospechas de los trabajadores respecto a una negociación entre dicho empresario y autoridades de gobierno los llevó a movilizarse para defender que el hospital fuera construido en su delegación, Vicente Guerrero, tal como se había planteado al principio, de tal forma que la movilización para defender los terrenos de

construcción del hospital junto con las movilizaciones desarrolladas por los trabajadores de El Aguaje del Burro para instalar sus viviendas en el mismo lugar hicieron pensar a algunos dirigentes que detrás de esa actividad de los trabajadores triquis no sólo estaba la necesidad de vivienda de los jornaleros indígenas, sino también el aliento del propio patrón por boicotear su movilización por la defensa del hospital. En la voz de los dirigentes que encabezaban la toma de tierras por parte de los trabajadores triquis, todo había sido un mal entendido, ya que desde un inicio los trabajadores procedentes del campo El Aguaje habían decidido sólo tomar el terreno fuera de los límites del espacio proyectado para el hospital (Bautista, entrevista, 2006; Herrera, entrevista, 2010).

Fue el 3 de mayo de 1997 cuando se acordonó el terreno donde en la actualidad se levanta la colonia Nuevo San Juan Copala, y desde ese día siguió una serie de plantones en oficinas gubernamentales, además del bloqueo de caminos como medida de presión ante las instancias gubernamentales competentes para lograr la asignación y regularización del terreno; sin embargo, no fue sino hasta septiembre del mismo año que se dieron las negociaciones finales con Inmobiliaria del Estado, el órgano regulador de la tenencia de la tierra para la dotación de lotes a 323 familias.¹³⁵ El cambio cualitativo sobre residir en el campamento a vivir en la colonia es claro para sus pobladores.

Cuando estás en el campamento estás como amarrado a lo que diga y quiera el patrón o el mayordomo. Si quieres descansar uno o dos días no se puede porque te corren, si estás enfermo o te sientes mal tienes que ir al campo de todas formas. Aquí el lote es de uno y si

¹³⁵ El proceso de asentamiento en el espacio residencial concluyó en el año 2001, con la reubicación de 27 familias que se habían asentado en la franja comercial que quedaba sobre el borde del camino. Estas 27 familias fueron reubicadas en la parte trasera del espacio residencial, con lo cual culminaría el proceso de tránsito de campamento a colonia de los trabajadores triquis.

quieres descansar, descansas, si quieres trabajar vas y tú decides con quién vas a trabajar. Aquí los niños van a la escuela y estamos como más libres (Remigio, entrevista, 2004a).

Ya como residentes, la introducción de servicios e infraestructura a la colonia abarcó buena parte de la agenda de las acciones de los pobladores. En el camino para lograr que sus demandas fueran escuchadas, los nuevos colonos acudieron a la visibilización cultural a través de los mismos liderazgos que habían facilitado la salida del campamento, y a la vez crearon nuevas figuras organizativas, como la de comité de colonia.

La presencia institucional de corte indigenista facilitó esta visibilización cultural. La radio XEQIN, La Voz del Valle, inició sus transmisiones el 15 de junio de 1994, con una programación en cuatro lenguas: mixteco, zapoteco, triqui y español, primero bajo el auspicio del Instituto Nacional Indigenista y, desde 2001, de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI). El grupo de activistas impulsó la producción del programa “Abriendo brecha”, que fue transmitido por primera vez en 1998, tan sólo ocho meses después de haber arribado a los terrenos. En un comienzo, este programa estaba orientado a la difusión de los usos, costumbres y cultura del pueblo triqui desde la perspectiva del lugar de origen. En este momento de tránsito residencial, las adscripciones locales vinculadas con pueblos o regiones específicas parecen seguir predominando (Velasco, 2011b) y ello se corrobora porque en esta etapa los pobladores empezaron a impulsar el cambio de nombre del espacio residencial por el de Nuevo San Juan Copala, lo que representa la primera delimitación simbólica del ámbito comunitario triqui en la región.

Tanto el enfoque cultural del programa, anclado al territorio originario, así como su insistencia por renombrar el territorio ocupado, representa en esa etapa de cambio residencial una forma de mantener una identidad colectiva a partir del referente histórico de su pertenencia étnica vinculada con la región de origen.

Meses después de mantener el programa en la radio, y debido a la situación de marginación del grupo en la región, el contenido del programa fue reorientado, se enfatizó la condición de marginación semiurbana que padecían los triquis, con necesidades materiales y de servicios apremiantes. A través de la radio se solicitaba el apoyo económico y en especie de toda la población, argumentando la necesidad de los habitantes por mejorar las penosas condiciones en que vivían.

La participación de los triquis en la radio tuvo consecuencias de enorme relevancia para los nuevos residentes. Primero, porque lograron posicionar su presencia en la región; segundo, porque configuraron el imaginario de un nuevo territorio triqui mediante el renombramiento de su espacio residencial y, tercero, porque esta participación tuvo un papel crucial en el establecimiento de la cohesión étnica, pues desde el micrófono se pugnaba por la configuración de un colectivo triqui unificado, que dejara a un lado las diferencias internas derivadas de los conflictos barriales dispuestos en la región de origen, para fortalecer de este modo la organización política de su ser comunal.

En este ambiente de efervescencia étnica y visibilización cultural surgió el comité de colonia como primera figura organizativa de carácter formal de los triquis en San Quintín, el cual se dedicó a la organización de bailes populares para recabar fondos con el apoyo de la radio, promovió a su vez la formación de nuevos comités. El comité de colonia fue elegido exclusivamente por los miembros triquis, en una dinámica donde los protagonistas del asentamiento pronto se convirtieron en los representantes de colonia.

Posteriormente, la gestión ante las autoridades del municipio posibilitó reglamentar la figura de los comités mediante la conformación de una junta de mejoras, gracias a la cual se reglamentó la venta de cerveza que se ofertaba en los bailes organizados por los trabajadores con el fin de generar recursos monetarios

y se transparentó el uso de los recursos.¹³⁶ Esta figura duró tres años y con el dinero reunido se logró construir el primer salón donde se fincaría la escuela primaria, se emparejó y aplanó el terreno de la colonia, y se financió la compra de postes y lámparas para el alumbrado público. Su estrategia resultó exitosa.

En esta etapa de independencia residencial, la organización social y la movilización política del grupo tuvieron como eje la procuración de infraestructura y servicios básicos en la colonia. La construcción de las viviendas familiares, por su lado, fue financiada por la movilidad transfronteriza de alguno de los miembros de las familias, por la presencia de instituciones del gobierno y por la acción de los grupos de iglesias cristianas provenientes de Estados Unidos y Canadá, que proveían los pies de casa o financiaban la construcción, el mejoramiento y la ampliación de las viviendas.

En este segundo momento, la organización comunitaria de los colonos, a través de los comités formados, permitió estructurar la capacidad interna de organización del grupo para generar sus propios ingresos y transparentarlos; así mismo, lograron demostrar sus habilidades en la gestión de recursos –principalmente ante instancias gubernamentales–. Además, comenzó a surgir la noción de un grupo triqui homogéneo en la región, lo que facilitó la capacidad de acción y gestión institucionales de los nuevos colonos.

*Tercer momento: organización política con énfasis
en la representación local y regional*

La organización comunitaria triqui de la colonia, a través de la figura de comités y de la junta de mejoras, logró tres objetivos

¹³⁶ Los ingresos por la venta de cerveza eran considerablemente mayores a los que se percibían por la entrada al baile popular, por lo que se cuidó mucho la preservación de esta actividad y hasta se construyó un local para tal función.

que resultaron ser fundamentales para la formulación identitaria del grupo en la región: se fortaleció la capacidad de unión y gestión grupales, se obtuvo el posicionamiento de los triquis en la región y se logró exaltar la definición de su territorialidad.

Con la capacidad de gestión del grupo consolidada y con la introducción de los servicios básicos en la colonia, la organización comunitaria del grupo triqui en esta tercera etapa de asentamiento se caracterizó por el desarrollo de instancias comunitarias con un fuerte carácter normativo y con una orientación de representación de nivel local y regional.

En un momento donde la colonia ya contaba con servicios básicos, y los pobladores estaban en pleno proceso de pago de terrenos y construcción o mejoramiento de sus viviendas, la organización grupal tenía que dar un vuelco en su funcionamiento. La figura de comités tenía que dejar de ser la entidad administrativa de la organización grupal y transitar hacia una figura institucional que brindara legitimidad y representación política al grupo en la zona; esto se logró con la instauración de una organización sociopolítica que funcionó no sólo como una entidad gestora de recursos, sino también como una figura de representación de los triquis ante los órganos gubernamentales y actores relevantes de la región.

Este proceso se llevó a cabo con una clara conciencia de distanciarse de los órganos de representación sociopolíticos dominantes en la región triqui. Contrario a lo que ocurre en la región de origen en Oaxaca, donde entidades político-sociales como el Movimiento de Unificación y Lucha Triqui (MULT) o la Unión de Bienestar Social de la Región Triqui (UBISORT), aglutinan en gremios a los diferentes barrios triquis de la región o a los nichos étnicos esparcidos por varios estados del país,¹³⁷ en San Quintín estas figuras se disuelven, ya que para los residentes del Valle estos aparatos normativos han desencadenado procesos de división y

¹³⁷ El Mult y el Ubisort surgieron en la región Triqui Baja y están en pugna por el control de las tierras, los recursos económicos, las prebendas políticas y el manejo de los barrios.

desestabilización social en el interior de las comunidades, razón por la que, con el afán de desligarse de algún partido o ideología política con raigambre en las comunidades triquis del sur, surge la figura del Frente Indígena de Lucha Triqui (FILT) como principal ente normativo y órgano de representación social del grupo triqui en San Quintín. El FILT se constituyó en enero de 1998 y desde el origen sus líderes lo conformaron como una estructura normativa de la organización tradicional del grupo triqui en la colonia y como una instancia de representación política.

El principal objetivo del FILT en sus inicios fue el de unir a todos los triquis de Baja California, respetar sus usos y costumbres como indígenas y rescatar la lengua. Más que un fin político, tenía un fin cultural. Tuvimos cuidado de no tener una orientación partidista, porque la herencia del sur y la enseñanza de allá es que el FILT tenía que ser independiente, porque si vamos a un partido, luego vamos a ir a otro y vamos a empezar con divisiones. Por eso el reglamento interno dice que es una organización independiente y que no debe pertenecer a ningún partido político ni a otra organización (Bautista, entrevista, 2005b).

En términos formales, el FILT surgió con la finalidad de procurar los derechos culturales de los triquis en el Valle de San Quintín. En su conformación se exalta la defensa de los derechos de los trabajadores indígenas de la región, así como su autonomía cultural; sin embargo, en los hechos funcionó como un órgano de cohesión en el nivel interno, pues aglutinó a ese colectivo indígena desde la premisa de la unidad del ser triqui en un nuevo contexto. Así, tanto la estructura normativa del FILT como la presencia de la voz triqui en la radio fueron determinantes en el proceso de contención de la violencia barrial y de la definición de la unidad grupal en San Quintín.

Con una lógica de acción coyuntural, en sus inicios el FILT fungió como un órgano de presión ante las instancias gubernamentales

para culminar el proceso de dotación de servicios e infraestructura en la colonia. De esta manera, los comités formados se aglutinaron bajo el cobijo institucional de esta nueva figura de representación del grupo en la región, y se depositó todo el peso político en su estructura y liderazgo. Paralelamente, las alianzas establecidas con otros líderes y organizaciones sociales vecinas a la colonia rápidamente proveyeron de fuerza y presencia a la nueva organización.

En esta etapa del proceso de asentamiento, las adscripciones familiares locales tienen gran peso; sin embargo, la fuerza de las relaciones de paisanaje en el nivel regional parece predominar mediante la participación e inclusión de grupos de miembros triquis asentados en otras colonias, lo que empieza a cobrar importancia, de ahí que el carácter de representación triqui que giró en torno al FILT en el nivel regional haya facilitado consolidar entre los actores del gobierno y entre otros grupos de indígenas el imaginario de un grupo con capacidad de movilización, fuerza política y unidad grupal.

La capacidad de gestión y organización del grupo gracias a esta estructura permitió que en tan sólo ocho años –de 1997 a 2005– la colonia Nuevo San Juan Copala contara con una ordenada lotificación de los terrenos, sistema de alumbrado público y agua potable, escuelas públicas de nivel básico y un sensible mejoramiento de sus calles y accesos.

Estos logros estipulados por el FILT en términos de infraestructura urbana son de resaltarse, ya que la experiencia de organización social de esta colonia contrasta con otras colonias de la región, las cuales formadas aun con una mayor antigüedad, han tardado en introducir los servicios básicos en sus espacios habitacionales. Esta característica ha posicionado a la Nuevo San Juan Copala dentro del espectro de colonias en la región con una organización social y una estructura política interna consolidadas. Incluso su funcionamiento ha permitido establecer fuertes mecanismos de comunicación con paisanos triquis que radican en California e Indiana, en Estados Unidos, por lo que el tipo y

las formas de organización social han sido fundamentales también para la agilización de los lazos de una comunidad triqui transnacional emergente (Lewin y Sandoval, 2007).

La capacidad de movilización del FILT, no obstante, también estaba constreñida a la figura de su liderazgo, lo que le otorgaba un carácter de vulnerabilidad, pues ante su ausencia o desmovilización, la organización perdería fuerza y presencia. Esto ocurrió a partir del año 2006, cuando por diversas razones, líderes clave se vieron forzados a migrar hacia Estados Unidos, por lo que la organización social del grupo nuevamente tuvo que ser reorientada.

Cuarto momento: reconstitución de la organización comunitaria tradicional y consolidación del asentamiento

A partir del año 2000, se institucionalizó la vida normativa de la estructura comunitaria sobre tres de las figuras tradicionales con mayor peso extraídas de los pueblos de origen. La instauración de la Autoridad Tradicional, del Consejo de Ancianos y del Sistema de Mayordomías en la colonia representa un mecanismo de anclaje que se vincula con el pasado histórico del grupo, pero también que busca la pertenencia y el arraigo al nuevo lugar. Esta etapa del asentamiento se caracteriza entonces por la apropiación de los espacios y el desarrollo de prácticas colectivas asociadas con la identidad comunitaria, las cuales usualmente adquieren matices étnicos (Velasco, 2011b). El desarrollo y la adaptación de las estructuras normativas y las prácticas festivas comunitarias en las colonias, que guardan un fuerte componente ritual, constituyen uno de los mecanismos que consolidan el proceso de cambio residencial de los grupos étnicos asentados en el Valle de San Quintín. Claro está que la instauración de esta estructura comunitaria en la colonia requirió un importante ejercicio de adaptación del perfil de sus funciones, que se describen a continuación.

La Autoridad Tradicional

El nacimiento de esta estructura de control tradicional respondió a la necesidad de tener una figura normativa local que fuera capaz de establecer mecanismos de control social y que fuera una instancia de mediación ajena a la figura de representación política que detentaba el FILT.

De esta manera, el mecanismo de organización comunitaria en la Nuevo San Juan Copala distinguió entre dos vías de mediación y representación política que actuaban de forma paralela en la colonia: una que actuaba en el nivel interno y que era cobijada por la Autoridad Tradicional, y la otra que mediaba en el nivel externo, encarnada por el FILT. Así, la figura de la Autoridad Tradicional fue capaz de distinguir entre los problemas que tienen que ver con lo relativo a los asuntos locales de la colonia, de aquellas que competen a problemáticas que atañen a la vinculación con las instituciones de gobierno.

Sin embargo, a partir de la desmovilización del FILT debido a la ausencia de su liderazgo, se posicionó la figura de la Autoridad Tradicional como la institución comunitaria con mayor peso del grupo triqui no sólo en la colonia, sino que adquirió también la cualidad de representación de todo el grupo disperso en la región.

Las características del funcionamiento de esta figura fueron retomadas de la tradición que prevalece en las comunidades de origen, pues al igual que en los pueblos de Oaxaca, la estructura de la Autoridad Tradicional en el Valle se representa por tres figuras: la Autoridad Tradicional, el Suplente y el Secretario. Su misión es resguardar el orden de la colonia, sancionar las faltas y los conflictos derivados de la vecindad y representar en su conjunto al grupo triqui. Su jerarquía es simbolizada por un bastón de mando que queda bajo su custodia durante el año que dura su gestión. Para ejercer su cargo, la Autoridad Tradicional cuenta con un sello que valida su estatus en la documentación oficial y con una oficina en la colonia; así mismo, tiene el reconocimiento

institucional de los otros actores gubernamentales y organizaciones sociales de la región. Su nombramiento es anual y su relevo se realiza los primeros días del mes de enero.

En el Valle de San Quintín, el nombramiento de la Autoridad Tradicional no pasa por la mediación de otra figura local que actúa en los pueblos del sur, llamada Regidor. Este personaje es el que tiene la facultad de nombrar y destituir a la Autoridad Tradicional, así como de supervisar el cumplimiento y seguimiento de sus acciones. En la colonia Nuevo San Juan Copala, no se instauró esta figura, pues el FILT cumplió en sus inicios con esas funciones al ser la instancia normativa de mayor peso.

En San Quintín, para sancionar y regular el papel de esta autoridad existen otros mecanismos sociales instaurados por los triquis en la colonia: las figuras del Consejo de Ancianos y el Sistema de Mayordomías, se logra con ello un cuerpo de instituciones que articulan una estructura firme de control y representación social del grupo triqui en el Valle de San Quintín.

Un cambio más que ha tenido que sufrir la estructura de la Autoridad Tradicional tiene que ver con la fecha de su nombramiento. El nombramiento de la Autoridad Tradicional se realizaba el primero de enero de cada año, tal como ocurre en los pueblos de origen; sin embargo, en el contexto de San Quintín se ha tenido que modificar la fecha de elección, con la intención de que asistan los funcionarios de gobierno y otros actores ante quienes es importante visibilizar a la comunidad triqui. La importancia que adquiere la presencia gubernamental podría estar relacionada con posicionar a la comunidad triqui en la región, al mostrar las necesidades apremiantes y legitimar su derecho al territorio local e inclusión regional. Así, la fecha del cambio de autoridad es flexible durante las dos primeras semanas de enero de acuerdo con las agendas de los funcionarios de los tres órdenes de gobierno a quienes se invita al relevo de este liderazgo tradicional.

En la colonia, la figura de la Autoridad Tradicional ha logrado definirse como la estructura de representación del colectivo

triqui en su conjunto, pues su actuación trasciende el ámbito local de la colonia e involucra a los nichos triquis dispersos en la región. Con ello, se ha logrado definir la territorialidad étnica a través de la fiesta celebrada en la colonia por el Sistema de Mayordomías, se posiciona de este modo la colonia Nuevo San Juan Copala como el ombligo de la identidad triqui de mayor importancia en el Valle de San Quintín.

El Consejo de Ancianos

El Consejo está conformado por las personas de mayor edad y experiencia de la comunidad. El papel de los consejeros es orientar y opinar en todos los asuntos de carácter civil, religioso y normativo de la colonia. Esta figura junto con el FILT fueron las instancias que regularon las acciones de la Autoridad Tradicional; no obstante, con la desmovilización del frente, fue el Consejo de Ancianos el que continuó cumpliendo esa función.

Los miembros del Consejo de Ancianos detentan su nombramiento de forma permanente; en 2010 estaba conformado por seis miembros. Por ser un cargo honorario su designación se realiza por nombramiento y no por votación. El nombramiento se realiza por los miembros del grupo triqui con peso moral en la colonia, como lo son otros miembros del Consejo de Ancianos, la Autoridad Tradicional, los miembros de la Mayordomía y aquellos miembros del grupo con liderazgo natural; además, dicho cargo se va ganando bajo la observación y análisis de la gente, así como con el cumplimiento de ciertas cualidades: participación comunitaria, una vida con principios y orientación a sus hijos y familiares, de trabajo y compromiso con los asuntos de los triquis en el Valle de San Quintín, entre otros.

En la historia del asentamiento triqui en la región, el FILT, la Autoridad Tradicional y los consejeros han representado las entidades normativas que regulan la vida social en el nicho residencial

triqui. La distinción establecida entre la normatividad local asumida por la Autoridad Tradicional, los consejeros y la normatividad institucional asumida por el FILT representa una forma novedosa de ejercer la gestión y autonomía del grupo, con lo que se formaliza su representación política en el nuevo contexto.

Sistema de mayordomías

Como los estudios de corte antropológico reportan, el sistema de organización de la autoridad indígena tiene una base tanto cívica como religiosa. Esta distinción es evidente en las instancias comunitarias encargadas de las festividades rituales: las mayordomías.

El Sistema de Mayordomías se encarga de la organización y realización de las fiestas en honor del santo patrón. En la colonia Nuevo San Juan Copala, la mayordomía se lleva a cabo desde 1999 a fines del mes de junio, en honor al santo que define el nombre de la comunidad de origen, San Juan Bautista.

La mayordomía en los pueblos de origen comienza con 10 integrantes, incluidos los miembros de las comisiones y los ayudantes del mayordomo. En la Nuevo San Juan Copala, en 1999, empezó de la misma manera; sin embargo, conforme se fue consolidando el asentamiento se tuvo que agrandar el número de ayudantes por dos razones principales: por un lado, debido a los gastos surgidos de la organización del festejo y, por el otro, la intención de incluir a otros inmigrantes de origen triqui residentes de otras colonias. En la actualidad, las mayordomías en la colonia se logran conformar por hasta 30 miembros con una fuerte rotación, lo que permite integrar año con año a los miembros de la comunidad de origen, ahora dispersos en el Valle.

Las primeras mayordomías se conformaron a raíz de la invitación del FILT y del Consejo de Ancianos. Años más tarde, con la pérdida de presencia del FILT y una organización tradicional consolidada, la designación del mayordomo fue realizada

por el Consejo de Ancianos, la Autoridad Tradicional en turno y el Mayordomo saliente, así como por personajes claves en la comunidad que, sin tener un nombramiento específico, ostentan un prestigio moral y pueden incluso ser consultados sobre los asuntos de importancia en la colonia. A estos personajes los hemos nombrado como el liderazgo local. Este liderazgo participa de la elección de los mayordomos y asume también el papel de representante local, tal como ocurrió en la etapa primaria del tránsito residencial.

Un cambio importante sobre el funcionamiento de las mayordomías en la colonia respecto a los pueblos de origen, tiene que ver con los mecanismos de financiamiento de la celebración. Mientras que en Oaxaca se cuenta con un fondo interno que se recolecta durante el año con las aportaciones de los pobladores y el endeudamiento del Mayordomo principal, en San Quintín, se prioriza la gestión de recursos ante diversas instituciones, así como las cooperaciones acumuladas en los distintos nichos étnicos triquis establecidos en el Valle, en Baja California y en Estados Unidos.

Dado que tanto la Autoridad Tradicional como el Sistema de Mayordomía son cargos que generan gastos onerosos, usualmente para salir de ese compromiso los miembros de estos cargos recurren al endeudamiento, pero frente a la dificultad de pago, la gestión de recursos institucionales, el envío de remesas de los migrantes internacionales, así como la aportación monetaria proveniente de otros grupos de indígenas migrantes instalados en la región constituyen los principales medios de financiamiento de la celebración. Las aportaciones gubernamentales suelen ser, sin embargo, las de mayor peso y compromiso, lo cual ha llevado a que las propias instituciones consideren la fiesta anual como parte de su agenda institucional.

En la etapa inicial del cambio residencial, existió una fuerte presencia institucional de la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol) a través de su Programa Nacional con Jornaleros Agrícolas

(Pronjag). Esta presencia se expresaba canalizando recursos a las colonias con el fin de facilitar el asentamiento por medio del otorgamiento de pies de casa, del sistema de letrinas o de la gestión institucional para la liquidación de terrenos. Posteriormente, la Sedesol fue perdiendo presencia en las colonias y el Pronjag desapareció, así se modificó la presencia en las colonias del perfil institucional. Ahora, con un asentamiento consolidado, los apoyos institucionales son canalizados a través del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) y su Programa Oportunidades¹³⁸ así como la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI), que con un perfil más urbano financian becas de estudio, proyectos productivos o promueven el desarrollo de eventos culturales, como son las fiestas tradicionales.

Por ejemplo, para la celebración de la fiesta patronal en 2011, la CDI fue la institución que más recursos aportó en el rubro, gracias a su apoyo se compraron dos toros para el mole, se financió la compra de la pirotecnia y se otorgó dinero en efectivo para diversos gastos derivados de la celebración. Igualmente, con los recursos otorgados por el gobierno estatal se alquilaron mesas, sillas, lonas y carpas, así como la pintura utilizada para el mejoramiento de la cancha de baloncesto y de la escuela primaria; además, en la coyuntura de la transición del edil en el nivel municipal en el año 2011, los triquis lograron aportaciones monetarias de todos los partidos políticos y sus candidatos para múltiples gastos.

Otra fuente de financiamiento importante han sido las aportaciones hechas por los migrantes triquis que se encuentran en diferentes puntos de Estados Unidos. Las comisiones de la fiesta procuran el contacto y la transparencia de los recursos donados

¹³⁸ De acuerdo con el Diagnóstico de Salud Comunitario 2011, elaborado por el IMSS-Solidaridad, el Fraccionamiento Las Misiones cuenta actualmente con 114 familias beneficiarias del Programa Oportunidades y 415 familiares que son dependientes del mismo programa.

por los migrantes triquis que se encuentran en ese país, quienes desde un inicio han canalizado la mayoría de sus aportaciones al arreglo y construcción de la iglesia católica, donde se guarda y venera la imagen del santo. Podríamos decir que, en la Nuevo San Juan Copala, las aportaciones monetarias se pueden distinguir por su finalidad: mientras que las aportaciones institucionales se destinan al desarrollo de la fiesta, las aportaciones provenientes de los migrantes triquis internacionales se enfocan en la construcción o mejoramiento de bienes suntuosos o de uso ritual.

La instauración y el posicionamiento de estas figuras comunitarias tradicionales en la colonia definen la fase de la organización comunitaria, donde el asentamiento está en proceso de consolidación y se ha definido un sentido de arraigo (Velasco, 2011b). Con los servicios básicos de la colonia cubiertos, el uso de materiales duraderos en la construcción de viviendas y el pago de la titularidad de los lotes, el carácter de la organización comunitaria de los triquis transitó de la gestión de recursos a la definición del cuerpo comunal del grupo en la región. Este momento del asentamiento se ubica dentro de la definición de un sentido de pertenencia al nuevo lugar, donde una forma de apego al nuevo territorio ha surgido. Este sentido de pertenencia es el que orienta el horizonte vital y cultural de los inmigrantes, sin implicar necesariamente una ruptura de relaciones con el lugar de procedencia, sino que más bien puede haber una revitalización simbólica a través de la reproducción de emblemas y espacios que recrean la identidad comunitaria ligada con el origen (Velasco, 2011b). La instauración de estas tres figuras normativas en la colonia y la celebración de la fiesta facilitan el desarrollo de una ritualidad indígena basada en un cuerpo comunal que ha adaptado sus prácticas a un contexto que se caracteriza por la diversidad cultural y religiosa.

DIVERSIDAD RELIGIOSA Y ORGANIZACIÓN COMUNITARIA TRADICIONAL

Una de las características del Valle de San Quintín es su pluralidad religiosa. Las diferentes adscripciones religiosas de los colonos en la región se esgrimen como fuente importante de cambio cultural y transformación de las filiaciones ideológicas basadas en una identificación religiosa católica dominante. Con la presencia histórica de grupos de misioneros pertenecientes a iglesias cristianas provenientes en su mayoría de Estados Unidos en los campos y colonias del Valle, la pluralidad religiosa es un hecho en la región.

A partir de la década de 1970, principalmente, grupos pertenecientes a iglesias cristianas habían iniciado un fuerte y continuo proceso de evangelización en los campos agrícolas del Valle. Su presencia se dio en un contexto de poca competencia religiosa, pues iglesias como la católica desarrollaban poco trabajo en los campamentos, por lo que rápidamente los grupos cristianos lograron obtener el monopolio de su presencia institucional. En este contexto protestante, la movilidad y dispersión de la población, así como la poca posibilidad de practicar la religiosidad tradicional por parte de los grupos indígenas migrantes, favorecieron la adhesión a la presencia de estas otras iglesias.

Estos grupos de misioneros desarrollaron diversas estrategias de acompañamiento en el proceso de cambio residencial, las cuales incluyeron apoyo a la población jornalera en la obtención de terrenos, apoyo económico, medicamentos, ropa, alimentos y material de construcción. En realidad, el papel de las congregaciones religiosas tiene una larga historia de participación directa en el asentamiento de grupos vulnerables, como lo son los grupos migrantes (Goldring y Landot, 2009). Por tanto, la participación de estas iglesias da cuenta de la importancia de considerar el papel de múltiples actores y recursos institucionales que forman parte del cambio residencial.

En los primeros años de la formación de las colonias, la presencia de los grupos cristianos sirvió como apoyo a las familias que se encontraban en condiciones residenciales precarias. Con la donación de pies de casa y la construcción y mejoramiento de pequeñas viviendas, estos grupos facilitaron el tránsito residencial del grupo triqui en la región; además, la donación de ropa, despensas, material para construcción, herramientas y otros enseres resultó fundamental para los habitantes de las colonias, principalmente en la primera etapa del asentamiento; incluso apoyaron con dinero en efectivo para casos de enfermedad, pago de terrenos o mejoramiento y ampliación de las viviendas.

Por lo anterior, su presencia en la región no tiene una valoración negativa entre los pobladores, pues incluso aquellos colonos que no pertenecen a esas congregaciones se han visto beneficiados de sus acciones. Y aunque si bien su presencia no ha sido fuente de conflictos violentos y rupturas extremas entre los grupos de colonos asentados, sí podemos hablar de algunos impactos y adaptaciones en la estructura comunitaria generados a partir de su presencia.

Una de estas adaptaciones es la que tiene que ver con la inclusión de los miembros conversos en la estructura comunitaria. Con la adhesión de personas a estas iglesias en la región, la estructura del liderazgo local ha tenido que adaptarse a los cambios derivados de las distintas filiaciones religiosas a las que pertenecen los miembros triquis de la colonia. Así, por ejemplo, en la actualidad, la jefatura de la estructura de la Autoridad Tradicional puede ser ocupada por un miembro adherente a la fe cristiana, hecho que en los pueblos de origen resulta más problemático.

La eventual incorporación de los miembros cristianos a la estructura tradicional también ha venido a modificar los procesos normativos de sus acciones. Estos cambios se pueden observar, por ejemplo, en el caso de las sanciones y multas aplicadas. Antes de tal apertura en el Valle, cuando la Autoridad Tradicional

resolvía algún asunto del bien común, el pago otorgado se hacía tanto con dinero en efectivo como en especie. Este último usualmente se saldaba con cartones de cerveza, los cuales se trasladaban a la oficina tradicional dispuesta en la colonia, y todo derivaba en celebración. Con la jefatura de un miembro converso como Autoridad Tradicional, se pretende anular el pago en especie, por únicamente aplicar y aumentar la sanción monetaria. En un contexto indígena, esto representaría un cambio cualitativo importante en las formas de dirimir los conflictos y aplicar la normatividad social.

Otro de los cambios observados se relaciona con la separación del ámbito político del religioso en la estructura social triqui. Tradicionalmente, los estudios antropológicos han dado cuenta de cómo dentro de los grupos indígenas los ámbitos político y religioso no se pueden comprender por separado, pues en su conjunto delimitan las conexiones con la administración del Estado y regulan la jerarquía de prestigio, lo que da homogeneidad a la comunidad (Dehouve, 1976). Esta desarticulación ha sido señalada por otros estudiosos como uno de los procesos que acontece en los pueblos de origen (Lewin y Sandoval, 2007), quienes explican que tal separación se ha dado por la presencia de los grupos protestantes en la región. Lo cierto es que los estudios reportan que esta desarticulación se ha llevado a cabo con mucho más énfasis entre los triquis de la región alta que con los de la región de Copala, donde hay poca presencia de grupos protestantes.

En San Quintín, la separación de lo político y lo religioso parece obedecer en un primer momento a la aceptación de los grupos cristianos en su espacio residencial y, por tanto, a la necesidad de incorporación de los miembros conversos a la estructura del liderazgo local. En un segundo momento, tal desarticulación se debe al desarrollo de las prácticas de gestión y presencia grupal en el contexto nuevo. De esta forma, cuando un miembro converso lleva la jefatura de la Autoridad Tradicional en la colonia, como sucedió en el nombramiento del año 2011, su participación en

la celebración de la fiesta de la colonia celebrada por la mayor-domía se ve desdibujada. Y aunque se tolera su ausencia en los actos de ritualidad religiosa católica, sí se ve obligado a participar en la gestión de los recursos, en la difusión y promoción de la fiesta, así como en asistir a los actos políticos que se desprendan de la celebración. Esto no es un asunto menor, pues en la instauración de las prácticas de organización social en la colonia la fuerza del bien común sigue siendo la bóveda de resguardo de todo el cuerpo comunitario, aún con divergencias religiosas fuertemente marcadas.

La separación de estos dos ámbitos resulta ser tanto funcional como estratégica, lo que permite establecer el carácter flexible de la forma de estructurar las prácticas de organización comunitaria en el nuevo contexto, y al mismo tiempo dibuja una modernidad indígena triqui basada en el respeto al pluralismo identitario y a la diversidad ideológica.

CONCLUSIÓN

Hemos tratado de abordar las características de la experiencia de asentamiento del grupo triqui en la colonia Nuevo San Juan Copala, destacando los procesos de cambio y las adaptaciones que han hecho de su organización comunitaria a partir de su llegada y asentamiento en la región. El énfasis en las características de organización social de los triquis deriva en que este grupo usualmente ha mostrado una fuerte tradición de movilización política y una intensa vida comunitaria, con la exaltación de su identidad como un recurso de resistencia contra el dominio externo y sus diferentes formas de explotación (López, 2009).

La historia de violencia política prevaeciente en la región de origen le otorga un carácter particular en la comprensión de las motivaciones de su movilidad y residencia permanente en la zona, así como de las características que definirá la estructura

comunitaria que se implementará en el nuevo entorno. Ello significa que el proceso de cambio residencial de los diferentes grupos indígenas en la región, si bien guarda en su desarrollo una serie de similitudes debido al marco estructural en el que sucede, también resulta necesario comprenderlos en el marco de su especificidad histórica desde el lugar de origen. Esto permite observar el proceso de cambio residencial como uno complejo en el que participan las trayectorias históricas particulares de los grupos indígenas presentes en la región.

Las etapas de organización comunitaria del grupo en San Quintín se encuentran asociadas con los distintos momentos del asentamiento que éste ha experimentado en la región. Tales etapas responden a las necesidades específicas que la condición de residente les fue imponiendo para alcanzar a mejorar sus condiciones de vida y trabajo, así como para desarrollar un sentido de pertenencia y arraigo en la región. En el nivel de organización social, el grupo triqui transitó del predominio de los liderazgos individuales en los campos de trabajo hacia una figura básica de comités que respondió a la necesidad de mejorar las condiciones de vida de la población en el período del tránsito de campamento a colonia. En estos primeros momentos del cambio residencial, las relaciones de parentesco y paisanaje resultan fundamentales. Ya como colonos, la instauración de una organización social que mantuvo la fuerza del liderazgo surgido en los campos logró articular la unidad grupal y la dispersión de los miembros triquis en la región, lo que resultó en la obtención de un papel crucial en el alcance regional de los triquis en el Valle. Finalmente, la instauración de un cuerpo de figuras tradicionales y la celebración de la fiesta marcan la etapa del cambio residencial donde un sentido de pertenencia al nuevo lugar ya se ha desarrollado.

El impulso de cada una de estas etapas se enfocó en el mejoramiento de las condiciones de vida y trabajo de los colonos, el fortalecimiento de la unidad grupal y la definición de una nueva territorialidad étnica en la región. La contención de los conflictos

comunitarios internos se logró gracias a la exaltación de la identidad étnica de alcance regional en San Quintín, que superó el esquema de las diferencias barriales asociadas con las filiaciones políticas en los pueblos de origen, lo que corrobora el uso político de una identidad étnica vinculada inherentemente con la violencia en la región de la triqui baja.

Así, resulta importante destacar que la nueva vida que tiene lugar en la región está signada por la contigüidad residencial, por lo que se configura entonces un diferente tipo de colectividad con un nuevo referente territorial. De este modo, el renombramiento del territorio triqui como Nuevo San Juan Copala implicó la certeza de que la pertenencia comunitaria ha trascendido la territorialidad previa, lo que significa que el proceso de asentamiento de los triquis en San Quintín no ha representado una ruptura con la pertenencia a la colectividad de origen (Martínez y de la Peña, 2004) pero sí con las prácticas ligadas con la violencia barrial y con las formas de representación política, donde algunos cambios son evidentes.

De esta forma, la fragmentación política no parece reproducirse en el entorno nuevo, sino que surge una diferenciación religiosa que separa el vínculo entre lo político y religioso como una estrategia más de fomento de la unidad grupal.

Particularmente eficaz para la consolidación de la estructura comunitaria ha sido el papel de la autoridad tradicional en últimas fechas, pues ha permitido continuar con la gestión de los servicios e infraestructura faltantes en la colonia, normar la vida interna derivada de la vecindad cotidiana, definir la nueva territorialidad étnica y posicionar al grupo en la región como un colectivo con cohesión social y recursos políticos.

La instauración de estas formas de representación comunitaria ha derivado de un proceso de adaptación y cambio respecto a las formas aprendidas en sus lugares de origen. Estos cambios son sensibles no sólo en la manera de estructurar las funciones de la autoridad tradicional, sino también en la definición de su

ámbito de acción; y es la instauración y el desarrollo de la celebración de la fiesta tradicional el mejor escaparate para dimensionar la fuerza de su organización.

Evidentemente, la estructura de la organización comunitaria del grupo en la colonia no ha estado exenta de controversias entre sus habitantes. El dominio cultural de los triquis en la colonia ha disminuido el papel de otros grupos de indígenas y mestizos que ahí radican, lo que ha traído críticas en las formas de gestión étnica establecidas por los triquis en ese espacio residencial. También los jóvenes indígenas triquis y no triquis de segunda generación han tenido tensiones respecto a las acciones desarrolladas por el grupo dominante, pues comienza a haber posturas contrarias a las acciones de representación mayoritaria. Y si bien a los triquis se les reconoce su eficacia en la gestión de recursos para el equipamiento de servicios e infraestructura de los cuales todos se han visto beneficiados, también se les recrimina por la exaltación que hacen de su hegemonía cultural y la exacerbación de su etnicidad en todos los ámbitos de la vida comunitaria en el espacio residencial. El cambio de nombre de la colonia es un buen ejemplo de lo anterior, pues otros grupos, principalmente los mestizos y mixtecos, se han opuesto a esta propuesta, alegando que ni son indígenas (en el primer caso) y ni son triquis (en ambos casos). Este hecho no es un suceso simple. La carga simbólica en términos de la representación étnica que se tenga del nicho residencial en la región es el que está en pugna.

Así, en el nivel externo, la colonia se ha posicionado como un núcleo poblacional con una presencia importante en términos de su organización social fuerte y sus recursos políticos consolidados. Paralelamente, en el nivel interno, los vecinos se enfrentan a situaciones de diferenciación social y negociaciones respecto a la ideología religiosa dominante en la colonia. Particularmente en el ámbito religioso es clara la búsqueda que se hace patente en la exaltación de una filiación comunal que escinde la construcción de la identidad únicamente desde la esfera de la tradición. En este contexto,

las estructuras comunitarias también han tenido que flexibilizarse para poder incluir a los miembros con ideologías religiosas ajenas a la católica, lo que ha permitido el fortalecimiento de la estructura comunitaria de estos nuevos colonos indígenas de Baja California.

CONCLUSIONES



*Fotografía de Abdel
Camargo, archivo particular,
“Graffiti de jornalera”,
colonia Vicente Guerrero,
Valle de San Quintín,
agosto, 2011.*



EL VALLE de San Quintín es un enclave agroexportador que forma parte de las cadenas globales agroalimentarias que conectan a los consumidores de frutas y verduras de Estados Unidos, Canadá y Japón y otros países industrializados con los trabajadores pobres de países menos desarrollados, quienes proveen su fuerza laboral, en un “supermercado global” (Robinson, 2008). En el caso de México, el impacto que este modelo de producción agraria tiene en la organización del trabajo, el surgimiento de nuevas tecnologías y formas de empleo, y los flujos masivos de movilidad migratoria por parte de jornaleros agrícolas ha sido bien documentado. Por el contrario, el asentamiento residencial de parte de estos jornaleros y familias en torno a tales enclaves de agricultura intensiva, un fenómeno más reciente, ha sido menos estudiado.

En este libro, hemos abordado esta temática presentando los resultados del estudio del asentamiento residencial en la región del Valle de San Quintín, una de las regiones agroexportadoras de mayor dinamismo económico y social en la frontera noroeste de México. Enfocado en cómo se ha desarrollado este proceso en las últimas tres décadas, nuestro estudio destaca la vitalidad económica y social desplegada por los trabajadores del campo y sus familias para asegurar su estabilidad y arraigo, y hacer de esta joven región su nuevo hogar. Desde esta perspectiva, el asentamiento surge como el fenómeno más novedoso en términos sociales y humanos en la zona, lo que contrasta con la excesiva atención a la movilidad geográfica de jornaleros agrícolas en la literatura de este tipo de regiones en el mundo.

Los resultados y hallazgos de nuestro estudio nos llevan a entender la experiencia de asentamiento en el Valle de San Quintín como un largo y arduo proceso de poblamiento de parte de los miles de trabajadores y familias que desde 1980 se han ido estableciendo y arraigando en la región. La lucha por el asentamiento

residencial tuvo lugar a la luz de intereses encontrados de empresarios y propietarios de las tierras, y con una participación tardía de parte del gobierno local y federal. Las mejorías observadas en la vida de las familias trabajadoras han sido más el resultado de sus estrategias cotidianas de reproducción y su activa movilización, y de la sinergia con programas y ayudas sociales, que fruto de una planeación de los gobiernos en sus distintos niveles para el desarrollo de esta zona. A pesar de estar ubicado muy lejos del centro político de México, o precisamente por ello, el desarrollo del Valle de San Quintín como enclave agroexportador es producto tanto de las políticas neoliberales implementadas en el agro mexicano como de su cercanía geográfica con los mercados estadounidenses de consumo. De esta forma y como una región joven y de reciente desarrollo, San Quintín es ejemplo tanto de las oportunidades que este tipo de modelo de desarrollo regional genera como de los problemas y limitaciones que implica, de aquí que sea un laboratorio ideal para estudiar las consecuencias sociales de la globalización de la horticultura de exportación.

Para abordar este proceso, hemos empleado un enfoque interdisciplinario que nos permite captar la variedad de actores y recursos institucionales que constituyen el entramado social y político. Pensamos que el enfoque en el asentamiento puede contribuir a renovar el campo de estudio de las migraciones jornaleras en México, que ha sobredimensionado el fenómeno de la movilidad geográfica de los trabajadores a costa de la desatención del fenómeno de asentamiento y sus repercusiones en la reproducción familiar, en la formación de nuevas comunidades y, en última instancia, en la reconstitución del sujeto campesino e indígena en colono y residente. La celebración de la movilidad como signo de la globalización da por sentado el desarraigo de la fuerza laboral como parte del funcionamiento de un modelo de producción internacional, sin considerar la importancia que la estabilidad y el arraigo tienen para las mismas poblaciones que se desplazan, sobre todo en momentos estratégicos de la reproducción

familiar, así como en la inercia de la reproducción comunitaria e identitaria ligada con el territorio. Más allá de la polémica de la transición de los campesinos e indígenas a proletarios rurales, estamos frente a un sujeto definido por su movilidad geográfica y a la vez por su orientación vital hacia la estabilidad residencial y hacia la integración comunitaria, como por su posición en los mercados de trabajo. Este planteamiento intenta ampliar el enfoque académico que circula sobre la migración jornalera en México (Barrón, 1999; Lara, 2010; De Grammont, 2009). Nuestro interés es señalar la importancia del asentamiento como una noción analítica central en los procesos de reterritorialización de la fuerza de trabajo y mostrar sus implicaciones para la reconstitución del trabajador agrícola como sujeto ciudadano y constructor de nuevas comunidades territoriales. Este planteamiento conceptual tiene implicaciones en el campo político, ya que el desplazamiento de la fuerza de trabajo como mecanismo de explotación de parte del capitalismo global ha sido normalizado ideológicamente por las políticas del Estado, lo que ha contribuido a la construcción de un sujeto político con escasos derechos ciudadanos y laborales, justificada por su supuesta movilidad y dificultad de arraigo local.

La colaboración entre distintas disciplinas nos permitió construir un concepto de asentamiento como un proceso multidimensional y diacrónico que conlleva la puesta en marcha de mecanismos de diferenciación y jerarquización social de clase y étnico-raciales, por un lado, y de integración social y cultural, por el otro, en distintas escalas geográficas. Este conjunto de mecanismos subyace en las transformaciones de las distintas dimensiones y puede ser observado en las distintas etapas del asentamiento. No es un proceso coherente y lineal, sino fragmentado e iterativo, en el que los cambios en ciertas dimensiones parecen ir en contrasentido de lo que sucede en otras, o a ritmos distintos. Por ejemplo, se documentó que mientras el asentamiento trajo mejoría en la calidad de vida de los hogares

a pesar de la precariedad laboral, a la vez al inicio produjo un incremento de las cargas de trabajo para las mujeres. O bien, en el nivel de la acción colectiva se registró un discurso renovado sobre la desigualdad de género, pero aún la participación de las mujeres se concentró en las bases con pocos liderazgos femeninos en las organizaciones.

LA MULTIDIMENSIONALIDAD DEL PROCESO DE ASENTAMIENTO

Dada esta complejidad, y la casi desbordante tarea de definir pautas en el proceso de asentamiento, a continuación presentamos los hallazgos específicos más relevantes de este estudio, organizados en torno a las dimensiones consideradas en nuestro modelo de análisis, tratando de discernir algunos mecanismos presentes.

Población y residencia: transformación del control y la segregación étnico-laboral

A diferencia del modelo de colonización de Scudder, donde el Estado actúa como motor y arquitecto, en el Valle de San Quintín, el desarrollo de este proceso en la segunda mitad del siglo XX fue más el resultado de la iniciativa de actores privados que del Estado. Las empresas agrícolas desarrollaron estrategias de enganche y traslado a distancia de trabajadores, a la vez que los trabajadores y sus familias desarrollaron redes familiares y de paisanaje para sostener la movilidad. Los intentos iniciales fallidos del Estado por lograr una colonización ordenada y el creciente dominio de las empresas transnacionales definieron el paso de frente, pionero a una región agroexportadora en ciernes con una importante inmigración. El Estado, ausente durante la etapa de mayor crecimiento poblacional, en

las décadas de 1980 y 1990, intervino en la siguiente década para tratar de ordenar el caótico desarrollo generado por la agricultura y la migración.

Con el asentamiento no sólo se produjo un rápido crecimiento demográfico que amplió la oferta de fuerza de trabajo para las empresas agrícolas, sino también cambiaron las formas de residencia segregada y controlada de los campamentos de jornaleros agrícolas. En el principio de la agricultura intensiva, los campamentos estaban diseñados para albergar a la población migrante como residencia temporal. En los hechos, sin embargo, desde el inicio hubo población que se quedó durante todo el año, más allá de la temporada de cosecha, y luego, parte de los trabajadores se hospedaron en las colonias, ya sea en las cuarterías, en viviendas de parientes o de renta. El objetivo central de los campamentos fue mantener disponible la mano de obra suficiente en tiempo y cantidad, lo que resultó en un tipo de residencia controlada y segregada. De esta forma, en la región, durante un tiempo, coexistían dos modelos residenciales: el controlado, con los campamentos, y el independiente, con el surgimiento de las colonias de trabajadores. La segregación residencial tenía un fuerte rasgo étnico-racial en la medida en que albergaba en importantes proporciones a personas de origen indígena; los campamentos pronto fueron una forma de residencia etnizada desde los medios de comunicación y a los ojos de otros residentes. El vínculo entre un tipo de residencia y una adscripción étnica sentó las bases de la lógica de la discriminación hacia los indígenas, aun cuando ya habían salido de los campamentos, y siguió operando en las relaciones urbanas entre residentes.

El crecimiento demográfico de la región de San Quintín permitió a los empresarios contar con suficiente fuerza de trabajo, de tal forma que resultó obsoleto su control a través de los campamentos; así mismo, el declive de los campamentos como modo dominante de residencia permitió a grandes productores y compañías agrícolas no sólo externalizar los costos de vivienda hacia

el Estado y los propios trabajadores, sino también desplazar el foco de demandas y movilizaciones residenciales hacia el gobierno estatal y local, lo que contrasta con la época anterior, donde la conflictividad y negociación en torno a temas laborales y de vivienda en campamentos ocurría directamente entre trabajadores y empresarios. En una región abierta y globalizada, el foco de reclamos puede venir igualmente de parte de los consumidores, por lo que la transformación del modo de residencia de los jornaleros también permite a los empresarios evadir exigencias del mercado de exportación sobre condiciones laborales de los trabajadores.

*Empleo: especialización laboral, subcontratación
y diferenciación social*

Como señalamos en el cuerpo del libro, la reestructuración productiva del sector agrícola ha implicado importantes cambios en oportunidades laborales y condiciones de trabajo en el Valle de San Quintín. Aunque la pobreza y explotación laboral siguen siendo una dimensión importante de la realidad laboral de estos jornaleros, también se han producido cambios en el mercado laboral que han incrementado la diversidad ocupacional, lo que ha propiciado un incipiente proceso de movilidad socioeconómica para un reducido conjunto de trabajadores. El crecimiento demográfico y el asentamiento han abierto nuevas oportunidades laborales en el sector terciario de los comercios y servicios, se hace posible así que antiguos jornaleros dejen el campo y den el salto a ocupaciones mejor remuneradas y con menor grado de explotación laboral. Estos cambios parecen confirmar el proceso de diferenciación y especialización laboral por puesto y tarea en la agricultura señalado por Barrón (1999), y fuera de ella.

Como hemos visto en el capítulo III, una de las principales vías de movilidad ocupacional vinculadas con el sector agrícola se ha producido en la contratación y transporte de jornaleros agrícolas

como resultado del crecimiento de intermediarios laborales. Esta dinámica es resultado del proceso de externalización de algunas de las empresas agroexportadoras, que han llevado a una mayor informalización en la contratación de trabajadores agrícolas, y han desplazado los costos y riesgos de este rubro de las compañías productoras hacia los contratistas y los propios trabajadores. El surgimiento de estas nuevas modalidades de contratación y subcontratación refleja lo que Lara Flores denomina “flexibilidad cuantitativa” (2006:504) y que ha sido observada en otras regiones de agricultura extensiva de exportación (Sánchez, 2006; Lara, 2006). A pesar de que los contratistas agilizan la articulación entre la oferta y demanda de fuerza laboral en el sector agrícola facilitando la incorporación de los trabajadores del campo a este mercado, la relación entre intermediarios y trabajadores no es simétrica, sino que está teñida por relaciones de clientelismo en las que la movilidad y el estatus económico de los contratistas se realiza en buena medida sobre las espaldas de los trabajadores. El uso de intermediarios implica una mayor flexibilidad en las formas de contratación y control de la mano de obra, contribuye a generar relaciones asimétricas en el interior de las colonias de trabajadores y tiende a difuminar la conflictividad laboral y de clase entre productores y jornaleros en tanto que la relación laboral está atravesada por el tamiz de relaciones de parentesco, paisanaje y/o vecinales.

Dentro de la horticultura o fuera de ella, la movilidad ocupacional tiene un componente subjetivo que se refiere a la manera en que los propios actores interpretan el significado de ese componente en sus trayectorias laborales y de vida. Uno de los hallazgos aquí plasmados es que a pesar de la precariedad en la que vive la mayoría de los trabajadores del campo cualquier mejora en sus condiciones laborales (salario, prestaciones, estabilidad laboral, estatus) es vivida como progreso, motivo de orgullo y satisfacción personal. La larga historia de pobreza y explotación que muchos jornaleros vivieron hasta la década de 1990, especialmente cuando residían en campamentos, ayuda

a entender este sentimiento de logro. Es pues la comparación con las oportunidades de trabajo en sus comunidades de origen como los cambios ocurridos desde que llegaron a San Quintín, el marco de referencia que la mayoría de los trabajadores entrevistados emplea cuando reflexiona sobre sus trayectorias laborales y experiencia de asentamiento. En consonancia con la teoría de la privación relativa, el marco de referencia dual ayuda a entender la evaluación positiva que muchos hacen de sus trayectorias laborales, aunque desde el exterior pueda parecer que éstas apenas han cambiado. En contraste, el bajo estatus y poco prestigio asociado con el trabajo agrícola aleja a la segunda generación, en una lógica que ya señalaba Piore (1979), donde el estigmatizado es el trabajador no el trabajo.

El análisis estadístico de la movilidad laboral demostró que la escasa movilidad en el sector agrícola está además moldeada por un sesgo étnico con claras desventajas para los trabajadores indígenas; este resultado contrasta con el notable aumento de la productividad y las ganancias que han experimentado las grandes compañías hortícolas desde comienzos de la década de 2000. La introducción de nuevas tecnologías de producción en invernaderos, aunada a nuevas formas de organización flexible del trabajo (Lara, 1998), ha llevado a un notable mejoramiento de la productividad en grandes empresas exportadoras, sin que ello se haya visto reflejado en un aumento paralelo de los sueldos de los trabajadores agrícolas ni de sus prestaciones laborales. Aunque las condiciones de trabajo y salubridad han mejorado por exigencias del mercado para la exportación, los salarios son claramente insuficientes para cubrir los costos relacionados con el asentamiento. En resumen, aun cuando el mercado laboral dinámico ha generado oportunidades de trabajo tanto dentro como fuera de la horticultura para miles de trabajadores que se han ido asentando en la región, el desarrollo económico en el Valle de San Quintín sigue todavía marcado por una gran desigualdad económica y social.

La migración como proceso latente y regulado

La consolidación del Valle de San Quintín como un enclave agroexportador de carácter transnacional donde confluyen importantes flujos de capital y tecnología, también ha tenido un importante impacto sobre las pautas de migración laboral en la región. Como hemos demostrado, el asentamiento residencial en el Valle de San Quintín no ha implicado el fin de la movilidad geográfica. De hecho, ambos fenómenos han coexistido a lo largo del tiempo, aunque con importantes transformaciones en la cuantía y peso relativo de cada uno de ellos, así como en las pautas y dinámicas de la migración laboral.

Durante muchos años en la región convivieron la paulatina instalación de las familias y la masiva movilidad de los trabajadores intra e interregionalmente. Cuando la población asentada superó a la población en movilidad temporal, el crecimiento demográfico despegó, con lo que se llevó a cabo el poblamiento de la región. Si bien los flujos de trabajadores temporales disminuyeron y cobraron mayor estabilidad, el reclutamiento de fuerza laboral estacional no ha desaparecido.

Cómo muestra el capítulo iv, el asentamiento tampoco ha desplazado totalmente las movilidades temporales de la propia población asentada, ya que la movilidad sigue hacia y desde esta región a otras regiones del estado de Baja California, al sur de la península en Baja California Sur y a Estados Unidos. La ubicación fronteriza permite a muchos trabajadores insertarse en los mercados laborales agrícolas de Estados Unidos, por lo que numerosas familias están integradas a migraciones transnacionales. Al mismo tiempo, han surgido nuevas formas de migración laboral al amparo del Programa H-2A para trabajadores temporales en la agricultura. El carácter de San Quintín como enclave agroexportador donde los trabajadores están expuestos a tecnologías de producción y formas de organización del trabajo cada vez más similares a las que predominan en California —un proceso de convergencia

tecno-laboral— ha convertido a esta región fronteriza en un lugar fértil para el reclutamiento de trabajadores temporales de parte de empresas agrícolas de Estados Unidos. En este sentido, la imbricación de San Quintín como enclave de una cadena transnacional de la industria de la agroexportación ha llevado tanto a una rearticulación de los flujos migratorios que convergen en la región como a un cambio en la dirección en la que circulan las remesas procedentes de la migración, en tanto que con el asentamiento buena parte de estas remesas se dirigen a San Quintín para apoyar los gastos de subsistencia y reproducción social de las familias y la población asentada.

*Hogares y rearticulación de
las esferas de producción y reproducción*

Más allá del ámbito laboral y los flujos migratorios, el asentamiento tiene un claro impacto tanto en la estructura demográfica de los hogares como en la organización de las tareas de producción y reproducción en el interior de éstos. En este sentido, el estudio de los grupos domésticos sujetos del asentamiento es otro elemento clave para entender la articulación entre las estrategias de reproducción social en el nivel local y las estrategias de organización de la producción agrícola en el nivel global. El modelo de jornaleros agrícolas que enfatiza la movilidad espacial como rasgo central implica la separación entre los costos de subsistencia de la mano de obra en las regiones de trabajo y los costos de reproducción en las comunidades de origen de los trabajadores. Con el asentamiento, la separación entre los costos de subsistencia y reproducción ya no es el factor central que explica la existencia de fuerza laboral barata y flexible sino que, como hemos visto, surgen otros mecanismos para hacer frente a los costos de reproducción. En el Valle de San Quintín, el conjunto de estrategias incluye, entre otros,

formación de grupos domésticos intergeneracionales, diversificación laboral de sus miembros, actividades productivas en la economía informal, economía de autoconsumo, participación en sistemas de reciprocidad e intercambio de bienes y servicios, y la arriba mencionada migración regional en México y a Estados Unidos para enviar remesas a San Quintín.

Pero como también hemos documentado y otros estudiosos han observado (De Grammont y Lara, 2010), además de las estrategias de reproducción doméstica movilizadas en el nivel del hogar, la vida de los pobladores en las nuevas comunidades semirurales también se caracteriza por un fuerte subsidio de parte del Estado para sobrevivir a los cambios en las estructuras de empleo y a las crisis económicas. En el caso de las migraciones jornaleras y de las nuevas regiones surgidas del asentamiento de miles de inmigrantes, los subsidios del gobierno, iglesias o sociedad civil surgen como una externalidad central en las estrategias del hogar. Una paradoja resultado de la casi desaparición de la vivienda controlada es que a la vez que los trabajadores han ganado autonomía residencial, doméstica y laboral, los costos y el entramado institucional de la región han recaído en ellos.

En tanto que la coordinación de las estrategias de producción y reproducción del hogar como el acceso a estos programas de apoyo se articula en torno a la mujer, ésta emerge como vértice central del proceso de asentamiento. Por medio de sus actividades comunitarias, las mujeres contribuyen a desarrollar redes y conexiones sociales que fortalecen la cohesión interna de sus comunidades, fomentando un sentido de pertenencia, identidad colectiva y solidaridad. Al igual que la experiencia de asentamiento de inmigrantes mexicanos en Estados Unidos estudiada por Hondagneu-Sotelo (1994), en San Quintín la transición residencial de campamentos a colonias ha supuesto un reordenamiento de las tareas domésticas y públicas de hombres y mujeres. El asentamiento trastoca los roles tradicionales de género en tanto que la mujer a menudo adquiere más responsabilidades

en las esferas doméstica y pública. Como resultado de este cambio, la mujer también tiende a ganar mayor autonomía y poder, especialmente como agentes mediadores con instituciones y programas estatales y de ONG, por los que accede a recursos para sus familias y comunidades. Como hemos visto, estos cambios en las relaciones de género a menudo ocasionan tensiones en el interior de los hogares y suponen una fuente adicional de estrés para mujeres y hombres.

El Estado y el subsidio al asentamiento familiar

Las políticas sociales han contribuido a aminorar las vicisitudes que pasan las familias para llevar a cabo el asentamiento, particularmente a través de programas de vivienda, educación y salud familiar. Como fue demostrado, la transición residencial de campamentos y cuarterías a viviendas familiares en colonias en San Quintín no puede explicarse sin tener en cuenta el subsidio de parte del Estado (en complemento con las ONG) que ha venido apoyando a los trabajadores y familias que se han establecido en la región, tanto para la etapa inicial del asentamiento como para su afianzamiento en etapas posteriores; en particular, para los trabajadores empleados en la industria hortícola donde los salarios apenas alcanzan a cubrir los gastos mínimos de manutención de la familia.

Los programas orientados a vivienda, alimentación, salud y educación contribuyen a subsidiar los costos de mantenimiento y reproducción de buena parte de la fuerza laboral empleada en el sector agrícola, que anteriormente estaba constituida por trabajadores migrantes residentes en campamentos. Los beneficios de estos programas también llegan a las compañías agrícolas que en épocas anteriores costeaban total o parcialmente los gastos de reclutamiento, transporte, vivienda y guarderías de los trabajadores y sus familias en los antiguos campamentos. Con el asentamiento,

buena parte de estos costos se transfieren al sector público, a las familias y comunidades locales de trabajadores agrícolas, y así se facilita la existencia de una amplia mano de obra barata y flexible sobre la que descansa la competitividad de la industria hortícola de exportación. Mediante estos subsidios, el Estado trata así mismo de asegurar un mínimo clima de estabilidad y paz social en la región para la viabilidad del sector agroexportador.

Con base en políticas neoliberales de fomento al desarrollo económico de esta región como un enclave agroexportador, el Estado también apoyó mediante diversos programas de tecnología y recursos a los productores y compañías para que sean competitivas en el nivel internacional y generen puestos de trabajo. Y finalmente en el terreno laboral, el Estado ha actuado como mediador entre el reclamo para otorgar cierta cobertura básica en temas como el seguro social y la presión de parte de organizaciones de productores para limitar dicha cobertura y mantener la definición jurídica de los trabajadores del campo como “jornaleros eventuales”. En lugar de un ente monolítico, este conjunto de políticas refleja al Estado como un ámbito de lucha donde una diversidad de actores con intereses distintos y a menudo contrapuestos compiten por establecer sus objetivos, ello en un terreno altamente desigual para los trabajadores, para quienes sus derechos laborales y civiles cuentan con escaso reconocimiento y poca representación a pesar de su creciente arraigo en la región.

*Agencia política: movilizaciones, autonomía residencial
y reapropiación de fuerza de trabajo*

El asentamiento no se reduce únicamente a un fenómeno demográfico, de empleo y de reproducción doméstica, sino también involucra procesos de carácter político. El asentamiento ha sido también fruto de la activa participación de trabajadores del campo y sus familias, a través de asociaciones sindicales, cívicas y

políticas para defender sus derechos, primero como trabajadores y luego como residentes.

La investigación mostró dos momentos de movilizaciones sociales, con actores, intermediarios y demandas distintas. El primer momento, en la década de 1980, definido por las movilizaciones como trabajadores en torno a demandas laborales con la intermediación de una organización nacional como la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC), en la que predominaron intermediarios profesionistas, militantes de partidos de izquierda y líderes comunitarios de origen indígena. El segundo momento, en la década de 1990, definido por movilizaciones en torno a temas residenciales como la toma de terrenos, donde no sólo participaron los trabajadores, sino las familias completas, en diferentes formas organizativas (la CIOAC o pequeños grupos de trabajadores que compartían solamente el paisanaje) con liderazgos más diversos. En este segundo momento, fue estratégico el papel de las mujeres en los comités para gestionar los servicios de vivienda y de los subsidios de los programas del gobierno.

En el análisis de la acción colectiva de los trabajadores y residentes, es menester acudir a la intersección entre clase, etnia y condición migratoria como complejo articulador de condiciones de estratificación social en un contexto altamente violento en términos estructurales y sociales. Existe un fuerte componente de clase social tanto en las movilizaciones de trabajadores de la década de 1980 como en las de los nuevos residentes de la de 1990 en el Valle de San Quintín; sin embargo, tal componente es incomprensible si no es observado en su intersección con la condición étnica, como indígenas, y la condición migrante, como foráneos.

Tal intersección de clase, etnia y migración fue invisible a los ojos de los líderes de izquierda de la década de 1980, producto de la incomprensión de la izquierda mexicana del sujeto de los movimientos jornaleros de esos años.

El contexto de violencia en el que suceden las movilizaciones queda claro al observar el vacío de arbitraje gubernamental en

la década de 1980, cuando los trabajadores agrícolas quedaron a merced de los empresarios y sus fuerzas de seguridad, de los sindicatos blancos y de las organizaciones de trabajadores fuertemente fraccionadas.

Desde muy temprano, los trabajadores expresaron un interés por la propiedad de un terreno, la estabilidad familiar y la autonomía laboral. Un factor del fracaso de la intermediación laboral de la CIOAC, además de la negación del registro, fue el tipo de vínculos que dominaron las relaciones obrero-patronales en la agricultura de exportación con un carácter altamente personalizado –promovidas por los patrones y consentidas por los trabajadores–. Este aspecto explica el doble carácter de intermediario laboral y comunitario de los líderes jornaleros.

En la medida en que la vivienda, controlada y étnicamente segregada de los trabajadores, fue una marca del modelo de producción que floreció en el Valle, la independencia residencial constituyó un motor de lucha de clase, al significar la reapropiación del trabajador de la libertad para contratarse abiertamente y realizar su reproducción social en forma independiente del patrón. En este contexto, los nuevos sujetos residenciales han mostrado horizontes de vida que van más allá del desplazamiento tras el trabajo temporal, centrados en la sedentarización y la visión de un patrimonio: un terreno, una casa, una vida para sí.

A diferencia de las movilizaciones laborales de la década de 1980, en las residenciales de la de 1990 es posible observar la generación de nuevas formas de organización civil que posicionaron a los residentes como interlocutores legítimos ante instituciones y funcionarios del Estado. Las nuevas formas de organización señalan una sociedad civil heterogénea étnica y socialmente, pero con capacidad de movilización social y política a través de las cuales han ido adquiriendo un sentido de ciudadanía local y regional y de comunidad que anteriormente no existía; ello es visible con los movimientos pro municipio de San Quintín, aun cuando no fueron exitosos.

Las movilizaciones residenciales en general mostraron que no existían vías individuales para lograr terreno, vivienda o servicios, sino que la organización era la vía legítima desde la visión de todos los actores regionales, no sólo de los propios trabajadores y residentes. En los momentos de mayor conflicto, los pequeños grupos o comités de colonos, muchas veces encabezados por mujeres, acudieron a los líderes visibles o activistas de organizaciones como la CIOAC para lograr una intermediación exitosa o bien usar estrategias más radicales, como fue la toma de la carretera transpeninsular o los plantones en las oficinas de gobierno. Estas estrategias de lucha se convirtieron en el recurso más utilizado por los colonos en la relación con el gobierno. El resultado es una sociedad que, aunque fragmentada por las líneas de clase y etnicidad, ha logrado cierto nivel de integración que ya se refleja en una identidad regional (Giménez, 1994).

*Identidad regional: arraigo, nativismo
y procesos de inclusión/exclusión*

Esta dimensión denota un conjunto de procesos y mecanismos subjetivos en relación con el territorio que deriva en el arraigo a la región, y que se desarrolla en forma conflictiva entre los distintos actores por la inclusión en la comunidad regional.

El desarrollo del apego y arraigo son expresiones del asentamiento que filtran las lógicas de dominación que organizan las relaciones económicas y sociales del territorio, por lo que no todos los inmigrantes siguen el mismo curso en sus procesos de arraigo. Para los inmigrantes pobres y etnizados, los procesos identitarios ceden paso a las estrategias de reproducción que resuelven problemas inmediatos, como vivienda y empleo; sin embargo, muy pronto después de vivir en el hacinamiento de las viviendas controladas, surge la reflexión sobre el deseo y la voluntad de salir de esa situación. Hay un momento detonador

del arraigo marcado por una energía y una orientación vital, en el cual el nuevo lugar es sentido y pensado como hogar y espacio de realización individual y colectiva.

Los ideales de dignidad y libertad asociados con la residencia autónoma y estable caracterizan el proceso de arraigo y asentamiento; no obstante, como vimos en el capítulo VII, el arraigo no es producto sólo de la voluntad de los jornaleros agrícolas, sino que implica una disputa con otros actores en un contexto de discriminación etnorracial y de clase, donde el migrante, como lo señala Balibar (2011), es una nueva categoría racial. La lucha por la inclusión es una contienda de nivel simbólico y práctico que encuentra su expresión más acabada en lo que podemos calificar de ideología nativista, la cual tiene su base en las relaciones económicas de explotación laboral, pero emerge discursivamente en las relaciones políticas con la autoridad gubernamental y con ciertos actores regionales.

El proceso de diferenciación ocupacional y social va acompañado de otra línea de diferenciación y exclusión simbólica con base en la inmigración, que produce una ideología nativista cruzada por la clase y la etnia. Los agentes más activos en torno a esta ideología son los pequeños empresarios, comerciantes, profesionistas y funcionarios de gobierno local, también de origen inmigrante. Ese activismo nativista genera un discurso en los medios de comunicación y en el ejercicio de los funcionarios de gobierno en torno al migrante etnizado; paulatinamente, el perfil de trabajador con demandas laborales ha quedado atrás.

Ahora bien, esta ideología nativista no es homogénea, sino que presenta matices importantes. Por ejemplo, los comerciantes y pequeños empresarios configuran un discurso claramente excluyente, en el que construyen como amenaza a los inmigrantes indígenas y jornaleros, violentos y con costumbres ajenas. En tanto los profesionistas y funcionarios parecen desarrollar un discurso de inclusión paternalista y condicionada, en el que se los construye como extraños con potencialidad de inclusión en la medida en

que se esfuercen, trabajen duro y olviden sus costumbres; o bien a través de su folclorización o conversión religiosa.

Frente a estos mecanismos ideológicos de exclusión están la resistencia y apelación de los activistas de organizaciones y comités de residentes e inmigrantes, a través de sus movilizaciones contra la discriminación y por el derecho de convertirse en residentes sanquintenses, dejando atrás los apelativos de migrantes para ellos y para sus hijos.

En el escenario de disputa simbólica, la condición de migrantes es la fuente más importante de exclusión y que, al cruzarse con la etnicidad, encuentra su justificación ideológica en el racismo hacia los indígenas en la región y en México.

Este proceso de discriminación da origen a otro proceso subjetivo: la desidentificación cultural en los jóvenes de segunda generación, como una estrategia para construir una identidad positiva frente al estigma de migrante indígena jornalero de sus padres y los miembros de la comunidad ancestral. Este mecanismo entraña una alta dosis de violencia simbólica con carga afectiva (De Swaan, 1997), que puede distanciar a los jóvenes de los miembros de su comunidad para lograr una integración menos estigmatizada.

El abordaje metodológico del estudio de la identidad regional como una disputa de actores permite captar la totalidad del campo y algunas líneas ideológicas en disputa, en particular de la importancia simbólica de lo extranjero y de lo indígena en la constitución de la identidad regional, y núcleo del conflicto de clase y étnico; sin embargo, no fue exitoso en captar el conflicto de las relaciones de género, las cuales quedaron oscurecidas por la fuerza de la discriminación como inmigrantes, asociado con la condición de trabajadores del campo e indígenas.

El enfoque de la identidad regional fue complementado y enriquecido por el estudio de las estrategias en el nivel de colonia, en las que los actores movilizan sus recursos culturales y simbólicos para apropiarse y apegarse al nuevo lugar y reconstituirse en términos comunitarios. En el capítulo VIII, es posible apreciar

dichas estrategias de reproducción cultural a través de los rituales festivos y la reconstitución de formas de organización comunitaria con el caso de los triquis de Nuevo San Juan Copala.

SOBRE EL ASENTAMIENTO COMO UN PROCESO DIACRÓNICO

Más allá de los ámbitos y ejes que estructuran el proceso de asentamiento, nuestro libro también conceptualiza y presenta dicho proceso como un fenómeno diacrónico dividido en diferentes etapas. Esta perspectiva diacrónica complementa el enfoque estructural anteriormente reseñado, y aumenta la capacidad heurística para comprender cómo se desarrolla el asentamiento en el tiempo.

Al considerar la conexión histórica de los residentes con su pasado de campesinos y jornaleros móviles, es posible observar el asentamiento como un momento en el largo plazo de desarrollo de este particular modo de producción agroexportador –como se mencionó antes–, en el que se han reintegrado espacialmente los costos de subsistencia y reproducción de la fuerza de trabajo en las regiones de empleo; así mismo, la perspectiva histórica del asentamiento nos permite observar el paulatino desarrollo de estrategias y actores en distintos momentos, que incluyen desde el arribo a la región hasta el momento en que una nueva vida comunitaria surge en las colonias de trabajadores. A continuación, retomamos las etapas planteadas en la introducción para revisarlas en función de los hallazgos.

1. Arribo. Este primer momento consiste en el arribo, hospedaje temporal e incorporación a un empleo. A pesar de que en el caso de los campamentos el empleador organiza este momento, el papel de las redes de parentesco y comunales son muy importantes, como lo muestra el capítulo VIII, con el caso de la comunidad triqui. En este momento, puede haber dos modalidades de agente: el individuo armado con sus múltiples vínculos familiares y comunitarios, y

el grupo doméstico, con su estructura y estrategias de reproducción. La movilidad geográfica puede ser en el interior de la región, en el noroeste mexicano y por temporadas hacia Estados Unidos. La orientación vital en esta etapa está centrada en la sobrevivencia cotidiana, limitada a tener trabajo y la movilidad múltiple ligada con las temporadas de producción agrícola.

2. Independencia residencial. La consecución de la independencia residencial, ya sea de la residencia en el campamento, de la cuartería o del familiar con quien se llegó, caracteriza la segunda etapa del asentamiento. En esta etapa, los lazos familiares se articulan con los de paisanaje y con los surgidos en las nuevas alianzas como trabajadores que comparten un campamento en la acción colectiva. Las organizaciones, grupos o comités de base trabajadora son los agentes de la salida de los campamentos y de la apropiación de terrenos.

Una vez en los terrenos, sucede una reconstitución del hogar en torno a la familia nuclear con un período de reajuste y crisis por la construcción de una vivienda. En este momento, programas de apoyo de instancias de gobierno y de las iglesias son estratégicos, gestionados por las cabezas de familia y los incipientes comités de colonias. La gestión de los servicios de vivienda parece definir un momento distinto, en el que los gestores colectivos juegan un papel estratégico, y donde sobresalen las mujeres. Los servicios públicos comunitarios, como escuelas, canchas deportivas, pavimentación de calles e iglesias son materia de comités de colonias más consolidados, donde las mujeres tienen una función importante, sobre todo para la negociación de las escuelas y los servicios.

Hay dos temas centrales que definen esta fase: la regularización de los terrenos y la dotación de agua. Ambos temas desbordan al agente de los comités de colonias, y surgen alianzas de estos comités con líderes de organizaciones con más visibilidad política. Las negociaciones por propiedad de los terrenos y la distribución del agua tocan un nivel de constitución estructural del Valle, que

involucra intereses más complejos que la dotación de otros servicios, al comprometer a propietarios privados, a empresarios y al Estado. Tierra y agua son los dos recursos naturales base del modelo de producción en la región, que han enfrentado a los pobladores con los intereses del capital transnacional (Zlolski, 2011).

Esta etapa es también de grandes costos financieros, para construir la vivienda, pagar los servicios y regularizar la tierra, ya que, como se demostró, con la autonomía residencial, doméstica y laboral, los costos han recaído en los trabajadores y en el entramado institucional de la región. La movilidad regional, nacional y transfronteriza sirve como estrategia para obtener los recursos económicos, y también implica un período de colaboración intensiva en los niveles familiar y comunitario. Con una combinación de movilizaciones colectivas con base en la colonia y con alianzas entre colonias, sobre todo en torno al agua y la compra de los terrenos, nuevas redes se van formando, ya no como trabajadores, sino como colonos de tipo vecinal y regional. La orientación vital está totalmente centrada en el asentamiento residencial.

3. Arraigo. Una tercera etapa está marcada por el sentido de arraigo y la apropiación de espacios colectivos asociados con la identidad comunitaria, casi siempre local y regional, en algunos casos con matices étnicos, como lo muestra el estudio de caso en el capítulo VIII con la comunidad triqui. Se despliegan estrategias de apropiación del espacio con un sentido simbólico, como renombramiento de colonias, modificación del paisaje con monumentos o murales y proliferación de referencias del origen en los nombres de las tiendas y lugares públicos.

En esta etapa, la constitución del nuevo actor residente está consolidada no sólo como resultado de la acción de los propios colonos, sino por la relación con otros actores que van emergiendo a raíz del crecimiento demográfico de las colonias y de la diversificación de ocupaciones con las consecuencias en la diferenciación social del Valle. Por un lado, los funcionarios de gobierno y los profesionistas (médicos, abogados, dentistas)

desarrollan una política etnizada de los residentes y, por otro, los empresarios convierten a las colonias en sus sitios de reclutamiento de trabajadores con mecanismos de intermediación de contratación y transporte.

4. Disputa. Un cuarto momento está marcado por la disputa entre actores ya constituidos plenamente en un escenario de región que dista mucho de aquél de la década de 1980, y señala la condición de migrante como la fuente de diferenciación cultural central. Ha sido una historia cargada de violencia y enfrentamientos desiguales entre clases sociales, donde los trabajadores y los residentes han llevado la peor parte, pero que muestra a actores que se reconstituyen constantemente, una sociedad civil activa y una comunidad regional sólida.

Los ejes de clase y etnicidad siguen funcionando en el proceso de integración regional, pero no surgen como ejes aislados de las disputas simbólicas entre actores, sino más bien en intersección con la condición de migrantes. La intersección del estigma de migrante con el de indígena y trabajador del campo encuentra su eco en las políticas sociales y culturales hacia los residentes de colonia, y a la vez funciona como una justificación de la exclusión en espacios de representación gubernamental, de acceso a la educación superior o de movilidad hacia otras ocupaciones más allá del campo y del reconocimiento como sanquintenses. Ahora bien, estas disputas desaparecen ante temas y adversarios comunes, como fue el caso de la municipalización. Así, actores enfrentados en el plano simbólico se unen en la causa común de lograr que el Valle tenga el mismo estatus jurídico político que otros municipios del estado de Baja California. En este caso, el discurso de unidad regional adquiere un giro instrumental que diluye las diferencias sociales y culturales en un discurso comunitario.

Ambicioso en su alcance, este libro ha tratado de ampliar la visión parcial centrada en la circulación geográfica y en la población indígena de estudios previos, mostrando la riqueza del asentamiento residencial en sus distintas dimensiones sociales y

culturales. Por otra parte, al enfocarse en la consolidación de la vida en las colonias, nuestro estudio deja fuera el análisis de las migraciones temporales que todavía existen en la región, así como la industria agrícola y de los empresarios como actores locales. Tampoco se aborda los altos costos ecológicos y de sustentabilidad del modelo de producción y de una urbanización desordenada, donde los colonos compiten con los empresarios por recursos naturales como el agua y la tierra.

Más allá de estas limitaciones, otras áreas importantes de la vida en la región quedan para estudios futuros, como la emergencia de una segunda generación nacida o crecida en la región y que mantiene una relación distinta con el mercado de trabajo agrícola y con el lugar de origen de sus progenitores, quienes vieron una gran oportunidad en San Quintín, pero no parece ser el caso de estos jóvenes que desarrollan expectativas que se alejan de la agricultura, tienen escasas opciones laborales y de formación educativa y para quienes la migración internacional o actividades ilícitas resultan a menudo opciones más atractivas. Así mismo resta por comparar los resultados de este estudio con los realizados en otras regiones agroexportadoras que den luz sobre el diferencial impacto global de estos modelos de producción sobre localidades con historias y formaciones sociopolíticas y culturales diferentes, dado que el carácter fronterizo del Valle de San Quintín lo dota de una especificidad respecto de otras regiones.



ANEXOS

NOTA METODOLÓGICA

Sobre la delimitación de la región del Valle de San Quintín

El Valle de San Quintín no corresponde a ninguna entidad administrativa concreta: es un conjunto de localidades rurales y semiurbanas ubicadas en varias delegaciones del municipio de Ensenada, y no existe un consenso sobre sus criterios de delimitación geográfica. Diversos proyectos (de investigación o de intervención) han usado distintas definiciones del área geográfica. Para nuestro proyecto, hemos definido dos universos de estudio: la región amplia de San Quintín y, dentro de ésta, su parte más poblada. La región amplia incluye cuatro delegaciones del municipio de Ensenada: Punta Colonet, Camalú, Vicente Guerrero y San Quintín. El estudio de este universo fue realizado con fuentes secundarias, los Censos de Población y Vivienda (de 1960 a 2010), datos a nivel de localidades, y los registros de la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (Sagarpa). A causa de la extensión geográfica de esta región, las fuentes primarias realizadas por trabajo de campo tuvieron que limitarse a los centros de población de las dos delegaciones más pobladas de la región, Vicente Guerrero y San Quintín (delegaciones 15 y 16 del municipio de Ensenada) que concentran 75 por ciento de la población de la región amplia antes definida. En estas dos delegaciones, se realizaron la encuesta EBIMRE, la encuesta en puntos de movilidad, la observación de colonias, las entrevistas en profundidad y la etnografía de colonia.

La Encuesta Biográfica de Movilidad Residencial y Empleo en San Quintín (EBIMRE) ¹³⁹

La Encuesta Biográfica de Movilidad Residencial y Empleo ha sido diseñada para estudiar los patrones de residencia y empleo en el Valle. Su objetivo específico es documentar el proceso de asentamiento de trabajadores agrícolas en la zona, a partir de información retrospectiva sobre las trayectorias de movilidad residencial de los habitantes de colonias del Valle de San Quintín, acerca de sus trayectorias laborales y varios acontecimientos de la historia de vida familiar; y poder comparar con los residentes de campamentos.

El ámbito geográfico de la encuesta fue la delegación Vicente Guerrero y la delegación San Quintín, en las cuales se consideraron dos ámbitos poblacionales definidos por el tipo de residencia: los habitantes de las colonias y los residentes de los campamentos. Cada ámbito poblacional tiene su propio diseño de muestra.

Para la encuesta en *colonias*, el diseño de muestra se adaptó al patrón de gran dispersión de la población en localidades de diferentes tamaños, al incluir en el marco de muestreo todas las localidades de más de 1 000 habitantes de las delegaciones Vicente Guerrero y San Quintín,¹⁴⁰ en un total de 11 localidades, cinco en la delegación Vicente Guerrero y seis en la delegación San Quintín.¹⁴¹

¹³⁹ Realizada en el marco del proyecto “Migración, trabajo agrícola, etnicidad: la articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín en Baja California” la EBIMRE ha sido financiada por el Conacyt.

¹⁴⁰ En encuestas anteriores, se ha considerado únicamente a las localidades más pobladas de la zona (cabeceras de delegación, El Colef, 2003: “Estudio integral de migración en la región de San Quintín, B.C”). En este proyecto, preferimos incluir un mayor número de localidades, al elegir una extensión geográfica menos extensa.

¹⁴¹ Emiliano Zapata, Poblado Chula Vista (el chorizo), Vicente Guerrero, colonia Lomas de San Ramón (Triquis) y colonia Santa Fe, en la delegación Vicente Guerrero; ejido Profesor Graciano Sánchez, ejido General Leandro Valle, San Quintín, Lázaro Cárdenas, colonia Nueva Era y ejido Papalote en la delegación San Quintín.

El marco de muestreo, basado en la cartografía y el recorrido de campo, fue construido tanto en las viviendas individuales como en las viviendas colectivas de cuarterías que están ubicadas dentro de las colonias. La cartografía de las manzanas proviene del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi): material cartográfico del CINSE 2000 para las localidades de más de 2 500 habitantes (por AGEB), y planos de línea actualizados a 2 000 para las localidades de 1 000 a 2 500 habitantes.¹⁴² El listado de las viviendas fue realizado por recorrido sistemático en cada una de las manzanas seleccionadas.

La selección de las unidades de muestreo fue aleatoria: las manzanas (unidades primarias de muestreo) a partir de la cartografía, se utilizó una estratificación estándar por tamaño de localidad con dos estratos (AGEB rurales y AGEB de localidades de más de 2 500 habitantes) y las viviendas (unidades secundarias) a partir del listado de viviendas, con tasa constante por manzana.

La muestra aleatoria, bietápica y estratificada por tamaño de localidad quedó constituida por 900 viviendas en colonias. La tasa de no respuesta fue de 9.2 por ciento y la muestra final fue de 817 viviendas en las cuales se entrevistó a 848 hogares con un total de 3 766 personas.

La encuesta en *campamentos* (hogares colectivos, propiedad de los patrones de ranchos agrícolas, ubicados dentro de las propiedades agrícolas) fue realizada en 10 campamentos a los cuales se pudo tener acceso por los contactos establecidos durante el trabajo de campo. En estos 10 campamentos, se seleccionó de manera aleatoria un total de 129 cuartos considerados como viviendas, en los cuales se entrevistó a 131 hogares con un total de 459 personas. Por dificultades de campo en este ámbito, el levantamiento fue más difícil en cuartos con varios hombres, por lo que es posible que la encuesta haya subestimado los hombres solos dentro de los residentes de campamentos.

¹⁴² Estos planes de línea para AGEBS rurales fueron comprados al Inegi.

Realizada del 20 de mayo al 7 de julio de 2005, la encuesta tiene diversos ámbitos temporales: la sección de hogar, que recopila información de todos los miembros del hogar, se refiere a la semana anterior a la entrevista, y la sección biográfica colecta información retrospectiva sobre los años de vida del jefe de hogar o de su cónyuge.

El cuestionario cuenta con cuatro secciones: I. Características de la vivienda, II. Residentes del hogar, III. Historia de vida individual (del jefe o cónyuge del jefe de hogar), IV. Antecedentes de los padres. La sección III, biográfica, fue diseñada como una adaptación del cuestionario de la Encuesta Demográfica Retrospectiva EDER (El Colef, 1998) que recaba desde forma matricial los datos de los sucesos y estados a lo largo de los años de vida de los individuos.

CUADRO 8. Distribución de la población según tamaño de localidad en el Valle de San Quintín, 2000 y 2010

Tamaño de localidad	Población						Localidades					
	2000			2010			2000			2010		
	Número	Proporción	Número	Proporción	Número	Proporción	Número	Proporción	Número	Proporción	Número	Proporción
1 a 99 habitantes	4 845	6.5	3 405	3.6	353	86.3	314	87.0				
100 a 2 499 habitantes	26 811	36.0	27 285	29.0	49	12.0	37	10.3				
2 500 a 15 000 habitantes	42 771	57.5	46 993	50.0	7	1.7	9	2.5				
Más de 15 000 habitantes	0	-	16 294	17.3	0	-	1	0.3				
Total	74 427	100	93 977	100	409	100	361	100				

Fuente: Cálculos del proyecto El Colef-Conacyt basados en datos del XII Censo general de población y vivienda 2000 y Censo de población y vivienda 2010 (Inegi, 2000 y 2010).

CUADRO 9. Distribución de la población económicamente activa según ramas de actividad y grupos de edad, San Quintín, 2005

	Grupos de edad (%)				Total
	Menos de 15	de 15 a 29	de 30 a 44	45 y más	
Horticultura	94.40	60.40	42.80	42.80	51.40
Servicios relacionados con la agricultura		4.30	4.40	5.30	4.40
Secundario y otros	2.80	8.20	13.70	11.00	10.60
Comercio y restaurantes		12.00	12.40	21.80	13.70
Financieros, educación, salud, administración pública		10.60	18.30	11.00	13.20
Servicios personales	2.80	4.50	8.40	7.80	6.50
Total	100	100	100	100	100

Fuente: cálculos propios a partir de la encuesta EBIMRE (2005).

CUADRO 10. Participantes del Primer Taller de Intervención Sociológica 2005

Cargo	Sexo	Organización	Lengua
Presidente	H	Asociación de Apoyo a Comunidades Indígenas del Valle, colonia 13 de Mayo	Mixteco-español
Representante	H	Frente Indígena de Lucha Triqui (FILT) y delegado de la CDI	Triqui-español
Representante	H	Fondos Regionales para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas	Triqui-español
Presidente	H	Asociación de Pueblos Indígenas del Valle de San Quintín	Mixteco-español
Locutor	H	Radio la Voz del Valle XEQVIN*	Triqui-español
Presidente	H	Frente Nacional Indígena Campesino (FNIC)*	Triqui-español
Presidente	H	Comité de la colonia Nueva Era	Triqui
Presidente	H	Comité de la colonia La Coyotera	
Representante	H	Comité de Colonia Santa Fe Braulio Maldonado	Español (Guerrero)
Presidente	H	Comité de Colonia Santa Fe de B. M.	Español (se considera indígena)
Tesorero	H	Junta de Mejoras de la colonia Nueva Era	Español (Oaxaca)
Miembro	H	Coordinadora de Comités de Jornaleros Indígenas	Español (B. C.)
Presidente	H	Comité de colonia Lomas de San Ramón, Región 1 y 2	Español (Oaxaca)
Presidenta	M	Mujeres en Defensa de la Mujer. A.C.	Mixteco

(continúa)

(continuación)

Cargo	Sexo	Organización	Lengua
Tesorera	M	Comité de la Colonia Graciano Sánchez	Mixteco
Presidenta	M	Comité Directivo Estatal del FNIC	Español (Guanajuato)

* Programas de Gobierno Federal con participación comunitaria.

Fuente: Elaboración propia con base en el Primer Taller de Intervención Sociológica, 24 de julio de 2005, Valle de San Quintín.

CUADRO 11. Otros actores participantes en el Segundo Taller de Intervención Sociológica (aliados y adversarios) 2005

Cargo	Sexo	Institución / Organización	Origen / Lengua
<i>Funcionario de Gobierno</i>			
Representante	F	DIF	Ensenada / Español
Procuraduría	F	DIF	Guadalajara / Español
Supervisora municipal	F	DIF	Ensenada / Español e inglés
Empleado	M	Procuraduría de Derechos Humanos	Ensenada / Español
Visitador auxiliar para grupos vulnerables	M	Procuraduría de Derechos Humanos	Oaxaca / Triqui
Coordinador médico	M	IMSS -Solidaridad Hospital	Sinaloa / Español
Representante del secretario de Gobierno de San Quintín	M	Gobierno de San Quintín	Coahuila / Español

(continúa)

(continuación)

Cargo	Sexo	Institución / Organización	Origen / Lengua
<i>Funcionario eclesiástico</i>			
Administrador de la casa para niños necesitados Cristo por su Mundo	M	Iglesia Cristo por su Mundo	Tlaxcala / Inglés y español
<i>Empresarios agrícolas</i>			
Representante de productores, hortalizas y empresario agrícola	M	Asociación de Productores de Hortalizas del Valle de San Quintín y dueño de Rancho Seco	Zacatecas / Español
<i>Empresarios de transporte y medios de comunicación</i>			
Director del periódico <i>Los Volcanes</i> y propietario de funeraria	M	Periódico <i>Los Volcanes</i> y Funeraria del Valle	Ensenada / Español
Presidente Asociación de Transportistas	M	Consejo de Administración de Autotransportes del Valle de Camalú, B. C.	No especifica / Español

Fuente: Elaboración propia con base en el Segundo Taller de Intervención Sociológica, 14 de agosto de 2005, Valle de San Quintín.

CUADRO 12. Participantes en el Tercer Taller de Intervención Sociológica 2005

Cargo	Sexo	Institución/Organización	Origen/Lengua
Presidente	H	Asociación en apoyo a Comunidades Indígenas del Valle, colonia 13 de mayo	Mixteco-español

(continúa)

(continuación)

Cargo	Sexo	Institución/Organización	Origen/Lengua
Representante	H	Frente Independiente de Lucha Triqui (FILT)/ Delegado Consejo Nacional de los Pueblos Indígenas	Triqui-español
Integrante	H	Fondo Regional para el Desarrollo de los Grupos Étnicos	Mixteco-español
Presidente	H	Fondo Regional para el Desarrollo de los Grupos Étnicos	Mixteco-español
Integrante	H	Comisión de seguimiento y evaluación de la Radio XEQUIN	Mixteco-español
Presidente	H	Frente Nacional Indígena Campesino (FNIC)	Triqui-español
Presidenta	M	Comité Directivo Estatal del FNIC	Español (Guanajuato)
Presidente	H	Comité de la colonia Santa Fe de Braulio Maldonado	Español (Se considera indígena)
Presidente	H	Junta de mejora de la colonia Nueva Era	Español (Oaxaca)
Integrante	H	Coordinadora de comités de jornaleros agrícolas y comunidades indígenas	Español (Oaxaca)
Presidente	H	Comité Lomas de San Ramón, Sección I y II	Español (Oaxaca)
Presidenta	M	Comité de colonia 13 de mayo	Español (Baja California)
Tesorera	M	Comité de la colonia Graciano Sánchez	Mixteco-español
Integrante	H	Fondo Regional del Valle de San Quintín Col. Santa Fe	Mixteco-español
Integrante	H	Comité de la colonia Nueva Era	Triqui-español
Líder social	H	Col. Coyotera, Camalú.	Mixteco-español

(continúa)

(continuación)

Cargo	Sexo	Institución/Organización	Origen/Lengua
Integrante	H	Asociación Civil de la colonia Sta. Fe de Braulio Maldonado	Español (Baja California)
Presidenta	M	Comité colonia 13 de mayo	Español (Baja California)
Integrante	H	CIOAC	Español (Sinaloa)
Integrante	H	CIOAC y Comité de Colonia Graciano Sánchez	Español (Sinaloa)
Secretario General	H	CIOAC	Español (Oaxaca)
Integrante	H	MUJI A.C.	Español (Baja California)
Presidenta	M	Mujeres en Defensa de la Mujer Indígena	Mixteco-español

Fuente: Elaboración propia con base en el Tercer Taller de Intervención Sociológica, 4 de septiembre de 2005. Valle de San Quintín.



BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- ADLER LOMNITZ, Larissa y Marisol PÉREZ LIZAUER, 1993, *Una familia de la élite mexicana, 1820-1980. Parentesco, clase y cultura*, México, Alianza Editorial.
- AGENCIA FRONTERIZA DE NOTICIAS, 2010, “Explotan a 60 mil jornaleros en San Quintín: CIOAC, Tijuana, B. C., 2 de agosto, en <<http://www.afntijuana.info/afn/2010/08/explotan-a-60-mil-jornaleros-en-san-quintin-cioac/>>, consultado el 23 de enero de 2012.
- ALANÍS, Fernando Saúl, 2007, *Que se queden allá. El gobierno de México y la repatriación de mexicanos en Estados Unidos (1934-1940)*, México, El Colef/El Colegio de San Luis.
- ANDERSON, Benedict, 1993, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ATERIDO REYES, Carmen PAGÉS y Mary HALLWARD-DRIEMEIER [working paper], 2011, “Does Expanding Health Insurance beyond Formal Sector Workers Encourage Informality? Measuring the Impact of Mexico’s Seguro Popular”, *Policy Research Working Paper Series*, Washington, World Bank, Development Research Group, Financial and Private Sector Development Network & Inter-American Development Bank, en <http://www.wds.worldbank.org/external/default/WDSContentServer/IW3P/IB/2011/08/31/000158349_20110831083052/Rendered/PDF/WPS5785.pdf>, consultado el 20 de septiembre de 2012.
- BACON, David, 2002, “Build a House, Go to Jail”, *LA Weekly*, en “News”, Los Ángeles, CA, 29 de agosto, en <<http://www.laweekly.com/2002-08-29/news/build-a-house-go-to-jail/>>, consultado el 23 de enero de 2012.

- BALIBAR, Etienne, 1991, “Is there a ‘Neo-Racism’?”, en Etienne Balibar e Immanuel Wallerstein, *Race, Nation, Class. Ambiguous Identities*, Londres, Verso, pp. 17-28.
- BALIBAR, Etienne, 2011, “Toward a Diasporic Citizen? From International to Cosmopolitics”, en Françoise Lionnet y Shu-mei Shih, eds., *The Creolization of Theory*, Durham, NC, Duke University Press, pp. 207-226.
- BANCO DE MÉXICO, 1989, Informe Anual 1988, México, D. F., en <<http://www.banxico.org.mx/publicaciones-y-discursos/publicaciones/informes-periodicos/anual/{97A3458B-3A93-DEF8-A754-0FAE2418FAB5}.pdf>>, consultado el 15 de octubre de 2014.
- BARBOSA, Guadalupe y Martín BARRÓN, 1983, “San Vicente y San Quintín”, en David Piñera, coord., *Panorama histórico de Baja California*, México, Centro de Investigaciones Históricas/UNAM/UABC, pp. 247-252.
- BARRÓN, Antonieta, 1999, “Las migraciones en los mercados de trabajo de cultivos intensivos en fuerza de trabajo: un estudio comparativo”, en Hubert C. de Grammont, Manuel Ángel Gómez Cruz, Humberto González y Rita Schwentesius Rindermann, coords., *Agricultura de exportación en tiempos de globalización: el caso de las hortalizas, frutas y flores*, México, CIESTAAM/UACH/UNAM/CIESAS/Juan Pablos Editor, pp. 255-284.
- BARTH, Fredrik, 1969, “Introduction”, en Fredrik Barth, edit., *Ethnic Groups and Boundaries: The Social Organization of Cultural Difference*, Londres, George Allen & Unwin, pp. 9-38.
- BARTOLOMÉ, Miguel Alberto, 1997, *Gente de costumbre y gente de razón. Las identidades étnicas en México*, México, Siglo XXI Editores.
- BAUMAN, Zygmunt, 2001, *La globalización. Consecuencias humanas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- BAUTISTA, Camilo, 2005, “Nuevo San Juan Copala. La historia de un Pueblo Trique en Baja California”, Valle de San Quintín, Baja California, mimeo.

- BENMAYOR, Rina y Andor SKOTNES, 2005, “Some Reflections on Migration and Identity”, en Rina Benmayor y Andor Skotnes, edits., *Migration and Identity*, New Brunswick, Transaction Publishers, pp. 1-18.
- BESSERER, Federico, 1999, *Moisés Cruz: historia de un transmigrante*, México, Universidad de Sinaloa.
- BONFIL, Guillermo, 1990, *México profundo: una civilización negada*, México, Grijalbo.
- CÁMARA DE DIPUTADOS, 2009, *Gaceta Parlamentaria*, N 2714-V, 10 de marzo, en <<http://gaceta.diputados.gob.mx/Gaceta/60/2009/mar/20090310-V.html>>, consultado el 11 de noviembre de 2012.
- CERUTTI, Mario, 2011, “El noroeste agrícola hacia 1950. La nueva trayectoria del desarrollo regional”, en José Alfredo Gómez Estrada y Araceli Almaraz Alvarado, coords., *Inversiones, colonización y desarrollo económico en el noroeste de México, 1870-1940*, Universidad Autónoma de Baja California/El Colegio de la Frontera Norte, pp. 289-342
- CERVANTES, Miguel, 1987a, “Benito García, líder mixteco, en el ojo de la Tormenta. División en Psum y Cioac”, *Semanario ZETA*, 3 de mayo, pp. 18-19.
- CERVANTES, Miguel, 1987b, “Más amenazas de crimen luego de morir Maclovio, el líder Mixteco”, *Semanario ZETA*, 10 de julio, pp. 12-14.
- CLARK, Víctor, 1985, “Los mixtecos de la costa de Baja California. Prisioneros de su miseria y su destino”, *Semanario ZETA*, 17 de mayo, pp. 17-19.
- COUBÈS, Marie-Laure, 2003, “Evolución del empleo fronterizo en los noventa: efectos del TLCAN y de la devaluación sobre la estructura ocupacional”, *Frontera Norte*, México, vol. 15, núm. 30, julio-diciembre, pp. 33-64.
- COUBÈS, Marie-Laure; Christian ZLOLNISKI y Laura VELASCO, 2009, “Asentamiento residencial y movilidad en el Valle de San Quintín: Reflexión metodológica sobre una investigación interdisciplinaria”

- ria”, en Liliana Rivera Sánchez y Fernando Lozano Ascencio, coords., *Encuentros disciplinarios y debates metodológicos: La práctica de la investigación sobre migraciones y movilidades*, México, CRIM-UNAM/Miguel Ángel Porrúa, pp. 27-55.
- CRUZ, Javier, 1993, “Benito García, líder mixteco, mató a Maclovio Rojas en 1987”, *Semanario ZETA*, 25 de junio, pp. 54A-56A.
- CRUZ, Javier, 1999, “Bonfilio Herrera Martínez: en San Quintín atentaría contra el gobernador y se suicidó”, *Semanario ZETA*, 14 de mayo, p. 34A.
- CRUZ, Carlos; Rodolfo DE LA TORRE y César VELÁZQUEZ [informe compilatorio], 2006, *Evaluación externa de impacto del Programa Oportunidades 2001-2006*, México, Instituto Nacional de Salud Pública, en <http://www.oportunidades.gob.mx/EVALUACION/es/wersd53465sdg1/docs/2006/insp_2001_2006_compilatorio.pdf>, consultado el 18 de julio de 2011.
- DE GENOVA, Nicholas, 2005, *Working the Boundaries: Race, Space, and “Illegality” in Mexican Chicago*, Durham, NC, Duke University Press.
- DE GRAMMONT, Hubert, 2004, “La Nueva Ruralidad en América Latina”, *Revista Mexicana de Sociología*, año 66, núm. especial, México, UNAM-IIS, pp. 279-300.
- DE GRAMMONT, Hubert, 2009, “La desagrarización del campo mexicano”, *Convergencia*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, vol. XVI, núm. 50, pp. 1405-1435.
- DE GRAMMONT, Hubert y Sara LARA FLORES, 2010, “Productive Restructuring and Standardization in Mexican Horticulture: Consequences for Labour”, *Journal of Agrarian Change*, vol. 10, núm. 2, abril, pp. 228-250.
- DEL ACEBO, Enrique, 1996, *Sociología del arraigo. Una lectura crítica de la teoría de la ciudad*, Buenos Aires, Editorial Claridad.
- DE LA GARZA, Enrique, 2003, “La crisis de los modelos sindicales y sus opciones”, en Enrique de la Garza Toledo y Carlos Salas, coords., *La situación del trabajo en México*, México, Plaza y Valdés, pp. 353-385.

- DE SWAAN, Abram, 1997, “Widening Circles of Disidentification: On the Psycho- and Sociogenesis of the Hatred of Distant Strangers – Reflections on Rwanda”, *Theory, Culture & Society*, vol. 14, núm. 2, pp. 105-22.
- DEHOUE, Danièle, 1976, *El tequio de los santos y la competencia entre los mercaderes*, México, Instituto Nacional Indigenista.
- DESARROLLO INTEGRAL DE LA FAMILIA (DIF), 2005, “Censo Colonia Santa Fe”, realizado por Braulio Maldonado, mimeo.
- DESARROLLO INTEGRAL DE LA FAMILIA (DIF) [publicación digital], sin fecha, “Haciendo la diferencia”, Portal del Gobierno de Baja California, Mexicali, Baja California, en <<http://www.bajacalifornia.gob.mx/portal/gobierno/4InformeDIF/4InformeDIF.pdf>>, consultado el 21 de octubre de 2013.
- DEWEESE-PARKINSON, Lynn [blog], 2006, “Maclovio Rojas”, *Tjbible*, México, 26 de marzo, en <<http://tjbible.blogspot.mx/2006/03/maclovio-rojas.html>>, consultado el 11 de abril de 2012.
- DIARIO OFICIAL DE LA FEDERACIÓN (DOF), 2006, *Acuerdo por el que se modifican las reglas de operación del Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas, para el ejercicio fiscal 2006*, <http://dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=2121279&fecha=17/02/2006>, consultado el 6 de agosto de 2014.
- DU BRY, Travis Anthony [ponencia], 2003, “The New Pioneers: Farm Laborers, Settlement and Community in the California Dessert”, Saltillo, Universidad Autónoma de Coahuila.
- DU BRY, Travis Anthony, 2007, *Immigrants, Settlers, and Laborers: The Socioeconomic Transformation of a Farming Community*, Nueva York, LFB Scholarly Publishing.
- EL COLEGIO DE LA FRONTERA NORTE (El Colef), 1998, *Encuesta Demográfica Retrospectiva*, México, en <<http://www.colef.mx/eder/>>, consultado el 30 de octubre de 2013.
- EL COLEGIO DE LA FRONTERA NORTE (El Colef), 2003, Cédulas de observación de campo, Valle de San Quintín.

- EL COLEGIO DE LA FRONTERA NORTE (El Colef), 2003, *Encuesta sociodemográfica y de migración en la región de San Quintín, B.C.*, Tijuana, México.
- ENCUESTA BIOGRÁFICA DE MOVILIDAD RESIDENCIAL Y EMPLEO (EBIMRE), 2005, San Quintín, Baja California, El Colegio de la Frontera Norte.
- ENCUESTA EN PUNTOS DE MOVILIDAD 2003-2004 [Proyecto], *Migración, trabajo agrícola y etnicidad: la articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín, Baja California*, México, El Colef/Conacyt.
- ESCOBAR-LATAPÍ, Agustín y Mercedes GONZÁLEZ-DE LA ROCHA, 2005, *Evaluación externa de impacto 2004. Evaluación cualitativa de mediano plazo del Programa Oportunidades en zonas rurales*, México, Instituto Nacional de Salud Pública, en <http://www.sedesol.gob.mx/work/models/SEDESOL/Resource/1681/1/images/evaluacion_cualitativa.pdf>, consultado el 10 de noviembre de 2012.
- FIGUEROA, Teresa, 2002, *Mexican Immigrant Family Farmers in the California Strawberry Industry*, Doctoral Dissertation, Department of Anthropology, Santa Barbara, University of California.
- FLORES LUA, Graciela, Luisa PARÉ Y Sergio SARMIENTO, 1988, *Las voces del campo: Movimiento campesino y política agraria, 1976-1984*, México, D. F., Siglo XXI/UNAM.
- FRÉMONT, Armand, 1999, *La region, espace vécu*, París, Champs Essais.
- FRENTE POPULAR REVOLUCIONARIO, sin fecha, “El gobierno de Baja California es un gobierno fascista que violó la tregua al encarcelar al compañero Julio Sandoval Cruz”, en <<http://www.bandera-roja.com/juliosandoval.htm>>, consultado el 10 de diciembre de 2011.
- FRIEDLAND, William H., 1994, “The New Globalization: The Case of Fresh Produce”, en Alessandro Bonanno, Lawrence Busch, William H. Friedland, Lourdes Gouveia y Enzo Mingione, eds., *From*

- Columbus to ConAgra: The Globalization of Agriculture and Food*, Lawrence, Kansas: University of Kansas Press, pp. 210-230.
- GALLARDO, Magdaleno [tesis de maestría], 2010, “Reestructuración productiva en la horticultura del Valle de San Quintín, Baja California, y su impacto en la generación del empleo de 1994 a 2008”, México, Estudios de Población, El Colegio de la Frontera Norte.
- GARCÍA, Víctor [tesis de doctorado], 1992, “Surviving Farm Work: Economic Strategies of Mexican and Mexican American Households in a Rural Californian Community”, Santa Barbara, University of California.
- GARCÍA Salazary, José Alberto y José Miguel OMAÑA SILVESTRE, 2001, “Fuentes de crecimiento del empleo en el sector agrícola del norte de México”, *Frontera Norte*, México, vol. 13, núm. 25, enero-junio, pp. 71-93.
- GARDUÑO, Everardo; Efraín GARCÍA y Patricia MORÁN, 1989, *Mixtecos en Baja California: el caso de San Quintín*, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California.
- GIDDENS, Anthony, 1990, *The Consequences of Modernity*, Cambridge, Polity Press.
- GIMÉNEZ, Gilberto, 1994, “Apuntes para una teoría de la región y de la identidad regional”, *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, México, vol. 6, núm. 18, pp. 165-173.
- GIMÉNEZ, Gilberto, 2009, *Identidades sociales*, México, Conaculta/ Instituto Mexiquense de la Cultura.
- GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA, 2007, “Estudio Técnico”, Acuerdo del Ejecutivo del Estado por medio del cual se aprueba el programa de Ordenamiento Ecológico de la Región de San Quintín, en Periódico oficial del Estado de Baja California, tomo CXIV, núm. 25, sección II, en <http://www.semarnat.gob.mx/temas/ordenamientoecologico/Documents/documentos%20decretados/actualizacion_2012/estudio_tecnico_poe_san_quintin.pdf>, consultado el 7 de octubre de 2013.

- GOLDRING, Luin y Patricia LANDOT, 2009, "Reformulaciones de las unidades, identidades, temporalidad, cultura y contextos: reflexiones sobre la investigación de los movimientos migratorios", en Liliana Rivera Sánchez y Fernando Lozano Ascencio, coords., *Encuentros disciplinarios y debates metodológicos: La práctica de la investigación sobre migraciones y movilizaciones*, México, CRIM-UNAM/Miguel Ángel Porrúa, pp. 125-161.
- GONZÁLEZ, Héctor, 1987, "San Quintín Dividido", *Semanario ZETA*, 24 de abril, pp. 32-33.
- GRANOVETTER, Mark y Richard SWEDBERG, 1992, *The Sociology of Economic Life*, Colorado, Westview Press.
- GRÁVALOS, Esther y Alejandro GARCÍA, 2001, "Seminis Vegetable Seeds", *AgBio Forum*, vol. 4, núm. 1, pp. 40-45.
- GUERRA OCHOA, María Teresa, 2007, "La seguridad social de los trabajadores del campo en México", Asociación Iberoamericana de Juristas del derecho del Trabajo y la Seguridad Social "Dr. Guillermo Cabanellas", 7 de noviembre, en <<http://aijdtssgc.org/2007/11/07/la-seguridad-social-de-los-trabajadores-del-campo-en-mexico/>>, consultado el viernes 26 de octubre 2012.
- GUHA, Ranajit, 1982, "On Some Aspects of the Historiography of Colonial India", *Subaltern Studies*, vol. 1, Oxford University Press, pp. 37-44.
- HALEY, Brian, 2009, *Reimagining the Immigrants. The Accommodation of Mexican Immigrants in Rural America*, Nueva York, Palgrave MacMillan.
- HARO, Sergio, 1987, "La expulsión de Benito García no resuelve el problema, lo agrava", *Semanario ZETA*, 19 de junio, pp. 24-25.
- HARO, Sergio, 1988, "Moreno Berry alienta a Benito García invadir tierras en San Quintín", *Semanario ZETA*, 22 de enero, pp. 17-18.
- HAYANO, David, 1981, "Ethnic Identification and Disidentification: Japanese-American Views of Chinese-Americans Ethnic Groups", *Ethnic Groups: an International Periodical of Ethnic Studies*, vol. 3, núm. 2, pp. 157-71.

- HERNÁNDEZ ROMERO, Manuel Adrián, 2012, “Nothing to Learn? Labor Learning in California’s Farmwork”, *Anthropology of Work Review*, vol. 33, núm 2, pp. 73-88.
- HEWITT DE ALCÁNTARA, Cynthia, 1978, *Modernización de la agricultura mexicana*, México, Siglo XXI Editores.
- HEYMAN, Josiah, 2012, “Construcción y uso de tipologías: movilidad geográfica desigual en la frontera México-Estados Unidos”, en Marina Ariza y Laura Velasco, coords., *Métodos cualitativos y su aplicación empírica. Por los caminos de la investigación sobre migración internacional*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM/El Colegio de la Frontera Norte, pp. 419-454.
- HONDAGNEU-SOTELO, Pierrette, 1994, *Gendered Transitions: Mexican Experiences of Immigration*, Berkeley, University of California Press.
- HORNE, Adele [DVD], 2006, “The Tailenders”, *New Day Films*, Nueva York, en <<http://www.newday.com/films/tailenders.html>>, consultado el 10 de noviembre de 2012.
- HUNTINGTON, Samuel, 2004, *Who Are We? The Challenges to America’s National Identity*, Nueva York, Simon and Shuster.
- INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL (IMSS), 2010, “Diagnóstico de Salud en Comunidad”, México, IMSS.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y GEOGRAFÍA (Inegi), 1960, *VIII Censo general de población 1960*, México, en <<http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/ccpv/cpv1960/default.aspx>>, consultado el 7 de octubre de 2013.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y GEOGRAFÍA (Inegi), 1970, *IX Censo General de Población 1970*, México, en <<http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/ccpv/cpv1970/default.aspx>>, consultado el 7 de octubre de 2013.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y GEOGRAFÍA (Inegi), 1990, *Censo general de población y vivienda 1990*, México, en <<http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/ccpv/cpv1990/default.aspx>>, consultado el 7 de octubre de 2013.

- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y GEOGRAFÍA (Inegi), 2000, *Censo general de población y vivienda 2000*, México, en <<http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/Proyectos/ccpv/cpv2000/default.aspx>>, consultado el 7 de octubre de 2013.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y GEOGRAFÍA (Inegi), 2009 “6. Salarios”, *Estadísticas de México*, México, en <http://www.inegi.org.mx/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/integracion/pais/historicas10/Tema6_Salarios/pdf>, consultado el 9 de septiembre de 2013.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y GEOGRAFÍA (Inegi), 2010, *Censo de población y vivienda 2010*, México, en <<http://www.censo2010.org.mx/>>, consultado el 7 de octubre de 2013.
- KRISSMAN, Fred, 2000, “Immigrant Labor Recruitment: U. S. Agribusiness and Undocumented Migration from Mexico”, en Nancy Foner, Rubén Rumbaut y Steven Gold, edits., *Immigration Research for a New Century*, Nueva York, Russel Sage Foundation, pp. 277-300.
- LARA FLORES, Sara María, 2000, “Características de las migraciones rurales hacia regiones hortícolas en el noroeste de México”, *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo: Reestructuración y Trabajo en la Producción Agroalimentaria*, vol. 6 núm. 12, Sao Paulo, Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo, pp. 71-88.
- LARA FLORES, Sara María, 2003, “La migración jornalera, antesala de las migraciones ilegales hacia Estados Unidos”, *México Indígena*, vol. 2, núm. 6, diciembre, pp. 6-12.
- LARA FLORES, Sara María, 2006, “El trabajo en la agricultura: un recuento sobre América Latina”, en Enrique de la Garza Toledo, coord., *Teorías sociales y estudios del trabajo: nuevos enfoques*, Barcelona, Anthropos, pp. 323-343.
- LARA FLORES, Sara María, 2010, “Los ‘encadenamientos migratorios’ en regiones de agricultura intensiva de exportación

- en México”, en Sara María Lara Flores, coord., *Migraciones de trabajo y movilidad territorial*, México, Conacyt/Miguel Ángel Porrúa, pp. 251-279.
- LARA FLORES, Sara María, 1998, *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana*, México, Juan Pablos Editor.
- LARA FLORES, Sara María y Hubert C. DE GRAMMONT, 2011, “Reestructuraciones productivas y encadenamientos migratorios en las hortalizas sinaloenses”, en Sara María Lara Flores, coord., *Los encadenamientos migratorios en espacios de agricultura intensiva*, México, El Colegio Mexiquense/Miguel Ángel Porrúa, pp. 33-78.
- LASH, Scott y John URRY, 1987, *The End of Organized Capitalism*, Madison, Wisconsin, University of Wisconsin Press.
- LLAMBÍ, Luis, 1994, “Globalización y nueva ruralidad en América Latina: una agenda teórica y de investigación”, *ALASRU-Revista Latinoamericana de Sociología Rural*, núm. 2, pp. 29-39.
- LEWIN FISCHER, Pedro y Fausto SANDOVAL CRUZ, 2007, *Triquis*, México, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) [Colección Pueblos Indígenas Contemporáneos].
- LIMA, Carlos, 1999, “Protestan Jornaleros”, *Frontera*, 10 de agosto, p. 5.
- LÓPEZ BÁRCENAS, Francisco, 2009, *San Juan Copala. Dominación política y resistencia popular*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/MC Editores [Colección Teoría y Análisis].
- LOMNITZ-ADLER, Claudio, 1992, “Concepts for the Study of Regional Culture”, en Eric van Young, coord., *Mexico’s Regions: Comparative History and Development*, California, UCSD-Center for US-Mexican Studies, pp. 59-89.
- LOS ANGELES INDEPENDENT MEDIA CENTER, 2002, “About the Heroic Struggle of Maclovio Rojas in Tijuana”, Los Ángeles, 15 de agosto, en <<http://la.indymedia.org/news/2002/08/18391.php>>, consultado el 23 de enero de 2012.
- MAGAÑA, Mario Alberto, 1998, *Población y misiones de Baja California. Estudio histórico demográfico de la misión de Santo*

- Domingo de la frontera: 1775-1850*, México, El Colegio de la Frontera Norte.
- MANRIQUE, Blas, 1984, “Serio golpe al PRI. La CIOAC reúne 6 mil campesinos”, *Semanario ZETA*, 5 de octubre, pp. 30-32.
- MANRIQUE, Blas, 1985, “San Quintín: el valle de la muerte”, *Semanario ZETA*, 18 de enero, pp. 28-31.
- MARTÍNEZ CASAS, Regina y Guillermo DE LA PEÑA, 2004, “Migrantes y comunidades morales: Resignificación, etnicidad y redes sociales en Guadalajara, México”, *Revista de Antropología Social*, vol. 13, año 13, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, pp. 217-251.
- MARTÍNEZ, Hugo, 1996, “No teníamos qué comer”, *Reforma*, 6 de julio, p. 6.
- MARTÍNEZ NOVO, Carmen, 2004, “The Making of Vulnerabilities: Indigenous Day Laborers in Mexico’s Neoliberal Agriculture”, *Identities: Global Studies in Culture and Power*, vol. 21, núm. 2, pp. 215-239.
- MARTÍNEZ, Sárnh [tesis de doctorado], 2006, “Sistemas productivos locales e integración económica: el caso de Baja California, México”, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid.
- MELUCCI, Alberto, 1989, *Nomads of the Present*, Londres, Hutchinson Radius.
- MELUCCI, Alberto, 1992, “Frontier Land: Collective Action between Actors and Systems”, en Mario Diani y Ron Eyerman, eds., *Studying Collective Action*, Londres, Sage Publications, pp. 238-258.
- MELUCCI, Alberto, 2001, *Challenging Codes. Collective Action in the Information Age*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MOSSO, Rosario, 1993, “Benito García se defiende”, *Semanario ZETA*, 20 de agosto, p. 58A.
- MUÑOZ, José Esteban, 1999, *Disidentifications: Queers of color and the Performance of Politics*, Estados Unidos, Universidad de Minnesota.
- NARRO ROBLES, José; David MOCTEZUMA NAVARRO y Lourdes OROZCO HERNÁNDEZ, 2010, “Hacia un nuevo modelo de seguridad

- social”, Economía UNAM, México, UNAM, vol. 7, edición especial, pp. 7-33, en <<http://www.ejournal.unam.mx/ecu/ecunam20/ECU002000701.pdf>>, consultado el 24 de octubre de 2012.
- NGAI, Mae, 1999, “The Architecture of Race in American Immigration Law: A Reexamination of the Immigration Act of 1924”, en *The Journal of American History*, vol. 86, núm. 1, pp. 67-92.
- PACHECO, Benjamín, 2006a, “Adeuda Los Pinos 20 mdp al IMSS”, *El Vigía*, 21 de febrero.
- PACHECO, Benjamín, 2006b, “Nadie debe estar exento de pagar al IMSS: PAN”, *El Vigía*, 23 de febrero.
- PALERM, Juan Vicente [reporte de trabajo], 1989, “Latino Settlements in California”, *The Challenge: Latinos in a Changing California*, Riverside, University of California.
- PALERM, Juan Vicente, 1999, “Las nuevas comunidades mexicanas en los espacios rurales de Estados Unidos: a propósito de una reflexión acerca del quehacer antropológico”, *Áreas. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 19, pp. 153-180.
- PALERM, Juan Vicente, 2002, “Immigrant and Migrant Farmworkers in the Santa Maria Valley”, en Carlos Vélez-Ibáñez y Anna Sampaio, eds., *Transnational Latino/a Communities. Politics, Processes and Cultures*, Lanham, Maryland, Rowman and Littlefield Publishers, pp. 221-250.
- PALERM, Juan Vicente, 2010, “De colonias a comunidades: la evolución de los asentamientos mexicanos en la California rural”, en Sara María Lara Flores, coord., *Migraciones de trabajo y movilidad territorial*, México, Conacyt/Miguel Ángel Porrúa, pp. 221-250.
- PARÉ, Luisa, 1991, “El debate sobre el problema agrario en los setenta y ochenta”, *Nueva Antropología*, México, Instituto de Investigaciones Jurídicas-UNAM, vol. 11, núm. 39, junio, pp. 9-26.
- PARIS POMBO, María Dolores, 2010, “Comunidades triquis multilocales”, en María Dolores Paris Pombo, Aurora Furlong y Raquel Álvarez, coords., *Migraciones laborales: nuevos flujos*

- e identidades*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Universidad de Los Andes.
- PÉREZ CANCHOLA, José Luis, 1984a, “San Quintín. Casi indocumentados”, *Semanario ZETA*, 5 de octubre, p. 32.
- PÉREZ CANCHOLA, José Luis, 1984b, “San Quintín y los aristócratas del tomate y la cebolla”, *Semanario ZETA*, 12 de octubre, pp. 30-31.
- PÉREZ HERNÁNDEZ, Isidro [tesis de maestría], 2012, “La eficacia de las normas laborales y de seguridad social: Trabajadores agrícolas del Valle de San Quintín, Baja California”, Puebla, Universidad Iberoamericana.
- PÉREZ, Tiburcio, 1987, “CIOAC: ¿Independencia sindical?”, *Semanario ZETA*, 1 de mayo, p. 43.
- PIORE, Michael, 1979, *Birds of Passage: Migrant Labor and Industrial Societies*, Cambridge, Cambridge University Press.
- PIÑERA RAMÍREZ, David, 1991, *Los orígenes de Ensenada y la política nacional de colonización*, Tijuana, Universidad Autónoma de Baja California/Grupo Cultural Septentrión.
- PIÑERA RAMÍREZ, David, 2006, *Los orígenes de las poblaciones de Baja California. Factores externos, nacionales y locales*, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California.
- PRIMER TALLER DE INTERVENCIÓN SOCIOLÓGICA [trabajo de campo], 2005, en Laura VELASCO, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, San Quintín, 24 de julio.
- PROGRAMA NACIONAL CON JORNALEROS AGRÍCOLAS (Pronjag), [hoja de registro] 1994, *Registro de campamentos*, Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol), Valle de San Quintín, Baja California.
- RAMÍREZ, Luis Miguel, 2006a, “Desprotegidos 40 mil asalariados”, *El Vigía*, 25 de febrero.
- RAMÍREZ, Luis Miguel, 2006b, “Sólo cuatro ranchos cuentan con IMSS”, *El Vigía*, 28 de febrero.
- RAMÍREZ, Luis Miguel, 2006c, “Regresan 50 mil jornaleros al IMSS”, *El Vigía*, 26 de noviembre.

- RAMÍREZ ROMERO, Silvia; Daniel PALACIOS NAVA y David VELAZCO SAMPERIO, 2006, “Diagnóstico sobre la condición social de las niñas y niños migrantes internos, hijos de jornaleros agrícolas”, México, Sedesol/UNICEF.
- RAMÍREZ VELARDE, David, 2008, *Bajo la sombra del pirul: Memoria histórica del rancho “Las Escobas” Valle de San Quintín, BC*, Tijuana, Instituto de Cultura de Baja California/Editorial Voces de la Península.
- RAPPORT, Nigel y Andrew DAWSON, 1989, “The Topic and the Book”, en Nigel Rapport y Andrew Dawson, eds., *Migrants of Identity: Perception of Home in a World of Movement*, Nueva York, Berg Ethnic Identities Series, pp. 3-18.
- REDING BERNAL, Arturo [tesis de maestría], 2008, “Movilidad laboral en el Valle de San Quintín, Baja California, 2000-2005”, Estudios de Población, El Colegio de la Frontera Norte.
- RETH-MARISCAL, William [disertación], 1998, “Settling in: Indian Communities and the Transformation of Citizenship in Mexico, San Diego, Universidad de California.
- REYNOLDS, Rebecca, 1994, “The Mexican Market and NAFTA”, *University of Puget Sounds Law Review*, vol. 17, núm. 533, Seattle, Seattle University Law Review, pp. 533-554.
- RIVERA SÁNCHEZ, Liliana, 2004, “Transformaciones comunitarias y remesas socioculturales de los migrantes mixtecos poblanos”, *Migración y Desarrollo*, Red Nacional de Migración y Desarrollo, núm. 2, abril, pp. 62-81.
- ROBINSON, William, 2008, *Latin America and Global Capitalism: A Critical Globalization Perspective*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- ROJAS, Enrique, 2003a, “Exigen a Corette cumplimiento de acuerdos firmados”, *El Vigía*, 4 de junio.
- ROJAS, Enrique, 2003b, “Logra Corette acuerdo con las comunidades”, *El Vigía*, 6 de junio.
- ROJAS, Enrique, 2006, “IMSS no tiene compromisos”, *El Vigía*, 7 de febrero.

- ROJAS, Maclovio, 1985, “Rechaza el salario mínimo y pide ir todos a la CIOAC”, *Semanario ZETA*, 1 de febrero.
- ROSALDO, Renato, 1989, *Culture and Truth: The Remaking of Social Analysis*, Boston, Beacon Press.
- SÁNCHEZ, Kim, 2006, *Los capitanes de Tenextepango: un estudio sobre intermediación cultural*, México, Universidad Autónoma del Estado de Morelos/Miguel Ángel Porrúa.
- SANDERSON, Steven E., 1986, *The Transformation of Mexican Agriculture: International Structure and the Politics of Rural Change*, Princeton, Princeton University Press.
- SCHMITT-EGNER, Peter, 2002, “The Concept of Region: Theoretical and Methodological Notes on its Reconstruction”, *European Integration*, vol. 24, núm 3, pp. 179-200.
- SCUDDER, Thayer, 1985, “A Sociological Framework for the Analysis of Newland Settlements”, en Michael Cernea, edit., *Putting People First. Sociological Variables in Rural Development*, Óxford, Oxford University Press, pp. 148-187.
- SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN (Segob), 2005, “Decreto. Se adiciona a la Ley del Seguro Social”, *Diario Oficial de la Federación*, México, 29 de abril, en <http://dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=2035016&fecha=29/04/2005>, consultado el 24 de octubre de 2012.
- SEGUNDO TALLER DE INTERVENCIÓN SOCIOLÓGICA [trabajo de campo], 2005, en Laura VELASCO, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, San Quintín, 14 de agosto.
- SENADO DE LA REPÚBLICA, 2005a, *Gaceta del Senado*, núm. 106, 12 de abril, en <<http://www.senado.gob.mx/?ver=sp&mn=2&sm=2&id=4387>>, consultado el 12 de diciembre de 2012.
- SENADO DE LA REPÚBLICA, 2005b, *Gaceta del Senado*, núm. 112, 28 de abril, en <<http://www.senado.gob.mx/?ver=sp&mn=2&sm=2&id=4694>>, consultado el 12 de diciembre de 2012.

- SIMMEL, Georg, 2005, *Schopenhauer y Nietzsche*, Buenos Aires, Caronte [Colección Filosofía].
- SMITH, Robert, 2006, *México en Nueva York. Vidas transnacionales de los migrantes mexicanos entre Puebla y Nueva York*, México, Universidad Autónoma de Zacatecas/Miguel Ángel Porrúa.
- TARRIUS, Alain, 2000, “Leer, describir, interpretar las circulaciones migratorias: convivencia de la noción de Territorio Circulatorio. Los nuevos hábitos de la identidad”, *Relaciones*, México, El Colegio de Michoacán, vol. 21, núm. 83, pp. 39-66.
- TAYLOR HANSEN, Lawrence Douglas, 2011, “Baja California, ¿el cuerno de la abundancia? Inversiones estadounidenses y desarrollo económico en el norte de la península, en el Porfiriato”, en José Alfredo Gómez Estrada y Araceli Almaraz Alvarado, coords., *Inversiones, colonización y desarrollo económico en el noroeste de México, 1870-1940*, México, UABC/El Colef.
- TERCER TALLER DE INTERVENCIÓN SOCIOLOGICA [trabajo de campo], 2005, en Laura VELASCO, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, San Quintín, 4 de septiembre.
- TOURAINÉ, Alain, 1981, *The Voice and the Eye: An Analysis of Social Movements*, Cambridge, Cambridge University Press.
- UNIVERSITY OF CALIFORNIA [página web], 2012, “H-2A; H-2B. Migration Dialogue”, *Rural Migration News*, Estados Unidos, abril, vol. 18, núm. 2, en <http://migration.ucdavis.edu/rmn/more.php?id=1684_0_4_0>, consultado el 29 de octubre de 2012.
- VAN YOUNG, Eric, 1992, *Mexico's Regions: Comparative History and Development*, California, UCSD-Center for US-Mexican Studies.
- VARGAS, Elizabeth, 2006, “Amparos desamparan a los trabajadores”, *El Vigía*, 25 de julio.
- VELASCO, Laura, 2002, *El regreso de la comunidad: migración indígena y agentes étnicos. Los mixtecos en la frontera México-Estados Unidos*, México, El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte, p. 283.

- VELASCO, Laura, 2005, *Desde que tengo memoria. Narrativas de identidad en comunidades de indígenas migrantes*, México, El Colegio de la Frontera Norte/Conaculta-Fonca.
- VELASCO, Laura, 2007, “Migración y fronteras culturales. La contienda por la identidad en una región transnacional”, en Odile Hoffman y María Teresa Rodríguez, eds., *Los retos de la diferencia. Los actores de la multiculturalidad entre México y Colombia*, México, Publicaciones de la Casa Chata/IRD/CEMCA/CIESAS, pp. 147-182.
- VELASCO, Laura, 2011a, “Identidad regional y actores: una experiencia de intervención sociológica en el Valle de San Quintín, Baja California”, *Región y Sociedad*, México, El Colegio de Sonora, vol. 23, núm. 51, pp. 43-70.
- VELASCO, Laura, 2011b, “La frontera como nuevo terruño: Migración y arraigo de indígenas en Baja California”, en David Piñera y Jorge Carrillo, coords., *Baja California a cien años de la Revolución Mexicana: 1910-2010*, México, El Colegio de la Frontera Norte/Universidad Autónoma de Baja California.
- VELASCO, Laura y Marie-Laure COUBÈS [reporte de investigación], 2006, “Atención educativa intercultural a toda la infancia en migración interna: estudio de caso de Baja California”, Tijuana, Fomento para la Educación Indígena Migrante.
- VILA, Pablo, 2000, *Crossing Borders, Reinforcing Borders: Social Categories, Metaphors, and Narrative Identities on the U.S.-Mexico Frontier*, Austin, TX, Texas University Press.
- WRIGHT, Angus, 2008, *The Death of Ramón González. The Modern Agricultural Dilemma*, Austin Universidad de Texas.
- WRIGHT, Stephen, 1990, “Book Review: The Cross-Cultural Challenge to Social Psychology”, *Contemporary Sociology: An International Journal of Reviews*, núm. 19, pp. 891-893.
- ZABIN, Carol, 1997, “U.S.-Mexico Economic Integration: Labor Relations and the Organization of Work in California and Baja California Agriculture”, *Economic Geography*, vol. 73, núm. 3, Massachusetts, pp. 337-355.

- ZABIN, Carol y Sallie Hughes, 1995, “Economic Integration and Labor Flows: Stage Migration in Farm Labor Markets in Mexico and the United States”, *International Migration Review*, vol. 29, núm. 2, pp. 395-422.
- ZLOLNISKI, Christian, 2010, “Economic Globalization and Changing Capital-Labor Relations in Baja California’s Fresh Produce Industry”, en E. Paul Durrenberger y Karaleah S. Reichart, eds., *The Anthropology of Labor Unions*, Boulder, University Press of Colorado, pp. 157-188.
- ZLOLNISKI, Christian, 2011, “Water Flowing North of The Border: Export Agriculture and Water Politics in a Rural Community in Baja California”, *Cultural Anthropology*, vol. 26, núm. 4, pp. 565–588.

ENTREVISTAS

- ABRAHAM [entrevista], 2010, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- ALONSO, Julio César [entrevista], 2004, secretario general del Comité Regional de la CIOAC, por Laura Velasco, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- BAUTISTA, Camilo [entrevista], 2005a, por Abbdel Camargo, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- BAUTISTA, Camilo [entrevista], 2005b, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.

- BAUTISTA, Camilo [entrevista], 2006, por Abbdel Camargo, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- BAUTISTA, Pablo [Segundo Taller de Intervención Sociológica], 2005, por Laura Velasco, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- BRENES, Lourdes [entrevista], 2005, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- CHÁVEZ, Beatriz [entrevista], 2004, integrante del Comité Regional de la CIOAC, por Laura Velasco, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- COOK, Rance y Steve YOSHEMNI [entrevista], 2005, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Baja California, El Colef.
- CORONADO, Jaime [entrevista], 2005, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- ELEONOR (pseudónimo) [entrevista], 2010, por Laura Velasco, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, San Quintín, Baja California, El Colef.
- ERNESTO (pseudónimo) [entrevista], 2006, por Laura Velasco, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, San Quintín, Baja California, El Colef.
- ESPINOSA [entrevista], 2005, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, na-

- cional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- ESPINOZA, Jesús [entrevista], 2006, representante del Sindicato Nacional de Trabajadores Agrícolas del Campo, por Laura Velasco, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- FERNÁNDEZ, Martín [entrevista], 2009, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- FLORES, Laura [entrevista], 2009, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- FLORES, Luis [entrevista], 2009, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- GÁMEZ, Carmen [entrevista], 2009, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- GÁMEZ, Raul [entrevista], 2009, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- GÓMEZ, Elisa y Antonio Gómez [entrevista], 2009, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- GARCÍA, José Luis [entrevista], 2005, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de

- lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- GUERRERO, Vicente [entrevista], 2005, presidente del Comité Promunicipalización, por Laura Velasco, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, San Quintín, Baja California, El Colef.
- HERNÁNDEZ, Florencio [entrevista], 2001, presidente colonia Trece de Mayo, por Laura Velasco, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- HERRERA, Faustina [entrevista], 2009, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- HERRERA, Justino [entrevista], 2010, por Abbdel Camargo, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- HERRERA, Justino [entrevista], 2011, delegado colonia Vicente Guerrero, por Laura Velasco, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- INGENIERO DE SAGARPA [entrevista], 2009, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- JUAN [entrevista], 2013, por Aída Silva y Laura Velasco, “Proyecto Andares tempranos. Estrategias de movilidad de adolescentes ‘No acompañados’ en la frontera México-Estados Unidos”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- JULIÁN, Bernardino [entrevista], 1996, líder de la colonia Cañón Buenavista, por Laura Velasco, “Migración, trabajo agrícola

- y etnicidad. “La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, San Quintín, Baja California”, Maneadero, Baja California, El Colef.
- LLAMADAS, Juan Manuel [entrevista], 2000, por Laura Velasco, Marie-Laure Coubès y Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- LÓPEZ, Antonio [entrevista], 1996, secretario general de la OBESU-OPT, por Laura Velasco, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- LUIS DE JESÚS, [entrevista], 2005, por Abbdel Camargo, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- MANUEL (pseudónimo) [entrevista], 2009, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- MARTÍNEZ, Domitila [entrevista], 2005, tesorera de la Mesa Directiva de la colonia Graciano Sánchez, por Laura Velasco, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- MEJÍA, Agustín [entrevista], 2006, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- MEJÍA, Agustín [entrevista], 2010, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- MEJÍA, Agustín [entrevista], 2013, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo

- global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- NERI, Arturo [entrevista], 2003, por Laura Velasco, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- RAMÍREZ, Cirilo [entrevista], 2005, por Laura Velasco, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- RAMÍREZ, Hermelinda [entrevista], 2006, por Christian Zlolsniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, colonia Tres Arbolitos, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- RAMÍREZ, Hermelinda [entrevista], 2009, por Christian Zlolsniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, colonia Tres Arbolitos, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- REMIGIO, Rosa [entrevista], 2004a, por Abbdel Camargo, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- REMIGIO, Rosa [entrevista], 2004b, jornalera agrícola, por Laura Velasco, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- RODOLFO G. [entrevista], 2004, empresario de medios, por Laura Velasco, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín. Baja California, El Colef.
- ROJAS, José [entrevista], 1996, dirigente de la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos, por Laura Velas-

- co, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- ROJAS, Enrique [entrevista], 2004, por Laura Velasco, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, San Quintín, Baja California, El Colef.
- RUIZ CARVAJAL, Jesús Salvador [entrevista], 2010, director de la Unidad San Quintín de la Universidad Autónoma de Baja California, por Laura Velasco, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, San Quintín, Baja California, El Colef.
- SÁNCHEZ, Justina [entrevista], 2009, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- SIERRA, Leopoldo [entrevista], 2005, presidente de la colonia Santa Fe, por Laura Velasco, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. “La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, San Quintín, Baja California”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- SUÁREZ, Aurelia [entrevista], 2009, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- SUÁREZ, Ramón [entrevista], 2009, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- TAYLOR [entrevista], 2005, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.

- VALENCIA, Celeste [entrevista], 2009, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- VALENCIA, Celeste [entrevista], 2010, por Christian Zlolniski, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- VÁZQUEZ, Isaías [entrevista], 1997, secretario general del Movimiento de Unificación de Jornaleros Independientes, por Laura Velasco, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. “La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, San Quintín, Baja California”, Valle de San Quintín, Baja California, El Colef.
- VÁZQUEZ, Isaías [entrevista], 2000, representante del Movimiento de Unificación de Jornaleros Independientes y coordinador de la Casa del Migrante, por Laura Velasco, Christian Zlolniski y Marie Laure Coubès, “Migración, trabajo agrícola y etnicidad. “La articulación de lo global, nacional y local en el Valle de San Quintín”, San Quintín, Baja California”, San Quintín, Baja California, El Colef.



De jornaleros a colonos: Residencia, trabajo e identidad en el Valle de San Quintín se terminó de imprimir en diciembre de 2014, en Litográfica Ingramex, S.A. de C.V., Centeno 162-1, colonia Granjas Esmeralda, delegación Iztapalapa, 09810, México, D. F. El cuidado de la edición estuvo a cargo de la Coordinación de Publicaciones de El Colegio de la Frontera Norte. Se tiraron 500 ejemplares distribuidos a partir de 2015.